

Frederick Barón Corvo

ADRIANO SEPTIMO



Lectulandia

*Adriano VII*, muy celebrada por D. H. Lawrence y Graham Greene, es una ilusoria autobiografía novelada, plena de ingenio, erudición, osadía y sarcasmo, donde un humilde habitante de un suburbio londinense, rechazado en sus pretensiones de convertirse en sacerdote, sueña que es rehabilitado por sus superiores e inmediatamente ordenado, y finalmente se convierte en Papa de la cristiandad.

**Lectulandia**

Frederick Barón Corvo

# **Adriano VII**

**El ojo sin párpado - 18**

ePub r1.0

orhi 03.11.15

Título original: *Hadrian the Seventh*  
Frederick Barón Corvo, 1904  
Traducción: Ana Poljak

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A MI MADRE

*En obediencia al decreto de Urbano P.M. VIII, declaro que no tengo intención de atribuir a nadie más que a una autoridad puramente humana los milagros, revelaciones, favores y casos particulares registrados en este libro; y lo mismo con respecto a los títulos de santos y beatos aplicados a los siervos de Dios aún no canonizados: excepto cuando han sido confirmados por la Santa Sede Católica Apostólica Romana, de la que me declaro hijo obediente; y por lo tanto someto a su juicio mi persona y todo cuanto he escrito.*

Fr. Rolfe

22 de julio de 1904.

## PROEMIO

DE espíritu, se sentía cansado, desgastado por años de esperanzas aplazadas, de soledad, de afanes sin recompensa. De cuerpo estaba casi postrado por el tormento que le ocasionaba su brazo, diez días después de una vacunación. Las penurias del cuerpo le punzaban como una afrenta personal. «Uno tiene que sentirse miserable por eso», había dicho una vez, durante la agonía de un dolor de muelas. No era ajeno a la fatiga mental: pero, cuando a ella se unía la angustia del cuerpo, llegaba a un paso del derrumbamiento. Su capacidad de trabajo resultaba limitada: sólo ver sus elementos de escritura le llenaba de disgusto. Pero, por miedo a ser descubierto en la inactividad, tras tomar el desayuno se sentó como siempre y procuró escribir. Ofuscado por un torrente de ideas, se detenía con dolor en busca de las palabras: tambaleándose en una maraña de vocablos, a menudo perdía la pista de su tema; de cuando en cuando, en agotamiento total, su lápiz permanecía inmóvil. Estaba sentado en una pequeña butaca baja, tapizada con un brocado raído, rojo oscuro y verde. Un antiguo tablero de dibujo, del tamaño llamado *Antiquarian*, descansaba sobre sus rodillas. El borde inferior del tablero rozaba el brocado de los brazos de la butaca. Su pequeño gato amarillo, Flavio, dormía plácido sobre el tablero inclinado, en el nido que le brindaba su brazo izquierdo: era la única criatura viva a la que se dirigía con afecto y con gentileza a la vez. Su mano izquierda sujetaba el manuscrito, cuyos folios estaban unidos por el borde superior con una pinza metálica. En la parte de arriba del tablero reposaba un par de maquetas de edición, de aquellas que tienen el aspecto exterior de las novelas de seis chelines: pero las suyas eran páginas cubiertas de caracteres manuscritos arcaicos. Las primeras contenían pensamientos, no grandes pensamientos, ni pensamientos seleccionados acerca de algún tema específico, sino frases y opiniones como la denuncia de Sófocles,

Ω μιὰ γὸν ἠνοῦ καὶ γυναικὸς υστεροῦ<sup>[1]</sup>,

o la sentencia de Gabriele d'Annunzio:

«Las viejas monarquías legítimas están declinando en todas partes, y el Demos está presto a tragárselas con su garganta fangosa».

La segunda era su diccionario particular que (como artífice de la expresión verbal) había compilado tomando palabras griegas del Liddell and Scott y palabras latinas del Andrews, ampliando su vocabulario inglés con formaciones tan simples pero cargadas de significado como el adjetivo «hibrístico» de *hybristés*, o el sustantivo «gingilismo» de *gingilismus*.

Miraba con desconfianza su manuscrito. En dos horas no había hecho más que borrar catorce líneas, llenas de manchas, porque había quitado palabras y

oraciones, porque había hecho cambios y agregados. Trazó una raya a lo ancho del folio, de izquierda a derecha, en la parte superior; abandonó el lápiz: quitó de sus rodillas el tablero, el gato, los libros y el manuscrito y los dejó a un lado. No podía trabajar.

Atizó el fuego escaso que ardía en un rincón de la chimenea de cerámica. Temblaba: porque, aunque marzo transcurría encrespado, apenas si iba vestido con una prenda ligera, azul, de lino, similar al mono que llevan los ingenieros. Experimentaba una predilección traviesa por esa ropa desde que un prelado rezongón de nariz roja, ansioso de husmear en la pobreza desprovista de algún halo especial, vacuamente le había dicho que parecía un napolitano. Sacudió una ceniza de cigarrillo de la delantera del mono y cogió un par de tensores: pero de inmediato los volvió a su sitio, al advertir el dolor en su axila izquierda. Tomó el periódico que había llevado consigo después del desayuno y leyó otra vez las noticias de Roma y las de Rusia. Las primeras, lo veía, eran sólo la clase de subterfugio que los periodistas de tres al cuarto están habituados a usar cuando no pueden llegar hasta los hechos concretos. Decían mucho y no significaban nada. «Nuestro enviado especial» era engañado, y lo sabía: pero no le gustaba confesarlo; así que daba alas a su imaginación. Algo ocurría en Roma, algo misterioso ocurría en Roma. Eso era lo que se deducía del despacho, pero nada más. Las noticias de Rusia constituían un relato de horripilancia sin igual. Provenían de Berlín: no se había establecido comunicación directa con Rusia a lo largo de la última quincena.

—Qué horror exquisito representan —dijo a Flavio—, y creo que es perfectamente cierto. El Zar..., en fin, era de esperar. Pero la Zarina... Aunque, si ha habido mujer que llevase el destino en su cara, ha sido ella, pobrecilla. ¡Esos ojos suyos llenos de espantosa obsesión! ¡Ese rostro duro y viejo, joven y suave! ¡Los niños inocentes! ¡Qué abominable cinismo cruel! Pero ha habido presagios y augurios de una tragedia como ésta en varias ocasiones durante los últimos años. Ellos tendrían que haber sabido lo que se avecinaba. ¿O será éste otro ejemplo de los espectadores que ven la mayor parte del juego? —Buscó un álbum de recortes de periódicos y lo hojeó—. Aquí los tienes, Flavio —dijo al gato que dormía—; y aquí, y aquí. Si éstas no son advertencias..., ¡vaya!

Volvió a sentarse y estudió un párrafo con atención.

#### EDUCACIÓN POR EL LÁTIGO

PETERSBURGO. Toda Rusia se encuentra en estado de inquietud, de agitación y de descontento. El aire mismo está lleno de rumores de tumultos por un lado, y de *coups d'état* por otro. Se difunden los relatos más extraños acerca de lo que sucede en Kiev, en Sula y, en rigor, en todas partes del Imperio, pero sobre todo en Moscú. Allí, al parecer, mientras estudiantes y miembros de las clases altas son arrojados a las cárceles por centenares —y no pocos de ellos despachados a Siberia—, los trabajadores reciben un trato de una consideración extraordinaria. Incluso se les permite expresar sus protestas y realizar reuniones públicas sin estorbos ni impedimentos, algo inaudito en Rusia. En la propia Petersburgo prevalece una situación inquietante, y la ciudad está por entero en manos de la policía y de los militares. Las calles se hallan llenas de gendarmes; aun las viviendas privadas están ocupadas por soldados; y no pasa una semana sin que surja algún desorden o se lleve a

cabo alguna demostración pública. En febrero se produjo una escena terrible en la mansión de Nicolás II, una especie de Palacio del Pueblo. Durante una función teatral algunos estudiantes arrojaron al patio de butacas, desde la galena, octavillas en las que exigían que se reparasen los agravios que dicen haber sufrido. El lugar estaba lleno de personas fuera de la ley en su mayor parte; sin embargo, la gendarmería, que siempre está preparada para intervenir, atropelló a los presentes y, sin más, pisoteó todo lo que encontró al paso. Se vio cómo un gendarme corpulento ponía adrede el pie sobre la cara de un pobre muchacho que había caído, y la aplastaba como si fuera una nuez. Se ignora el número de heridos, y quizá nunca llegue a saberse. El domingo el estado de cosas era peor aún. Durante la semana anterior los estudiantes habían enviado a los principales periódicos, e incluso a la policía, un anuncio formal de que planeaban realizar una demostración en el Paseo Nevsky, para pedir de modo constitucional una reparación por los males que padecen. Se dio por sentado que se adoptarían medidas para evitar la manifestación, y el Paseo Nevsky fue ocupado en esas circunstancias por los habituales curiosos y amigos de emociones fuertes. Pero, hasta donde se ha podido saber, al parecer la policía no había tomado medidas al respecto, y sólo unos pocos estaban enterados de que en los patios de los edificios de la vecindad se apiñaban gendarmes y soldados. Hasta las doce todo marchó bien; entonces, de improviso, comenzaron a afluir hacia el Nevsky, desde las calles laterales, no sólo estudiantes sino también trabajadores; al cabo de algunos minutos el lugar quedaba cubierto por una vasta muchedumbre. Sólo en la plaza frontera a la Catedral de Kasan había al menos 3.000 personas. De pronto se oyeron gritos sediciosos, ondearon banderas rojas, se arrojaron piedras, y en medio de todo eso los gendarmes cargaron sobre la multitud. Fue un espectáculo horrible, porque llovieron los sablazos a derecha e izquierda, aun sobre los paseantes que no querían más que huir. Muchos resultaron heridos, hubo algunos muertos —no hay dos fuentes que coincidan en el número de estos últimos—, y en el curso de la semana siguiente se llevaron a cabo cientos de detenciones. Desde ese momento se han realizado otras demostraciones similares, y continuarán convocándose, sea cual fuere su coste, según declaran los estudiantes, hasta que se haya concretado una limpieza a fondo del régimen policial bajo el cual gime Rusia.

#### SE CIERNE LA TORMENTA

El asesinato de Baltachev ha llevado la atención mundial hacia el presente estado de cosas en Rusia, que es mucho peor de lo que imagina la gente. La agitación actual no está limitada a los ambientes estudiantiles, aunque sean ellos los que más ruido hacen. La fiebre revolucionaria ha ganado terreno entre las clases bajas: como decíamos ayer, el Cerebro y el Músculo se han unido, y esa unión es formidable. Sin embargo, de ser verdad, más significativas que cualesquiera otras son las noticias del *Neue Freie Presse* acerca de que, durante la manifestación realizada en la Plaza Kasan de Petersburgo, al recibir un destacamento de infantería la orden de abrir fuego contra la multitud, sus hombres se negaron por tres veces a obedecer, fueron enviados a sus cuarteles, y no se ha llevado a cabo ninguna investigación posterior, ni acerca de incidentes similares registrados en otros puntos. A causa de la existencia del servicio militar universal, el ejército sólo cuenta con las personas que han sido llamadas a filas. Cualquier sentimiento popular ha de llegar al ejército tarde o temprano, y si no se puede confiar en los soldados para la represión, el juego absolutista ha terminado. El gran cataclismo puede estar mucho más cerca de lo que generalmente se supone.

#### SIGNOS DE UNA REBELIÓN LATENTE

PETERSBURGO. En dos de los distritos de la provincia de Poltava se han producido revueltas de trabajadores, como consecuencia de la represión sistemática que la «Gran Rusia» ejerce sobre la «Pequeña Rusia». El periódico *Pridjeuprowski Krai* ha publicado la primera nota acerca del estado actual de las cosas, y de inmediato ha sido cerrado por ocho meses.

PETERSBURGO. El asesinato del Procurador del Santo Sínodo se considera, en cierta medida, como un síntoma de la situación general de Rusia. Se informa de que el castillo del duque de Mecklemburgo, en el SE de Rusia, ha sido saqueado y destruido por agitadores.

BERLÍN. Cuando el expreso de Berlín llegó hoy a Wirballen, en la frontera rusa, se efectuó el arresto de un pasajero, en cuya maleta se descubrieron documentos nihilistas. Éste es el tercer nihilista arrestado en el término de una quincena. La policía de Berlín había sido informada desde Petersburgo sobre la gran cantidad de revolucionarios que recientemente habían abandonado Francia. Ahora, desde Berlín, mantienen una agitación vigorosa contra el gobierno del Zar. También desde Londres se ha informado acerca de la situación de muchos sospechosos. En la mayoría de los casos, las autoridades berlinesas son impotentes para concretar arrestos, pero siempre proporcionan información detallada a Rusia, de modo que los individuos de los que se sospecha invariablemente son detenidos al cruzar la frontera.



El *Kreuzzeitung*, que cuenta con una habitual buena información en los asuntos rusos, opina que una de las consecuencias inmediatas del triunfo de Japón sería un levantamiento general de los campesinos rusos contra sus amos, y del ejército contra la aristocracia. El mismo artículo declara que los agentes revolucionarios de tendencias socialdemócratas desde hace tiempo vienen envenenando sistemáticamente las mentes del pueblo.

Volvió a SE CIERNE LA TORMENTA, y leyó otra vez el artículo agorero.

—Es una advertencia suficiente, sin duda —dijo—; primero, el fiscal general asesinado en Odessa, después el jefe de la Policía Secreta de Petersburgo, más tarde el procurador del Santo Sínodo; y ahora una hecatombe: soberanía, realeza, aristocracia, gobierno, burocracia, todo aniquilado y la anarquía en las alturas. Francia está a punto de incendiarse, eso es absolutamente seguro. ¡Oh, qué horrible! Pero todos somos cristianos, Flavio; y esto no es más que una de las formas en que nos amamos unos a otros.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. El gato amarillo se estiró a conciencia, bostezó, le siguió; después comenzó a ejecutar una mímica maravillosa de amagos y emboscadas contra una pelota de ping-pong destinada a su específico entretenimiento. El hombre observó casi con amor. Flavio, por fin, dio caza a la pelota, la cogió entre sus manos y se mantuvo en la pose majestuosa de un león de Trafalgar Square. Después emitió un leve ronquido de afecto y fijó el enorme, elocuente misterio ambarino y negro de sus ojos aterciopelados, tiernos, graves, sobre su amigo humano. Ninguna atención se le concedió. Flavio se puso en pie y dulcemente rozó con su cabeza la mano cercana:

—¡Mi niño! —murmuró el hombre, y alzó al pequeño gato hasta su hombro. Bajó las escaleras. No podía trabajar; iba a tomarse un descanso; necesitaba una novela, explicó a su casera. Temía haber leído todos los libros que había en la casa. Sí, y los que tenía en su buhardilla también. Después de un cuarto de hora, un pedido a un vecino le proporcionó tres desechos miserables, un espanto sin nombre, de seis peniques, un Braddon y un Edna Lyall. Para no mostrarse desagradecido las llevó a su cuarto, y las arrojó a un rincón; iba a devolverlas en cuanto se presentara una ocasión oportuna. Ese rasgo sobresaliente de su carácter, el deseo de no mostrarse desagradecido, la disposición de ser generoso y sacrificarse le había hecho un daño incalculable. Este mundo está inficionado de montones sin cuento de principiantes semiderrotados y mediocridades cultivadas en una cuarta parte de sus posibilidades que, según parece, no tienen ninguna otra cosa que hacer como no sea zumbiar por allí, atormentando e interfiriendo en la vida de los que son mejores que ellos. Por cortesía, por delicadeza, acostumbraba a ceder el paso; pero aun así conocía y mantenía con tenacidad su objetivo inicial. Sabía que la demora era su enemigo: y sin embargo invariablemente se echaba a un lado y permitía que le demoraran. Y ahora, hacia el fin de su juventud, era un pobre, solitario y misántropo altruista.

Volvió a su butaca, mientras dejaba escapar un largo suspiro de irritación y agotamiento: echó mano de tres colillas para hacer un cigarrillo (estaba escaso de

tabaco), enrolló los restos en un papel nuevo y le acercó una cerilla. Flavio, con un indulgente maullido de protesta, saltó de sus rodillas para enroscarse a dormir en otro asiento.

La butaca estaba situada justo delante de la chimenea, una chimenea de hierro pintado, con su repisa, típica del ático de una casa de alquiler suburbana. Encima de la repisa, en la pared gris, colgaba un gran trozo de papel marrón de embalar. Sobre ese fondo, estaban clavadas fotos del Hermes de Herculano, el Sebastián de terracota de South Kensington, el David regordete de Donatello y el David vivaz de Verrocchio, el modelo de cera del Perseo de Cellini, un Ruggero XV anónimo, apreciado como ejemplo único del raro tipo felino-humano, y el Sebastián de la Oxford University Dramatic School, el de la puesta en escena que de *Twelfth Night* se hiciera en 1900. Arropadas junto a los bordes de esas fotos había postales de pinturas italianas: el *San Juan* joven de Andrea del Sarto, la *Primavera* de Alessandro Filipepi; una página del catálogo de un viejo Salón que mostraba los *Luchadores* de Friant, otra de un número viejo de *Harper's Magazine* con los *Corredores* de Boucher, un cromó barato y encantador de un Pancracio de piel de oliva y pelo oscuro coronado de flores de aciano, en blanco sobre fondo dorado, las tarjetas de visita de cinco agentes literarios, y una postal que en una tersa inscripción dejaba leer: *Verro precipitevolissimevolmente*. En la repisa-estante se alineaban tinteros de piedra, pipas, una miniatura en una caja marroquí con cierre, un molde del sello del cardenal Andrea della Valle proveniente de Oxford, dos pares de espejuelos de plata en estuches de piel rugosa, cuatro pequeños lingotes de cobre puro, una botella de goma y un libro abierto, de cubiertas ilustradas con un Eros sentado sobre las rodillas de Psique, y un grupo misterioso de somorgujos bajo el claro de luna. La puerta estaba una yarda a la izquierda de la chimenea, en ángulo recto. Ropas descuidadas, de sarga negra y lino azul, colgaban de la puerta. Un pequeño lavamanos de madera se erguía entre la puerta y la butaca, al alcance del escritor. Un trozo de cartón prensado cubría el agujero de la parte superior y sobre él se apoyaban botellas de tinta, lápices, un cortaplumas, tijeras, una lámpara, una lata de galletas con colillas dentro y dieciséis exquisitos grabados griegos. En el estante inferior se alineaban varios libros de referencia. Entre el lavamanos y el hogar estaba la silla en la que Flavio dormitaba (si se puede aplicar una palabra tan poco delicada a un gato tan delicado). Unos cuatro pies de pared quedaban libres a la derecha de la chimenea. Clavado allí se veía un dibujo a lápiz para una *Diamastigosis*, un retrato blanco y negro de Sófocles, cuando joven, como corega después de Salamina, pintado en la parte posterior de un mapa del Almirantazgo, una acuarela de Tarquinio Santacroce y Alejandro VI, un par de máscaras de florete y esgrima, y un curioso sello greco-italiano que representaba un san Jorge que semejaba un Perseo de pies alados, cubierto con lo que parecía un manto de la orden de la Jarretera, con el epígrafe de φύλαξ άγχης<sup>[2]</sup>. Contra la parte inferior de la pared se apoyaban sustitutos de estantes. Un cesto de mimbre, cerrado y lleno de cartas, colocado en un extremo servía de

apoyo a filas de números de *The American Saturday Review*, *The Author*, *The Outlook*, *The Salpinx*, *Reynards's* y *The Pall Mall Gazette*, y un plumero para desempolvar libros y papeles o para corregir a Flavio cuando se mostrase revoltoso. Otro cesto de mimbre, colocado a lo largo sobre una silla, sostenía una hilera de libros, cuadernos manuscritos, ediciones clásicas en duodécimo de Plantin, Estienne, Maittaire, junto a ediciones inglesas y americanas de las propias obras del escritor. La tercera pared estaba horadada por dos ventanas pequeñas, siempre abiertas de par en par. Atravesada longitudinalmente, una cómoda se proyectaba hacia el centro de la habitación. Su parte superior servía de escritorio fijo. Los cajones se abrían hacia la cuarta pared. Manojos de cartas unidos con pinzas metálicas colgaban de un borde. Entre éste y la butaca, había otros estantes sostenidos con cestos de mimbre puestos por debajo y por encima de un pequeño tablero. Libros de consulta, diccionarios y una caja de papel en blanco se agrupaban allí, cerca de la mano del escritor. En el pequeño cajón de la mesa se apilaban cuartillas, sobres, lacre y sellos. El conjunto estaba organizado de tal modo que, una vez acomodado en la butaca frente al fuego, con el tablero sobre las rodillas, el combatiente podía coger todas sus armas con sólo extender los brazos. El ático tenía once pies cuadrados y el techo en pendiente; del centro, el cielorraso describía una diagonal hacia el cuarto pie de altura medido desde el suelo, en la cuarta pared. Allí había una cama plegable, un espejo pequeño y un toallero, tres pares de tensores de dos, seis y diez libras, un par de hormas de zapato, una botella de eucalipto y un vaporizador.

Sus ojos, a medida que vagaban por la habitación, fueron encontrando esas cosas. Cogió una toalla y bajó al lavabo para lavarse las manos. De regreso provocó a Flavio con un trozo de cordel. El gato no tenía ganas de jugar y le clavó sus inocentes ojos redondos, inescrutables, bostezó con esmero y pidió autorización para retirarse. El olor de la cocina a la hora de la cena era perceptible. La puerta estaba abierta; la cerró.

Puso la colilla del cigarrillo en una jarra de barro que tenía a su izquierda, reservándola para un uso futuro. La criada llegó con su almuerzo, una escudilla de pan con leche. Impulsado por algún encadenamiento de ideas subconsciente, se estiró, descolgó el espejo de la pared y se acercó a la ventana.

—Es uno de tus días malos, amigo —comentó, mirando su propia imagen—. Se te ven todos tus años, y doce más. Baja esas cejas hirsutas, hombre. No te importe esa arruga vertical que te da un aire severo. Bájalas; y abre los ojos; y muéstrate despabilado. Haz algo para contrarrestar la línea blanda y estrecha de esa boca. No debes permitirte un aspecto tan relajado. Eso te saca arrugas y muestra la escasez de tu pelo. Si tuvieses una pulgada más de rodillas arriba y, digamos, un par más de rodillas abajo, podrías mirar a la gente un poquito desde lo alto: pero con ese aspecto manso y servil —¡cómo se burlaba de eso Luckock!— no es raro que todos se aprovechen de ti. Qué puedes sacar de bueno de esto de dejar a la vista tu mente fastidiosa en esa boca fastidiosa, si no perseveras en comportarte fastidiosamente.

Cultiva el arte de tener el aire de quien está a punto de decir «No». Siempre puedes decir «Sí» después de un «No». Pero si comienzas por un «Sí», como sueles hacerlo, te niegas para siempre la posibilidad de decir «No». Por eso cualquiera puede timarte. Eres demasiado ansioso para ceder. ¡Date un poco de prisa, pequeñajo feo! Feo como eres, no tienes un aire vulgar ni corriente. Endereza la espalda, abre bien los ojos y plántate firme.

Puso el espejo en su sitio; una vez más echó una ojeada a la habitación, buscando algo para leer, algo, cualquier cosa que no estuviese demasiado fresca en su mente. Cogió al azar una de las novelas que antes había desechado. Su título era *Donovan*. Recordó haber visto (en una revista de pésima calidad) una foto de esa misma escritora. También recordaba que había pensado que su pose era semiconsciente y que, junto con su configuración labial, resultaba intensamente desagradable. Su sentido de la belleza era bastante más que agudo. Con que su predilección (que en el caso del hombre estaba en una virtud experta y reticente, y en el de la mujer en una innata modestia delicada) se viera satisfecha una vez, quedaba abierta de par en par la puerta de su favor.

—Sin embargo —arguyó consigo mismo— ella vende cientos de miles de sus libros, mientras que nosotros no vendemos ni decenas de centenares de los nuestros. Vamos a echar un vistazo a su trabajo, para ver cómo lo hace.

Tomó su pan con leche; y con seriedad y aplicación se dispuso a diseccionar y analizar el libro.

Esa clase de retrato de un joven, de un tipo anormal de joven, el Sensible-Modesto, le disgustó de inmediato por su insuficiencia y superficialidad. El animal humano macho es omnipresente: no es difícil para un escritor con capacidad de observación y cuidadoso describir lo γνωμιωτερον φύσει, las cosas tal como aparecen. Pero el sexo de la autora le había impedido el conocimiento y, por lo tanto, la descripción de lo γνωμιωτερον ημίν, las cosas como son. Es dudoso que el Hombre llegue alguna vez a conocer mentalmente a la Mujer. Es seguro que la Mujer nunca ha conocido al Hombre: excepto en casos de ciencia infusa, la autora de *The Gadfly*, por ejemplo. Encontró que la imagen de Donovan resultaba bastante convincente: no lo era tanto el verdadero. Donovan, en su historia epónima, se veía con toda claridad como la creación de una buena mujer dulce que lo había hecho a su propia imagen.

El investigador varias veces estuvo a punto de cerrar el libro de puro aburrimiento. Sólo la certeza de que no tenía ninguna otra cosa que hacer y el deseo de adquirir conocimientos le hicieron proseguir. Su carácter tan sólo era lógico en la medida en que le había dotado de la facultad de la perseverancia. Empezaba muchas cosas; las continuaba; a menudo la influencia de la luna en su entorno le obligaba a detenerse, pero siempre retornaba a ellas: aun después de largos años retornaba a ellas; y más tarde, con lentitud, con seguridad, concluía lo que había empezado. Tenía tenacidad, la pertinacia felina de la vigorosa sangre inglesa pura. Lió cigarrillo tras

cigarrillo y fumó. Con frecuencia volvía hacia atrás y leía por segunda vez todo un capítulo. Flavio maulló para ser recibido. Lo subió a sus rodillas, y continuó leyendo, mientras acariciaba al gatito, frotándole la garganta hasta que el animal empezó a ronronear de gusto. Así pasó la sosa tarde de marzo. A las cinco, la criada llegó con una taza de café solo y una tostada correosa. A las seis y media tomó un baño y se arregló, deplorando el dolor de su brazo hinchado y la contrariedad de estar obligado a mantenerlo fuera del agua. Cenó a las siete y media: sopa, guisantes con mantequilla y una manzana asada. Entre tanto contó los infinitivos separados en la *Pall Mall Gazette* de la mañana. Cuando era adolescente, un tutor de Oxford había dicho de él que tenía una facultad crítica de orden nada desdeñable. En esos tiempos no había comprendido la expresión por completo: pero cultivó la facultad. Se enseñó a sí mismo, en una escuela muy amarga, las artes de la selección y de la discriminación, y la de destruir los desperdicios. Quizá a esto se había debido su completo aislamiento físico respecto de otros hombres. Aplastó a su paso muchos gusanos. Y pocas cosas son tan exasperantes como un hombre del que se puede decir con justeza «ese tío os está diseccionando». Después de cenar volvió a su ático con una taza y la cafetera, y retomó su trabajo. Al poco rato olvidó el dolor del brazo: incluso olvidó la habitual anticipación aterrorizada con que esperaba la llamada del cartero de la tarde, tal era su capacidad de concentración. Fumó y tomó café alternativamente, sin prestar atención a Flavio, que a las once volvió de uno de sus paseos y sin tardanza se echó a dormir a los pies de la cama. Poco después de medianoche llegó al final del libro: volvió hacia atrás y examinó el último capítulo por segunda vez; después dejó el ejemplar a un lado.

—Sí —dijo—, es una mujer buena y dulce. Su libro..., en fin, su libro es barato, torpe, vulgar..., pero es bueno. Es honradamente feo, simple y bueno. Es evidente que lo mejor es ser bueno. Eso cunde... Al menos está destinado a cundir en el largo plazo.

Arrimó la silla de Flavio a la pared, cerca de la puerta; a su lado puso el lavamanos que estaba a la izquierda de la butaca. También colocó la butaca contra la pared, dejando un espacio despejado de alfombra color piedra entre la chimenea apagada y la cama. Ése era su gimnasio.

«Si un libro como éste gusta», reflexionó, «ha de ser porque hay mucha gente que se interesa por libros sobre el Bien. ¿Por qué no escribir uno de esa clase, en lugar de desplegar folclore e historia ante los editores, que rechazan eso y te lo devuelven? Lo lamentable es que el Bien debe ser tan terriblemente poco atractivo. Es evidente que τὸ καλόν y τὸ ἀγαθόν<sup>[3]</sup> son tan diferentes como lo eran en los días del Gran Rostro. ¡Otra vez los sofismas! ¿Por qué no puedes ser honesto y simple en lugar de sutil y complejo? Eres como tu gato, que tiende emboscadas a una pelota de ping-pong con la misma estrategia y escrúpulo que usaría si se tratara de un ratoncillo. Por lo que más quieras, no intentes engañarte a ti mismo. Está bien adoptar una pose ante el mundo: pero aquí no hay nadie mirándote. Desnúdate, hombre, desnúdate por

completo. Sabes perfectamente que el Bien siempre es admirable, sea poco atractivo o elegante; y que lo que tú llamas Belleza no es más que un punto de vista, que vale..., vaya, para hablar como todo el mundo, que no vale ni media libra y ocho peniques.»

Puso toda su ropa sobre la butaca: sacó del montón sus pantalones y los dobló a lo largo sobre el toallero; echó bórax sobre su brazo y puso encima un trozo de algodón; miró las pesas mientras se cepillaba el pelo; vaporizó eucalipto en la habitación y se metió en la cama. Un cansancio extremo y el dolor le llevaban casi a la histeria. Sus pensamientos se expresaron por sí mismos en eyaculaciones cuando se ató un pañuelo sobre los ojos, estiró las piernas y apoyó la mejilla derecha sobre la almohada.

«¡Sí! Merece la pena ser bueno; sólo la mera bondad vale. Lo sé, oh, lo sé. Siempre lo he sabido.

»Dios, si alguna vez me has amado, escúchame, escúchame. *De profundis ad Te, ad Te clamavi.* ¿Acaso no quiero ser bueno, limpio y feliz? ¿Qué deseo he acariciado desde mi adolescencia, salvo el de servir entre Tus místicos? ¿Qué, como no fuera eso, he pedido de Ti, que eres mi Creador?

»No me has dado una sola oportunidad..., jamás..., jamás...

»¡Escúchame! ¿Cómo puedo servirte? ¿Cómo ser feliz, limpio o bueno, cuando Tú me mantienes tan apartado?

»Oh, conozco ese salmo en el que está escrito que has apartado para Ti al justo. ¿Soy yo justo? Ah, no: ni aun bueno. Soy tu prisionero retorciéndome entre mis cadenas, cautivo, impotente, profundamente desgraciado.

»Sólo el que es bueno y limpio es feliz. Soy limpio, Señor, pero no soy bueno ni feliz. No puede el hombre ser bueno o feliz. La fuerza que no genera ni una sola cosa no es fuerza. Toda inteligencia ha de ser activa, potente. Soy inteligente. Así me has hecho Tú, Señor. Por lo tanto debo ser activo. Según mi naturaleza he de obrar. Por la oportunidad de obrar languidezco. Estoy siempre impotente e inactivo. El que desea ser bueno lucha por hacer el bien. Las obras han de ser realizadas para los otros por el Creador. Por lo tanto, en mi soledad, soy fútil. ¿Amigos? ¿Y cuál de ellos me has conservado Tú leal a mí en estos doce años de mi soledad, Dios? Ni uno. Andrews, desleal; y Aubrey, desleal; Brander, desleal; Lancaster, desleal; Strages, desleal y pérfido; Scuttle también; Fareham, Roole y Nicholas, desleales; Tatham, desleal; ese detestable y engañoso Blackcote que se acercó adulándome y diciendo “¡valor! ¡No sufrirás ya más de lo que has sufrido!” Y después me robó meses y años de esfuerzo. ¡Ah! Y Lawrence, mi pequeño Lawrence, desleal.

»¿Mujeres? Qué sé yo de mujeres. Nada.

»*Fiat justitia...*, de acuerdo, está Caerleon. Pero un obispo se halla muy por encima de mí. Y su amistad es sólo condescendencia: honesta, afable, generosa, pero..., condescendencia. Sin embargo, me aprecia. Eso me parece. Pero si me creyera, si se fiara de mí, si mostrara su fe en mí, si se fiara por completo de mí, yo

podría hacer lo que el ratón hizo por el león.

»¿Strong<sup>[4]</sup>? Pero para qué nombrar a mi espléndido señor. Fuerte por naturaleza, y también de nombre y posición, fuerte de cuerpo y de espíritu, inmensamente superior a mí en todo, conecedor de toda mi debilidad y de mis imperfecciones: ¡él, que para mí es tan similar a Ti como pueda serlo cualquier hombre! Gracias a una gran indulgencia y urbanidad de su parte él me considera; y ahora cuando el sol pierde sus fulgores, sólo en este momento *Megaloprepés*<sup>[5]</sup> me necesita, sólo en tal caso *Kalòs Kagathós*<sup>[6]</sup> podría llegar a necesitarme.

»¿Por qué, Señor, me has hecho distinto, poco corriente, tan misterioso para mis iguales, y no “un hombre entre hombres” como los demás?

»¿Quiero ser como los demás?

»No, por cierto que no: pero, Señor Dios, ¿soy tan brutal que merezca el exilio?

»Sí, claro que soy un pecador, vil y vergonzante. Pero, Dios, mira la ruina que has permitido que ellos hagan de mí y de mi vida. En todo pones algún propósito. Tienes que haberlo puesto, si existes, Dios y yo sé que existes. Oh, Señor, te doy las gracias.

»Pero, mira, ¿no me he esforzado, afanado y sufrido? No obstante, no me has permitido ninguna satisfacción, ningún provecho o recompensa por todos mis apuros. No: sino que permites siempre que algún criminal desvergonzado me robe, hurtándome el justo fruto de mis trabajos.

»Sí, sé cómo sueño con ciertos placeres, algunas lujurias, la limpieza, la candidez, la frescura y la simplicidad, y la vida de un apacible bien hacer sano, vigoroso y sereno, oculto, sin ostentación que, una vez logrado el éxito, pueda poseer. Lo sé todo al respecto. Pero Tú sabes también que jamás he de utilizarlo en ese sentido, si me lo otorgas. ¿Es que alguna vez he empleado mi éxito para mí mismo y no para los otros? No: no podría soportar la eterna visión silenciosa y melancólica de Tu Virgen Madre.

»Sabes por qué quiero la libertad, el poder y el dinero: sólo para hacer felices a unas pocas personas, sólo para enderezar apenas algo las cosas, sólo para hacerlo todo más fácil, sólo para destorcer vidas retorcidas cuyos desvíos me irritan porque yo mismo no tengo ayuda. ¿Es malo eso? No, juro que mi objetivo es unívoco y no egoísta. Ni siquiera aspiro al crédito. Bien sabes que Tú me has hecho falto del poder de amar a cualquiera, de la posibilidad de ser amado por alguien. Me has hecho independiente. Siempre estaré desprendido y apartado de los demás.

»¿Murmuraciones? No, jamás he murmurado, ni murmuraré.

»Sin embargo, es verdad que me gustaría amar y ser amado; pero tan aislado y solitario como he vivido, supongo que he de proseguir así hasta el fin. Los otros me temen, aun cuando llegan a la linde misma del amor. Temen por ciertas etiquetas que he puesto con frecuencia a los demás: temen que algún día pueda yo ponerles también a ellos una etiqueta. Oh, a menudo me han dicho que no querrían ser mis enemigos.

»Terminaré con eso, Señor, si Tú lo deseas. Pero, a cambio, ¿qué? Creo que piensas que no he de desperdiciar el único talento que Tú me has otorgado. Por todo

esto, Te lo suplico, dame una oportunidad. Debo obrar.

»No: no lo estoy haciendo bien ahora, no es lo mejor que puedo hacer. Oh, lo sé, y lo detesto. Toda mi vida es una pose. De una forma u otra he adoptado la pose, o los estúpidos tontos me han obligado a adoptarla, la pose de un extraño genio oculto, altanero, muy sutil, muy ilustrado, inaccesible... Todo eso son necedades. Señor, Tú sabes qué impostura soy, qué tontería es esto, lo poco que sé de verdad. ¿Pero acaso no sé también esto? ¿No lo digo siempre a todos? Entonces responden que soy modesto. ¡Yo! ¡Ja! ¡Modesto!

»Ésta, por mi Esperanza de Salvación, es la verdad. Tengo miedo de todos los hombres, conocidos y desconocidos; y ante las mujeres me precipito en un terror violento: aunque siempre digo cosas soberbias y duras a unas, y palabras gentiles y suaves a otras, mientras escribo despiadadamente sobre todas ellas, porque me aterran, me aterran; y quiero evitarlas, y mantenerlas lejos de mí. De modo que estoy en pose. Y por eso, también, presento una imagen que pueden adorar, amar u odiar, según les guste o disguste, o les produzca temor reverente; en general, la odian. Siempre, mientras ellos manifiestan sus sentimientos, les miro como si fuese un niño en un espectáculo de títeres.

»Oh, está mal, muy mal, completamente mal. Pero, ¿qué puedo hacer?, Dios, dime, dime con claridad, sin error, con nitidez, dime, dime lo que debo hacer, y haz que lo haga.»

Saltó de la cama: cogió el rosario del bolsillo de su pantalón y volvió a acostarse. Durante la quinta meditación del Hallazgo del Señor en el Templo, se quedó dormido.

—¿El doctor Courtleigh y el doctor Talacryn? —repitió como una duda, con el tono de aquel a quien a las once de la mañana de un día laborable le han anunciado la visita de Belcebú y del arcángel Periel.

—Sí —respondió la criada—. Clérigos. Uno es ese obispo que ya había venido antes.

—¡El obispo que había venido antes! Y..., el otro, ¿cómo es?

—Oh, viejecito y enfermizo, aunque bastante robusto, pero ha de haber sido guapo en tiempos. Lleva una corbata roja al cuello.

—De acuerdo..., yo..., estoy... Gracias. Bajaré en un minuto.

George dejó su tablero de escribir a un lado y cepilló las delanteras de su camisa azul de lino, mientras se recomponía mental y físicamente.

—Flavio, me gustaría saber qué significa esto. Quisiera tener a Iulo aquí, para que me apoyase. Si están planeando algún agravio, un jovencito atlético y agresivo, con ojos de basilisco y la boca llena de un inglés torrencial sería un triunfo excelente para jugar. ¿Agravio? ¡Qué tontería! No pierdas los nervios, hombre. Unos επιοταται<sup>[7]</sup> respetables por lo común no se mezclan en agravios, como tú bien sabes. Nada tienes que temer, de modo que ponte una máscara —la de superioridad, con un toque de desdén— y prepárate para resistir ante el demonio; baja de inmediato para verle huir.



Los dos visitantes estaban en el comedor, una habitación cerrada, de aspecto deslucido, y a la anilina, lleno de muebles sin estilo pero útiles. Cuando George entró, se pusieron de pie: eran hombres graves, importantes, de más de cuarenta y setenta años, de cabello oscuro y robusto, de pelo blanco y de apariencia pintoresca y altanera respectivamente. George se dirigió en línea recta hacia el prelado más joven: se arrodilló y besó el anillo episcopal.

—Su Eminencia comprenderá que no deseo ser irrespetuoso —dijo al anciano, con toda la antipatía tácita que pueda ser albergada en la voz de un hombre— pero el obispo de Caerleon se dice amigo mío. Ignoro a qué pueda yo atribuir el honor de la visita de Su Eminencia, o de qué forma me permitirá recibirle.

—Espero, Mr. Rose, que aceptará usted mi bendición, como también la del doctor Talacryn —respondió el Arzobispo Cardenal con una voz en la que la altanería libraba una lucha extraña con la timidez. Tendió su mano; George la cogió de inmediato y con respeto volvió a arrodillarse, advirtiendo que el anillo tenía un camafeo, en lugar del zafiro cardenalicio. Entonces instó a sus huéspedes a tomar asiento. La atmósfera le parecía cargada con el aroma vigorizante de las posibilidades—. *Yrmnts*<sup>[8]</sup> desea hacerle algunas preguntas —comenzó el obispo joven—, y ha pensado que usted no tomaría a mal que estuviese presente yo, en calidad de amigo suyo.

George echó una mirada de gratitud afectuosa a su interlocutor y se volvió diciendo:

—Me figuraba que Su Eminencia estaría en Roma, en el cónclave.

—Estuve allí hasta hace una quincena; después..., en fin, se dice que usted es un experto en los anales de cónclaves, Mr. Rose, de modo que le interesará saber que estamos en un aplazamiento.

—¿Para mudar el cónclave de Roma?

—¡Oh, no, amigo! No hay necesidad de mudarlo. Los usurpadores piemonteses nos tratan con profundo respeto, estoy tentado de decir. No. Simplemente es un aplazamiento.

—¡Pero eso es sumamente interesante! —exclamó George—. ¿Seguro que se trata de un hecho único? Puedo preguntar..., no, no me atrevería a inquirir el motivo, pero ¿es de dominio público? No he visto nada en los periódicos al respecto; además no estoy en comunicación con ningún católico romano, excepto el...

—No. No es de dominio público, y no se piensa en hacer un anuncio oficial, por razones que usted comprenderá y, creo, sabrá respetar.

—Me siento muy honrado por la confianza de Su Eminencia —murmuró George.

—Ciertos asuntos requerían mi presencia personal en Inglaterra —prosiguió el Cardenal. Era un hombre enfermizo y mayor, casi senil por momentos. Vaciló. Se mostró confuso. Pero mantuvo el ritmo de la conversación con sus manos y rodillas, por así decir, agregando—: Éstos son tiempos fecundos, Mr. Rose.

George fue hacia la puerta: dejó entrar a su gato, que estaba maullando junto a

ella, y volvió a sentarse. Flavio se frotó contra los botines cardenalicios y episcopales alternativamente, saltó a las rodillas de su amigo, se enroscó y permaneció quieto, con excepción del movimiento atento de sus orejas. Los prelados intercambiaron una mirada.

—Pero quizá usted me permita no dilatarme en ese tema e ir sin rodeos al punto sobre el que quería consultarle —en ese momento el Cardenal parecía haber saltado los obstáculos y comenzó a caracolear arzobispalmente—. Hace poco ha vuelto con mucho vigor a mi memoria el hecho de que usted ha sido en cierta época aspirante a las órdenes sagradas, Mr. Rose. Estoy informado de todas las desazones relacionadas con esa parte de su carrera; pero sólo en estos últimos tiempos he llegado a saber que usted nunca ha aceptado, ni reconocido, el veredicto adverso de sus superiores.

—Nunca lo he aceptado. Nunca lo he reconocido. Jamás lo aceptaré. Jamás lo reconoceré.

—¿Querría usted decirme sus motivos?

—Tendría que decir cosas muy desagradables, Eminencia.

—No importa. Dígame toda la verdad. Trate de pensar que está confiándose a su padre espiritual, quien tiene un único deseo: hacer justicia. Si se puede hablar de hacer justicia a la hora undécima.

—Me siento propenso a creer eso, ya que usted en persona se ha avenido a venir a verme. Anhele, por cierto, creer eso. Pero, ¿es sensato desentrañar antiguos agravios? ¿Es deseable desgarrar heridas curadas a medias? ¿Y cómo me ha encontrado Su Eminencia, después de todos estos años? —su temperamento felino se hacía visible.

—Fue algo difícil al principio, sin duda. Usted había desaparecido por completo...

—Eso no es así —interrumpió George. De pronto veía que ésa era una oportunidad única en su vida para decir la palabra exacta ante la persona exacta, y decidió luchar por cada pulgada de su camino frente a ese cardenal, antes de que la muerte le llegase—. Eso no es así —repitió—. Ni desaparecí ni me he escondido de ninguna forma. No se trata de ninguna clase de ocultamiento. Me he visto abandonado con total perfidia; he proseguido mi camino en soledad, sin alterar mis hábitos ni cambiar mi apariencia...

—No ha habido ninguna alusión al respecto, Mr. Rose.

—Me alegra oír hablar así a Su Eminencia. Pero se han dicho cosas de esa índole. Hay fórmulas que la mala voluntad, la indolencia o la estupidez aplican a un hombre al que no se ha visto durante un mes entero. Algunas veces van en detrimento de él. Para mí, son ofensivas, y no estoy dispuesto a tolerarlas.

El Cardenal tragó la píldora y prosiguió:

—En primer lugar, le escribí a través de sus editores, y las cartas me fueron devueltas cerradas y con la inscripción *Rechazada*.

—Eso respondía a explícitas directrices mías. Hace unos pocos años tuve la oportunidad de trazar una abrupta línea divisoria en mi vida...

—Usted se refiere...

—Aludo a una serie de libelos que fueron dirigidos contra mí en los periódicos, sobre todo en los católicos, esos sucios papeles célticos...

—Precisamente. ¿Pero por qué se produjo esa ocasión de trazar lo que usted llama una línea divisoria en su vida?

—Eminencia —dijo George, tranquilizándose y dispuesto a ser conciso y categórico—, docenas de personas que me conocen de hace muchos años tienen que haber comprendido que esos ataques eran infamatorios y falsos. Usted mismo ha de haberlo visto estiró la mano, la abrió y cerró, como si proyectara zarpas entre un pelaje aterciopelado y volviera a ocultarlas. —Sin embargo, sólo una persona de todas esas docenas se presentó para asegurarme su amistad en aquel momento terrible. Todos los demás vomitaron tu bilis o se relamieron los labios en un silencio untuoso. Me vi obligado a sobrellevar ese golpe sin compañía, exceptuada aquella única persona. Y no era un católico. Salvo él, nadie me demostró simpatía ni me confortó. No conozco ningún caso a través de mis lecturas, para no hablar ya de mi experiencia, en que un hombre haya tenido una prueba mejor, o más clara o convincente de la fidelidad o de la falsía de sus amigos. Para no cometer injusticia contra nadie, para que nadie pueda decir que era temerario o precipitado en mis decisiones, esperé dos años: dos años enteros. El obispo de Caerleon vino a verme en ese período de aislamiento; y ningún otro católico, ningún hombre de mi profesión. Tiempo después, aquel único amigo también me traicionó, de modo que no hablaré más de él. A las mujeres, por supuesto, las descarto. El resto se mantuvo en apartamiento unánime. Después publiqué un libro, y ordene a mis editores que rechazaran todas las cartas que les llegasen dirigidas a mi nombre. Quedaba trazada esa línea divisoria. Ya no quería amigos de tiempos de bonanza, temerosos de permanecer a mi lado durante las tormentas. Si después de estos dos años horribles se acercaran a mí antiguos conocidos, de verdad creo que tendría que fulminarlos con lo que dice san Mateo en el capítulo XXV, versículos 41-43...

—¿Qué dice?

—«Porque tuve hambre, y no me disteis de comer», y antes ha dicho: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno». Sí, quedó trazada una línea divisoria en mi vida. Tuve un único amigo leal, un protestante. En cuanto a la fe, es la que me ha confortado. A los fieles, los hallo intolerables. El obispo de Caerleon en el presente es la excepción que confirma la regla, porque vino a verme en el momento álgido de la calumnia.

—Usted es duro, Mr. Rose, muy duro.

—Soy lo que usted y sus católicos han hecho de mí.

—Pobre criatura..., pobre criatura —pudo articular el Cardenal.

—Ruego a Su Eminencia que no me hable en ese tono. Desdeño su piedad en estos momentos. La catástrofe es completa. No alimento inquinas ni busco venganza, no, ni siquiera justicia. Estoy contento de vivir mi propia vida, evitando a mis

hermanos católicos, o tratándoles con una indulgencia severa cuando las circunstancias les ponen en mi camino. No aplasto cucarachas.

—¿Y el efecto sobre su alma?

—El efecto sobre mi alma es perfectamente espantoso. Abomino de todos los católicos y desconfío de ellos, conocidos y desconocidos, exceptuada una única persona. Me he convertido en un derelicto sin timón.

He perdido la fe en el hombre, y también la capacidad de amar.

—¡Qué terrible! —suspiró el Cardenal—. ¿Por ninguno de nosotros alberga usted un sentimiento amable? De cuando en cuando, quiero decir. No puede estar siempre en un estado de ira al rojo vivo, ya sabe. Ha de haber intervalos en que la tensión de su odio disminuya, quizá por pura fatiga: porque la ira es un teto voluntario, es resultado de un esfuerzo. En esos intervalos, ¿nunca se ha sorprendido a sí mismo pensando con afecto en alguno de sus antiguos amigos?

—Sí, Eminencia, muchos son, clérigos y seglares, con los que, por extraño que parezca, cuando mi rabia no está activa, quisiera a veces haberme reconciliado. Sin embargo, no me acercaré a ellos por mi propia voluntad; y ellos no me han brindado oportunidad alguna. No han venido a mí, como lo ha hecho usted —su voz se suavizó un poco y su sonrisa tenía una luz de fascinación.

—¿Pero no quería usted arrojar vituperios sobre ellos? Como es natural no desean exponerse a sus reproches.

—Oh, por supuesto, si su sentido del deber (para no mencionar la decencia) no les ha enseñado a enfrentarse con los reproches... Pero no quiero anticipar cómo podría enfrentarme con ellos después de esto: todo dependería del comportamiento que tuviesen ante mí. Devolvería lo que me dispensaran. Por ejemplo —se volvió hacia el rubicundo Obispo—, ¿he desplegado sillones de estilo o porcelana china ante Monseñor?

—No, no lo ha hecho, aunque me merecía ambas cosas, sin duda. *Yrmnts* —continuó el joven prelado—, creo que comprendo el esquema mental de Mr. Rose. Le han asestado un golpe terrible y está herido de gravedad. Se ha quemado y tiene miedo del fuego. Es natural. Estoy firmemente convencido de que han pecado contra él más de lo que él ha pecado y, aunque siento mucho verle manteniéndonos prácticamente a distancia, de verdad que no sé qué otra cosa podemos esperar mientras no le tratemos tal como nosotros mismos querríamos ser tratados.

—Es verdad, es verdad —concedió el Cardenal.

—De todos modos, es una pena —concluyó el Obispo.

El Cardenal pensó en voz alta:

—Tal vez no tenga usted sentimientos muy amables hacia mí, Mr. Rose.

—No abrigo ningún sentimiento amable hacia Su Eminencia; y creo que usted conoce mis motivos. Confío en que jamás seré sorprendido en una falta de respeto a su sagrada púrpura, pero aparte de eso... —un recuerdo indignante detuvo e inflamó al hombre—, en realidad sólo le estoy hablando con cortesía porque usted es el

sucesor de Agustín y Teodoro, de Dunstan, Anselmo, Chichele y Chichester, y porque mi amigo el obispo de Caerleon le ha traído como huésped en esta ocasión. Monseñor Cardenal, no sé qué quiere usted de mí, ni por qué ha venido a verme, pero permítame decirle que no volveré a enredarme en la conversación. Para tratarme, usted va por el camino católico y esa vía es la errada. La franqueza y la honestidad abierta es el único modo de ganar mi voluntad..., si es que usted la quiere.

—¡Bien! ¡Bien! Usted iba a exponer su punto de vista acerca de su vocación.

—Antes Su Eminencia estaba a punto de decirme cómo me había encontrado, una vez que le fueron devueltas las cartas enviadas a mis editores.

—Me dirigí a varios feligreses que antes habían sido amigos suyos; cuando ninguno de ellos pudo decirme nada, remití una carta a todos los obispos de mi provincia ordenando que se hiciera una investigación entre el clero. Su personalidad, si no su nombre, tenía que ser conocida, sin duda, al menos por alguno de los sacerdotes, si usted seguía siendo católico.

—¡Si seguía siendo católico! —gruñó George con ira y desprecio.

—Se sabe que algunas personas en su situación, Mr. Rose, han incurrido en apostasía.

—Precisamente porque las personas en mi situación habitualmente han cometido apostasía, me abstengo de hacer lo que se espera de mí. No. Seguiré el ejemplo felino de la singularidad exclusiva. Sería demasiado comprometedor y tonto brindarles a ustedes, los católicos, el arma que pudiesen utilizar contra mí. No, no, Eminencia, tenga la certeza de que seguiré siendo un estorbo y pobre, como lo soy, antes que un apóstata y rico, como podría serlo.

El Cardenal alzó las cejas.

—¡Confío en que tenga un motivo más válido que ése!

—Ya le he dicho que no estaba en rebeldía contra la fe sino contra los fieles.

—¿Y la gracia de Dios?

—Oh, es verdad, la gracia de Dios —se apresuró a asentir George con cortesía convencional.

Las finas cejas oscuras bajaron y el Cardenal continuó:

—Tan pronto como hube enviado la orden a mis sufragáneos, de inmediato el doctor Talacryn me proporcionó la información que buscaba.

—Comprendo —dijo George, y agregó—: ¿Por dónde quiere que empiece, Eminencia?

—Déme su propia versión y a su manera, hijo mío.

George hizo algunas caricias suaves y rápidas a su gato. Se obligaba a pensar con intensidad, a poner en orden los hechos primordiales sobre los que había cavilado día y noche, sin cesar, durante años, a tratar de eliminar rastros acerbos, restos de la furia devoradora que todavía le inspiraban todos ellos.

—Tal vez será mejor que yo le explique a Mr. Rose, *Yrmnts*, que ya hemos investigado a fondo su caso —dijo el Obispo—. Le resultará más fácil hablar cuando

sepa que no buscamos información sino su punto de vista personal.

—Sí que lo será —afirmó George—; y doy sinceras gracias a Monseñor. Si usted ya conoce los hechos, será capaz de valorar mi relato; todo lo que tengo que hacer es declarar los presuntos hechos según mi mejor saber y entender. Comenzaré por mi carrera en Maryvale, donde estuve durante un año escolástico de ocho meses como discípulo eclesiástico del obispo de Claughton, y donde recibí la tonsura. Al cabo de esos ocho meses, mi diocesano informó por escrito que no era capaz de hacer planes futuros para mí, porque (cito sus palabras) no había un veredicto unánime de los superiores a favor de mi vocación. Aquello fue como un rayo del cielo, porque los cuatro superiores me habían dicho exactamente lo contrario. De inmediato les escribí, invitándoles a explicar la discrepancia. Fue durante las largas vacaciones. En respuesta, el presidente me declaró su incapacidad para comprender la declaración de mi diocesano y me aconsejó que cambiara de diócesis; por propia iniciativa me envié una carta de presentación al obispo de Lambeth, en la que afirmaba que mis talentos y mi energía (vuelvo a citar) harían de mí un sacerdote muy valioso. El vicerrector declinó agregar algo a lo que ya había dicho sobre mí. Era un hombre sombrío y ocultaba su incapacidad bajo una apariencia austera. El catedrático de teología dogmática declaró que nunca le habían pedido, ni él había expresado por su propia voluntad, una opinión. El de teología moral, que era mi confesor, dijo otro tanto; además, él mismo supervisó mi posterior correspondencia con mi Obispo. Usted advertirá las intenciones de la acción de ese sacerdote. Sin embargo, todo quedó en la nada. El obispo de Claughton se negó a dar explicaciones, a desdecirse, a brindarme una satisfacción. El obispo de Lambeth se negó a mirar mi caso, porque el obispo de Claughton me había rechazado. Ésa fue mi primera incursión en la inexorabilidad de la maquinaria romana, inexorable en la iniquidad como en la justicia.

—¿Se había formado su propia opinión respecto a esas circunstancias? —preguntó el Cardenal, agitando una mano blanca.

—Pensé que alguien había mentado sin importarle nada; que alguien se había equivocado con torpeza; que todos los involucrados estaban decididos a declarar que nadie se había equivocado, como no fuese yo mismo. Se había cometido un error, y con subterfugios, evasivas, amenazas y todas las argucias concebibles, el error iba a ser perpetuado. De haber sido uno los de la clase corriente de estudiante eclesiástico (me refiero al tipo céltico estúpido y relamido), o bien hubiese hecho apostasía furiosa, o bien hubiese aceptado todo con mansedumbre, y me habría convertido en carnicero o queso. Pero esas autoridades, con su miopía intelectual, fueron incapaces de discriminar y con toda alegría estropearon una vida. Oh, sí: me había formado una opinión, y la expresé con toda libertad.

—Quiero decir, si se había formado su propia opinión en lo que a su vocación respecta.

—No. Mi opinión en lo que a mi vocación respecta, tal como era y es, se había formado cuando muchacho, a los quince años. Era muy fervoroso en esa época.

Admito con franqueza que me comporté como un tonto entre los diecisiete y los veinte, corrí toda clase de aventuras, si usted quiere. Pero jamás renuncié a mi divino don. Sólo lo descuidé y me dije *domani*, como cualquier romano. A los veinticuatro me volví muy arrogante al respecto. Sí, mi opinión no había variado, era y es invariable.

—Continúe —dijo el Cardenal.

—Un año después de haber abandonado Maryvale, el arzobispo de Agneda fue instado por uno de sus sacerdotes, un hombre de la universidad que me conocía bien, a que me invitara a revistar como voluntario en su arquidiócesis. Fue una alegría para mí. Su Gracia me envió al Colegio San Andrés de Roma. El sacerdote que me había recomendado y el canónigo Dugdale me aseguraron que, a cambio de mis servicios, mis gastos serían sufragados por el Arzobispo. Nunca lo fueron. Gasté más de ciento veinte libras de mi bolsillo. Después de cuatro meses en el colegio fui expulsado de una forma imprevista y brutal. Jamás se me dio razón alguna; y nunca he sabido de un motivo que pudiese justificar un ultraje tan atroz. Mi Arzobispo mantenía silencio absoluto. Supe que se hablaba de mi falta de vocación. Ésas eran las habladurías de mis condiscípulos, casi todos ellos novatos inmaduros, golfos híbridos dados a falsear cantidades vocálicas y a incurrir en cacofonías nasales. No tomé ni tomo en cuenta tales habladurías. Si mis superiores legítimos hubiesen tenido fundamentos para su acción, fundamentos que ellos hubiesen osado exponer a la luz del día; si con franqueza hubiesen declarado eso mismo ante mí, creo yo que habría planteado muy pocos problemas. Tal como están las cosas, desde luego que soy una espina, o una peste, o un agitador, o una úlcera corrosiva y purulenta..., *vous en faites votre choix*<sup>[9]</sup>. El caso es un misterio para mí, inexplicable, excepto si me baso en una hipótesis conectada con la personalidad del rector del Colegio San Andrés. Recuerdo que el marqués de Mountstuart me leyó un editorial de *The Scotsman* sobre el Rector, en 1886, y que me comentó que era «un horrible pequeño mentiroso». Pero tal vez ese reverendo caballero sea conocido de Su Eminencia.

—Lo conozco bien, Mr. Rose, lo conozco bien. Ahora dígame cuáles fueron sus siguientes pasos.

—Me apresuré a ofrecer mis servicios a otros obispos. Cuando encontré cerradas ante mí todas las puertas, adopté la decisión firme de que jamás renegaría de mi condición de clérigo tonsurado bajo ninguna circunstancia; también decidí emplear mis energías en una empresa que mi natural me permitiese llevar a cabo, hasta que el Divino Otorgador de mi vocación se dignara manifestarla a los demás tal como a mí. Elegí la actividad de pintor. Comenzaba a abrirme camino, cuando los desfalcos de un católico me arruinaron. Todo lo que alguna vez poseí se esfumó. Aun mis herramientas de trabajo fueron ilegalmente incautadas. Comencé una nueva vida, sin más pertenencias que la ropa que llevaba puesta, un libro de horas y ocho chelines en el bolsillo. Obtuve de cierto prelado cuyo nombre no necesito mencionar el encargo de una serie de pinturas que ilustrarían un proyecto suyo destinado a confundir a los

anglicanos. El vio muestras de mi habilidad, me proveyó de materiales para iniciar el trabajo y me brindó como taller una pista de bolos; pocas semanas más tarde (y cito a su secretario) cambió de parecer y decidió invertir su dinero en la construcción de una catedral. Creo que no es necesario que incomode a Su Eminencia con más detalles.

—No, no lo es, Mr. Rose.

—No sé cómo me mantuve con vida hasta el siguiente encargo. Sólo recuerdo que sobrellevé ese terrible invierno de 1894-1895 sin otras ropas que las de verano. Pero no llegó la muerte, y gracias a los azares del trabajo pude recuperar buena parte del terreno que había perdido. Entonces un sacerdote irresponsable y degenerado me pidió que realizara otra serie de cuadros. Trabajé dos años para él; valoró mi producción en mil quinientas libras; en rigor, la vendió a ese precio. Pues bien, jamás me pagó. Por segunda vez perdí todas mis cosas, todo mi trabajo, y me vi reducido al último extremo de la penuria. A continuación comencé a escribir, sólo por la imperiosa necesidad de expresarme a mí mismo. Tenía mucho que decir. Repare usted en que yo no había pedido nada más que ser un humilde sacerdote que cantara misas de difuntos. Me lo negaron. Había empezado a expresar ideales bellos y virtuosos sobre el lienzo. Una vez más me vi rodeado de obstáculos. Debo tener una proyección, y la tendré, una salida para lo que el rector de Maryvale denominó mi «talento y energía». La literatura es el único camino que ustedes los católicos me han dejado. Repróchenselo a sí mismos, no a mí. Oh, sí, tengo mucho que decir.

Hizo una pausa. El Cardenal evitó su mirada observando con atención el borde de sus uñas rosadas, bien cortadas y pulidas como el ónice.

—Y acerca de su vocación, Mr. Rose, ¿qué opinión tiene ahora?

George se apartó con violencia de sus recuerdos.

—Mi opinión, Eminencia, como ya he tenido el honor de decirle, es la misma de siempre.

—¿O sea?

—Que me asiste la divina vocación por el sacerdocio.

—¿Persiste en ella?

—Eminencia, no soy uno de sus bajos irlandeses o pseudogaélicos, pingajos de horca de fervor frívolo y vano, a los que se puede enviar de aquí para allá con el impulso de medio chelín. Gracias al Señor, soy inglés, he nacido bajo el signo de Cáncer: tenaz, lento y seguro. Como es natural, persisto en ella.

Las cejas cardenalicias volvieron a subir.

—El hombre al que la Divina Providencia concede una vocación está destinado a seguirla.

—Yo la sigo. Ni por un solo instante he dejado de seguirla.

—Pero ahora usted ha alcanzado una posición como escritor.

—Sí, en la propia cara de todos ustedes; y únicamente gracias a mí mismo. Sin embargo, se trata de un mero medio para un fin.



—¿Qué fin?

—Éste: cuando haya ganado lo suficiente para pagar ciertas deudas, en las que he caído por la compulsión que ejerció en mí la fe en el honor de un hatajo de estafadores arzobispaes, episcopales y clericales, y una suma que me produzca una renta pequeña y segura, entonces iré sin demora a Roma y ajustaré cuentas con el rector del Colegio San Andrés.

—¡Sssh! —siseó el Obispo. El Cardenal alzó sus delicadas manos.

—*Yrmnts* no debe ofenderse por la forma áspera en que Mr. Rose plantea el caso —puntualizó rápidamente el Obispo—. Suele acuñar frases. Es su oficio, ya sabe usted. Pero en el fondo de su buen corazón estoy seguro de que no quiere nada que no sea justo y adecuado. George, usted no es el tipo de hombre que se ensaña con el caído. Monseñor Cateran fue separado del cargo hace más de siete años.

—Pido perdón a Su Eminencia si he hablado sin urbanidad, y doy las gracias a Monseñor por interpretarme de manera tan generosa. No sabía que a Cateran le hubiese llegado su derrota de Canas. De verdad lo siento, pero me han apuñalado y herido hace tantos años que ahora sólo puedo vengarme, estoy tan sensibilizado como una avispa con un aguijón nuevo. No puedo evitarlo. Parece que sintiera un deleite impío en punzar, espantar y sobresaltar a mis hermanos católicos, en especial a los clérigos, porque yo mismo he sido sobresaltado, espantado y punzado. Lo siento. Sólo quiero decir que cuando haya logrado mi libertad e independencia, volveré a dar muestras de mi vocación.

—¿Se ha comunicado recientemente con su diocesano? —preguntó el Cardenal.

—Su Gracia murió poco después de mi expulsión del Colegio San Andrés. Me presenté a su sucesor, que se negó a escucharme; y está muerto. Nunca me he acercado al actual Arzobispo, más allá de darle noticia de mi existencia y persistencia, porque por cierto que no iré a presentarme a él con cadenas en mis manos.

—¿Cadenas?

—Deudas.

—¿Tiene una razón especial para pertenecer a la arquidiócesis de Agneda?

—Hay cierta fascinación en la idea de ser el ministro de una horda de bárbaros innominables, «los horribles y primigenios britones, feroces ante el extranjero». Aparte de eso, no tengo una razón especial. No me era posible elegir. Me convertí en súbdito eclesiástico de Agneda a instancias de Mr. George Semphill y por invitación del difunto arzobispo Smithson. Eso es todo.

—¿Ahora estaría propenso a ofrecer sus servicios a otro obispo?

—Eminencia, «no he sido yo quien ha perdido a los atenienses: los atenienses me han perdido a mí». Diría esta frase en griego si creyera que usted puede comprenderla. Cuando los atenienses quieran algo de mí, no tendrán muchas dificultades para encontrarme. Pero, si he de expresar la verdad, encuentro demasiado aburridos a esos obispillos. Como acabo de relatarle, cuando calladamente Agneda se

desentendió de sus obligaciones para conmigo, ofrecí mis servicios a media docena de ellos, más o menos, sin dejar de referirles de modo abierto mi historia y mis circunstancias. ¡Habrán creído que yo era un tonto..., o un pícaro desvergonzado y peligroso! Sí, me figuro que pensaron eso de mí. Por esa época yo carecía de complicaciones hasta un punto asombroso. No sabía ni pizca de lo que sé ahora; y afirmo con solemnidad que creo que esos jerarcas con aire de búhos se habrán aturullado porque ni gemí en penitencia, ni lloriqueé pidiendo piedad, sino que hasta tuve la desvergüenza de decirles la verdad ciega y desnuda sobre mí. La verdad desnuda y sin adorno es una categoría muy rara entre los católicos, como sabe usted, y en especial entre los clérigos; supongo que mientras continuemos extrayendo la mayoría de nuestros pastores espirituales de entre los truhanes, de la escoria del arroyo, el hombre que diga la verdad en su propio detrimento siempre será condenado, y con énfasis, por loco o por mala persona, o por ambas cosas.

—¡Por favor, Mr. Rose! —exclamó el Cardenal.

—Sí, Eminencia: enseñamos a los niños que existen tres tipos de mentiras, y que la mentira officiosa, la que se dice para excusarse a sí mismo o al prójimo (la mentira menos cara del lote, diría yo), es sólo un pecado venial. Está en el catecismo. Pues bien, como es natural, los pequeños desechos, que tal vez no pueden captar la sutileza de un *distinguo*, ponen una importancia indebida «sólo» en ese mundo abominable; y crecen como los más despreciables de todos los embusteros. ¡Ah! Aprendí esto de un ser insignificante llamado Danielson, justo después de mi regreso a la fe de mis antepasados. Ese hombre me mintió. En mi inocencia acepté su palabra. Después le descubrí, y expliqué en público la enormidad de su crimen. «Pues, señor», replica él, tan impávido como el bronce, «sólo se trata de un pecado venial».

—George, se está desviando del tema —dijo el Obispo.

—Su Eminencia sabrá disculparme. ¿Qué estaba diciendo? Oh..., que ya he tenido bastante de rechazos entre los obispos. Llegué a esa conclusión cuando el obispo de Chadsee me dijo con benevolencia que yo nunca lograría que un prelado aceptara mis servicios, mientras continuase diciendo la verdad acerca de mis experiencias. Entonces dejé de competir por los rechazos. No me propongo volver a empezar hasta tener una libreta de cheques.

El Cardenal miraba por la ventana, a través de las hojas de una *figus*; sus ojos magníficos estaban desprovistos de toda expresión. Cuando la voz nerviosa, endurecida y patética de su interlocutor se acalló, encauzó la conversación de nuevo diciendo:

—George Arthur Rose, le invito a que se ofrezca a mí.

—No estoy preparado para ofrecerme a Su Eminencia.

—¿No está preparado?

—Pensé que había puesto en claro ante usted que, en cuanto a mi vocación, estoy «dejando pasar el tiempo» hasta obtener el dinero necesario para pagar las deudas que contraí al poner mi fe en el honor de un hatajo de estafadores arzobispaes,

episcopales y clericales, y también una suma suficiente para que me proporcione una pequeña renta anual...

—Continúa usted pulsando esa cuerda —se quejó el Cardenal.

—Es la única cuerda de mi laúd que ustedes no han roto.

—Veo que es usted una persona muy sensible, Mr. Rose. Creo que tantas cavilaciones acerca de sus males han fijado en su mente buena parte de las ideas paganas y erróneas, como la que Juvenal expresa en aquel verso que dice que la pobreza hace ridículo al hombre.

—Nada de eso —replicó George, con sus garras a la vista—. ¡Por el contrario, soy yo (esta hechura suya, Monseñor Cardenal, y de sus católicos) quien hace que la santa pobreza se vea ridícula!

—¡Una paradoja inteligente! —el Cardenal permitió que un matiz de su habitual expresión burlona le tiñera la voz.

—Ni aun una paradoja. Una pobrecita cosa, pero de mi propiedad —disparó George, mirando a través de las gafas de plata de su bisabuelo, que llevaba para andar por casa.

—Bien, bien: el asunto del dinero no debe inquietarle —dijo el Cardenal, volviéndose otra vez hacia la ventana. Su pose era de indiferencia.

—Pero me inquieta. Me inquieta vitalmente. Y sus asombrosas invitaciones también me inquietan ahora. ¿Por qué se dirige a mí después de todos estos años?

—Precisamente, Mr. Rose, después de todos estos años, como dice usted. Me han sugerido, y estoy propenso a decir que concuerdo con lo sugerido, que debemos tomar en cuenta su singular persistencia durante todos estos años..., ¿cuántos años?

—Digamos que veinte.

—Que debemos tomar en cuenta su singular persistencia durante veinte años como una prueba de la genuinidad de su vocación.

George volvió la cara hacia el gato amarillo, que se había trepado a su hombro y descansaba allí.

—Y, por tanto —continuó el Cardenal—, hoy he venido para invitarle a que acepte las órdenes sagradas sin demora entre los intervalos canónicos.

—Responderé a esa invitación dentro de dos años.

—¿Dentro de dos años? La vida es insegura, Mr. Rose. Los que hoy estamos aquí tal vez estemos en la tumba para entonces. Yo mismo soy un hombre viejo.

—Lo sé. Su Eminencia es un hombre viejo. Yo, por la gracia de Dios, por la virtud de mis antepasados y mi propia atención a mi físico, todavía soy joven; y bastante más joven que mis años. No he conservado para nada el vigor y la frescura de la juventud por un milagro tras otro a lo largo de veinte años. Cuando haya publicado otros tres libros responderé a su invitación. No hasta entonces.

—Ya le he dicho que el asunto del dinero no tiene que preocuparle.

—Sí, Eminencia. Mi último diocesano me dijo lo mismo hace varios años.

—Usted es suspicaz, Mr. Rose.

—Tengo motivos para ser suspicaz, Eminencia.

El Cardenal alzó sus manos. El gesto unía la irritación y la desesperanza.

—¿Duda de mí? —balbuceó incrédulo.

—Me fié de Su Eminencia en 1894, y...

El Obispo intervino, porque la naturaleza humana del Cardenal estallaba en llamas bermejas.

—George —dijo—, soy testigo de las palabras de *Zmnts*.

—¿De qué vale eso? ¡Supongamos que acepto la palabra de Su Eminencia! ¡Supongamos que dentro de un par de meses él cambia de idea, determina confundir el ancho con el largo y perpetuar una nueva caricatura de una estación de suministro eléctrico color crema de guisantes y tocino magro! ¿Cuál sería entonces mi remedio? ¿Dónde estaría, una vez más, mi contrato? ¿Podría yo citar ante un tribunal secular a un príncipe de la Iglesia? ¿Lo haría? ¿Podría lograr que Monseñor fuera citado a prestar testimonio contra su Metropolitano y su Provincial? ¿Lo haría yo? ¿Lo haría usted? Monseñor Cardenal, debo hablar, y usted debe escucharme, de hombre a hombre. Usted me ofrece las sagradas órdenes con buenos motivos, con motivos rectos y legítimos, con razones que yo sabía serían concedidas tarde o temprano. Agradezco a Dios que se me concedan ahora... Usted también me ofrece algo bajo la forma de dinero —en medio de su agitación se puso de pie, para disgusto supremo de Flavio, y comenzó a liar un cigarrillo con las colillas que había en una bandeja, sobre la chimenea—. Si le interpreto bien, usted me ofrece, a mí, que no seré pensionista de nadie, que no aceptaré regalos de nadie, el regalo de una pensión...

—¡No! —interrumpió el Cardenal mansamente—. Sólo una restitución.

—¡Oh! —estalló George, para sentarse de inmediato, con una mirada como la del mártir que, mientras las tenazas del pagano hacían su trabajo en las más delicadas de sus partes, contemplara a los portadores angélicos de guirnaldas de amarantos.

—Reparación y restitución —repitió el Cardenal.

—¿Qué he de decir? —George se dirigía a su gato y al Obispo.

—Simplemente ha de decir de qué forma aceptará que se concrete este acto de justicia nuestro —respondió el Cardenal, considerando que la pregunta había sido para él.

—Debo tener tiempo para pensarlo. Debe concederme tiempo para pensar.

—No, George —intervino el Obispo—; no se tome ningún tiempo. Diga ahora qué piensa. Haga un esfuerzo para creer en la sinceridad de nuestro empeño, y que en este asunto nos hallamos en sus manos. ¿Puedo afirmar eso, *Yrmnts*? —preguntó.

—Sin duda: nos ponemos en las manos de Mr. Rose, sin reservas, ¡aj! —afirmó el Cardenal, jadeando por el esfuerzo.

George concentró su atención y recitó, más que habló, con tono modesto, voluntarioso y ágil.

—He de recibir por escrito una declaración de arrepentimiento por los daños que se me han inferido tanto por parte de Su Eminencia como por parte de los otros que

siguieron su parecer, su orden o su ejemplo.

—Aquí está —dijo el Cardenal, mientras sacaba un papel doblado de entre las páginas de su breviario—. Sabíamos que usted lo pediría. Debo señalar que he escrito en mi propio nombre y también como portavoz del cuerpo católico.

George cogió el papel y lo leyó con cuidado dos o tres veces, entre un temblor de sus fastidiosamente delgados labios. Era muy elegante. Entonces dijo:

—Doy las gracias a Su Eminencia y a mis hermanos católicos —y arrojó el documento al fuego, donde en un momento quedó reducido a cenizas.

—¡Un hombre vivo! —exclamó el Obispo.

—No pretendo conservar un registro de la humillación de mis superiores —dijo George, volviendo a su recitativo didáctico.

—Veo que Mr. Rose sabe comportarse con nobleza, como usted anunció, Frank —comentó el Cardenal.

—Sólo de cuando en cuando, Eminencia. No siempre se puede estar en pose. Pero hace tiempo había decidido hacer esto, si usted me brindaba la oportunidad. Y ahora —hizo una pausa y continuó—, ¿reconoce la objetividad de lo que yo digo?

—No podemos negarla, Mr. Rose.

—Pues bien, ahora que a mi vez me he puesto en sus manos —volvía a recitar—, debo disponer de una suma de dinero —ese paradójico «debo» fue dicho con el mejor de los tonos—, debo disponer de una suma de dinero equivalente al valor del trabajo que he realizado desde 1892, y de la que he sido..., y por el que no se me ha pagado. Debo recibir cinco mil libras.

—Además del monto de sus deudas y una compensación por sus penurias...

—Usted no puede aliviarme de mis penurias, como tampoco puede devolverme mi capacidad de amar al prójimo. El indigno monto de mis deudas me concierne a mí, a mis acreedores, y a nadie más. Si hubiese recibido la paga de mi trabajo, no tendría deudas. Cuando me paguen, pagaré.

—Las cinco mil libras son suyas, Mr. Rose.

—¿Pero a quién se robará...?

—¡Mi querido hijo! —interrumpió el Cardenal.

—¡George! —exclamó al mismo tiempo el Obispo.

—Se robará, Eminencia. ¿No sabemos todos los católicos la forma en que Pedro robó para pagar a Pablo? Repito, ¿a quién se robará para que yo reciba mi paga? Porque me niego a tocar un solo cuarto apartado de los fondos religiosos, o pedido al devoto inofensivo.

—No debe alarmarse por ese motivo. Su historia es bien conocida de muchos de nosotros, como sabe usted: en estos últimos tiempos nos ha preocupado profundamente a varios, cosa que tal vez usted no sepa. Alguien que se ha llamado amigo suyo, que prometió, aj, jamás dejarle caer y que le dejó caer, alguien que permitió que otros le hiciesen daño, se ha decidido ahora a poner a mi disposición diez mil libras a modo de paga, algo así como una ofrenda expiatoria. Pretendo

usarlas para rehabilitarle a usted, Mr. Rose, en fin, para restaurar sus derechos. Ahora que nos hemos entendido, me dispongo a abrir una cuenta... ¿Tiene usted ya una cuenta bancaria? Muy bien, a mi regreso a Pimlico, abriré una cuenta a su nombre en Coutts.

—Debo saber el nombre de ese pecador penitente, porque es mucho lo que dicen las palabras de Su Eminencia.

—Edward Lancaster.

—Tendría que haberlo adivinado. De acuerdo, jamás echará de menos ese dinero: no es más que una gota de su océano; creo que puedo hacer tanto como él con esa suma. Eminencia, dígame que le envíe mi afecto y que aceptaré cinco mil libras: nada más. El resto..., oh, sí: lo entregaré a Su Eminencia para que lo dé a los clérigos que han dejado los hábitos y sustentan a sus esposas, o a algún hogar laico para jóvenes trabajadores, o al obispo de Caerleon para su necesitada diócesis. Sí, divídalo entre ellos.

Los prelados se pusieron de pie para marcharse. George se arrodilló y recibió las bendiciones.

—Nos veremos en la Sede Arzobispal, Mr. Rose —dijo el cardenal Courtleigh desde el vano de la puerta.

—Si Su Eminencia telegrafía a Agneda ahora mismo, podrá tener mis dimisorias a su arquidiócesis en el correo de mañana. Estaré en la Sede Arzobispal a las siete y media, para confesar con el obispo de Caerleon. Su Eminencia dice misa a las ocho y me dará la santa comunión. A las ocho y media llegará el correo y usted me concederá las cuatro órdenes menores. Entonces... bien, *entonces*, Eminencia —sonrió con dulzura—. Ya ve usted que no puedo tolerar ningún retraso ahora. Entre tanto, iré a tomar un baño turco, a comprar un alzacuello y a meditar acerca de mi nueva..., no, de mi vieja vida.

—¿Qué piensa de él, *Yrmnts*? —preguntó el Obispo mientras se alejaban en el modesto coche.

—¡Sabe Dios! ¡Sólo Dios sabe! —respondió el Cardenal—. Espero... En fin, hemos hecho lo que nos habíamos propuesto hacer, ¿verdad? ¡Qué criatura extraordinaria, qué incomprensible, sin duda! Desde luego que no me gustan su paganismo ni su petulancia ni su argot ni su presteza para dictar cátedra; y por supuesto que tiene una triste carencia de humildad. Nos ha tratado a ambos con muy poco respeto, como usted debe admitir, Frank. ¿Cómo nos ha llamado? ¿Obispillos? No le puede justificar. ¡Y también nos ha llamado jerarcas con aire de búhos!

—No. Creo que no siente ni una pizca de reverencia por ninguno de nosotros. Después de todo, no veo que pudiéramos esperarla. Pero tal vez, con el tiempo, llegue.

—¿De verdad lo cree? —dijo el Cardenal; los ojos de los ocupantes del coche se volvieron a mirarse, se encontraron y dejaron que brillara la chispa de una mutua

sonrisa recóndita.

—Por mi parte —continuó el prelado joven—, procuraré reparar el inmenso daño que le he hecho desentendiéndome de él. No puedo superar la sensación de desconfianza que aún me produce Rose. Pero confieso que ejerce una atracción extraña sobre mí. Es un placer encontrarse con un hombre que no vacila en tratar a un obispo como a su par.

—¿Le ha parecido que actuaba?

—Sí, por cierto: creo que actuó durante casi toda la entrevista. Pero estoy seguro de que no era consciente de eso. Es tan transparente y cándido como un niño, sin duda.

—Me pareció que había pulido y disecado todos esos pequeños parlamentos. Los declamaba como una lección.

—Ah, pobre hombre, no ha pensado en otra cosa durante años, y creo, *Yrmnts*, que la concentración mental llevada a un extremo como ése brinda una especie de poder de anticipación. Me parece claro que él había previsto algo y estaba bien preparado para recibirnos.

—Es extraño —respondió el Cardenal, cuya mirada oblicua a través de las cejas indicaba falta de atención a las ideas situadas más allá de su interés.

—Sin embargo, ¿no se ha portado bien en cuanto al dinero?

—Muy bien. ¡Pero qué tonto! En fin, Frank, sólo podemos rogar que él salga adelante. Creo que lo conseguirá. De veras creo que lo conseguirá. Espero y confío en encontrar allí la materia de la santidad. Quizá un tipo de santidad poco grata. Será un hombre difícil. Ese carácter singular y la fuerza que le han dado todos esos años de autoconcentración..., oh, jamás se avendrá a ser manejado, esté seguro de eso. Frank, he visto ese mismo tipo de cara entre los anarquistas académicos. Será de nuestra incumbencia vigilarle, porque querrá andar su propio camino; y el suyo ha de ser nuestro camino. No será la senda equivocada, pero..., oh, sí, resultará un hombre muy difícil. Vaya, ¡sólo Dios lo sabe! ¿Quiere ver si pasamos por una oficina de telégrafos, Frank, mientras yo rezo mis Horas Breves? Tal vez tendríamos...

El Cardenal abrió su breviario en la Sexta y se santiguó.

George volvió al comedor; se sentó en la silla plegable de caña que el Cardenal acababa de abandonar. Encendió el cigarrillo que había liado durante la conversación. Flavio se había adueñado del asiento que antes ocupara el Obispo (una butaca de mimbre provista de cojines mullidos), en una pose imponente, con la grupa bien destacada, sedosa y amarilla, el hermoso rabo desplegado en toda su longitud, las manos dobladas hacia dentro, bajo el pecho, y la cabeza majestuosa, vigilante.

Una mujer sin sentido autocrítico comenzó a desafinar escalas y trinos en una casa fronterá. George hizo planes para aplastarla con un gramófono enorme, que no soltara más que trompetería a través de las ventanas abiertas. Fumó su cigarrillo hasta el fin observando al gato. Entonces dijo:

—¿Chico, dónde estamos?

Flavio parpadeó y giró la cabeza, como si dijese: «Evidentemente, aquí».

George aceptó la indicación. Subió y se puso un traje de sarga negra. Pidió prestados unos soberanos a su casero, tomó su merienda de pan y leche, y cogió la línea noroeste del ferrocarril hacia Highbury. Mientras se alejaba de la estación en medio del suburbio vocinglero y vivaz de Islington Upper Street, mantuvo inactiva su mente, paralizados los altos procesos mentales de inducción y deducción, las facultades de crítica y juicio. Su método era aristotélico, ya que obtenía sus universales de un análisis de numerosos particulares. Tenía mucho material para sus reflexiones, y lo almacenaba para cuando llegase el instante de pensar. En ese momento había salido para hacer ejercicio. Al mismo tiempo, comenzaba a ver los acontecimientos de la mañana con perspectiva. Su mente parecía cera caliente sobre una tablilla, donde los datos exteriores no grababan más que impresiones transitorias: una judía gorda de color fucsia que llevaba botinas nuevas con una línea blanca en torno a sus estúpidos tacones altos; un crío con una nariz poco cuidada que asomaba por encima del borde lateral de un cochecillo; la pierna de un muchacho, larga y de singular esbeltez, extendida para montar en una bicicleta; una hermana anglicana de la caridad que desplegaba los visillos y sus ojos en el escaparate agresivo de la tienda de un camiserero; un venerable y tímido afinador de pianos, cuyo brazo izquierdo soportaba el peso de la inconfundible bolsa de herramientas; una mirada ansiosa, atormentada, inquisitiva en los ojos de todos. Se dirigió hacia el suroeste; anduvo hasta cansarse, durante una hora y media.

Después, se acostó boca abajo en el *calidarium* de una casa de baños: una forma delgada y blanca, de músculos proporcionados, adolescentes en su encanto, y suaves. Tenía la frente apoyada sobre los brazos cruzados, que protegían sus ojos. Había ido a ese lugar porque nadie le conocía allí; el establecimiento, con sus encargados y parroquianos era por completo extraño para él: no le fastidiarían con las trivialidades de la familiaridad, y un encuentro con cualquiera de sus conocidos era impensable en ese momento. De cuando en cuando se refrescaba bajo la ducha; pero, mientras su cuerpo descansaba tendido en medio del aire oxigenado y caliente, permitió que su cerebro trabajara con soltura y de prisa. Al cabo de dos horas puso fin a su baño con una prolongada inmersión en agua fría y se retiró alegremente estimulado hacia el *unctuarium*, para fumar. Allí escribió las siguientes observaciones en su cuaderno de notas:

«¿He sido justo con ellos? Sí, pero inmisericorde. N. B. *Para que un acto sea de verdad bueno y meritorio, debe ser llevado a cabo por voluntad propia y por autocompulsión.*

»¿Qué he ganado? La promesa verbal de una plaza de sacerdote y la promesa verbal de cinco mil libras. Hm-mm-hm-mm-hm-mm.

»¿Qué ha ganado él? Si es honesto, el haber drenado un absceso purulento, la lealtad de un hombre que quiere ser creyente, y tal vez el mérito de salvar un alma. N.



B. *Había falta de voluntad y autocompulsión en él.*

»¿Por qué se muestra tan tímido?

»Una buena parte de lo que dije era gratuitamente exasperante. ¿Por qué lo soportó?

»¿Qué sabe él que yo ignoro?

»¿Qué sé yo que él ignore?

»¿Qué cosas importantes, según mi costumbre, he dejado de decir?

»¿He dicho más de lo que hubiese sido bastante?

»¿Me he delatado una vez más?

»¿Él es honesto?

»¿Cuál era su verdadero motivo?

»¡Oh! ¿Por qué se ha humillado tanto a sí mismo?

»No lo sé. No lo sé. No lo sé.

»¿Qué he de hacer ahora? Adelántate un paso. “Haz el próximo movimiento.”»

Mientras espolvoreaba con bórax su brazo vacunado, antes de vestirse, se dijo a sí mismo: «Ve a Berners Street y compra un alzacuello de color acero y dos docenas de cuellos romanos, con un respunte en el medio, si es posible; después ve a Scott y compra un sombrero plano. El traje de sarga negra tendrá que valer tal como está. Si no les gusta la chaqueta, deja que les disguste. A continuación ve a casa, a examinar tu conciencia».

El Obispo cerró la puerta del salón; cogió el crucifijo que estaba encima de la repisa de la chimenea y lo depositó sobre la mesa; besó la cruz de una pequeña estola morada que llevaba consigo y que puso sobre sus hombros. Se sentó haciendo ángulo recto con el extremo de la mesa, con la mejilla izquierda hacia el crucifijo, la espalda hacia el penitente. George se arrodilló en el suelo, junto a la mesa, de frente al crucifijo, se santiguó y comenzó a hablar:

—Bendígame, padre, porque he pecado.

—Que el Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que con veracidad y humildemente puedas confesar tus pecados, ✝ en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Confieso a Dios Todopoderoso, a la bienaventurada y siempre Virgen María, al bienaventurado Miguel Arcángel, al bienaventurado Juan Bautista, a los santos apóstoles Pedro y Pablo, a todos los santos y a usted, padre, que he pecado en demasía de pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. He confesado por última vez hace cinco días, recibí la absolución y cumplí la penitencia. Desde entonces quebranté el primer mandamiento, una vez, por ser tan tonto y supersticioso como para bajar las escaleras en calcetines, porque por accidente me había puesto el zapato izquierdo antes de calzar el derecho; una segunda vez, por hablar con desdén de los ministros de Dios y ante ellos. He quebrantado el tercer mandamiento, una vez, por no asistir a la misa del domingo; por segunda vez,

por permitir que mi mente se distrajera en los zapatos del sacerdote que celebraba la misa el día sábado. He quebrantado el cuarto mandamiento, una vez, comportándome con viva obcecación ante mi superior; y una segunda vez, diciéndole cosas que le causaron pena...

—¿Fue deliberado?

—En parte. Pero yo estaba enfadado por su actitud hacia mí.

—¿Qué quejas tienes de su actitud?

—Era engreída. Me había inferido una afrenta honda y vino a verme para rectificarse; me sentí ofendido por lo que consideré que era arrogancia en su actitud. Me equivoqué. Confieso que se produjo un estallido de mi propio temperamento crítico intolerante e impaciente, que debería haber dominado.

—¿Hay algo más sobre tu conciencia, hijo mío?

—Muchas cosas más. Confieso que he quebrantado el sexto mandamiento, una vez, por seguir leyendo un epigrama de la *Antología* aun después de haber visto que era obsceno. He quebrantado el octavo mandamiento, una vez, por haber contado una historia difamatoria acerca de un personaje real hoy muerto; no sé si era verdadera o falsa, era una historia vulgar que había oído por allí, y no debí haberla repetido. He quebrantado el tercer mandamiento de la Iglesia, comiendo una tostada con mantequilla en día viernes: estaba hambriento y la tostada parecía apetitosa, comí demasiado en la merienda y no pude cenar; en un primer momento, fue una inadvertencia, pero luego lo hice sabiendo lo que hacía.

—¿Estás dispuesto a ayunar durante esta Cuaresma?

—Sí, padre... De todos esos pecados tengo conciencia desde la última vez que me confesé, como también de los pecados capitales de mi vida. Soy culpable de falta de atención y de poco interés en mis ejercicios espirituales. A veces soy capaz de concentrarme en ellos; otras, permito que hasta cosas indignas me distraigan. Mi mente tiene una tendencia a la frivolidad, a la perversidad. Sé qué es lo sano y lo amo y admiro, pero no me controlo tanto como debiera. Digo mis oraciones a horarios irregulares; a veces me olvido de ellas por completo.

—¿Cuántas veces por semana, por término medio?

—Con menor frecuencia, no más de una vez al mes, creo. Otro tanto ocurre con mis oficios.

—¿Qué oficios? Tú no tienes aún esa obligación, ¿verdad?

—No la tengo, en cierto sentido, pero hace algunos años, cuando fui tonsurado, de inmediato comencé a celebrar el oficio divino...

—¿Has hecho algún voto?

—No, padre: fue uno de mis caprichos privados. Me sentía lleno de una terrible ansiedad de ejercer el sacerdocio tan pronto como fuese posible; y tan pronto como fui admitido en el estado clerical me ocupé de adquirir los hábitos eclesiásticos. Escribí las partes necesarias de la liturgia sobre largas tiras de papel y las clavé en las paredes de mi habitación; las estudiaba de memoria mientras me vestía. El oficio fue

algo distinto. Lo celebré con bastante regularidad durante unos tres años. A veces un pasaje de detestable latín vulgar, por el que alguien hubiese merecido un azote, me distraía, y me paraba en mitad de algún trozo de las Escrituras —solía hacerlo en esos casos—, pero nunca dejé la práctica durante más de un día. Ciertas circunstancias me privaron de mi breviario, pero conservé un pequeño libro de horas y seguí rezando todo menos los maitines y las laudes. No era satisfactorio, no tenía *Ordo*, y al cabo de un mes o dos abandoné esa práctica. Más tarde comencé a celebrar el *Pequeño oficio*, y esto por obligación, porque profesé en la Tercera Orden de san Francisco. Agregué a eso el *Oficio de difuntos* para sumar una cantidad aceptable. Pero no he sido regular. Igual ocurre con mis deberes. En general, confieso y comulgo una vez a la semana; pero a veces no lo hago en los días señalados. A veces olvido la misa en los días de fiesta por motivos absurdos. Sí, a menudo. Por lo común asisto a misa cada día y siempre dejo de hacerlo en día de fiesta...

—Explícate, hijo mío.

—Vivo entre dos iglesias: una está a media hora de marcha; la otra, a un cuarto...

—¿Te has visto obligado a vivir en ese lugar?

—Sí; hasta el punto en que uno se ve obligado a hacer una cosa inconveniente y detestable. Yo no elegí ese lugar. Un falso amigo me instó a que fuera a ese sitio, desapareció con ciertos papeles míos y me he visto forzado a permanecer y a consumirme allí...

—Continúa, hijo mío.

—Cuando estoy bien dispuesto, voy a la iglesia más apartada. Cuando me invade la pereza, no voy a ninguna, esto lo hago sólo en los días de fiesta, porque en la más cercana tendría que encontrarme con el ceño de los integrantes de una familia adinerada, que me conocieron cuando yo estaba en buena situación económica, y que ahora me miran como si cometiese una impertinencia al frecuentar una iglesia decorada a sus expensas con una cromolitografía. También detesto arrodillarme en un banco, como un protestante, mientras alguien me echa su aliento en la nuca. Puedo oír misa con devoción y con placer estético en una iglesia rica de rincones oscuros y sin bancos. Nunca he visto en este país una en la que no estuviese consciente de las personas repugnantes y de las ropas indecentes de los feligreses, de la sustitución impropia de la música eclesiástica, de la insolencia chillona del lugar, del comportamiento presuntuoso de los ministros. Cosas como éstas me distraen y a veces me apartan por completo de la iglesia. Quiero adorar a mi Hacedor en soledad, desde cierta distancia, sin ser visto por nadie que no sea Él. Es así: entre los seglares soy un pez fuera del agua, porque soy un clérigo cuyo lugar no está lejos de los *cancelli* sino entre ellos. Sin embargo, confieso que, con cierta frecuencia, soy culpable de descuidar mi deber, por motivos que sé fantasiosos, sensuales e inexcusables. Confieso que he usado exclamaciones vulgares, como *oh*, *Dios mío* y *maldición*. No muy a menudo... Confieso que mi resignación ante la voluntad del Señor es imperfecta. Muy a menudo pienso que no sé ni puedo saber cuál es la voluntad de

Dios. En general sigo mis instintos; no, por supuesto, cuando sé que son pecaminosos. Por lo común soy capaz de resistirme a éstos. Pero, al planear mi vida, en las pruebas, cuando de verdad quiero conocer la voluntad de Dios, no tengo un patrón que pueda aplicar a las operaciones de mi intelecto. No me refiero al dogma. Acepto el de la Iglesia de un modo implícito. Me refiero a los pequeños dilemas de la vida. Hace años, acostumbraba a consultar a mi confesor. Jamás obtuve una respuesta adecuada, iluminadora o al menos inteligente. El tiempo era escaso, había mucha gente esperando fuera del confesionario, o Su Reverencia había sido interrumpido en mitad de su oficio. Ante mí se entonaba un canto de llaneza inaplicable; por supuesto, me marchaba airado. Más tarde maduré hasta pensar que un hombre no debe eludir su propia responsabilidad; que debe estar preparado para decidir por sí mismo y afrontar las consecuencias. Dejé de consultar a los clérigos, como no fuese en puntos técnicos. Hago lo que puedo por mí mismo; y ruego a Dios que sea misericordioso con mis errores. Deseo con afán cumplir Su voluntad en todas las cosas, pero a menudo yerro. Por ejemplo, no puedo soportar el dolor. Me convierte en un salvaje, literalmente. No tolero el castigo con sumisión. Confieso todas mis faltas. No he guardado el respeto filial hacia mis padres. He usado de irreverencia y he sido desobediente con mis superiores. He discutido con ellos, en lugar de ser humilde y plegar mi voluntad a la de ellos. Les he puesto motes, etiquetas punzantes que les fastidian porque revelan características mentales y corporales de las que no están orgullosos. Por ejemplo, he dicho que las piernas color violeta del rector de la universidad tienen la forma de pequeños comulgatorios jacobeos; he puesto a cierto prelado doméstico un apodo que en griego significa *Alma fangosa*, βοςβοσόφμηΤ0ς. No he hecho estas cosas por una crueldad que de veras implique vicio y perversidad, sino por una exhibición orgullosa de mi capacidad de penetración y de percepción, o por frivolidad culpable. Confieso que no he practicado el amor, la paciencia, la sinceridad, la justicia con mi prójimo. El egoísmo, el voluntarismo y un deseo fatuo de ser distinto de las demás personas han ocasionado estos quebrantamientos de la ley de Dios. Ese deseo es casi siempre inconsciente o subconsciente, raras veces deliberado. Soy injusto a través de la acidez de mi lengua y de mi pluma; por ejemplo, he ridiculizado las escrófulas de un editor. Soy impaciente con la debilidad mental o física; por ejemplo, he hecho que asomaran lágrimas a los ojos de un alumno con mis observaciones, cuando él reprodujo las palabras de Eduardo III a Felipa, con respecto a los seis burgueses de Calais, diciendo: «Maldición, no puedo negaros nada, pero quisiera que hubieseis sido *en otro modo*». Soy insincero, de una manera pecaminosa, no criminal. Quiero decir que me deleito en confundir a los demás adoptando la pose de un monumento de erudición compleja, cuando en realidad no soy sino un simplón tonto. Cometo injusticia en mi presteza para juzgar con pocas pruebas; por mi hábito de creer todo lo que oigo (ésta es una falta mía tremendamente visible), y por contar o repetir historias difamatorias. Confieso mi pecado de calumnia. He transmitido relatos improprios, no de la clase ofensiva corriente, sino de los que se consideran exquisitos, ingeniosos o

elaborados. A los que pertenecen a la coprolalia, comunes en los colegios y entre los clérigos, he cometido la injusticia de llamarlos *Cuentos catolicorromanos*. Si fuese necesario designarlos en forma particular, bastaría el epíteto clásico, *milesios*, pero jamás es necesario. No he incurrido demasiado a menudo en esta ofensa, sino de cuando en cuando, de acuerdo con la compañía en que me hallase. Confieso que he pecado contra mí mismo; por ejemplo, no he evitado la holgura y el lujo. Me he sentido muy ufano de disfrutar de ellos cuando han aparecido en mi camino. He sido prolijo en mi persona, mis gustos, mis ropas, presumiendo de hábitos delicados, de preferencias y rechazos. Detesto levantarme pronto por las mañanas y lo hago de mal talante. Soy melindroso en las comidas. Jamás he aplacado mi antipatía natural hacia la carne, en especial las vísceras, como mollejas o riñones. Abomino del pescado por su hediondez. En otros tiempos, jamás me sentaba a una mesa en la que hubiesen servido pescado. Ahora puedo hacerlo, con un esfuerzo de voluntad: pero no soy capaz de comer pescado sin sentir náuseas. Jamás lo comeré. Cierta vez logré que un hombre se pusiera malo a causa de una comparación repugnante que apliqué a unas ostras que él estaba a punto de tomar... No he evitado ocasiones de peligro de pecado. No he estado dispuesto a resistir la tentación. Por ejemplo, mi deseo de aumentar mis conocimientos me lleva a una apreciación y análisis minuciosos de cada cosa que me interese. Con respecto a las bellas artes, estudio el desnudo, la anatomía humana en general, sin emociones que vayan más allá de la admiración apasionada por la belleza. Nunca he sido capaz de encontrar vergonzante la belleza; la fealdad, sí. Con respecto a la literatura, he leído libros y revistas prohibidos, el *Nineteenth Century*, y libros antiguos y modernos que pertenecen a un tipo determinado. Mis motivos siempre han sido informarme por mí mismo. En todos los casos he sabido en qué áreas de tentación me iba internando. Por norma, ningún efecto me ha producido esto, excepto el sentimiento de desagrado ante escritores que escriben con vulgaridad por el gusto de la vulgaridad, como Straton o Pontano. Confieso que dos o tres veces en mi vida he gozado con pensamientos impuros que me inspirara el discurso de Cicerón en defensa de M. Celio; y quizá media docena de veces con un verso del poema *Artist* de John Addington Symonds. Confieso que me he solazado con esos pensamientos por un instante antes de desecharlos. Hay una cosa que nunca he mencionado en confesión en forma satisfactoria para mí. Quiero decir que sólo la he mencionado en términos vagos. No me sentía muy seguro al respecto. Sé que no puedo pensar en eso y en la pureza inmaculada de la Virgen Madre a un tiempo. De ello concluyo que soy culpable...

—Alivia tu mente, hijo mío.

—Hace catorce años, cené con una mujer cuyo marido era gran amigo mío. Estaban con nosotros sus dos hijos, una niña de quince y un muchacho de trece años. El marido estaría ausente por asuntos de negocios unos pocos meses. Después de la cena, ella mandó a sus hijos a la cama. Minutos más tarde fue a darles las buenas noches: era una madre excelente. Aguardé en el salón. Cuando ella volvió, yo estaba

de pie, dispuesto a marcharme. Al entrar, la mujer cerró la puerta y apagó la luz. Instintivamente encendí una cerilla. Ella rió, disculpándose por su distracción. Dije las frases corteses del caso y me marché. Quince días más tarde, fui invitado a cenar una segunda vez. Sucedió lo mismo, pero en esta ocasión, cuando volvió de dar las buenas noches a sus hijos, llevaba un vestido violeta muy atrevido. No dije nada y de inmediato abandoné esa casa. Después de aquello he evitado saludarla en la calle. Nunca he vuelto a hablarle. Su marido era un buen hombre, un mártir, y yo le admiraba muchísimo. Murió pocos años después. No siento por esa mujer nada que no sea aborrecimiento. Era de una repulsividad perversa. Algunos pensamientos vagos surgieron de esos incidentes; pensamientos que no se relacionaban con ella sino con ciertas ideas sensuales, algún fantasma de mi imaginación. Nunca fueron más que pensamientos. Creo que debo de haberme deleitado con ellos, porque han vuelto a mí unas doce o catorce veces en otros tantos años. Confieso esos pecados de pensamiento. También, creo que debo confesar ante mí mismo una falta de presteza después de la primera vez que ella apagó la luz, y que jamás debía haber vuelto a estar a solas con esa mujer. Me comporté con una torpeza ridícula, porque sólo después del segundo incidente comprendí el significado del primero. Confieso que no mantuve mis sentidos tan vigilantes como hubiese debido. No pongo limitación ninguna a mi vista, mi oído, mi gusto, mi olfato o mi tacto como no sea de acuerdo con mis simpatías o antipatías naturales. Las cultivo, las refino, las aguzo, pero jamás las mortifico. Casi nunca pongo en práctica la autodenegación. Aun cuando lo hago, me sorprende a mí mismo extrayendo de allí elementos de goce estético. Por ejemplo, en cierta oportunidad presencié la amputación de una pierna. Bajo la acción de la anestesia, tan pronto como la sierra tocó la médula del fémur, la otra pierna comenzó a sacudirse. Yo estaba allí y el cirujano me pidió que sujetara esa pierna. Era horrible, pero lo hice. Y entonces me sorprendí admirando la exquisita textura sedosa de la piel humana... Padre, soy el siervo más indigno del Señor. Soy un cristiano lamentable. Confieso todos estos pecados, todos los pecados que no puedo recordar, todos los pecados de mi vida. Imploro el perdón de Dios, y el suyo, padre, la penitencia y la absolución. Por tanto ruego a la bienaventurada y siempre Virgen María, al bienaventurado Miguel Arcángel, al bienaventurado Juan Bautista, a los santos apóstoles Pedro y Pablo, a todos los santos y a usted, padre, que rueguen por mí a Dios Nuestro Señor.

—Hijo mío, ¿amas a Dios?

Después de un silencio, con demora, llegó la respuesta:

—No lo sé. De verdad, no lo sé. Él es Δημιουργός, el Creador del mundo para mí. Es para mí Τὸ Ἀγαθόν, la verdad, la justicia y la belleza. Es el Πανιανὰξ, el Señor de todo para mí. Es el primero. Es el último. Es perfecto, es supremo. Creo en Dios Espíritu Santo, el Señor, el que da la vida; un Dios trino y la Trinidad en uno. Creo absolutamente en Él. Confío en Él sin condiciones. No Le temo, porque no puedo pensar en Él sino como en el justo y el misericordioso. Pensar de otro modo sería a la

vez absurdo e injusto para conmigo mismo. Y estoy muy seguro de que con prontitud, gran anhelo y mayor deleite, haré cualquier clase de sacrificio por Él. No sé por qué. Hasta aquí veo con claridad. Más allá, mi cerebro llega a un abismo enorme, lleno de bruma.

—¿Amas al prójimo?

—No, lo detesto francamente, sea hombre o mujer. Me explicaré. Muchas personas me son repugnantes por su aspecto horrible; muchas más, porque son feas en sus modales, y no pocas por la fealdad de sus ideas. No se puede decir que no haya conocido otra clase de personas. Las he conocido. Me he cruzado con gente con la que me hubiese gustado mantener un trato de simpatía. Pero he sido incapaz de acercarme a ellas lo bastante. Parece que yo fuera una cosa aparte. No puedo comprender a mi prójimo. Lo que a él le satisface no me satisface a mí. Una vez pedí a un joven que me permitiera leer las cartas de su amada. Me las trajo, cada día, durante una semana. Su amor había parecido ser un idilio perfecto, puro y dulce como una flor. Pues bien: jamás había leído tanta basura en mi vida, sólo noticias tontas y balbuceos infantiles escritos con el estilo de una novela para criadas. Me dio asco. Ese tipo de cosas me fastidia, me aterra. Así es, quiero comprender a mi prójimo para amarle, pero creo que no sé qué es el amor. Aunque quisiera saberlo... bien que quisiera.

—¿Te amas a ti mismo?

—Padre, ¿se refiere a mi esencia o a mi forma?

—A ti mismo.

—Vaya, desde luego que cuido de mi cuerpo y cultivo mi alma; me temo que no presto la atención suficiente a mi alma. No admiro mi aspecto, sin duda. Lo encuentro mal. Puedo señalar en él cien desviaciones del canon de la proporción correcta. El de Lisipo ha de haber sido perfecto. Y mi coloración no es pura. Hago todo lo posible, pero no creo que importe mucho. En cuanto a mi cerebro, supongo que soy inteligente en cierto sentido, comparado con otras personas; pero no soy ni la mitad de inteligente de lo que se supone que soy, o de lo que yo quisiera ser. En realidad, soy más un estúpido ignorante que otra cosa. Como es natural, me defiendo, cuando me importa, de los demás; pero ante mí mismo, me desprecio. Oh, no soy interesante. En resumen, creo que me desprecio, en cuerpo, mente y alma. Si pensara que pudiesen ser útiles para alguien, los arrojaría mañana mismo, si fuese del caso realizarlo con limpieza, con pulcritud y por entero, y sin que nadie estuviese allí para hacer observaciones. No me producen ningún placer particular...

—Hijo mío, dime qué es lo que te daría placer.

—Nada. Padre, estoy cansado. Nada, de verdad, como no fuese apartarme y descansar.

—Hijo mío, en realidad eso es el ansia de Dios que tiene tu alma. Cultiva ese anhelo, cultívalo con todas tus potencias. Te llevará a amar al Señor, y entonces tus ansias serán satisfechas, porque Dios es amor, como nos lo dice san Juan. Dale a Él

las gracias con todo tu corazón por ese don enorme del ansia; asédiale noche y día para que lo acreciente. Al mismo tiempo recuerda las palabras de Cristo nuestro Salvador, recuerda que dijo: *Si Me amas, guarda Mis Mandamientos*. Recuerda que Él te ordena amar a tu prójimo, *Éste es Mi Mandamiento, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado*. Mortifica los sentidos vehementes del cuerpo vil, al que por la gracia de Dios estás dispuesto a despreciar. En las palabras de san Pablo, manténlo bajo sujeción y llévalo a ella. Y procura amar a tu prójimo. Ofrécete tú mismo como siervo suyo, porque el amor es servicio. Sirve a los siervos de Dios y aprenderás a amar a Dios, y a Sus siervos, por amor a Él. Tú has saboreado los placeres del mundo y ellos son cenizas en tu boca. Tú dices que nada hay que te dé placer. Eso es una buena señal. Cultiva ese desprendimiento del mundo que no es más que un instante perecedero. En la tremenda dignidad a la que estás a punto de ser convocado, la dignidad del sacerdocio, ten siempre presente la vanidad de las cosas mundanas. Como sacerdote estarás sujeto a tentaciones feroces, más que las que ahora te asaltan. Alza la gran fortaleza natural de tu voluntad para resistirte a ellas. Continúa despreciándote a ti mismo. Comienza a amar a tu prójimo. Continúa, sí, continúa, inconscientemente ahora pero pronto conscientemente, amando a Dios. Hijo mío, la clave de todas tus dificultades, presentes y por venir, es el amor... Como penitencia dirás..., vaya, la penitencia para las órdenes menores es bastante larga; tú dirás de penitencia las Divinas Alabanzas con el celebrante después de misa. Ahora renueva tu arrepentimiento por todos tus pecados pasados y di conmigo: *Oh, mi Señor, — porque por mis pecados he merecido el infierno — y he perdido mi derecho al cielo — estoy hondamente arrepentido por haberte ofendido — y declaro firmemente — por Tu Gracia — evitar las ocasiones próximas de pecado. — Oh, mi Señor, — porque Tú eres infinitamente bueno — y máximo merecedor de todo amor — lamento desde lo hondo de mi corazón haber pecado contra Ti — y me propongo — por Tu Gracia — no ofenderte nunca más en el tiempo futuro... ego te absolvo* ✝ *in Nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.* La paz sea contigo y ruega por mí.

Cuando, un par de horas después, George se encontró en realidad como portero, lector, exorcista y acólito, advirtió también con ánimo exasperado que estaba con su habitual mal humor matinal. Se sentó a desayunar con el Cardenal y el Obispo en un estado mental que no podía definirse como gozoso. Ambos le habían dicho algunas palabras corteses después de las ceremonias: *ad multos annos* y un rosario de seis peniques salió de las manos de su nuevo ordinario, pero en el refectorio fue abandonado a sí mismo, mientras los otros comían sus huevos con bacon, discutiendo las noticias del día. George eligió una taza de café e hizo sopas en ella con trozos de tostada. Su idea era ponerse a tono con el nuevo ambiente. El ambiente significaba mucho para él. Ya no era un irresponsable átomo vagabundo, que flotase en el vacío según su propia voluntad, o fuese llevado a un torbellino por algún ciclón humano irresistible, sino un funcionario de una poderosa corporación, sujeto a la regla, un



hombre sometido a la autoridad. Su actitud debía ser tan simple e inocente como fuera posible, alerta para esperar órdenes y, en el momento presente, para ganar méritos por la apreciación del honor que se le dispensaba: recibirle como huésped en la mesa cardenalicia. Volvió la cabeza hacia la izquierda preguntándose si le habrían situado por mero accidente a la derecha de Su Eminencia, donde la luz de la ventana caía de lleno sobre él. Estudió las facciones bien definidas de su diocesano, que leía en el *Times* las noticias del estallido de una revolución en Francia, donde las reformas aplicadas al ejército por el general André en 1902, la flagrante y escandalosa venalidad de Combes y Pelletan, y la influencia de esa terrible asociación estudiantil llamada *Les Frères de la Côte* habían arrojado el poder militar en manos de Jaurès y sus anarquistas, reviviendo la *Commune* y rompiendo las relaciones diplomáticas con las potencias. ¡Horrible! Su Eminencia temía verse obligado a regresar a Roma por mar, a menos que, quizá, pudiese ir confortablemente a través de Alemania. ¡Oh, qué horrible!

George escuchaba, lamentando no tener el periódico y un cigarrillo para él solo: pero el café no era malo y la pesadez irritante de su dolor de cabeza matinal iba desapareciendo. Tomó otra taza. Recordaba cómo se había reído con una nota de la *Pall Mall Gazette*, unos meses atrás, que comentaba que el efecto de la antigua tradición de antipatía entre los dos pueblos separados por el Canal estaba tan muerto como la Inglaterra georgiana y la era del *Bien-Aimé*, a la vez que sugería que las dos democracias líderes del mundo (¡Inglaterra, una democracia!) debían vivir en términos de buen entendimiento y buena vecindad, o alguna tontería por el estilo. ¿Cómo pueden marchar juntos quienes no se pongan previamente de acuerdo? ¿Y en qué único esencial, vital y permanente, estaban de acuerdo Inglaterra y Francia? George no pudo pensar en ninguno, como tampoco había podido hacerlo Nelson. ¿El comercio? Sí, quizá algunos tontos lo creyeran así, olvidados de que el comercio fluctúa de día en día, y de que es el punto de desove de las rivalidades individuales e internacionales. No. No se fiaba de Francia. Abiertamente ese país había ido creando una situación combustible en esos cinco años, y ahora se producía la conflagración. Esto parecía ser una completa revolución francesa, repentina, sanguinaria, llameante, engendrada por la autoestimación de la inestabilidad, y producida con fuerte impulso y efectos teatrales. Ásperas y prontas para la guerra, débiles y para nada capaces de resistir calamidades, inconstantes en la adhesión a los esquemas y siempre en busca de novedades, las características francesas seguían inalterables veinte siglos después de que Julio César las dejara señaladas hasta el fin de los tiempos.

George se sorprendió a sí mismo en el preciso acto de aplicar una etiqueta a una nación. Dobleegó su voluntad con un golpe contra sus facultades críticas. El Obispo miró al Cardenal, mientras sugería que Mr. Rose estaba habituado a fumar después de sus comidas.

—¿No es malo para su digestión? —preguntó el Cardenal, en el tono en que un Arzobispo se dirige a un acólito. Un acceso de gentileza afable, y algo más, que de

momento George no podía definir, se difundió de pronto por su persona una vez que hubo hablado.

—No creo que yo tenga digestión. Al menos jamás se me ha manifestado.

—¡Hombre feliz! —exclamó el Cardenal, sin dirigirse a nadie en particular, para añadir—: Bien, tal vez deberíamos subir, y Mr. Rose podrá fumar su cigarrillo y escucharme al mismo tiempo.

La habitación a la que se dirigieron era un gabinete privado, una sala toda rojos y oros, amplia, ventilada, principesca. El Cardenal cogió un gran sobre del escritorio.

—Creo que usted hallará esto correcto, Mr. Rose —dijo—. Será mejor que lo abra antes de que avancemos.

El contenido era una libreta de cheques y una cartilla bancaria en la que la Banca Coutts reconocía el crédito de diez mil libras ingresado en la cuenta corriente del reverendo George Arthur Rose.

A pesar de su natural hipersensibilidad, ese individuo peculiar no se convertía en juguete de sus emociones hasta que hubiesen pasado los acontecimientos que las ponían en acción. En el momento en que golpes o bendiciones caían sobre él, raramente tenía de todo eso más conciencia que la de un cangrejo cuando golpean o tocan su caparazón. Más tarde, cuando se disponía a analizar las consecuencias, todos sus sentidos palpitaban y se estremecían. Pero en el primer momento, su impulso era el de actuar, sin pensarlo, pero actuar. Tras enterarse del contenido del sobre, cogió su amada *Waterman* diciendo:

—Estoy seguro de que Su Eminencia me permitirá tener el placer de extender ahora mi primer cheque.

Entregó al Cardenal un talón por cinco mil libras, al portador. Más tarde se le ocurriría pensar que no hubiese podido elegir otra vía más cínica para probar la realidad de su fortuna. Se sintió avergonzado de sí, porque detestaba el cinismo. El propio acto no era sino el de un hombre que despertara de un sueño vivido e hiciera automáticamente lo que había decidido hacer antes de quedarse dormido. En efecto, era algo así como pellizcarse. Pero no había ninguna duda de que se trataba de un pellizco de otra clase para el Cardenal. Se siguieron situaciones de rechazo, estulticia, apuro, humildad, unción: el cheque fue a dar al escritorio, la libreta de cheques y la cartilla del banco al bolsillo de la chaqueta de George.

Ahora bien, ¿cuál era el alcance de sus estudios teológicos? Sus conocimientos generales, desde luego, no eran nada de excepción; ¿pero algún conocimiento especial de teología? Pues bien, en cuanto al dogma, había escrito los tratados *De la Gracia* —«un tratado muy difícil, Mr. Rose»—; en el campo de la teología moral, había leído a Lehmkuhl, en especial *Sobre la Eucaristía* y *Sobre la Penitencia* —«nada podría haber sido mejor, Mr. Rose»—. Ésos habían sido los temas de sus cursos en Maryvale. Durante los años transcurridos desde entonces, los había releído una y otra vez, hasta que consideró que los tenía en las puntas de sus dedos. En lo que se refería a *De Ecclesia* del cardenal Franzelin (ése era el libro de texto en Maryvale),

lo consideraba uno de los tratados más fascinantes del mundo. De hecho era uno de sus habituales libros de cabecera, y por entonces lo podía recitar de memoria. Al ser un hombre de letras, por supuesto que ya le hubiese gustado aumentarlo algo, introducir alguna glosa aquí y allá, y hasta ampliar la tesis en ciertos puntos. *Encheiridion* de san Agustín era uno de sus libros favoritos. Y *Cur Deus Homo* de san Anselmo era otro. Sus lecturas eran muchas y curiosas, pero, triste era decirlo, inconexas y no sistemáticas, porque no había tenido dirección. Había leído las obras corrientes como parte de su deber, pero había llevado a cabo un estudio mucho más exhaustivo de escritores oscuros. Lo oculto, la magia blanca *bien entendue*, era de intenso interés, el libro sobre lo *Demónico* de fray Sinistrari de Ameno, por ejemplo. Quizá fuera deseable que él preparara una lista de sus estudios, a fin de que Su Eminencia estuviese en condiciones de decidir si era preciso que se le examinase de ellos, o bien que iniciara un nuevo curso.

—No es preciso, Mr. Rose. Y ahora veamos lo que se refiere al ceremonial.

Se había afanado por dominar a Martinucci, en la práctica tanto como en la teoría. Era asombroso todo lo que se podía hacer con un libro guía, unos pocos implementos caseros e imaginación. Tenía noción de que había practicado venciendo dificultades, pero unos pocos ensayos bajo la mirada de un experto...

—¿Y derecho canónico?

—Nada.

—Bien, bien. Sólo esos pocos tratados de teología dogmática y moral en particular, y una gran cantidad de lecturas varias en general. Por supuesto que la Gracia de Dios subsana todas las deficiencias. Yo mismo... Cosas que están ocultas para el sensato y el prudente a menudo son reveladas al... ¡Oh, sí! Bien, Mr. Rose, no es un equipaje amplio o, hablando en términos humanos, adecuado para..., para el sacerdocio, por cierto. Pero hemos de considerar los años que usted ha esperado. Sí. Bien, quizá sea mejor que no perdamos más tiempo ahora. Vuelva a su casa y prepare su maleta; regrese aquí, se quedará un tiempo conmigo hasta que organicemos su futuro. Le ordenaré subdiácono mañana por la mañana, y puede hacer los arreglos para decir su primera misa el domingo en la catedral.

—Mi primera misa debe ser una misa negra, Eminencia.

Las cejas cardenalicias se alzaron.

—Es algo que tengo planeado desde hace tiempo, Eminencia: es todo lo que puedo hacer.

—Comprendo perfectamente, Mr. Rose. Usted querría decir su primera misa en quietud y soledad. La dirá en la capilla privada. El obispo de Caerleon gustaría de ser su asistente; y —aj— yo estaré muy contento si me permite servirle.

George pasó la mirada del Cardenal al Obispo un par de veces. Después de la tormenta, aquello era la calma y la paz más una venganza.

# CAPÍTULO I

LO que hacía que los enviados especiales en Roma exudaran subterfugios, con los que (en el peor de los casos, como si se dijera) están acostumbrados a ganarse el pan de cada día, no era, después de todo, un asunto tan obscuro.

Así como los judíos son menos comerciantes, y los jesuitas menos arteros, de igual forma los periodistas son menos capaces de lo que se supone que son. En concreto, son personas nada científicas, porque van por el mundo, en sus negocios, con una actitud fortuita y con la confianza puesta en el elemento humano llamado «sagacidad», para producir sus efectos. Aún no han comprendido la inestabilidad de todo elemento humano. Lo sobrehumano es para ellos un libro sellado. Hablan, oh, muy bien, pero no tienen ningún conocimiento de los primeros principios. Invariablemente cometen el error imperdonable de confundir universales con particulares, porque la influencia de una autoridad frágil o indigna, de las costumbres, de la imperfección de los sentidos sin disciplina y el ocultamiento de la ignorancia a través de la ostentación de una presunta sabiduría se semejan a obstáculos en los que tropiezan en su camino hacia la Verdad. Añádase a esto una carencia de intuición simpática y de conocimiento histórico de sus temas. Los periodistas no se toman ningún trabajo en adquirir un estilo fluido de escritura, y se puede admitir que, dentro de sus limitaciones, son capaces de describir la superficie de casi cualquier cosa que se les ponga bajo las narices. Pero, en cuanto a brindar una descripción científica (bajo títulos como «Las causas materiales, formales, eficientes y finales»), de modo que cada uno obtenga una comprensión satisfactoria del objeto descrito..., eso está más allá de su alcance.

En cuanto a proceder de una manera científica, ya sea por medio de las artes liberales o de las denominadas ocultas, en lo que en conjunto es la esencia de su tarea, es decir, la recolección de noticias, sin duda los jóvenes de Sir Notyet Apeer o los investigadores de crímenes de Sir Uriah Tepeddle, o los insípidos «suspirantísimos» que llenan el *Daily Anagraph* con alimento para leoneras literarias, clerecía romanocatólica y filántropos no conformistas no tienen un ideal adecuado de su rama de la literatura. Su objetivo es complacer a los editores o propietarios y, de esa forma, ganarse un pasar honesto lo-más-legalmente-que-sea-posible. Nada más.

En consecuencia, cuando (durante marzo y abril) una docena aproximadamente de estos excelentes caballeros se encontraba en Roma, con las puertas del cónclave tapiadas a cal y canto ante sus narices, las ventanas clavadas con maderas y cubiertas con cortinajes, y aun las chimeneas (con una excepción) tapadas, no supieron hacer otra cosa que maldecir en voz bien baja y para sí mismos —diciéndose que nada ocurría porque no podían ver lo que estaba ocurriendo—, y escribir descripciones sarcásticas de la multitud y de las siete fumatas (que en siete ocasiones distintas distrajerón a la susodicha multitud), en la Plaza de San Pedro.

Porque, si en todo el orbe de la tierra existe un lugar en que un secreto es un Secreto, ese lugar es un cónclave romano, cosa que se debe a la incompetencia superlativa de los espías. Ignorantes de su tema, no pueden captar sus rasgos primordiales: no pueden salirse ni un pelo de su rutina habitual, aun cuando el sentido común debería enseñarles la necesidad imperativa de aplicar métodos no convencionales a casos no convencionales. Una vez que hayamos emergido de la ofuscación trivial, cegadora y paralizante hasta la asfixia del siglo XIX (y eso sucederá dentro de unos diez años), será obligatorio que «Nuestro enviado especial» agregue a su aparato profesional varias cosas. La primera es el poder de proyección de la mente, así como el de proyección de la voluntad, que hombres de mundo tan puestos al día y tan llenos de sentido práctico como los jesuitas usan con enormes ventajas. La segunda es un objeto redondo, de un peso neto de unas dos libras y diez onzas, incluido su envoltorio de terciopelo, que cuesta cuarenta y dos libras esterlinas en la tienda de un mineralogista de Regent Street.

## CAPÍTULO II

**BIEN**, esto es lo que estaba ocurriendo en el cónclave romano:

Los cursores habían gritado «*Extra omnes*»: cincuenta y siete cardenales y trescientos once conclavistas habían sido tapiados en tres galerías del Vaticano. Todas las ceremonias ordenadas en 1274 en el Concilio de Lyon por la bula de Gregorio X habían sido observadas.

El Sacro Colegio estaba dividido en dos facciones. Cinco eran los candidatos para el papado: Orezzo, Serafino Vagellaio, obispos cardenales; Ragna, Gentilotto, Fiamma, presbíteros cardenales. Luego estaban los grupos que representaban diversas nacionalidades. Los franceses eran Desbiens, Coucheur, Lanifère, Goëland, Perron, Mâteur, Légat, Labeur, presbíteros cardenales, y Vaghemestre, diácono cardenal. Los alemanes eran Rugscha, Zarvasy, Popk, Niazk, presbíteros cardenales. Los hispanos eran Nascha, Sañasca, Harrera, presbíteros cardenales. Los irlandeses eran O'Dromgoole, O'Tuohy, presbíteros cardenales. Los italianos eran Moccolo, Agnello, Vincenzo Vagellaio, obispos cardenales; Sarda, Ferraio, Saviolli, Manco, Ferita, Creta, Anziano, Cassia, Portolano, Respiro, Riciso, Zafferano, Mantenuiti, Gennaio, Bosso, Conelia, Del Drudo, Di Petra, Di Bonti, presbíteros cardenales; Macea, Sega, Pietratta, Pepato, Della Volta, diáconos cardenales. Los presbíteros cardenales inglés y americano Courtleigh y Grace estuvieron acordes en votar juntos, y otro tanto decidieron el presbítero cardenal benedictino Cacciatore y los diáconos cardenales Vivole y Berstein, capuchino y jesuita respectivamente. El prior presbítero cardenal Mundo, portugués, y el presbítero cardenal bohemio Nefski (que era llevado en una litera) se presentaban como votantes independientes. El presbítero cardenal Capacitato estaba ausente por los achaques de la edad, y dado que la voz popular (para no decir nada de la sabiduría popular) le adjudicaban la posesión del Ojo Maligno, Sus Eminencias daban las gracias al pensar que los dedos que necesitarían para escribir sus sufragios no habrían de ser empleados para hacer cuernos a perpetuidad.

Una vez tapiados, y satisfechos los conclavistas en sus cómicos privilegios constitucionales, los cardenales pasaron la noche visitándose unos a otros en sus celdas, discutiendo las posibilidades de los cinco candidatos, maniobrando para obtener sufragios y prometiéndolos. Los cinco aspirantes mismos estaban divididos en dos facciones a las que Ferraio, que era un bromista, denominaba con una chanza abstrusa Ladradores y Maulladores. Una tradición romana alega que la letra R (la *littera canina*) ejerce una influencia indefinible sobre una elección, ya que se presenta en los apellidos de pontífices alternativos. Otros declaraban que esa tradición no tenía garantía más seria que las fábulas de las viejas (*anicularum lucubrationes*); fueron Serafino Vagellaio, Gentilotto y Fiamma quienes expresaron esta teoría. Verbosidades aparte, poco era lo que había para elegir entre los cinco. Luigi Orezzo era obispo

cardenal, Decano del Sacro Colegio, Chambelán de la Santa Iglesia Romana. Mariano Ragna era Secretario de Estado. Serafino Vagellaio había sido el favorito de un pontífice que tuviera a su disposición el mundo entero para elegir. Hieronimo Gentilotto, apodado «El Papa Rojo» porque era Prefecto de la Congregación para la Propagación del Evangelio en el Extranjero, sólo consideraba por encima de sí al Sucesor del Pescador. Domenico Fiamma, arzobispo de Bolonia, estaba en la madurez de una vida llena de vigor y famosa por su intelecto brillante y su mente noble.

Un cardenal tiene prohibido votar por sí mismo. Orezzo prometió su sufragio a Ragna; Ragna el suyo a Orezzo: los Ladradores han de ladrarse unos a otros. Serafino Vagellaio también prometió su sufragio a Ragna, con la idea de que un funcionario merece observancia. Pero Gentilotto apoyaba a Fiamma, y Fiamma a Gentilotto.

Por la mañana hubo misa y comunión en la Capilla Paulina, y Sus Eminencias se dirigieron a sus sillas de la Capilla Sixtina. Se produjo un silencio prolongado. Gruesos cirios de cera resplandecían sobre el altar, sobre las paredes, sobre el pupitre frontero a cada silla. Los cardenales aguardaron, alisando sus túnicas moradas y sus roquetes blancos descubiertos, símbolo de esa autoridad espiritual suprema que era devuelta a sus manos. Nadie se movió para hablar. La elección no había de cumplirse por la Vía de la Inspiración.

Los maestros de ceremonias colocaron en la mesa situada ante el altar dos cuencos de plata que contenían pequeñas papeletas. Los nombres de los cincuenta y siete cardenales estaban escritos cada uno en un trocito de papel pergamino. Los trozos, enrollados, se apretaban en el interior de cincuenta y siete bolillas de plomo. Las bolas fueron echadas a un gran saco violeta, una por una, y contadas por los electores. Tras sacudir muy bien el saco, Vaghemestre extrajo tres bolillas. La primera dio el nombre de Moccolo; la segunda, el de Popk; la última, el de Harrera. Así fueron elegidos los cardenales escrutadores.

Por turno, cada uno de los cardenales cogió de los cuencos un papel en blanco, se retiró a su pupitre y comenzó a escribir su sufragio. En la parte superior del papel escribía «Yo, Cardenal» y su nombre, lo doblaba y sellaba cada extremo. En la parte inferior escribía su lema, doblaba el papel y lo sellaba a cada extremo. En el centro, escribía «elijo para Soberano Pontífice al Reverendísimo Cardenal» y el nombre del candidato al que otorgaba su sufragio. El rasgar de las plumas y el susurro del polvo secante al ser esparcido puntuaron un silencio trascendente. En obediencia a la bula de Gregorio X algunos hicieron esfuerzos para disfrazar su letra. Los resultados eran horribles. Por último, todos doblaron sus papeletas a lo ancho hasta dejarlas de una pulgada y, por turno, cada cardenal se aproximó al altar, solo, llevando su sufragio con el brazo tendido y entre el índice y el dedo medio de la mano derecha, dobló la rodilla y tras levantarse juró: «Pongo por testigo a Cristo, Nuestro Señor, que un día será mi juez, que juzgo mi deber, según Dios, hacer la elección que hago». Un gran cáliz de oro cubierto por una patena descansaba sobre el altar. Cada cardenal dejaba

su sufragio sobre la patena, la deslizaba hasta que el voto caía dentro del cáliz, volvía a colocarla en su sitio y regresaba a su silla.

El cardenal escrutador Moccolo cogió el cáliz por el pie, puso una mano sobre la patena y sacudió para mezclar todos los sufragios. El Cardenal Decano, el Cardenal Primer Sacerdote y el Cardenal Archidiácono llevaron el cáliz hasta la mesa de la que habían sido quitados los cuencos de plata. Allí había un copón. Los tres escrutadores se sentaron a un lado de la mesa enfrentando al Sacro Colegio. Harrera contó los sufragios uno por uno, pasándolos del cáliz al copón. Eran cincuenta y siete. Se oyó un suspiro de alivio. Una diferencia hubiese invalidado el escrutinio, y Sus Eminencias se habrían visto en las penurias de votar, sellar y jurar otra vez. Moccolo extrajo una papeleta; la desdobló sin violar los extremos sellados, dejó a la vista el nombre del candidato al que se había otorgado el voto, la paso a Popk, quien también miró el nombre, y la pasó a Harrera, quien leyó el nombre en voz alta.

Cada cardenal tenía sobre su pupitre una lista impresa de los integrantes del Sacro Colegio. Los nombres estaban escritos en el centro de los folios. A derecha e izquierda de cada uno había líneas horizontales en las que se marcaban las rayas que indicaban la cantidad de votos. A medida que Harrera decía los nombres, enfilaba cada papeleta atravesando la palabra «elijo» con una aguja enhebrada con un hilo de seda violeta; por último puso el collar de votos sobre el ara.

La Vía del Escrutinio al principio produjo el resultado habitual. Los cincuenta y siete sufragios estaban tan igualados entre los cinco candidatos que ninguno resultó elegido. Orezzo tenía ocho: los de Ragna, Moccolo, Agnello, Manco, Sarda, Macea, Pepato, Di Petra. Ragna, trece: los de Orezzo, Serafino Vagellaio, Cacciatore, Vivole, Berstein, Nascha, Sañasca, Harrera, Ferita, Pietratta, Bosso, Segá, Conella. Serafino Vagellaio, once: los de su hermano Vincenzo, Rugscha, Zarvasy, Popk, Niazk, Gennaio, Cassia, Anziano, Portolano, Creta, Di Bonti. Gentilotto, doce: los de Fiamma, Desbiens, Coucheur, Lanifère, Goëland, Mâteur, Légat, Perron, Labeur, Vaghemestre, Zafferano, Mantenuiti. Fiamma, trece: los de Gentilotto, Courtleigh, Grace, O'Dromgoole, O'Tuohy, Saviolli, Della Volta, Del Drudo, Respiro, Riciso, Nefski, Ferraio, Mundo. La Vía del Acceso demostró que todos mantenían la misma opinión y que cada uno esperaba que los otros cambiaran las suyas. Un manojo de paja en el hogar, las papeletas de los sufragios encima, fuego, y se produjo la fumata de la chimenea visible en la Plaza de San Pedro, que anunciaba que Dios Nuestro Señor no había enviado un Papa a Roma esa mañana.

Los cardenales fueron a comer en sus celdas aisladas. Después de una siesta y antes de las oraciones, los que podían caminar salieron a hacer ejercicio en las galerías, en tanto que otros leían el *Oficio Diario* con sus capellanes. Hubo charlas, peticiones de votos. Por la noche, cantaron *Veni Creator* y volvieron al trabajo. Orezzo ganó para sí a Anziano y a Portolano, elevando su total a diez. Los nueve franceses y los dos irlandeses, con Ferita, Bosso, Pietratta, Segá, Conella, accedieron a votar a Ragna, de modo que sus votos sumaron veinticuatro. Serafino Vagellaio sólo



conservó cinco votantes: su hermano y los cuatro alemanes. Gentilotto perdió a los nueve franceses, pero ganó a Gennaio, Di Bonti, Cassia, Creta, llegando a un total de siete. La defección de dos de los irlandeses redujo los votantes de Fiamma a once. Y una vez más el humo vació la Plaza de San Pedro.

Las conferencias privadas ocuparon el tiempo: hasta bien entrada la noche ardieron las velas. Las túnicas de seda morada susurraban por todas partes entre cortinas de hilo morado. Había coloquios, diferencias, exhortaciones, discusiones, promesas, promesas dictadas, sugeridas, otorgadas. Ragna solicitó la opinión de sus amigos con respecto al mejor nombre pontifical. Vivole le ofreció «Formoso II» y una pulgarada de rapé capuchino de entre las páginas de su breviario; pero Berstein prefería «Aloisio I». El Secretario de Estado tendría en cuenta ambas sugerencias. Comenzaron a formarse camarillas. Los franceses, alemanes, hispanos e irlandeses ya se habían unido en cuatro núcleos. Lo que hiciera el jefe del grupo, eso harían los otros nueve, cuatro, tres o dos. Al demostrar que los diáconos cardenales en ocasiones habían sido elevados a la dignidad de títulos, o de sedes suburbanas, por Papas a los que ellos habían elegido, el archidiácono cardenal Macea reunió una pequeña fracción de cuatro, él mismo, Pietratta, Segá y Pepato. Diez italianos, Conella, Manco, Di Petra, Ferita, Creta, Casia, Gennaio, Di Bonti, Sarda, Bosso, consintieron en votar juntos. Mundo se negó a unirse a los españoles y Nefski a los alemanes, a causa de los diversos acontecimientos de Polonia. Ferraió, arzobispo de Milán, apoyaría a Fiamma en cualquier circunstancia, porque ambos habían sido elevados al cardenalato juntos. Saviolli compartió su suerte con los cardenales célticos y americanos. Della Volta simpatizaba con Saviolli y sus amigos. Del Drudo hizo pública una sentencia críptica, que afirmaba que el que había sido mayordomo debía saber diferenciar un huevo fresco de uno podrido. Y el cardenal camarlengo Respiro, y Riciso, arzobispo de Turín, mostraron su acuerdo con Del Drudo.

De modo que en la mañana de la tercera asamblea capitular se desveló un extraordinario estado de cosas. Orezzo perdía a todos sus votantes, excepto cuatro: Mocolo, Agnello, Anziano, Portolano. Serafino Vagellaio perdía todos los votos, menos el de su hermano Vincenzo. Gentilotto perdía todos, con excepción de tres: Fiamma, Zafferano, Mantenuiti. Fiamma retenía a sus once leales. Y Ragna comenzó a ganar. Primero, mantuvo a Orezzo y a Serafino Vagellaio, al benedictino, al capuchino, al jesuita y a los tres hispanos. Los nueve franceses (por un milagro) permanecieron fieles a él durante dos días consecutivos. Otro tanto hicieron los dos irlandeses: por cierto que O'Tuohy, que en sus tiempos de estudiante había jurado que jamás miraría a la cara a una mujer (y mantuvo su voto), se mostraba tan persistente como lo había sido cuando León XIII había intentado forzarle a la primacía de Eblana pasando por encima de los electores que le rechazaban. Los cuatro alemanes, los cuatro diáconos y la decena de italianos también se unieron a Ragna, cuyas marcas en el folio aumentaron a saltos (por decirlo así): de dos a cinco, a ocho, a diecisiete, a diecinueve, a veintitrés, a veintisiete, a treinta y siete...

Según la Constitución de Alejandro III, redactada en el Concilio de Letrán, en el año de la Fructífera Encarnación del Hijo de Dios de MCLXXX, y confirmada por las subsiguientes bulas de Gregorio XV y de Urbano VIII, son necesarios, para la elección de un Papa, los votos de los dos tercios de los cardenales presentes en el escrutinio. Ninguna de Sus Eminencias ignoraba que dos tercios de cincuenta y siete es igual a treinta y ocho. Por tanto, cuando las marcas señalaron treinta y siete votos para Ragna, y el escrutador joven se puso de pie con la última papeleta en la mano, algunos empezaron a respirar entre estertores nasales; algunos se pusieron color malva, otros púrpura, en tanto que los dos de características corporales flemáticas alzaron la mano tentando las cuerdas de los doseles que coronaban sus sillas, para hacerlos descender en el momento de la manifestación del Vicario de Cristo.

Harrera leyó el nombre: Ragna.

Lo que vino a continuación sucedió con mucha rapidez. Los escrutadores rompieron los sellos de las papeletas uno por uno y Harrera leyó en voz alta los nombres de los electores así como el nombre del elegido. En la decimotercera leyó: *Yo, cardenal Mariano Ragna, elijo para Soberano Pontífice al Reverendísimo Cardenal Mariano Ragna.*

Ése era un horrible ejemplo del hombre inteligente y fuerte que pierde el control de sus facultades directrices en un momento de excitación. Nadie podría haber hecho semejante cosa por perversidad voluntaria, porque el rigor de las regulaciones del cónclave expresamente no admite el éxito de las prácticas inicuas. Todos saben eso. El Secretario de Estado, al votarse a sí mismo cuando se hallaba en el umbral de lograr la más enorme de todas las ambiciones, invalidaba su propio sufragio y su elección venía anulada por defecto de un solo voto. Dios sabe qué pasiones habrán desgarrado su pecho. Ragna se recluyó en su celda durante el resto del día, aullando de un modo horrible. Orezzo, que con insensatez acudió a demostrarle su simpatía, de pronto se apartó de allí mascullando rezos y tambaleándose.

El cuarto escrutinio comenzó a mostrar lo imperdonable que es un error. Los diez italianos de Ragna y los cuatro alemanes se alinearon en la facción de Fiamma. Ragna mismo votó por Serafino Vagellaio. El cómputo dio cuatro votos a Orezzo; veintitrés a Ragna; dos a Serafino Vagellaio; tres a Gentilotto; veinticinco a Fiamma.

En el quinto escrutinio aumentaron los desertores de Ragna. Los nueve franceses votaron por Orezzo; los tres españoles, por Gentilotto. Al contar los votos, Orezzo tenía trece; Ragna, once; Serafino Vagellaio, dos; Gentilotto, seis; Fiamma, veinticinco.

Y entonces los franceses comenzaron a mostrarse veleidosos. En el sexto escrutinio, se vio que se habían pasado de Orezzo a Gentilotto, por lo que el cómputo daba cuatro para Orezzo, doce para Ragna, dos para Serafino Vagellaio, quince para Gentilotto, veinticinco para Fiamma.

Los muchachitos de los suburbios en otros tiempos solían saciar sus emociones con un pasatiempo frenético y turbulento llamado Correo Central. El séptimo

escrutinio indicó una propensión del cónclave a muy similares tipos de disipación energética. Los cuatro diáconos cardenales, desesperando evidentemente de Ragna, le abandonaron. También lo hicieron los dos presbíteros cardenales irlandeses. El diaconado se volvió a Gentilotto, que había perdido a los franceses en favor de Serafino Vagellaio. Los irlandeses votaron por el Cardenal Chambelán. La séptima fumata de la chimenea de la Plaza de San Pedro fue originada por la quema de cincuenta y siete sufragios desglosados así: Orezzo, 6; Ragna, 5; Serafino Vagellaio, 11; Gentilotto, 10; Fiamma, 25.

Los conciliábulos, para no hablar ya de los protocolos, se pusieron a la orden del día y de la noche. No se preveía ningún nuevo candidato. Los cinco existentes se negaban de plano a retirarse, o a cambiar el sentido de sus votos. Moccolo, Agnello, Anziano y Portolano no querían abandonar a Orezzo. Zafferano y Mantenuiti rechazaban la idea de abandonar a Gentilotto. Vincenzo Vagellaio se negaba a traicionar a su hermano. El benedictino, el capuchino y el jesuita se negaban a desertar de Ragna. Los vigorosos veinticinco sufragios de Fiamma provocaban disgusto: por ellos se alzaban dedos anulares o medios. Aunque en esas filas no revistaba ningún inglés de pura cepa, se decía que las cosas se iban poniendo «bien inglesas»; eso era un sarcasmo muy amargo en el Vaticano, cuando el Quirinal es notoriamente anglófilo. En cuanto a Portugal, Mundo, su líder..., en fin, todos saben que Portugal ha estado en el bolsillo del rey de Inglaterra desde aquella puesta en escena de Lisboa, decía Sañasca. En cuanto a los alemanes..., en fin, todos saben que los prusianos son tan bestialmente cínicos como Jonbull, decía Coucheur. La facción franco-hispano-irlandesa estaba muy presta a ir a cualquier parte y votar por cualquiera que no fuese «inglés». Los diáconos, por el contrario, recordaban que Inglaterra representaba el buen tono; y comenzaron a respetar aquellos veinticinco. Pero la Vía del Escrutinio y también la Vía del Acceso fracasaron para proporcionar un pontífice. Los votos de Fiamma subieron a veintinueve por el consentimiento del diaconado. La alianza franco-hispano-irlandesa a tontas y a locas se adhirió a Orezzo, a Ragna, a Serafino Vagellaio, a Gentilotto: pero los indispensables dos tercios de cincuenta y siete jamás se alcanzaron. Y, después de una semana de descarríos, Sus Eminencias pensaron que todo este asunto era bastante cansado.

La maciza mandíbula prognática de Ragna, del color del pórvido, se adelantó para emitir una sugerencia. Ya que el Colegio no parecía propenso a llegar a ninguna clase de acuerdo, ¿por qué no elegir a un hombre de edad quien, según la ley de la naturaleza, sólo fuese a vivir un año o dos, y cuya defunción exigiese otro cónclave al cabo de no mucho tiempo? Sin ningún egoísmo, él designaría a Orezzo. Ese hombre, por ejemplo, era un cardenal al que en cierto modo se le debía el papado desde 1878, fecha en que lo había perdido ante León. Que Orezzo fuese elegido ahora, y que, durante su breve pontificado, los Reverendísimos Monseñores dedicaran sus energías a sentar acuerdos para darle un generoso, glorioso e iluminado sucesor el cual, en estos tiempos reaccionarios, tuviese experiencia para enfrentarse a todas esas

sutilezas tortuosas de la diplomacia secular, y que no hubiese cumplido los sesenta y cinco años.

El Sacro Colegio rechazó la mera idea. ¿Qué? ¿Elegir a un Papa que, por simple antipatía personal, se entregara a anular la política de León? ¿Qué? ¿Elegir a un Papa que había pasado más de un cuarto de siglo componiendo y recitando letanías de queja contra la forma en que León dirigía la Iglesia? ¿Qué? ¿Elegir a un Papa que había demostrado ser un perfecto bárbaro por la ferocidad de su golpeteo ritual en la frente del difunto León? ¡¡*Di meliora!!*

Ragna, con habilidad, negó una predilección personal por Orezza. La idea fue desechada.

—¿Y ahora, qué? —era la pregunta general.

—La Vía del Compromiso —murmuró en un arrullo Vincenzo Vagellaio.

Hubo otra sesión capitular en la Capilla Sixtina. Por medio de los trozos de papel pergamino, las bolillas de plomo y el enorme saco violeta, fueron elegidos por sorteo nueve cardenales a los que se asignó la función de cardenales compromisarios. Fue bastante singular que resultaran siéndolo Courtleigh, Mundo, Fiamma, Grace, Ferraio, Saviolli, Nefski, Gentilotto y Della Volta. El Colegio concretó por escrito, sin que nadie disintiese ni se opusiera, el compromiso de que esos nueve fuesen investidos con poder y facultad absolutos para proporcionar un pastor a la Santa Iglesia Romana.

Los compromisarios estuvieron de acuerdo. Para empezar, se hicieron mutuas protestas de que no se habría de entender que otorgaban alguna anuencia basándose en palabras o expresiones de cualquier tipo que pudiesen ser dichas en medio del calor del debate, a menos que cada uno las pusiera por escrito. Entonces se miraron unos a otros con aire inquisitorial, sin decir palabra. Después de media hora levantaron la sesión hasta el día siguiente: reunieron sus comitivas y cada uno se dirigió a su celda. Los conclavistas estúpidos procuraron leer sus expresiones. Intentar leer los pensamientos de un cardenal en su cara equivale a querer leerlos en la suela de sus zapatos nuevos. La máscara cardenalicia es tan superior (en paquidermatosis impenetrable) a la del proverbial alumno de escuela pública, como la piel del cocodrilo lo es a la del *pulex irritans*.

La tarea de los compromisarios era demasiado pesada para que pudiese iniciarse antes de que el caos de ideas fuese puesto en orden. Gentilotto y Fiamma pasearon juntos galerías arriba y abajo. La aceptación de su presente servicio había anulado sus posibilidades para la triple corona. Ambos la hubieran llevado con alegría y bien; ninguno de los dos sentía una proclividad a luchar por ella. Los escrutinios habían resultado un fastidio total para sus dignidades, la pura y gentil dignidad de Gentilotto, la radiante dignidad opulenta de Fiamma. Haberse salido de ese tumulto sudoroso de la competición les satisfacía. Ferraio se unió a ellos en sus paseos, y también sumó a las de ellos sus ideas y simpatías. Mundo hizo una visita a Courtleigh y le oyó en confesión: el cardenal de Pimlico no necesitaba del confesor conclavista, que era un

jesuita. Nefski, pálido y lánguido, intentó un breve paseo con el apoyo del brazo de Della Volta; después, rezaron juntos maitines y laudes. Saviolli se quedó hasta la noche en la celda de Grace, charlando acerca de la doctrina Munroe. Courtleigh se refugió en su celda; con las manos sobre los brazos de la butaca, fijaba su mirada en la llama de la vela. Sus pensamientos giraban, se arremolinaban, se detenían. Se adormiló. Su hermano, que era su capellán, asomó tras la cortina violeta, para saber qué necesitaba. La respuesta fue: nada, aunque tal vez escribiese algo antes de decir sus oraciones de la noche. Monseñor John puso sobre la mesa la carpeta de documentos del día, renovó las velas en el candelero y se retiró. Anon, Su Eminencia, abrió la caja con una diminuta llave de oro que pendía del lado interno del engaste de su anillo de camafeo; con aire meditativo repasó su correspondencia arzobispal. Un paquete de cartas parecía haberle fascinado. Lo tuvo entre las manos durante largo rato, mirándolo fijamente. Desató el lazo color bermejo y comenzó a leer. Había leído esas cartas antes, poco antes de entrar en el cónclave. Ahora se disponía a leerlas otra vez; leer ayuda a pensar; es como si un brazo fuerte sostuviese un andar débil; como si un par de alas ayudara a volar al pensamiento; o es su inspiración. El cardenal Courtleigh leyó una docena de páginas. Después se sentó con el mentón sobre su mano, observando de nuevo la llama de la vela. Sus pensamientos volaban. Eran muy personales, poco conectados con su situación presente o su presente servicio. Orezza, Ragna y Serafino Vagellaio entablaban conversación con los compromisarios allí donde les encontraban, en los vanos de las puertas, en los corredores, a menudo acudían a cerciorarse de que no les faltaba ninguna comodidad en sus celdas.

Mañana y tarde las conferencias consistían en prolongadas discusiones sobre los méritos de los tres restantes candidatos y sobre los de los otros cuarenta y cinco cardenales. Las predilecciones de las grandes potencias fueron revisadas. El embajador del Emperador había notificado que Austria vería con buenos ojos la elección de Rugscha. Pero pensar en ese anciano —nacido en 1818—, de casi noventa años, oh, imposible. La Sede de Pedro no necesitaba más senilidad, sino más bien juventud. Los viejos eran tan obstinados, mucho más obstinados que los cabezotas jóvenes. El embajador de Su Majestad Católica había destacado la personalidad del arzobispo de Compostela. Sí, era verdad, no era tan viejo, pero tres veintenas de años más diez, ¿no es el límite del salmista? ¿Y alguna de Sus Eminencias deseaba asistir a otro cónclave dentro de (digamos) los próximos cinco años? Sus Eminencias habían tenido de cónclaves lo suficiente para el resto de sus vidas mortales. El embajador francés no había hecho ninguna recomendación, en vista de que la Comuna le había llamado, arrancado de su tren en Modane al llegar a la frontera francesa y le había hecho pedacitos. Portugal había votado por Mundo, quien declaraba no estar deseoso de aceptar el papado, y como compromisario se hallaba incapacitado para hacerlo.

Italia —hum-hum-hum—, y bien, ¿Italia? Una expresión geográfica, nada más. O sea que quedaban los otros. ¿El Emperador alemán? Su Majestad había nominado a

Courtleigh. ¿Pero por qué? El cardenal de Pimlico, sonriente, no sabía por qué. Se sentía muy obligado, sin duda. Quizá el joven pensaba que, al nominar a uno de los súbditos de su tío (y a uno poco digno, por cierto), induciría al susodicho tío a devolver la cortesía mediante la nominación de un alemán. ¿Se sentiría obligado el tío? Courtleigh pensaba que no. El aludido tío era tan suyo como el sobrino imperial, e infinitamente más prudente que él, y la última persona en el mundo que fuese a permitir que le dirigieran los pasos. Pues bien, ¿cuál era la actitud del rey de Inglaterra? Courtleigh no lo sabía, pero creía, en realidad se lo había revelado Mr. Chamberlain... Ah, sí, ¿el Lord Chambelán, ha dicho? No, no el Lord Chambelán, Mister Chamberlain, el Primer Ministro, quien le había dicho que Su Majestad no tenía intención de entrometerse en asuntos que no le concernían. Los compromisarios declararon que la conducta del rey de Inglaterra era sumamente digna. Y el cardenal de Pimlico agregó que, en cualquier caso, él (como compromisario) era no elegible, en tanto que el cardenal de Baltimore calculaba que América también quedaría fuera de esos tratos.

Una decisión definida se diluía. La posibilidad de llegar a algo parecía haberse remontado muy lejos. Ninguno de los nueve era sensible a un abrumador impulso irresistible de elegir Papa a ningún hombre en particular. Es un empeño tan injusto: el espíritu se debilita ante su inmensidad. Pero los compromisarios, subconscientemente, se iban acercando más y más el uno al otro, y apartándose de los demás, quienes, a su vez, se cohesionaban por la curiosidad. La cuarta conferencia resultó de una trivialidad nada normal. Mundo, con franqueza y en forma abrupta, expresó su convicción de que el Señor no estaba dispuesto a elegir un Vicario entre los miembros del Sacro Colegio, a lo que Sus Eminencias rieron y suspendieron la sesión charlando de asuntos diversos y seculares.

Courtleigh se alejó del brazo de Della Volta.

—Eminencia —le dijo—, le conozco a usted desde hace unos veinte años y cada vez que le veo siempre me pregunto si no le habré conocido en otro lugar, en otras circunstancias. ¿No ha ido usted nunca a Londres? Creo que no. ¿Y me figuro que no tiene usted lo que se llama un doble? No quiero decir que su tipo sea común. Muy por el contrario. Pero, a veces, me parece... Usted me recuerda a... Oh, no sé a quién...

Otra noche envolvió al palacio de la Colina Vaticana.

Cuando el cardenal Courtleigh intentaba afeitarse solo a la mañana siguiente, el fantasma de su amigo Della Volta irrumpió en su visión mental; de pronto la semejanza y el recuerdo chocaron produciendo una chispa. A su luz vio y supo... algo. Rió por unos segundos y adquirió una expresión grave. Estuvo muy ocupado con su carpeta de documentos hasta la hora de la conferencia. Los temas que propuso a los otros compromisarios hicieron que varios precedentes fuesen descalificados, y creados otros nuevos. A las nueve de la noche, cuarenta y dos cardenales, vestidos con los hábitos de sacerdotes corrientes, se alejaron en taxis hacia la estación de ferrocarril; mientras tanto, el Cardenal Chambelán abría la puerta interior del

cónclave. El jefe de la guardia, Ghici, que recibiera su cargo por herencia, llegó desde su habitación para abrir la puerta exterior, y escuchó horrorizado la invitación que se le hizo para que declarara si el Vaticano era una prisión para cardenales, tal como lo era para los papas: ¡detestaba que un soldado-langosta-cocida se burlara de él!

Quince monseñores comparativamente mudos pasaron unas pocas semanas allí, en reposado ocio, leyendo en la biblioteca, admirando pinturas y esculturas, paseando a veces por los jardines. Uno de ellos comenzó a estudiar botánica con seriedad. El Cardenal Camarlengo, con vistas a una futura bula, compuso un escrito muy mordaz contra esa anomalía hipócrita llamada socialismo cristiano. Y durante todo ese tiempo las fuerzas pontificias velaron desde dentro por todas las entradas, confraternizando a través de las rejas con las fuerzas nacionales, que estaban fuera. Pero los enviados especiales de los periódicos ingleses en Roma masticaban vaciedades y excretaban tonterías, según su propia naturaleza.

En grupos de dos y de tres, llegaron sacerdotes comunes (pero de porte muy digno), se les franqueó la entrada y cambiaron sus hábitos negros por los morados. Uno de ellos no cambió sus ropas: era tan sólo el nuevo capellán del cardenal Courtleigh. La puerta del cónclave fue cerrada por ambos lados y tapiada por segunda vez.

Se siguió otra sesión de los compromisarios, durante la cual su auténtica acta fue escrita según la forma prescrita por los protonotarios apostólicos. Después tuvo lugar una asamblea capitular final, en la que se hizo pública el Acta de Compromiso. Por fin, se levantó una tempestad de parloteos y reacciones, que se disolvieron (como las tempestades) en truenos sordos, en seísmos cada vez menos convulsivos, una cantidad de leños y remates de chimeneas rotos, quietud, paz, alivio y sonrisas iluminadas por el sol de abril.

## CAPÍTULO III

CUANDO Sus Eminencias hubieron entrado en la Capilla Sixtina para llevar a cabo su última reunión, los conclavistas se separaron a fin de entregarse a sus propias actividades, y la puerta fue cerrada. El reverendo George Arthur Rose departió con el obispo de Caerleon, que era el capellán en funciones del cardenal Mundo. Caminaron por la galería real que separa las capillas Sixtina y Paulina. George se mostraba silencioso. Su mente (como siempre) recibía impresiones: la histórica escena representada ante sus ojos; las máscaras magníficas que velaban la humanidad de los actores; la misteriosa penumbra del escenario, su pequeñez, su aire de confinamiento cavernoso; el ácido y opresivo olor séptico de la antigüedad arquitectónica, cérea y humana. Se le había anunciado que diría misa antes de mediodía y su cabeza estallaba por el ayuno entre esos indescriptibles efluvios sofocantes. Recordaba que, en los días anteriores, la necesidad le había obligado con frecuencia a abstenerse de toda comida durante cien horas cada vez. A menudo, cuatro días por semana, no había comido nada, pero lo había hecho mientras permanecía al aire libre, sobre las playas de un mar del norte, o entre los brezos de marjales y montañas, donde el viento y el rocío dispensaban vida. Aquí, un ayuno de menos de veinte horas le ponía enfermo y malhumorado. Sin embargo, había que tolerarlo. Semphill le había dicho una vez que un curso en un colegio eclesiástico y los primeros años de la vida clerical eran tan desagradables como diez años de trabajos forzados. Lo tomó así, con cierta perplejidad, era parte del asunto, estaba decidido a seguir adelante con ello. A pesar de todo, en ese momento se hallaba en condiciones mejores que nunca antes gozara. Ya no se encontraba solo. El Dr. Talacryn se había mostrado ansioso de su compañía desde aquel día en Londres; y George se inclinaba a valorar la gentileza. El obispo de Caerleon parecía ser precisamente lo que el sacerdote recién ordenado sabía por sí mismo que necesitaba: un experto, compasivo, no muy inteligente bastón, honesto y firme como un roble. ¡Oh, por la certidumbre de la fidelidad! En esta ocasión George cogió su amada edición de Teócrito preparada por Estienne. En los momentos libres, procuraba introducir a su compañero en la melodía del griego, y juntos leyeron y analizaron el duodécimo idilio.

Una hora más tarde, el Obispo sugirió que fuesen a orar en la Capilla Paulina. George le siguió. La plegaria es un limpiador para la mente: el mejor; y, de todas formas, es un esfuerzo siempre agradecido. Buscaron cuatro pies de suelo sin suciedad, y se arrodillaron uno junto a otro; así se pusieron en comunicación con el Invisible. El método de George era intelectual más que formal. Para él, poseedor de un sentido del ridículo agudo y muy cultivado, lo absurdo de un ser humano componiendo críticas complacientes de los decretos divinos, embrollando frases bíblicas y litúrgicas con un específico y, en esencia, sensual placer de juntar trocitos, le parecía una impertinencia gratuita. «Amado Jesús, no seas para mí un Juez sino un



Salvador» eran las palabras de la fórmula que utilizaba. Eso lo incluía todo, hasta donde él podía comprender. Repetía la frase una y otra vez, como si fuera un maravilloso hechizo, y siempre le producía un efecto psíquico. Se ponía en comunicación directa con el Omnisciente Invisible, a quien todos los corazones están abiertos, para quien no hay secretos. Sólo era su propio método, adquirido a través de una experiencia amarga y dulce. Cuando llegaba el momento, comenzaba a pasar las cuentas de su rosario de adularia, concentrando su meditación en el misterio de la anunciación; tenaz, su mente trabajaba; sus labios, veloces, pronunciaban las plegarias. Después de cinco decenas dijo el *Salve Regina* y examinó su conciencia. ¿Había en él alguna diferencia? Se sentía más claro, sentía que había llevado a cabo alguna diferencia. Eso era un alivio. ¿Pero valía de algo? ¿No era algo impuro? ¿Estaba él fortalecido de verdad por los ejercicios? Por ejemplo, ¿se hallaba ahora lleno de puro Amor, e inflamado por él? No. ¿Estaba siquiera algo más cerca del puro Amor, digno de ser tomado, siquiera con severidad, como puro Amor? No. Pues bien, había hecho todo lo posible, eso llegaría con el tiempo. Dios, sé misericordioso con nosotros, pobres pecadores.

Miró al Obispo, dos semanas más joven que él en edad, dos siglos mayor que él en méritos de toda clase. La gozosa y satisfecha impasibilidad de aquel hombre, al terminar sus plegarias y cruzarse con la mirada de George mientras sonreía con llaneza, era algo sorprendente. ¡Cuán distintos son los hombres! Allí estaba éste, envidiando la impasibilidad del otro, que a su vez temía en parte la agilidad del primero. George comprendió que el Obispo jamás había experimentado apuro de ninguna clase, ni podía experimentarlo. Vio el enorme golfo que se abre entre lo simple y lo complejo.

Hubo una agitación en la puerta de la capilla.

—Creo que será mejor que volvamos —dijo el Dr. Talacryn.

Aparecieron dos maestros de ceremonias destinados al servicio del archidiácono cardenal Macca y al del diácono cardenal Berstein. A medida que George y su acompañante se aproximaban a ellos, ambos se volvieron sobre sus pasos. George hubiese querido que estuvieran en cualquier otro lugar que no fuera ése, impidiéndole avanzar cuando debía correr al servicio de su diocesano. Los maestros de ceremonias bloqueaban por completo el paso mientras iban andando delante de él con una despreocupación soberbia.

—¡Qué rígido, qué antipático parece el mayor! —murmuró con acritud.

—¡Ssssh! —siseó el Obispo.

La puerta de la Capilla Sixtina se abrió. Los conclavistas se precipitaron hacia ella desde todos los rincones. George y su amigo se vieron empujados a través de las puertas. Más allá de la delicada reja de mármol brillaban las seis llamas quietas de las velas del altar. Las portentosas figuras de la cúpula parecían contorsionarse. Hacia detrás de la reja se dirigieron Macca y Berstein; se detuvieron y enfrentaron al grupo que les seguía.

George miraba a su alrededor con una atención vehemente. Había sentido eso mismo tres veces en su vida: en las exequias de la reina de Inglaterra, en la coronación del rey, al pie de la primera tumba que se abriera ante él en su paso por el mundo. Era el sentimiento del cognosciente al que se permite, durante sesenta segundos, complacerse en la contemplación de un cofre lleno hasta los bordes de inestimables piedras preciosas talladas. Era el sentimiento de la codicia absoluta. Allí estaba la historia en su transcurso y él se hallaba en la primera línea de espectadores. No era el momento de pensar en los efectos. Era el instante de los efectos, y cada detalle debía ser captado y guardado. La selección podría llegar más tarde; la apreciación, después de esto; pero ahora debía recolectar. Primero, su mirada se alzó hasta los pequeños doseles cuadrados: todos estaban en posición. De inmediato, a los ocupantes de las cincuenta y cinco sillas: estaban sentados, tan quietos como los padres conscriptos cuando se sientan en sus sillas curules, vueltos hacia los que se agolpaban entre los arcos de la reja. De modo inconsciente, George se sintió llevado a avanzar más y más. Su comportamiento era recónditamente no emotivo; siguió adelante, absorbiendo con ardor el espectáculo. Al cabo de unos minutos susurró al Obispo:

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Creo que Dios nos ha dado un Papa.

—¡Oh! ¿Quién?

—Espere. Lo sabremos dentro de un minuto.

El silencio, la calma, la penumbra, en la que las formas quietas de los cardenales se curvaban como las crestas inmóviles de olas talladas en jade blanco y marfil antiguo sobre un mar de amatistas, eran más que maravillosos.

Desde la sombra llegó una voz, una voz intensa, que recitaba una fórmula.

George no comprendía con facilidad el latín hablado por un italiano; se encontró traduciendo: *Reverendo Señor, el Sacro Colegio te ha elegido para ser el Sucesor de san Pedro. ¿Aceptarás pontificalmente?*

«Reverendo», pensó. «¿Por qué no “Reverendísimo”?» De inmediato se volvió hacia el Obispo, con otra pregunta en los labios. El Obispo se estaba arrodillando detrás de él. La masa se arrodillaba. ¿Por qué no habría de arrodillarse él también? Echó otra mirada a su alrededor, era una entera figura negra de cara alerta, pálida y fatigada, solitaria y erguida en medio del esplendor de la púrpura. Miró otra vez los doseles.

Sobre él, sobre él convergían todos los ojos. ¿Por qué no habría de arrodillarse?

De nuevo la voz del Archidíacono Cardenal entonó: «Reverendo Señor, el Sacro Colegio te ha elegido para ser el Sucesor de san Pedro. ¿Aceptarás pontificalmente?»

No había error. La aterradora, tremenda, pregunta era dirigida a él.

Un murmullo del Obispo le alertó:

—La respuesta es *Volo* o *Nolo*.

El latido de sus sienes, el estrépito de sus oídos cesaron como por milagro. Tomó

aire con lentitud, cruzó su mano derecha sobre el lado izquierdo de su pecho, adquirió la compostura del protagonista de una representación teatral, y respondió:

—Aceptaré.

Se oyó una palmada y los baldaquines bajaron entre crujidos y aleteos. El Sacro Colegio se puso de pie, mientras el Vicario del Señor pasaba hacia la parte trasera del elevado altar.

Le ofrecieron tres trajes de blanco pontificio, uno grande, otro medio y otro pequeño. El grande era demasiado grande; el pequeño, demasiado pequeño, pero el mediano valdría para ese momento. Comenzó a desvestirse, entre el tropel de los asistentes, con la naturalidad de quien está acostumbrado a nadar en Sandford Lasher. Rechazó toda ayuda, negándose a ser tocado. Cuando se hubo vestido con los calzones, la sotana, el cíngulo, el roquete, el manto y el sombrero blancos, los zapatos rojos y la estola, además del grande y nuevo anillo de oro del Pescador, revisó los bolsillos de la ropa que dejaba y los vació; guardó su pañuelo en la manga izquierda y preguntó por el obispo de Caerleon. Mientras los maestros de ceremonias y el sacristán agustino se daban prisa en preparar los altares para la consagración episcopal del Papa, el Dr. Talacryn fue admitido a la presencia apostólica. Rindió obediencia; el momento era demasiado augusto para las palabras, pero hablaron los ojos.

—Un vaso de agua —dijo entonces el Pontífice.

—De inmediato, Santo Padre...

—Que no se rompa. Permanezca a mi lado en todo momento, por favor.

Se sentía como si de pronto todo el mundo le hubiese abandonado. No como si él, él mismo, se hubiera movido o hecho un cambio, sino el mundo, lo pretérito, estaba lejos y borroso; el futuro estaba en sombras; el presente era totalmente extraño. Su idea entrecortada era la de calmarse a sí mismo con ese único nexo con el pasado. Trajeron el agua. Mojó la mitad de su pañuelo y lo retorció para aplicarlo sobre sus ojos ardientes y secos.

A lo largo de la prolongada ceremonia de consagración se comportó con una ecuanimidad enigmática. Aunque sus ojos no atendieron más que a las cosas del momento, y a pesar de que su porte parecía indicar una indiferencia lejana, con todo, en su interior su sensibilidad estaba en tensión máxima. Nada se le escapaba. Movilizaba sus fuerzas, planeaba su campaña. Mantenía los ojos bajos, anticipando la primera audiencia. Dos o tres eran los movimientos que podía prever en el tablero apostólico.

En el momento de la concesión del anillo episcopal, retiró su mano y pidió un amatista en lugar de la esmeralda ofrecida. La ceremonia se detuvo hasta la llegada de la piedra canónica. Los cardenales advirtieron la primera manifestación de la voluntad pontificia, con bastante preocupación y con cierto disgusto. Ragna murmuró algo sobre los advenedizos innobles; Vivole, acerca de la arrogancia juvenil; Berstein habló de mendigos a caballo.

—El que ha nacido en un granero, siempre rasca el suelo —aseveró el benedictino Cacciatore.

—«El que fuera rana es hoy un rey» —citó Labeur del *Satyricon* de Petronio Arbitro.

Le condujeron ante el altar y le colocaron sobre una silla de terciopelo carmesí preguntándole qué nombre pontificio elegiría.

—Adriano VII —llegó la respuesta sin vacilaciones, sin ninguna efusión.

—¿No preferiría Su Santidad ser llamado León, Pío, o Gregorio, como se estila ahora? —inquirió el Cardenal Camarlengo con una suavidad imperiosa.

—El pontífice inglés anterior fue Adriano IV, el actual pontífice inglés es Adriano VII. Así nos complace y por tanto, por nuestra propia voluntad, lo ordenamos.

No hubo nada más que decir. La elección de Adriano VII fue proclamada por el cónclave. Llegaron a la ceremonia de adoración. Uno por uno, Sus Eminencias besaron el pie, la mano y la mejilla del Sumo Pontífice. El contacto con la humanidad senil hizo que su alma joven se estremeciese. Durante todo ese lapso se decía a sí mismo: «No a Nos, Señor, no a Nos». Pero aquello resultaba algo muy tonto para decir. No era humildad, era repugnancia física que le llenaba de náuseas secretas. Algunos tenían aliento de avutardas y el de todos, menos uno, era demasiado caliente. Le hubiese gustado arrancarse su propia mejilla con tenazas curvas. Por medio de una gimnasia mental peculiar, salto hacia el verso que dice: «El que barre una casa como si lo hiciera ante Tu vista logra que su acción sea bella». Tomó la idea y se aferró a ella. «Señor Todopoderoso, o como Tú quieras ser llamado, sólo soy Tu instrumento. Esta osculación horrible no es más que una oportunidad de que ellos se beneficien honrándote a través de mí. Déjales. Seré el instrumento, Tu instrumento para todos los hombres. ¡Aj! ¡Cómo duele!» Su serenidad exterior era inflexiblemente felina. Apenas toleraba esas atenciones. Las flechas de los ojos cardenalicios caían sobre él y eran desviadas por su coraza de hielo. Apartó su sensibilidad de la superficie, se concentró en los rincones más recónditos de su alma, previendo, planeando. «Un paso es bastante para mí» era otra frase que se separó de la madeja de su memoria para flotar en el océano de sus ideas. Había dado su paso: sin temor se adelantó erguido y estaba preparándose para el siguiente. No miró hacia atrás en ningún momento. El amatista, el nombre pontificio, ¿y ahora? ¡Sí! «Comienza tal como piensas continuar», se aconsejó a sí mismo.

Cuando los grandes príncipes de la Iglesia florecieron en armiño y bermellón, Adriano, mitrado y con su capa en plata y oro, siguió a Macca que llevaba la cruz triple. Un esplendor tumultuoso de suntuosidad le precedió a través del cónclave hacia la galería de la bendición, sobre la arcada de San Pedro. Los albañiles quitaban los ladrillos de una ventana bloqueada que llevaba hacia el balcón, a la derecha, a mitad de camino en la larga galería. El Sumo Pontífice llamó a Orezzo.

—Monseñor, ¿este balcón da a la iglesia?

—A la iglesia, Santidad.

—¿Cuál es la ventana que da a la ciudad?

—La de la izquierda.

—Ordene que la abran.

El Sacro Colegio se agitó a una, como para rechazar a un delantero del equipo contrario.

Las presiones nunca habían influido sobre George Arthur Rose, que solía decir que el que pudiese debía reprimirle a muerte, pero que nadie lograría jamás obligarle a hacer lo que él mismo fuese demasiado perezoso, demasiado arrogante o tonto para hacer. Era capaz de esperar un siglo para encontrar su oportunidad y, a menos que se le eliminara de la faz de la tierra por el método usual del asesinato, se le encontraría aún en su implacable persistencia al final de ese siglo. Había aprendido el truquillo de Flavio, quien, si él no quería abrirle la puerta cuando el gato maullaba para salir, permanecía en la habitación, pero se negaba a acercarse y a sentarse sobre el cuello de su amigo, y no aceptaba nada como no fuese que le abrieran la puerta. Y Adriano VII estaba bien preparado para soportar empujones y verse sometido a griterías, tal como León XIII había sido empujado y sometido a griterías en 1878, pero ningún poder terrenal lograría extraerle la bendición apostólica de sus manos y labios, si no era en un lugar y a una hora de su propia elección. Eran capaces de empujar a este Papa al balcón interior; y también podían llevar a un caballo hasta el agua. Pero ni el Colegio de Cardenales en toda su gloria podría hacer que uno bebiese y el otro bendijera.

—Santidad, esa ventana fue tapiada en 1870 y desde entonces no ha vuelto a abrirse.

—Que la abran ahora.

Ragna gruñó y salió fuera de la formación de la falange. Había una nota de truculencia en él.

—Santidad, el Papa León quiso que la abrieran el día de su propia elección, pero fue imposible... ¡Imposible! *Capisce?* La herrumbre de los puntales, la solidez del cemento...

—Sabemos todo eso. La gentileza del Papa León permitió que se dejara persuadir. Nos no somos gentiles y Nos no hemos de ser persuadidos por la violencia.

Orezzo, aunque encantado en secreto de que alguien fuese capaz de actuar de manera distinta que el depositario de su única antipatía, el Papa León, estaba bastante impresionado ante la idea de bendecir la ciudad y el mundo mientras (lo que él consideraba que era) el Usurpador Piamontés ocupase la llamada Roma de Pedro, Patrimonial e Intocable. Era una idea que encajaba en su escuela: la de que la gente debía sufrir tormento por los pequeños caprichos de los potentados. Pero apeló a la urbanidad.

—Santo Padre tenga piedad de nosotros y líbrenos tan pronto como sea posible de las miserias que nos han afligido durante este cónclave. Dígnese a dar la bendición a los fieles en la iglesia hoy, y nosotros veremos qué se puede hacer sobre este asunto

mañana.

Adriano parecía un tanto divertido. El obispo de Caerleon pensó que jamás había visto una inflexibilidad más desapasionada. A una señal del Papa, el maestro albañil se acercó y cayó de rodillas. Adriano se inclinó.

—Hijo, abre esa ventana.

Entre las olas color bermellón y a través de la galería, bucearon los albañiles, llevando escaleras, palancas, martillos. Los mozos del cónclave recogieron los rollos de alfombra que estaban a punto de extender y se sentaron sobre ellos. Berstein carraspeó y expectoró. Adriano tuvo un sobresalto y marcó al hombre. Bajo el impulso de los martillos la pared comenzó a caer, un polvo blanco se cernía en el aire; el colegio color bermellón se alejó con el Papa blanco. Algunos fueron hasta el extremo de la galería, de donde provenían voces altas de protesta; a mitad de camino los alemanes se detuvieron con la mayoría de los italianos: conversaron con mayor moderación. A pocos pasos del lugar de trabajo, el Papa se mantenía inmóvil. A su lado retuvo a Macca con su cruz, detrás de él se agrupaban el obispo de Caerleon y los nueve cardenales compromisarios.

En una pausa del estruendo de los martillos, Adriano entonó el «*Kyrie eleïson*». Mundo le respondió de inmediato. El grupo en un primer momento no comprendió la idea, pero paulatinamente una voz se plegó a la otra y las *Letanías de los Santos* reverberaron a través de la galería con toda su magnilocuencia.

Fuera, en la Plaza de San Pedro, sólo se habían reunido unos pocos cientos de personas. El interés en los procedimientos del cónclave estaba casi muerto, y varios enviados especiales comenzaban a pensar seriamente en cuánto más excitante resultaba un juicio por asesinato en el New Bailey. Pero muchos romanos tradicionalistas querían tener la oportunidad de contar a sus nietos que ellos habían estado en la Plaza cuando la proclamación del Papa en la iglesia y, una vez más, en la mañana del día de san Jorge, la chimenea sixtina no había vomitado humo. ¡Era un misterio! ¡Cuántas intrigas tras esos muros blancos!

Dentro de la basílica, había centenares de personas expectantes, funcionarios del Vaticano, familiares cardenalicios, prelados, penitenciarios, beneficiarios, que no habían sido tapiados con el cónclave. También estaban presentes caballeros y damas de eminente categoría que formaban las filas del Partido Negro (o clerical), quienes habían sido admitidos en riguroso secreto (a plena luz del día y ante toda Roma) por una puerta privada. Cada día, durante semanas, habían acudido y aguardado, con la esperanza de estar entre los primeros que saludaran al Papa. Ir a San Pedro por la mañana, antes de comer, y por la noche, antes de la cena, se había convertido en la moda de una sociedad que tenía pocos y triviales entretenimientos propios, y para la que las ceremonias del Quirinal y de la Sociedad Blanca son un fruto prohibido. Algunos, que estaban cerca de la gran portada, creyeron oír débiles golpes en la galería superior. El ruido anuló sus voces: sin duda eran golpes, más fuertes, más insistentes. Sí, estaban abriendo el balcón. Después cesó el estrépito. En el silencio

hubo conjeturas, que se desvanecieron o se acrecentaron. Un benedictino expansivo, con una cara carnosa, que estaba recostado contra uno de los grandes pilares, de pronto afirmó que los golpes volvían a oírse; pero en otro sitio, más lejos, dijo. Un chambelán decurial honorario de capa y espada, husmeó con su larga nariz, se acarició la barba aguda y tartamudeó:

—Nnno se aatreverán a aaabrir el bbbbalcón e exterior.

Esa idea pareció una chispa entre el polo positivo y el negativo. Vibró y relumbró antes de caer sobre un montón de combustible humano.

—¿Qué estamos esperando aquí? —exclamó el príncipe Clenalotti, y se precipitó hacia la puerta por la que había entrado. Naturalmente, se produjo una estampida.

La gente reunida en la Plaza estaba en diagonal con respecto a la iglesia, con los ojos dirigidos hacia el Vaticano, cuando desde la Via della Sagrestia fluyó una corriente de seres semisalvajes, que echaban miradas ansiosas al balcón vacío y que traían noticias asombrosas. Las dos muchedumbres se precipitaron a la par, atropellándose hacia los peldaños de piedra blanca y al espacio abierto que se tendía abajo. Los militares adoptaron una actitud rígida de atención. Los enviados especiales (como un solo hombre) se dirigieron hacia el obelisco central, o a las fuentes, y desplegaron escaleras portátiles. Por supuesto, los coches y taxis, Cayo y Tizio, también Sempronio, para no mencionar a Maria y Elena, a Yolanda y también a Margherita, comenzaron a salir de cada avenida del Borgo.

No había nada que ver, excepto el balcón vacío sobre el atrio. No había dosel ni decoración, pero alguien dijo que se advertía movimiento tras la ventana. Eso era una verdad concisa. Más aún. La ventana misma se movía. Los cristales tocados por el sol se volvieron opacos cuando giraron sobre sus goznes hacia dentro. El ejército italiano presentó armas. Roma se arrodilló sobre las piedras. Los enviados especiales subieron por sus escaleras portátiles, enfocaron sus aparatos fonográficos y cinematográficos, oprimieron botones e hicieron girar manivelas.

Una figura delgada desplegó una tela de oro sobre el balcón y otra figura delgada, armiño y oro, subió llevando una triple cruz diminuta. Se oyó un rugido megafónico estentóreo y la proclamación del Archidíacono Cardenal:

—Os anuncio una gran alegría. Tenemos por Papa al señor George de las Rosas, de Inglaterra, quien se ha impuesto el nombre de Adriano VII.

Dejó el lugar a otra pequeña figura, plata y oro, radiante en el sol. Un claro hilo de voz cantó:

—Nuestra ayuda está en el Nombre del Señor.

Los fonógrafos grabaron la respuesta sonora:

—Que ha hecho el cielo y la tierra.

Adriano VII alzó su mano y cantó:

—Que Dios Todopoderoso, ✠ ✠ ✠ Padre, ✠ ✠ ✠ Hijo, ✠ ✠ ✠ y Espíritu Santo, os bendiga.

Fue la bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

## CAPÍTULO IV

LAS cosas se precipitaron. Había un cerebro que planificaba y una voluntad que debía ser obedecida. Las manos comenzaron a comprender que tenían que realizar tareas manuales. La querida y ponderativa Roma sólo alcanzaba a azorarse ante un Pontífice que decía «mañana» y eso era lo que quería decir. El Sacro Colegio halló que no tenía opción. Naturalmente, todo se veía tan negro como la noche. Pero el Archidiácono Cardenal no podía negarse a la coronación en forma categórica y, cuando Adriano anunció que la suya se llevaría a cabo por la mañana en la escalinata de San Pedro, un esfuerzo fútil sugirió las dificultades que se alzaban contra la posibilidad. Ésa fue la única vía que se abrió a los opositores. A su vez, tres alegaron que no habría tiempo para dar noticias de la ceremonia, para arreglar la iglesia, para distribuir las tarjetas de invitación. Adriano barrió a un lado esas ideas, como si fuesen basuras. Otro invocó la catástrofe diciendo que no había tiempo para convocar a los funcionarios adecuados. Tuvo que oír que mediaban dieciséis horas en las que se podía encontrar a los que fuesen indispensables de verdad. Un quinto dijo que, en razón de la tendencia anticristiana de los tiempos, no estaba prevista la asistencia de representantes del rey de Francia, del Santo Emperador Romano ni del Primer Conservador del pueblo de Roma, y con cortesía preguntó cómo se podría cumplir con el cuádruple lavamanos. El Papa respondió que él era capaz de lavarse las manos cuatro veces sin ninguna ayuda, en caso de ausencia de los asistentes legítimos, pero no había que buscar al General de la Iglesia: el actual Síndico de Roma era el equivalente del antiguo Primer Conservador; el embajador de Austria podía representar al Imperio; en cuanto a la desgraciada Francia, sin rey ni majestad, que alguien fuese de inmediato a las calles de Roma y trajese al primer cristiano francés que encontrara. Por otra parte, el cuádruple lavamanos era accidental. Lo esencial era que el Sumo Pontífice cantase una misa pontificia en el altar mayor de San Pedro y recibiera la triple corona. Eso habría de hacerse a las ocho de la mañana siguiente. Todas las puertas de la basílica se abrirían a medianoche y quedarían abiertas. No era necesario publicar ninguna noticia oficial. Y eso era todo. A continuación el Papa se encerró en las habitaciones espléndidas de su predecesor y las inspeccionó hasta que le dolieron los ojos. Por fortuna tenía consigo su tabaquera llena y un librito de papel: fumó y pensó, mirando Roma a través de las ventanas.

Después de la puesta de sol comió unas chuletas y ensalada, enfrentó dos sillas cerca de la ventana de la derecha y pidió que llamaran al obispo de Caerleon y que le trajeran una jarra de leche. Sus disposiciones personales eran tan indiscutiblemente saludables como las de un escolar.

Llegó el Dr. Talacryn y observó las formas. Adriano le envió a que despejara las antecámaras y cerrase las puertas. Al volver, el Obispo permaneció de pie. El Papa estaba sentado en una de las espléndidamente incómodas sillas rojas.



—Hemos mandado llamar a Su Señoría porque tenemos ocasión de solicitar sus servicios especiales.

—Siempre estoy dispuesto a servir a Su Santidad y deseoso de hacerlo.

Adriano se sentía atraído por este Obispo. Abominaba de muchos de sus actos, pero le gustaba el hombre, y le creía honesto. El Obispo se sentía atraído por el Papa. Le gustaba, pero no le comprendía y sentía cierto temor ante él pero, sin embargo, era bueno saber todo lo que se pudiese saber y que resultara útil.

—Hemos colocado allí esa silla para Su Señoría —dijo Adriano.

El Dr. Talacryn estaba asombrado, pero no en exceso. Su plácida naturaleza, bien entrenada, le mantuvo en buena situación ante la evidencia de un favor que hubiese abrumado a muchos y llenado de presunción a otros.

—Doy las gracias a Su Santidad —respondió simplemente. Parecía que el barco estaba preparado para la acción.

El Papa continuó con su habitual monotonía concisa. Hablaba en mi bemol menor, con gran rapidez, haciendo ligaduras con la letra r, acortando algunas palabras y cada g final, pronunciando otras con énfasis, de un modo que, curiosamente, sugería pieles, goma y garras. En cuanto a su tema, parecía que argumentase consigo mismo, por la forma en que ordenaba sus ideas, descubriendo el proceso de pensamiento.

—Tenemos mucho que hacer y nos enfrentamos con la imposibilidad física de llevar a cabo nuestros planes. Nos hemos visto puestos de sorpresa a la cabeza de estos asuntos. Creemos que no habríamos sido puestos aquí a menos que el servicio que podemos brindar haya sido considerado deseable. Por tanto, estamos dispuestos a obrar. Pero, aunque sabemos (o sabremos) qué hacer, no podremos hacerlo con este único par de manos. Debemos tener ayudantes con los que podamos entablar una relación íntima y que sean ellos mismos comprensivos. Primero, queremos tener a Su Señoría.

El Obispo era lo bastante honesto como para que un ligero sonrojo de placer se mostrase en su cara.

—Muy complacido, por cierto —dijo.

—Segundo, necesitamos información. ¿Conoce usted las circunstancias que han conducido a nuestra elección?

—En sus líneas principales, me son conocidas, Santidad. Hasta puedo decir que son conocidas en general, excepto para el propio Sumo Pontífice —agregó el Obispo, con una pícaro sonrisa episcopal.

Adriano disfrutó del asunto.

—Por favor, tenga en mente este dogma, bien claro y siempre, un Papa bien informado es más sensato que un Papa mal informado. Recuerde también que Adriano en todo momento quiere saberlo todo. Ahora mismo, desea saber lo que usted sabe acerca de su elección. En pocas palabras, los detalles pueden venir después.

—En pocas palabras, el cónclave no encontró Papa por los medios ordinarios y encargó la tarea a ciertos cardenales compromisarios. Ellos eligieron a Su Santidad.

—¿Pero por qué?

—El cardenal Courtleigh...

—¿Era uno de los compromisarios? ¿Cuántos eran?

—Era uno de los nueve. Los otros eran...

—No importan los nombres de momento. ¿De modo que hemos de considerar que esos nueve cardenales están bien dispuestos hacia Nos?

—Sin ninguna duda, Santo Padre.

—¡Magnífico! ¡Nueve! Los nombres, por favor.

—Courtleigh, Grace...

—¿El arzobispo de Baltimore, sí?

—Saviolli...

—¿Qué es él? En otro tiempo fue nuncio o algo así en América, ¿no es verdad? Por favor, díganos cuál es el cargo de cada uno.

—Saviolli fue arzobispo de Lepanto y nuncio pontificio en los Estados Unidos de América. Ahora pertenece a la curia. Después estuvo Della Volta, antiguo mayordomo, y también en la curia en el presente; dicho sea de paso, él es el doble de Su Santidad, según el cardenal Courtleigh.

—¡Qué cosa deliciosa! —comentó Adriano con vivacidad.

—Mundo, que fue el jefe de los compromisarios, es patriarca de Lisboa. Nefski es arzobispo de Praga, pobre hombre...

—¿Por qué «pobre hombre»?

—Oh, estuvo a punto de ser asesinado por los anarquistas. Bien, otro fue Ferraio, arzobispo de Milán; Gentilotto, prefecto general de la Congregación para la Propagación de la Fe, y Fiamma, arzobispo de Bolonia. Los dos últimos eran candidatos al principio, pero renunciaron a ello al aceptar convertirse en compromisarios.

—¿Éstos, dice usted, están bien dispuestos para con Nos?

—Sí, Santo Padre.

—Un celta, un americano, un portugués, cinco italianos y un polaco.

—No, un bohemio, Santidad.

—¿Sí? —Adriano señaló al Obispo un escritorio—. Bien, esté esto o no de acuerdo con las reglamentaciones, no lo sabemos ni nos importa. Escriba, por favor —bebió un sorbo de leche y comenzó a dictar—: Adriano VII, — Obispo, — Siervo de los siervos de Dios — desea que usted se presente de inmediato — ante él — en el Palacio Vaticano — en Roma. Nada —excepto una grave incapacitación física — o sus deberes familiares, —si existiesen, — ha de impedirle su comparecencia. Todos los católicos — le habrán de proporcionar — las comodidades, — medios — y asistencia — que pueda usted necesitar. Por favor, fírmelo con su nombre y haga cinco copias.

El Obispo, suspirando por su máquina de escribir, pero diligente, escribió con una letra angular y oblicua, casi ilegible. Las luces eléctricas brotaban en la ciudad. El Papa encendió velas, corrió las cortinas y lió un cigarrillo. Después se acercó y sentándose junto a la mesa observó los manuscritos, mientras consideraba el enorme anillo de su índice derecho. Con una sonrisa para sí mismo, cogió una vela y una barra de lacre y selló con el *Pedro en la barca* el pie de los seis folios.

—Diríjalos —continuó— al reverendo George Semphill, de St. Gowff, Bretaña del Norte; reverendo James Sterling, Oakheath, Stafford; reverendo George Leighton, Shorham, Sussex; reverendo Gerald Whitehead, Wilton, Warwick; reverendo Robert Carvale, Duntellin, Ayrshire; y, sí, recordará usted que hace dieciocho años él tenía la cara de más exquisita belleza y el alma de más exquisita belleza y la voz de más exquisita horripilancia de todos los chicos del colegio: envíe la sexta a Percy van Kristen, 2023 Madison Avenue, Nueva York.

Mientras el Dr. Talacryn cerraba los sobres, el Papa escribió algo en un folio que también selló:

*Hadrianus P. M. VII. dilectissimo filio Francisco Talacryni Caerleonis Episcopo.*

*Te in cardinalem Designamus et Approbamus: quod tamen sub silentio tenebis donec tempus idoneum aderit.*

*Datum Romae. Sub annulo Piscatoris. Anno pontificatus Nostri I, ad VIII Kal. Mai.*

—Acérquese, por favor, y arrodílese aquí —dijo.

El Obispo miró con expresión interrogante, pero rodeó la mesa y se arrodilló ante el Papa, quien se dirigió a él con estas palabras:

—Bienamado hijo, Francis Talacryn, obispo de Caerleon, Nos te designamos y te confirmamos en el cardenalato. Pero no darás a conocer este hecho hasta que llegue el momento adecuado.

Así diciendo, pellizcó con suavidad los labios del Obispo y puso el breve en su mano.

—Silencio —continuó el Pontífice—. Ahora vaya usted mismo a San Silvestro, no a la oficina de correos de aquí, y franquee y envíe estas cartas. Una cosa más. ¿Mañana habrá tropiezos? Bien. En tal caso, después de ir a San Silvestre, ¿podría usted buscar al príncipe Pilastra y al príncipe Orso y decirles...? ¿Es seguro que contamos con el apoyo de esos nueve? Magnífico. Muy informalmente, pues, haga saber a esos Príncipes (en su carácter de Príncipes asistentes del trono pontificio) de nuestra inmediata coronación. Una vez que haya hecho saber esto al príncipe Pilastra, dígale, también informalmente, que el Sumo Pontífice desea que el Síndico de Roma sepa que, cuando haya recibido las coronas, se dispone a ir a Letrán para tomar

posesión de su sede episcopal. No. No habrá boato. Iremos con tanta sencillez como sea posible, y andando. ¿Querrá usted mantenerse cerca en todo momento? Le nombramos jefe del séquito y le otorgamos esta función como sinecura. *Da b'och, a dibechod*: Dios le bendiga.

Adriano permaneció de pie en la puerta de la antecámara, viendo cómo desaparecía en el corredor la figura robusta del Obispo. Pensó con cierta pena en que esa tendencia a la robustez no era controlada por un saludable ejercicio físico. Un destacamento armado de la Guardia Suiza se mantenía inmóvil y cambiaba a intervalos regulares. «Para mí» fue su pensamiento plebeyo. Se acercó un hombrecillo, inclinándose. Tenía aire servil. La segunda mirada de Adriano le reconoció.

—¿Hay un piso en la planta superior? —preguntó.

—Claro que sí, Santidad, un piso amplio, de habitaciones más pequeñas que no tienen la altura de éstas.

—Usted hará que quede vacío para mañana al mediodía. Ahora puede retirarse a dormir. Por favor, cuide que nadie trasponga esta puerta hasta mañana por la mañana.

El Papa cerró la puerta, y atravesando las antecámaras y el salón del trono, volvió junto a la mesa en la que había trabajado antes. Se sentó en el borde del escritorio durante una hora, balanceando una pierna, pensando, tomando leche a sorbos. Entonces cogió una vela y fue hasta un cuarto de vestir donde había grandes armarios de roble. Abrió la puerta y buscó un manto entre las pilas y guirnaldas de prendas nuevas. Había varios de terciopelo carmesí. Después de buscar en vano alguno sencillo, se puso uno de aquéllos y se encaminó hacia la puerta, cogiendo un breviario al pasar junto a la mesa. Fuera, en el corredor, hizo una señal al guardia más cercano. La figura negra, roja, amarilla y acero se acercó para hincarse de rodillas.

—¿Conoces el camino para ir a San Pedro? —preguntó el Papa.

—Desde luego, Santísimo Padre.

—Busca las llaves necesarias y condúcenos hasta allí, hijo.

—De inmediato, Santísimo Padre.

El suizo abrió la marcha. Adriano le siguió, con cierto fastidio por los saludos con que fue recibido a lo largo de su camino. Durante tantos años había pasado desapercibido que la notoriedad le irritaba y confundía. La vida resultaría insoportable si trompetas y exóticas alabardas saludasen cada movimiento. No tenía él la impasibilidad de los que habían nacido personajes. En esos momentos se terció la capa y mantuvo la cabeza y la mano alzada en un gesto petrificador. Recorrieron innúmeros pasillos y bajaron escaleras, para emerger en una capilla en la que ardían varias luces ante un tabernáculo de bronce color oro y lapislázuli. Allí se detuvo, mientras su escolta abría las puertas de la reja. Después de pasar por ella, envió al guardia a su puesto, en tanto que él se adentró en las vastas sombras de la basílica. Caminaba muy lentamente: era como si sus ojos estuviesen vendados con un terciopelo negro transparente, tan intensa y honda era la oscuridad. Después, lejos, a

la derecha, advirtió algo que parecía una corona de estrellas apagadas brillando sobre el suelo, al parecer. Estaba en la nave principal y las estrellas eran las mariposas permanentes que rodeaban la Confesión. Se acercó con lentitud. Al pasar junto a las luces, cogió una de su brazo dorado y fue bajando los escalones de mármol. Allí tendió su capa en el suelo, puso la lamparilla al lado y se sumió en la oración. Fuera, en la ciudad y en el mundo, los hombres jugaban, trabajaban, pecaban o dormían. Dentro, en la misma tumba del apóstol, el apóstol oraba.

A medianoche los pestillos de las enormes puertas resonaron y se abrieron. Una bocanada de aire fresco se coló hacia el interior. Los sacristanes distribuyeron candeleros de hierro, grandes y antiguos, aquí y allá sobre el suelo marmóreo. La antorcha encendida que cada uno llevaba producía un pequeño oasis de luz en la penumbra inconmensurable. Desde muy lejos, una forma blanca y delgada, que llevaba un manto carmesí se deslizó, rápida, dispensando bendiciones a los asombrados espectadores, para desaparecer en la capilla del Sacramento.

Al volver a sus habitaciones, Adriano fue sin más a la cama, invocando a las almas del purgatorio para que le despertaran a las seis en punto. Se durmió de inmediato y profundamente.

A las siete ya había cumplido su deber con el *De Profundis*, y estaba vestido y aguardando en el salón del trono. Se presentaron ante él una docena de cardenales, de dos en dos. Para abrir filas enviaron al Cardenal Primer Sacerdote, quien con solemnidad mostraba la imagen de un gallo de plata dorada. Adriano estaba de pie sobre los peldaños del trono, inmóvil, erguido, vivido. Se le veía tan rebosante de energía contenida que parecía una llama blanca. No hubo palabras. Llegaron en silencio y en silencio se alejaron. Cuando el Pontífice volvió a estar a solas, avanzó y se detuvo en medio de la habitación.

—¡No, Señor, jamás Te negaré, jamás! —exclamó con énfasis tremendo—. Pero manténme, enséñame y gobiérname para que yo pueda gobernar, enseñar y mantener a Tu Rebaño, oh Pastor de gentes.

Cuando el obispo de Caerleon hizo conocer las extraordinarias noticias al Síndico de Roma, el príncipe Pilastra preguntó de inmediato qué disposiciones se habían tomado.

—No se han tomado disposiciones.

—Pero, vea usted —dijo Marcantonio, que procuraba imitar la sequedad inglesa—, desde luego que estamos muy felices de que el Santo Padre venga a visitarnos, pero ya sabe usted que estamos forzados por nuestras propias obligaciones a brindarle todos los honores debidos a un soberano reinante. A los ojos de Europa, nos avergonzaría omitirlos. Lo que quiero decir es que se trata de una marcha solemne y deberemos sacar las tropas a la calle y detener el tráfico...

—No creo que Su Santidad espere que usted haga todo eso, Príncipe. No hablo oficialmente, y no le traigo una petición oficial para que disponga ninguna cosa del

tipo de las que ha dicho. El Santo Padre dice que irá con gran sencillez, a pie, por cierto.

—Pues sólo quisiera saber qué diablos (si Su Eminencia puede excusar a este francés) significa eso.

—Quizá el Santo Padre piense que el movimiento de la *sedia gestatoria*, o el de una litera, le pondrá malo. Así le ocurrió a León, ya lo recordará.

—¿Y qué pasaría con una mula blanca?

—Precisamente puedo asegurarle que él no sabe montar.

—¡Piuuj! ¡O sea que no es un deportista! ¿Y a pesar de ser inglés?

—Sí, lo es, pero no de la clase de deportista a que se refiere usted, Príncipe.

—De acuerdo. ¿Qué quiere él que yo haga?

—Digamos que me ha enviado para hacerle conocer sus intenciones a fin de que usted impida que su marcha perturbe el tráfico, si le parece.

—Por supuesto que no lo permitiré.

—No, claro que no. Esto que voy a decirle es tan sólo mi modo de ver el asunto: creo que en realidad él no quiere más que avisarle con anticipación, de modo que nunca pueda decirse que le ha hecho una jugarreta, que le ha cogido por sorpresa, o que le ha sacado ventaja, por decir así.

—Comprendo. Bien, ésta es una de las cosas raras que ustedes los ingleses hacen como si fuera algo de rutina. No sé si es una locura rabiosa o... ¿Su Santidad irá acompañado de alguna pompa?

—Creo que no. No hay mucho tiempo y, entre nosotros, no estoy seguro de que todos tengamos el mismo criterio en el Vaticano.

—Según lo establecido, ya sabe usted que yo debería marchar junto con Orso delante de los embajadores. ¿Orso está enterado de este tema de la marcha a pie?

—No. Sólo está enterado de la coronación.

—Eso significa que no habrá procesión formal. Está bien. Verá, como Pilastro, debo ir junto a Orso en la marcha papal; en cambio, como Síndico de Roma, tendría que ir a la cabeza de los pajes pontificios que preceden a Su Santidad. ¿Acaso puedo hacer ambas cosas? En fin, ruego a Su Eminencia que transmita mis respetos a nuestro Santo Padre, y que le diga que el príncipe Pilastro asistirá a la coronación y que el Síndico de Roma marchará delante del Papa hasta Letrán.

—¿No corre el riesgo de llegar a las manos con el príncipe Orso por la precedencia? —bromeó el Obispo.

—No, claro que no. Durante la coronación cerraré el flanco derecho. El Papa estará entre ambos. Además, no surgirá el tema de la precedencia, porque Orso podría sumarse o no a este paseo hasta Letrán; en ambos casos el Síndico tendrá la posición más honorable. Puede que yo no sea la rosa, pero al menos estaré cerca de Rose..., bastante más cerca que Orso —jugó con las palabras el versátil Marcantonio.

A las ocho de la mañana, Adriano bajó a San Pedro. Multitudes abigarradas cubrían el espacio con ojos de tumulto. Bajó con sus vestiduras rojizas, brillante de

rubíes, granates y carbunclos, como una llama que hubiese surgido por encima de la muchedumbre, lento, consciente, esparciendo bendiciones. Su flema inglesa fue muy admirada. A su paso todos rugían: *Larga vida al Papa y Soberano*. De inmediato detuvo a los portadores; su solo aspecto produjo un silencio súbito. La gente tenía los ojos fijos en él y dejó de gritar; la ola de aclamaciones se debilitó en la gran nave y en los transeptos. Adriano prosiguió el camino, erguido en su silla, como una divinidad, con un gesto helado que vetaba el homenaje personal. Ya mitrado y entronizado, era el siervo de quienes debían servirle: eso significaba su comportamiento. Un niño acólito de la categoría más humilde sostuvo ante él una bandeja llena de fibras de lino, las encendió y gritó:

—Mira, Santo Padre, cómo pasa la gloria de este mundo.

Sus facciones no denotaron ninguna emoción. Sabía mucho de eso. Había aceptado, e insistido en ello, la observancia de todos los ritos que le consolidaran en el Supremo Pontificado, no porque se cuidara de ellos, sino porque debía estar libre para actuar. No deseaba la gloria mundana, sino el combate, el combate, porque es más dulce el descanso después de la lucha.

Con lentitud y con toda la solemnidad inefable acumulada durante centurias, fue cantada la misa. El Apóstol elevó la Hostia hacia los cuatro puntos de la tierra. Los cardenales se encresparon como enormes flamencos en torno a él, que se mantenía blanco y silencioso. Al final, el arcipreste cardenal de San Pedro le dio una bolsa de brocado que contenía veinticinco monedas de oro, los honorarios por una misa bien cantada. Él la repartió entre Della Volta y Segá, quienes habían cantado el Evangelio en griego y en latín, y ellos la pasaron a los portadores de sus comitivas. Adriano regresó por la nave hacia el gran atrio. De entre la muchedumbre, una voz gritó: *Christus regnat*. Cuando estuvo sentado entre las oleadas de gente, Macea le coronó diciendo:

—Recibe esta tiara adornada con tres coronas y sábette Gobernador del Mundo, Padre de Príncipes y Reyes, el Vicario terrenal de Jesucristo nuestro Salvador.

Adriano entendió la fórmula no en el sentido metafórico, sino en el llano y literal de las palabras. No minimizó ni magnificó su significado. Disponía de una oportunidad que era totalmente grata para él. Era Gobernador, Padre, Vicario. Y no tenía miedo. Se puso de pie y bendijo a la ciudad y al mundo.

En la Capilla Sixtina le aliviaron de los ornamentos pontificios y de la amplia túnica de tafetán blanco, tan suntuosa a los ojos de los espectadores y tan ridículamente incómoda para las piernas del que la lleva. Comió manzanas mientras Orezza, en nombre del Sacro Colegio, recitaba cumplidos tradicionales.

—Monseñores Cardenales —dijo Adriano—, agradecemos los servicios de ustedes e invitamos a aquellos que estén en condiciones de hacerlo, y tengan voluntad de acompañarnos, a nuestra toma de posesión de la sede episcopal.

Se dirigió hacia la puerta. La corta cola de su sotana se arrastró tras él y el obispo de Caerleon se inclinó a su paso.

Ragna tenía algo que gruñir:

—Santidad, es suicida para usted y asesino para nosotros. La ciudad está llena de judíos y masones; sin duda seremos apuñalados, o nos matarán de un disparo, o nos harán pedazos con bombas, o nos bañarán con vitriolo...

—La Iglesia necesita con urgencia un mártir. Hago una invitación a Su Eminencia, no le doy una orden.

Berstein susurró a Vivole, con tono escandalizado, que el Papa pretendía popularidad. Pepato, con una nota de admiración, comentó algo sobre ese loco inglés. La invitación se difundió. De la nube de funcionarios muchos comenzaron a acomodarse según un orden. Otros tenían ocupaciones importantes en algún sitio. Los maestros de ceremonias, exprimiéndose el cerebro para recordar detalles hacía tiempo olvidados, volaban de aquí para allá entre advertencias y empujones. El pobrecito y viejo Grani se sentó en un rincón, y lloró al pensar que no había tiempo para enjaezar las jacas blancas que cada año enviaba el rey de España. Adriano avanzaba lentamente, conversando con Caerleon, para dar a todos el tiempo de decidir qué harían. Cuando salió de la columnata a la Plaza de San Pedro, el Síndico de Roma se introdujo entre las filas que precedían al Papa, y una escolta de la Guardia pretoriana le rodeó. Adriano se detuvo e hizo un gesto al príncipe Pilastro.

—Señor Síndico, ¿estamos en libertad?

—En completa libertad, Santo Padre.

—Que sus soldados nos precedan, sin rodearnos; y no permita que nadie se acerque a menos de diez pasos de Nos. Iremos por Via Giulia y Monte Celio.

El escuadrón se adelantó hasta la cabeza del grupo. El Papa cogió la cola de su sotana de manos del Obispo, la echó sobre su brazo izquierdo y avanzó solo. Al actuar como si lo ideal fuese real, lo hizo realidad. Si judíos y masones querían asesinarle, tanto mejor, era parte de su trabajo del día, sin duda. No tenía ansiedad de martirio y con sinceridad esperaba que, si tal cosa le sucedía, no fuese muy dolorosa ni deformante. Pero, como se trataba de su propia actividad, una escena de la obra que estaba representando, la interpretaba por sí solo. Diez pasos por delante de él marchaba el príncipe Pilastro, mirando hacia atrás de cuando en cuando. Diez pasos detrás, avanzaba el Obispo, rubicundo y fuerte, con su indumento blanco y carmesí, preguntándose qué ocurriría. Los nueve purpurados seguían en una falange compacta, venerables y magníficos; y después de largos conciliábulos y muchas voces, otros diecisiete cardenales se agregaron a aquella magnificencia. Una policromía de patriarcas, arzobispos, obispos, prelados y guardias pontificios cerraban la marcha.

Un grito tremendo saludó la primera aparición de Adriano en la plaza. Era algo incoherente, porque el verdadero significado de la escena no fue comprendido de inmediato. Ningún Papa había puesto sus pies en Roma desde 1870; pero allí, sin duda, estaba el Papa, con una cara dulce y firme, una figura blanca y solitaria, cuya mano izquierda descansaba en su pecho, sobre la pequeña cruz, mientras la mano derecha dispensaba con gravedad el mismo signo. Esa muchedumbre no equivalía al



paralelo humano que la autoridad está presta a desplegar cuando el poderoso marcha por las calles. Era una suma de residentes, ociosos y paseantes comunes que de pronto caían de rodillas, mirando, jadeando, gritando onomatopeyas en medio del delirio. Taxis y coches se apartaban a un lado de la calle y los conductores se arrodillaban dentro de los vehículos. Aquí y allá algún extraño comentaba «qué parodia» y con aire protector explicaba que el Ejército de Salvación hacía esas cosas con mayor propiedad. Aquí y allá algún incapaz resentido se detenía escupiendo alabanzas a las sociedades secretas. Aquí y allá algunos mundanos ateos se mofaban en voz baja. Pero Adriano continuaba su marcha, caminando con ese paso suyo, tan tranquilo en apariencia y tan rápido en realidad. Sus movimientos recordaban a una máquina de engranajes perfectos: tenía la gracia ágil y vigorosa del atleta cuyos músculos son suaves y fuertes, en quien hasta el impulso carece de brusquedad. Así disfrazaba él su timidez natural. A veces miraba a uno y otro lado. Una vez sonrió a una pandilla de chicuelos morenos que se arrodillaron junto a uno de los ángeles de Bernini, sobre el parapeto del puente. Adoraba a los niños, aunque le inspiraban un temor desesperado. Colina arriba, junto a la iglesia de los santos Juan y Pablo, una niña se acomodó el pingajo indescriptible que llevaba en la cabeza, antes de precipitarse a la calzada, arrojando prímulas, y quedar inmovilizada por su propia audacia. Él la llevó de la mano hasta su madre y bendijo a ambas. Toda su vida había anhelado dar. Ahora, en cualquier circunstancia, siempre tendría algo que dar, diez palabras y un gesto; y la gente parecía tan agradecida por ello. Estaba contento.

En el atrio de la Madre y Señora de Todas las Iglesias de la Ciudad y del Mundo, se sentó en el trono mientras los registros eran ajustados para entonar *Él alzó al pobre del polvo, y levantó al necesitado del estercolero; que Él sea puesto entre los Príncipes, aun entre los príncipes de Su pueblo*. Le dieron las llaves de oro y plata. Le acompañaron hasta el trono de mármoles preciosos, en el centro del ábside. Cantaron el *Te Deum*. Subió al lugar tradicional para dar la bendición al pueblo inquieto en la Plaza de San Juan; después volvió por el mismo camino por el que había llegado, como obispo de Roma de palabra y obra, y Sumo Pontífice.

## CAPÍTULO V

CANSADO físicamente por el esfuerzo de sobrellevar la mirada fija de Roma, descansó toda la tarde. El palacio era escenario de una conmoción total. Los cardenales y sus familiares cloqueaban, arrullaban, chillaban y gruñían por los rincones, o hacían los arreglos para regresar a sus distantes sedes. Algunos obreros desmontaban la estructura del cónclave. Adriano hizo un intento de pasear por los jardines con un libro, pero los chambelanes obsequiosos, vestidos de terciopelo negro y con sus cabezas tocadas con una especie de bandeja, se mostraron tan terriblemente necesarios, y los Auditores de la Rota se escurrían por los senderos con un secreto tan evidente, o surgían, justo a su paso, de entre las borduras de boj por un accidente tan calculado y tan repetido, que por último decidió refugiarse en el apartamento pontificio. Tocó el gong e hizo llamar a Caerleon.

—Tenemos un recuerdo más o menos claro de un lugar sobre el lago Albano, que se llama Castel y algo más.

—Castel Gandolfo, Santidad.

—Sí, ¿no fue una villa pontificia?

—Lo es ahora, pero desde 1870 una orden religiosa femenina ha venido usando una parte como convento.

—¿Qué parte?

—Según creo, las religiosas mantienen las habitaciones pontificias en buenas condiciones, aguardando el día en que el Santo Padre regrese a su casa.

—Bien. Por favor, envíe un telegrama a esas monjas anunciándoles que el Papa se alojará en su casa desde mañana por la mañana y por el lapso de siete días. Por favor, arregle todo en términos sencillos y privados. Esto es lo primero.

—Será mejor que me ocupe de eso de inmediato.

—Sí, pero no se demore.

Cuando el Obispo estuvo de regreso, Adriano le invitó a realizar un paseo de observación por las habitaciones. Eran acentuadamente antipáticas: demasiados rojos, demasiados dorados, demasiado floridamente renacentistas, muy aturdidamente rococó. No podría trabajar allí. Sí, trabajar: nada se lo impediría. ¿Quién, en nombre del cielo, sería capaz de trabajar bajo esos techos pintados, entre todas esas curvas de violenta inutilidad? Ahora que se presentaba la ocasión, tenía que tener lo que quería. Planeaba mudarse a la planta superior, donde no habría nadie que patullara sobre su cabeza, y desde donde las ventanas ofrecían una vista mejor. Quería disponer de ambientes limpios, simples, desnudos, despojados. Entonces su mente podría trabajar. Después de haber visto los guardarropas, detestaba el terciopelo rojo. Eso debía continuar. La sensación misma le provocaba contorsiones. El verlo sobre su persona le recordaba el ladrido de perros pestilentes y el rebuzno de asnos tercos. El blanco era mejor, si se usaba la tela adecuada. Se vestiría de blanco, suaves telas blancas y

opacas, no ese manto brillante; con una sobrepelliz decente (que no recordase las vestiduras de los siervos de David después de las atenciones de los ammonitas), una sobrepelliz, el manto y la estola roja pontificia en público; pero nada de encaje, que eso quedara para las damas. ¡Qué delicia tener muchas ropas blancas para llevar! ¡Qué delicia llevar el blanco bajo el sol! Bien, se disponía a trabajar para ganarse todas esas comodidades. Ahora, hablando de trabajo, había que hacer algo en las habitaciones de la planta superior, y ciertas cosas serían planeadas de acuerdo con las necesidades domésticas. ¿A qué funcionario se le darían las directrices?

—El mayordomo es el encargado de los temas domésticos, y el maestro de cámara tiene a su cargo la atención inmediata de la persona de Su Santidad.

—¿Ese hombre yerto? Pues bien, él seguirá siendo el maestro de cámara, no hemos de repetir el error de Pío IX, ni interferir en ninguna de sus funciones. Pero ese hombre no debe acercarse a Nos. Podríamos llegar a sentirnos proclives a asistir su decrepitud, cuando nuestra idea es estar tan libres de cuidados seculares que podamos concentrar nuestra atención sin que haya elementos que nos distraigan de nuestro apostolado. Esto es la raíz del asunto. Ese hombre es un extraño, su edad nos da la certeza de que se habrá deslizado hacia la rutina, está lleno de experiencias y opiniones previas, que no puede cambiar, y no se ha de esperar que lo haga por la presencia de un recién llegado. Pero, si permanece aquí, seremos Nos quienes tengamos que obedecerle. Eso nos distraería. Por tanto, Nos hemos de interponer a alguien de nuestro conocimiento, alguien lo bastante joven como para que se adapte a nuestra personalidad. Hay dos jóvenes golfos de unos veinticinco años que, como la mayoría de sus antiguas relaciones, en otro tiempo amaron y odiaron a George Arthur Rose. Su situación es desagradable, nunca han gozado de ninguna oportunidad, son personas impulsivas, apasionadas, siempre en amoríos con alguna mujer, porque no tienen medios para entretenerse inocentemente, ya que están sujetos y paralizados por las cadenas de una pobreza respetable. De verdad no tienen ocasión de llevar unas vidas honestas y sobrias. Son insensatos y están enfermos, porque la civilización no les da ninguna oportunidad de vivir con sensatez y salud, a menos que destruyan todos los rasgos más visibles y admirables de sus individualidades. Por favor, hágalos llamar: John Devine, 107, Arkwright Street, Preston; Iulo Carrino, 95, Bloomsbury Square, Londres, y démosles algún deber que cumplir y mucha libertad, y cierta negligencia prudente, para que fortalezcan y desarrollen sus caracteres, para que sus naturalezas individuales se expandan, como decía el bueno de Jowett. Creemos al obrar así que no es difícil sino fácil ser recto... Verá, Frank, dígame a Iulo Carrino que traiga consigo aquel gato amarillo que tal vez usted recuerde. Y a propósito, ambos muchachos no pueden moverse sin dinero. Tome este cheque de la cuenta de George Arthur Rose en Coutts's; utilícelo con generosidad; compréndalo bien, con generosidad, y después nos dirá cuánto se ha necesitado. Ahora, con respecto a lo otro, será mejor que veamos a Centrina y al mayordomo arriba.

El Papa y el Obispo inspeccionaron varios cuartos vacíos del piso superior.

Ocupaban las alas noreste y sureste del palacio. Adriano eligió el amplio salón del ángulo con ventanas sobre ambos lados como cámara secreta. Se llegaba a ella a través de quince antecámaras y una amplia sala, apta para recepciones privadas. Al otro lado de las antecámaras había otra serie de apartamentos que también reservó para sí. La cámara privada del ángulo, el cuarto de estar, o taller (como él lo llamó) conducía a habitaciones más pequeñas sobre el lado sureste del palacio. Allí eligió un dormitorio, cuarto de baño, cuarto de vestir, oratorio y varias habitaciones archivo, cuyo único acceso era una puerta que se abría en el último corredor, sobre el patio de San Dámaso.

El mayordomo y el maestro de cámara aguardaban. El segundo temblaba por su situación. Adriano le tranquilizó rápidamente y fue al meollo del asunto.

—Usted queda confirmado en sus prebendas hasta el momento que elija para su retiro. Los emolumentos y las pensiones están a su disposición. Dentro de pocos días llegarán dos caballeros de Inglaterra. Para ellos preparará sendos salones y dormitorios, comunicados con la primera antecámara. Haga instalar una campanilla que comunique cada salón con este cuarto (se hallaban en la habitación elegida como lugar de trabajo). Debe elegir dos servidores para ellos. Ambos tomarán sus comidas en sus salas de estar. Tras la llegada de esos señores, usted recibirá nuestras órdenes a través de ellos —se volvió hacia el mayordomo y explicó—: Habrá que dispensar a esos dos caballeros algún cargo oficial.

—Si entiendo bien, Su Santidad habla de dos servidores de la cámara apostólica.

—Eso valdrá. Cuando lleguen, ocúpese usted mismo de que se les entreguen sus nombramientos de servidores de la cámara apostólica. El obispo de Caerleon tratará con usted el asunto de los emolumentos. Ahora, permita que amueblemos estas salas.

Salieron al corredor y volvieron a entrar en el apartamento por la primera antecámara.

—Cubra todas las paredes y techos con papel marrón de embalaje, sí; papel marrón de embalaje, *carta straccia* —repitió el Papa—. Pinte todas las maderas con un tono de marrón más oscuro. Los dorados de las cornisas pueden quedar tal como son. Nada de alfombras. Estos baldosines azulverdosos son pulcros y descansan la vista. ¿Cortinas? Puede colgar cortinas de tela de lino muy pesada en las puertas y ventanas, lino azulverdoso, que haga juego con los baldosines, y sin adornos. Amueble todas las antecámaras con sillas de enea y mesas de roble. Recuerde que todo ha de ser sencillo, sin adornos. En este salón puede colocar el trono y el dosel tradicionales, y el crucifijo que he visto abajo, ¡qué figura exquisita de madreperla!, y algunos taburetes, y doce candelabros grandes, de hierro o de latón. Este cuarto está destinado a lugar de trabajo. Que aquí dispongamos de un sofá y tres butacas, grandes, bajos y con cojines mullidos, tapizados con cuero natural, sin ninguna clase de tinte. Traiga unas mesas comunes, de madera, las que se usan en las cocinas, de unas tres yardas de largo por una y media de ancho. Ponga elementos para escribir en una de ellas, allí, a la derecha de la ventana. Deje vacía la parte central de la sala.

Coloque tres librerías pequeñas contra esa pared y un armario allí. En este cuarto instale un dormitorio. Que la cama sea estrecha y larga, con un colchón de paja; que la cabecera quede orientada hacia la ventana. Aquí ha de poner una de las mesas de madera con una docena de sillas de enea —se volvió hacia el obispo—: ¿Sabía usted que no hay agua aquí, como no sea la que se trae en jarras? —Continuó despachando con el mayordomo—. Haga revestir las paredes de este cuarto con baldosines azulverdosos, como los del suelo. Ponga varias perchas en ambas puertas. En este rincón mande instalar un desagüe cubierto con una rejilla; encima, a seis pies, que coloquen una tubería y un grifo proyectados en ángulo recto a dos pies de la pared. Sí. Seis pies desde el suelo, dos pies desde la pared; y que haya un abastecimiento de agua constante y copioso, agua de lluvia, si es posible. ¿Lo ha comprendido?

El mayordomo lo comprendía. El maestro de cámara temblaba.

—Y lámparas. Traiga dos lámparas de aceite, comunes, para cada sala, con pantallas de cobre: que sean grandes, para que den una luz muy intensa. Sobre las dos puertas del dormitorio, por el lado de fuera de ambas, se ha de pintar la frase: *Intrantes excommunicantur ipso facto*. Cuando hayamos terminado aquí —se dirigía otra vez al maestro de cámara—, usted me presentará a todo su equipo y elegiremos a una persona que estará dispensada de esa prohibición mientras se comporte como corresponde. Se hará cargo de nuestra atención en el dormitorio y será el único que tenga derecho a entrar en él —el Papa pasó a la habitación siguiente, murmuró órdenes específicas al mayordomo y continuó hacia el cuarto más apartado—. Los armarios que están abajo pueden ser trasladados aquí. Valdrán esos mismos. Será mejor que haga abrir una puerta, para que se pueda entrar desde el corredor —siguió andando—. Esto ha de ser el vestidor, y esto el oratorio. Que haya un altar de piedra sencillo, también las estaciones y lo necesario para decir misa, todo muy simple. Lo demás, paredes, suelos, techos, todo, debe ser blanco, blanco natural, no pintado; haga abrir una puerta aquí, que también comunique con el corredor, una puerta doble y amplia adecuada para dar paso a los fieles que asistan a la misa pontificia. Los cuartos que están al otro lado..., recibirá instrucciones acerca de ellos en la ocasión conveniente.

Adriano y el Obispo regresaron a los apartamentos pontificios de la planta inferior.

—Su Santidad me disculpará...

—¿Sí?

—¿Ha considerado alguna vez esta situación?

—No. ¿Por qué?

—Porque parece que Su Santidad tuviera todo pensado y previsto.

El Papa rió.

—Ha de saber que George Arthur Rose ha tenido tiempo de sobra para pensar y organizar. Sus esquemas de organización nunca se concretaron, excepto una vez; y de verdad que jamás organizó esto. Pero usted comprenderá que los últimos veinte años

han hecho consciente a Adriano de sus capacidades y de sus limitaciones también; por tanto, tiene los elementos para describir con detalle lo que quiere. Cuando quiere algo, sin saber qué quiere, hace preguntas. Por ejemplo, ¿qué es esa especie de charnela que lleva por debajo el anillo del cardenal Courtleigh?

—Una llave maestra, Santidad; yo también acabo de hacerme una —el Obispo mostró su propio anillo.

—¿Por qué?

—Tengo que mantener cerrados varios muebles, cajas de seguridad, armarios, ese tipo de cosas, y las llaves, que son todas distintas, deben ser confiadas a los distintos capellanes. Pues bien, cada una de ellas sólo puede abrir la cerradura del mueble del que es responsable el capellán en cuestión, pero con esta llave maestra puedo abrirlos todos y nadie más en el mundo puede hacerlo.

—¡Estupendo! ¿Dónde se la fabricaron?

—En una tienda de Band Street... Creo que el nombre es Brahma.

—Dícales... —la voz se diluyó ante la aparición de unos servidores vestidos de rojo que traían las mesas con la vajilla sellada de la cena pontificia. Los ojos de Adriano se detuvieron en los sirvientes por un momento; eran tan delgados, tan robustos, tan hábiles, tan graves, tan romanos. Condujo al Obispo hasta el hueco de una ventana—. ¿No son encantadores? —dijo—. ¿No está lleno el mundo de cosas bonitas, de cosas bonitas vivas? Lo feo es lo muerto y lo estancado —fue un cambio de actitud tan rápido, que Talacryn no pudo seguirlo. Tan pronto como los servidores se hubieron marchado, Adriano continuó con el anillo episcopal—: Diga a esta gente de Brahma que instalen en todas las puertas del piso superior cerraduras con llaves independientes, que envíen otro juego de cerraduras también con llaves separadas, y que manden un hombre capaz de hacer para Nos un anillo episcopal que tendrá la llave maestra de todas esas cerraduras.

—Bien, Santo Padre.

—No se marche aún. La cena puede esperar un minuto. Escuche esto: deseamos estar en comunicación directa con el Sacro Colegio. En especial tenemos curiosidad por conocer a los nueve compromisarios, pero las distinciones a veces suscitan envidias. En todo caso, hemos de mantener una larga conferencia secreta con el cardenal Courtleigh. De modo que usted hará saber a Sus Eminencias que les recibiremos después de la cena. Advierta a Pimlico que deberá quedarse después de que los otros se hayan marchado. ¿Quién lleva las finanzas aquí?

—El cardenal diácono de Santa Maria Nuova es el tesorero apostólico, y el mayordomo es responsable de los gastos del palacio.

—Diga en privado al tesorero que venga. Usted no le acompañe. Buenas noches: que Dios le bendiga.

Caerleon había pensado siempre que sabía que George Arthur Rose era encantador, quizá algo incomprensible y, por tanto, quizá algo peligroso. Pero en cuanto a Adriano, Caerleon sentía ante él lo que los Curie habrán experimentado la

primera vez que pusieron una moneda sobre un trozo de radio y observaron la energía penetrante que emergía sin cesar de una fuente que a la vez era concreta e inagotable.

La reunión nocturna del Papa tuvo una concurrencia selecta. Algunos de los miembros más antiguos del Sacro Colegio, que de verdad habían sufrido por las incomodidades del cónclave, habían abandonado el Vaticano. La mayoría de los franceses no se presentó, como tenían derecho a hacerlo, en vista de la informalidad de la invitación. El Secretario de Estado no acudió, con el subterfugio de un asunto pendiente. Pero una motivación compleja, en la que la curiosidad era el ingrediente predominante, impulsó a treinta y dos príncipes purpurados a acudir al salón del trono pontificio. El Cardenal Camarlengo, a pesar de su edad y de sus achaques, se presentó con júbilo. Excepto obtener el papado para sí, nada le sentaba mejor que tener por Papa a un perfecto extraño, quien —era evidente— estaba a punto de cambiar cada una de las disposiciones de León. Eso fue, en resumen, lo que dijo a Adriano, tras acercarse al trono y usando un escabel.

—Consideramos una gran gentileza de Su Eminencia que haya acudido a Nos, y le hacemos saber que convocaremos nuestro primer consistorio para el día trece de abril —dijo el Papa, con un tono en el que había una mezcla hábil del jefe ecuménico y del joven que se dirige a un hombre de edad, del recién llegado que habla con un veterano.

Orezzo se sintió complacido. Cogió el hilo de la conversación y comenzó a desenrollarlo.

—Es una fortuna, Santidad —dijo—, que el divino León (descanse su alma en lugar bienaventurado) nunca haya llevado a cabo su intención de nombrar a sus sucesores.

—¡Ah! —respondió el Papa—. Recordamos haber leído algo al respecto en un periódico inglés, la *Pall Mall Gazette*, hace unos pocos años. ¿Tal vez Su Eminencia pueda decirnos cuánto de verdad había en ese artículo?

—Los hechos, Santo Padre, fueron éstos: León creía que la política practicada durante su largo reinado era esencial para el bienestar de la Iglesia, y lo creía con tanta firmeza que deseaba asegurarse de su continuidad; quiso, incluso, que cada uno de nosotros le prometiese que, tras la elección, no se apartaría de su ejemplo. Algunos (y no doy nombres) se mostraron poco propensos a someterse; al ver la imposibilidad de obtener una promesa unánime, León declaró que usaría de los plenos poderes apostólicos y que nombraría a sus sucesores.

Atraídos por esas palabras, los otros cardenales se acercaron al trono. Algunos se sentaron en los bancos, otros permanecieron de pie; todos escucharon a Orezzo con atención, todos observaban a Adriano con atención. El aire del Pontífice no resultaba satisfactorio. No era indiferente ni poco atento porque, en realidad, dejaba traslucir un interés vivido, ardiente, afanoso: la perfecta certeza de hallarse «entre los Doctores»: pero Adriano parecía tratar el tema con demasiada impersonalidad, desde un punto de vista excesivamente foráneo. No dejó ver en absoluto que era consciente de cuán de

cerca le tocaba ese asunto.

—Me hace pensar en un cirujano que busca una bala en un cuerpo que no es el suyo —dijo Mundo a Fiamma.

—Él encontrará esa bala —replicó el arzobispo de Bolonia.

Adriano (capaz de ver a través de una pared tanto como algunos hombres y bastante más que otros) de ningún modo estaba ajeno a la situación y sentía un interés de información ávido. Prosiguió, pues, el interrogatorio. Muchos pensaron que hubiese sido más delicado abandonar el tema.

—Sí, eso era lo esencial del artículo periodístico —continuó, dirigiéndose a Orezzo—. Lo recordamos bien, porque nos preguntábamos si ese privilegio estaría o no incluido entre «los plenos poderes apostólicos». No pudimos hallar un precedente y ninguna de las autoridades a las que consultamos pudo señalarnos uno. Ilústrenos, Eminencia.

Si Orezzo no hubiese sido obispo cardenal de Ostia y Velletri, decano del Sacro Colegio y chambelán de la Santa Iglesia Romana, habría sonreído. Encontraba inapelablemente delicioso aquel instante.

—Santidad, existe una piadosa opinión representada (según creo) por el Cardenal Penitenciario —Serafino Vagellaio se sonrojó con violencia—, que sostiene que el divino León no incurría en error. También hay otra opinión piadosa (bien conocida por mí), representada por el resto del Colegio, que sostiene que en este punto el divino León erraba con tanta infalibilidad como sea posible.

Aquello era un terreno resbaladizo, sin duda.

—La exposición de Su Eminencia ha sido de gran solidez. Se trata de un asunto para teólogos —dijo Adriano mientras se echaba hacia atrás—. Pero, Monseñor Cardenal, ¿por qué considera usted una fortuna el hecho de que no se haya efectuado el nombramiento?

—Porque, de haberlo sido, no habríamos experimentado el placer de saludar a un Pontífice que, según el Cardenal de Pimlico, es un anarquista académico.

Adriano se echó a reír con candidez y simpleza, arrojando una mirada amistosa a Courtleigh, quien no estaba nada ufano de ser la segunda víctima de la lengua cáustica de Orezzo.

—Su Eminencia ha tomado de Nos ese mal hábito de etiquetar a la gente —dijo—. Pero, aunque otorgamos el peso debido al epíteto «académico», repudiamos y no podemos dejar pasar el término «anarquista». Aristócratas no somos; la sola palabra demócrata nos llena de repugnancia. Tal como es, la nuestra es la filosofía del altruismo individualista. Pero, Eminencias, ¿no es un tanto fútil aplicar etiquetas a algo que se halla en estado de cambio, como por ejemplo la humanidad? Aun cuando supongamos que la materia etiquetada sea estática, ¿no cambiarán de significado las propias palabras de la etiqueta, con el curso del tiempo? Pero los hechos perduran y el motivo de una acción es aquello por lo que debemos, y seremos juzgados. Otórguennos ustedes el beneficio de sus santas plegarias, Monseñores Cardenales,



que nuestros motivos sean puros y nuestros actos aceptables ante Aquel que ha confiado a nuestras manos indignas el tremendo trabajo de ser Su Vicario en la tierra.

Tras ese pequeño estallido, se echó hacia atrás en su trono. El sentido de su enorme responsabilidad le abrumaba. Por una especie de camino de indefinida oscuridad, se había presentado a su mente la idea de dirigirse a los cardenales de aquella forma, para explicarles su propia concepción de la tarea que le esperaba; pero había pensado en que fuese algo similar a un voluntario pronunciamiento formal. Sin embargo, en cuanto las palabras salieron de sus labios, percibió que todo lo había dicho como una sentencia. También advirtió que la alegría del comienzo y la solemnidad de la conclusión bastaban para dar a sus palabras un carácter preciso. Y no dijo más. No cabía duda: había creado una impresión, una impresión que variaba de acuerdo con el temperamento del receptor, pero aun así había creado una impresión. Sus Eminencias, que eran formales más que vitales, asumían esa abstracción profesional de comportamiento que identifica a una conferencia del clero mientras uno de sus miembros está «hablando de su oficio». Los dos o tres entusiastas devotos se bendijeron y pusieron los ojos en blanco. La mayoría (que sumaba las cualidades del caballero refinado de la vieja escuela, las del estudioso, las del profesor y las del cristiano practicante) resplandeció aprobatoria. Su veredicto fue que la declaración era muy correcta y pertinente. Nada podía ser tan verdadero.

La reunión se disolvió en grupos, y comenzaron las conversaciones por separado. El Papa se mantuvo sentado, inmóvil y grave. Orezza habló con gracia de su edad y de la hora de la noche; besó la rodilla del apóstol y se retiró. Adriano llamó al diácono cardenal de Santa Maria Nuova y se dirigió a él con aire confidencial.

—Entendemos que los gastos de nuestra casa pasan por las manos del mayordomo. ¿Ese dinero proviene de fondos destinados en particular para eso?

—Sí, Santísimo Padre, de...

—No importan los detalles. ¿Y los gastos del papado en general?

—Son muchas las partidas, Santísimo Padre, que son administradas por muchos departamentos que están bajo mi supervisión.

—Y esos fondos... Algunos bastan y otros no. ¿Varían, verdad?

—Varían, Santísimo Padre.

—¿Existe alguna asignación particular sobre la que tengamos Nos el control exclusivo?

—Todos los ingresos, Santísimo Padre, están a su disposición, pero el óbolo de Pedro pertenece, personalmente, al Pontífice reinante. Es su propiedad privada..., el salario..., los honorarios, debería decir.

—Dentro de ocho días, Su Eminencia tendrá la bondad de hacernos saber el promedio anual de esos ingresos, digamos, en los últimos veinte años.

—Así se hará, Santísimo Padre.

—Entre tanto, ¿de cuánto dinero podemos disponer en este momento?

—Se ha acumulado una reserva importante, cuyo monto exacto sólo es conocido

por los banqueros. Pertenece al Santísimo Padre.

—¿Cuánto es, aproximadamente?

—En números redondos, Santísimo Padre, no pueden ser menos de cinco millones.

—¿De liras?

—De libras esterlinas, Santísimo Padre.

Los ojos de Adriano refulgieron.

—¿Dónde están?

—La mayor parte, en el Banco de Inglaterra, Santísimo Padre, pero hay mucho oro en la caja de seguridad.

—¿Qué caja de seguridad?

—La que está en la pared del dormitorio, Santísimo Padre.

—¿Dónde está la llave?

—El Cardenal Chambelán tiene todas las llaves, Santísimo Padre.

—Mañana Su Eminencia tendrá la bondad de disponer que esa caja de la pared del dormitorio sea trasladada a una posición similar en la habitación que hemos ordenado que el mayordomo nos prepare en la última planta. Y ahora, por favor, busque al Cardenal Chambelán: pídale la llave de la caja y tráiganosla.

El tesorero apostólico se puso de pie y se marchó. También Adriano se puso de pie. Los presentes entendieron que la reunión había terminado, dieron testimonio de su obediencia y se alejaron. El Papa retuvo a Courtleigh.

—Eminencia —dijo—, tenemos muchas cosas que decirle, pero no le detenemos ahora. Mañana iremos a Castel Gandolfo. Venga con Nos. Unos pocos sacerdotes cansados tienen allí asegurada una acogida hospitalaria. Sí, venga con Nos. ¿Quién es ese cardenal joven que está junto a la puerta?

—Monseñor Nefski, Santidad, el arzobispo de Praga.

—¿Le aqueja alguna pena nefasta?

—La más nefasta de todas, sin duda.

—Cierta vez, en uno de los dormitorios masculinos de Oxford, entró un joven estudiante. Tenía esa palidez mortal, ese pelo negro y espeso, esa rigidez en las facciones, esa fijeza descolorida y sombría en la mirada. Cuando se marchó, hablamos de su apariencia. Nuestro huésped refirió que había sido testigo de cómo se ahogaba su mejor amigo. Estaban sobre un acantilado, en algún lugar de su tierra, Eminencia, tomando fotografías de las rompientes en medio de una tormenta. El amigo se hallaba en el borde mismo. De pronto el acantilado se desmoronó y él cayó en el mar bravío. Era un magnífico nadador. Luchó con las olas durante más de media hora. No había posibilidad de ayuda en cinco millas a la redonda; llegó el instante en que le faltó el aliento. El otro tuvo que permanecer allí por fuerza y verlo todo. Eso le dejó una marca imborrable. El cardenal Nefski, según usted dice, está marcado por una experiencia nefasta. ¿Es reciente? ¿Ha sido tan tremenda como aquélla?

—Fue hace diez semanas, Santidad; y ha sido una experiencia mucho más

tremenda.

—Eminencia, llévele también a Castel Gandolfo. Algunos de ustedes han de atender al Papa. Que se nos permita elegir a aquellos a los que podemos ser útiles.

Al quedar solo, Adriano examinó la caja de seguridad de la pared. Aquello se sumaba a la conciencia de su inmenso poderío. ¡Cuántas cosas largamente planeadas podría hacer ahora! Con el contenido de esa caja abriría una cuenta corriente en el Banco de Italia. Con ésa, otra en el Banco de Inglaterra... Comenzaba a ponerse al tanto de cuáles eran las herramientas de su nueva ocupación. Era verdad, Caerleon no se había equivocado en nada al llamarle criatura incomprensible. Por un lado, con su principio de dar, apenas si podía rozar un problema que implicara el dar, en tanto que, por otro, no lograba comprender que la mayoría de la gente se muestra renuente a dar. Él mismo tomaba con facilidad; y con igual facilidad estaba dispuesto a dar. En cuanto a la opinión del obispo de Caerleon, es muy fácil y satisfactorio llamar a un hombre «criatura incomprensible» cuando se es mentalmente incapaz de comprender, o no se quiere procurar comprender a la «criatura».

## CAPÍTULO VI

PASÓ en el jardín el primer día de su permanencia en Castel Gandolfo, escribiendo, gozando de la belleza de ese fin de primavera. Redactó una veintena de folios escritos con una letra nerviosa, erizados de correcciones. El segundo día, citó al cardenal Courtleigh inmediatamente después del desayuno y se dirigió a él con cierta formalidad.

—Deseamos establecer relaciones con Su Eminencia, en especial porque usted tiene una posición de tanta responsabilidad en Inglaterra, país querido para Nos por encima de todos los otros, al que nos proponemos tratar con favor singular. En cumplimiento de nuestra intención, y de nuestro deseo, han de ser definidos ciertos asuntos. Si nuestras palabras fuesen desagradables, Su Eminencia ha de tomarlas a la luz de nuestros ya expresados intención y deseo.

El Cardenal se puso su máscara cardenalicia. Iba a oír y a observar a ese joven temerario. Si algo hubiera que decir, allí estaba él para decirlo.

—Es nuestro deseo hacer de Inglaterra «un pueblo preparado para el Señor». Intentaremos otro tanto con todo el mundo, y por este motivo hemos de empezar por la raza que domina la tierra. En principio, nos encontramos con el obstáculo de las actuales costumbres y conducta de los católicos ingleses, en especial las de los católicos ingleses primigenios.

Ante ese relámpago inesperado, ese zarpazo felino, las cejas cardenalicias se dispararon hacia arriba en un estremecimiento y bajaron a la posición horizontal otra vez. Su Eminencia se inclinó apenas y aguardó. El Papa hojeaba un volumen de recortes de periódicos ingleses; seleccionó uno y prosiguió.

—Tenga la bondad de darnos su opinión acerca de esta noticia: *Se ha preparado una petición notable para ser presentada en el Parlamento. Los peticionarios son seglares catolicorromanos residentes en Inglaterra, quienes solicitan al Parlamento que establezca cierto control sobre los capitales e intereses católicos. Se señala que el monto total de las inversiones del clero católico en el Reino Unido debe alcanzar casi los cincuenta millones de libras. También se indica que los obispos católicos no dan ninguna cuenta de la administración de esas propiedades ni de los gastos de esos fondos. Asimismo, los peticionarios llaman la atención sobre las grandes injusticias que ocurren cada día.*

—Eso salió de un sacerdote de mi diócesis, Santidad. Fue un escándalo terrible, pero tuvimos suerte y pudimos evitar que se divulgara.

—¿O sea que existió semejante petición? En el primer momento estábamos preparados para adscribirlo todo a la imaginación de alguno de los jóvenes de Sir Notyet Apeer. ¿Y fueron muchos los que la apoyaron?

—Infortunadamente sí.

—Es decir que tiene usted una rebelión dentro de su real. ¿Había algún

fundamento para esas declaraciones?

—No había absolutamente ninguna causa para insinuar que nosotros tenemos el hábito de la malversación. El hombre estaba resentido. Su protesta no era más que un medio para obligarnos a brindarle consuelo. Confiaba en que si se hacía desagradable a nosotros, nosotros nos volveríamos agradables para con él. Así fue que atacó nuestras actividades financieras. Fue un golpe bajo, porque usted sabe, Santo Padre, que no se puede esperar que demos cuentas a cualquier grupo de desconocidos sobre las donaciones y capitales que administramos.

—¿Se hace, por supuesto, la auditoría adecuada de sus cuentas?

—En la mayor parte, sí.

—¿Pero no siempre? ¿Se fía usted de la honestidad y habilidad financiera de ciertos clérigos en particular? No presumimos, ni por un momento, que haya una malversación sistemática de capital. A usted le han dado una lección sobre el tema.

—¿Una lección?

—Sí; en 1886, después del famoso caso Carvale, cuando se demostró que la imbecilidad infatuada de los obispos gaélicos y pictos les hacía indeseables como administradores, el clero simplemente no se atrevió a transitar por caminos ilegales. Oh, no. ¿Pero ahora el clero está capacitado para la administración financiera?

—Tan capacitado, supongo, como cualquier otra persona.

—Los sacerdotes no son «como cualquier otra persona». Sin embargo, consideraremos que todos ustedes creen haber actuado en conciencia. También aceptaremos que, en vista del poder y de la influencia que proporciona la posición de administradores, sus sacerdotes están ansiosos de convertirse en eso y nada propensos a someterse a supervisión o crítica. Es muy humano. Lo desaprobamos por completo.

—¿Pero qué querría Su Santidad?

—No podemos exponerlo en dos palabras. Usted debe llegar a conocer nuestro criterio por nuestra conducta y por nuestras palabras. Desaprobamos por completo al clero que compite para adueñarse del poder secular o para obtener cualquier otro modo de dominio, en especial el poderío que se desprende del uso del dinero. Los clérigos son ministros..., ministros, no amos. ¿Qué hay en cuanto al otro cargo, «las grandes injusticias que ocurren cada día»?

—Eso, por supuesto, no es más que el chillido de un opositor. Es despecho.

—¿Su Eminencia quiere decir que no hay injusticias? ¿Usted no sabe de grandes injusticias?

—«Es necesario que se produzca ofensa.»

—«Pero ay de aquel por el que se produce la ofensa.» Eminencia, ¿por qué no enfrentamos con franqueza esta situación difícil? Los clérigos son humanos, más que menos, y sin duda no son siquiera lo mejor de la humanidad. Pues bien, ¿no presumen demasiado en lo primero y, en lo segundo, no se niegan invariablemente a admitir o enmendar sus errores? Escuche esto: la *Pall Mall Gazette* hace saber, según la autoridad de las *Missiones Catholicae*, que en Australia, durante los últimos cinco

años, hemos aumentado nuestro número de 3.008.399 a 4.507.980. Pero el censo del gobierno realizado el año pasado da para Australia una población total de 4.555.803. O sea que quedan 47.823 para otros grupos religiosos o irreligiosos. En realidad, el último número excepcional de católicos ha sido de 916.880. Sin embargo se dio a conocer la cifra exagerada de 3.591.100. Eso es absurdo. Y se mantiene, lo que es vituperable.

—No veo con exactitud el punto de vista de Su Santidad.

—¿No? Pues pasemos a otro —el Papa cogió un pequeño billete verde que decía: *Iglesia del Sagrado Corazón — Quest Road — admite portador para — el Servicio de Medianoche — Nochevieja de 1900 — Asientos centrales 6 peniques*—. Esto proviene de la archidiócesis de Su Eminencia —dijo.

El Cardenal miró el papel como quien mira la hierba del campo. Ahí está y ya se la ha visto antes.

—Desaprobamos esto —dijo el Papa.

—¿Qué sugeriría Su Santidad entonces, para evitar que personas indeseables acudan a esos servicios?

—Las personas indeseables han de ser estimuladas a acudir. Ningún obstáculo se ha de poner en su camino.

El Cardenal estaba irritado.

—Entonces hemos de soportar escenas de desorden, para no hablar de profanación.

—Allí es donde Su Eminencia y todos los católicos de nacimiento se equivocan. Su opinión está basada en el sentimentalismo aprensivo de viejecitos piadosos (de ambos sexos) cuyo ideal de lo Bueno es lo No Obviamente Malo. Cuando algo es desagradable, dan un rodeo, se limpian los labios y confunden evasión con aniquilación. No destruyen el mal, lo evitan. Pues bien, ahora estamos aquí para buscar y salvar al que se ha perdido, y nuestras iglesias deben estar más abiertas para los perdidos que para los salvados, si hay alguno que lo vaya a ser. La experiencia prueba que sus piadosos temores no encuentran garantía segura. Los cismáticos wesleyanos han llevado a cabo servicios de vigilia durante más de un siglo, han celebrado sus misterios a medianoche en la víspera de Navidad. Nos mismos hemos asistido a esos oficios. Los templos estaban abiertos y el acceso era gratuito, y jamás vimos ni oímos un solo signo de esa profanación de la que usted habla. Claro que había borrachos y prostitutas, pero no protagonizaban desórdenes: estaban intimidados, se dormían, tenían curiosidad, pero no hacían ruido. Aunque hubiesen gritado, lo habrían hecho para protestar contra alguna reglamentación humana; y una norma humana ha de desaparecer en el momento en que se convierte en una barrera entre un alma y el Creador de esa alma. Si se acepta que los medios de la gracia se obtienen en una iglesia, ¿quién podría negárselos a aquellos que más los necesitan? La posición que ustedes, los clérigos, adoptan es esencialmente falsa. No estamos aquí para establecer convenciones ni para reforzar el conformismo. Estamos aquí

para servir, sólo para servir. Desaprobamos de modo especial cualquier sistema que cierre el acceso a la iglesia o lo haga difícil: este pago por la admisión, por ejemplo.

—Santo Padre, el clero tiene que vivir.

—¿Usted quiere hacernos inferir que no pueden mantenerse sin esos seis peniques?

—Somos muy pobres, no tenemos bienes, esa cantidad no es más que un alquiler por el asiento para un único oficio...

—Monseñor Cardenal, sea exacto. Ustedes tienen bienes, no tan cuantiosos como esos en los que está pensando, la «propiedad robada» que usufructúa la Iglesia de Inglaterra como por Ley Establecida, pero ustedes disponen de bienes. Usted quiere decir que son insuficientes. Pero el alquiler de asientos es abominable, y también lo son los bancos, si vamos a ello. Quite ambas cosas.

—Estoy dispuesto a obedecer a Su Santidad, pero debo decir que este idealismo quijotesco e imposible será la ruina de la Iglesia...

—Eso es imposible: porque Su Fundador prometió que estaría con Ella en todo momento, hasta el fin del mundo.

—Dios ayuda a los que se ayudan...

—Pero no a los que se ayudan a expensas del bolsillo de los demás.

—El trabajador se hace acreedor de su salario...

—Perfectamente, pero acepta la paga, no la impone. El constructor de la nueva sala de conciertos de Denambrose Avenue no permite que sus albañiles le dominen. Ofreció trabajo con determinado salario. Lo toman o lo dejan. Usted confunde las funciones del comprador con las del vendedor, como casi siempre lo hace el clero. Además, ya que usted parece amante de las Escrituras, «No os procuréis oro, ni plata ni calderilla en vuestras fajas» y «No os preocupéis del mañana»...

—¡Eso es simplemente Tolstoi!

—No. Jamás hemos leído una línea de Tolstoi. Hemos evitado cuidadosamente hacerlo. Le estamos recordando los mandamientos del mismo Cristo, tal como los refiere san Mateo. Monseñor Cardenal, está equivocado...

—Su Santidad habla como si no fuese uno de nosotros.

—¡Oh, no! La cabeza mira hacia las manos y dice: «Vuestros nudillos y vuestras uñas están sucios».

El Cardenal estaba enfadado de verdad. Adriano hizo una pausa y fijó en él una mirada apaciguadora antes de proseguir.

—¿Es justo, o deseable incluso, que el clero se comprometa en el comercio, que de veras se comprometa en el comercio? Lea su *Catholic Directory* y vea el anuncio de un sacerdote que, tras una sanción arzobispal, está en condiciones de pagar intereses bancarios sobre cualquier inversión, o sea de prestar dinero con usura, en contravención directa con lo que dice el Señor sobre este tema, según el testimonio de san Lucas. Mire la *Catholic Hour* y lea el anuncio de un sacerdote que comercia como estanquero. Observe lo que ocurre en los atrios de sus iglesias y vea las mesas

de vendedores de literatura feniana y las sillas de los que venden billetes para funciones teatrales, y los mercadillos en los que se practica la quiromancia...

—Interrumpo sólo para recordar a Su Santidad que su augusto predecesor vendía pescado.

—Muy acertado —aplaudió el Papa, contento por la réplica—, pero no lo bastante. El oficio de vender pescado implica un comercio abierto y saludable, dicho sea de paso, pero ¿nuestro predecesor san Pedro ejerció el oficio de pescador después de haberse entregado a la tarea apostólica? Creemos que no. No, Monseñor Cardenal, el clero abarca demasiado. Deben ser excelentes sacerdotes. Como comerciantes, animadores de variedades, empresarios, son un fracaso. Como suma de ambos, son una catástrofe. Se han de mantener apartadas estas dos cosas: lo clerical y lo secular, Dios y Mammón. Hay que poner énfasis en la diferencia. Por procurar comprometerse, el clero falla en ambos campos. Como sacerdotes, son motivo de burla, y en cuanto a lo de ser mercachifles...

—Pero, Santo Padre, piénselo un minuto. ¿De qué habrán de vivir los sacerdotes?

—De los donativos de los fieles, y uno ha de ayudar al otro.

—Pero suponga que los fieles no hagan donativos.

—Entonces tendrán que morir de hambre e irán al Cielo, como dice Ruskin. Esto es lo que vamos a hacer, si es posible.

—¿Cómo se construirán nuestras iglesias?

—No las construyan, a menos que tengan medios ofrecidos voluntariamente. Procuren evitar la mendicidad. De ese modo ustedes dañan a los fieles e impiden la generosidad...

—¿Cómo mantendremos los edificios existentes? Por ejemplo, la catedral...

—Sí, la catedral, un monumento fútil del vacuo deseo humano de notoriedad. ¿Cuántas vidas ha arruinado? Al menos, una, lo sabemos. ¿Cuántas bajas pasiones ha inspirado? La pasión de la publicidad a través del periodista de tres al cuarto, la pasión crítica que está destruyendo nuestra facultad creativa, las pasiones de la envidia y de la avaricia, la pasión de la competitividad, la pasión del escenario, porque usted sabe que hoy el mundo se mofa de la fea, superficial y pretenciosa monstruosidad. Más que lo haya hecho antes. Tal como están las cosas, y con respecto a las iglesias que existen, usted ha de hacer lo que pueda. Si los fieles le dan de buen grado lo bastante, entonces manténgalas. Si no, deje que desaparezcan. Inglaterra nunca carecerá de altares. En todo caso, no se abrumen con nuevas hipotecas para construir edificios. Acepten lo que se les dé, pero no pidan nada ni sugieran nada. Monseñor, el clero no obra como si creyese en el Divino Arbitro de los acontecimientos. Quieren el bien, pero su única finalidad y objetivo parece ser servir a Dios conciliándolo con Mammón. No existe nada tan criminalmente fútil. En lugar de obtener la admiración de Inglaterra, ustedes se aseguran su tolerancia desdeñosa. En lugar de afianzar el número de fieles, son multitud los que se han apartado, y son multitud los que les dejan día a día. En lugar de fortalecer el carácter



clerical (y, por consiguiente, el carácter de todos los que miran al clero en busca de ejemplo), los sacerdotes se asimilan cada vez más a los seculares. La clerecía ha de cultivar las virtudes, no los vicios, de la humanidad. Ninguno de nosotros puede decir cuál de nuestras acciones es importante y cuál no lo es. Con una palabra o una obra que no haya sido reflexionada podemos llevar al mal camino a un hermano por el que Cristo murió. Eso es lo que hay que temer de su clero mundano. Enséñeles que la *magna ars* de la que habla santo Tomás de Aquino *est conversari Jesu*. Enséñeles a elevarse por encima del mundo.

—Sin duda que lo hacen, Santo Padre.

—Algunos miembros del clero lo hacen, sí. Jamás nos hemos encontrado con éstos. El tono del clero es decididamente mundano. Aquí hay un ejemplo, en su propio periódico. Lo primero que es digno de atención para *The Slab* es *Sobre la magnífica forma en que monseñor Cateran ha reivindicado su honor y el castigo adecuado que aplica a su traductor, el propietario de «The Fatherland»*. Los términos de la apología que Sir Frederick Smith ha tenido que publicar en su propio periódico se adelantan aquí como una advertencia a los malintencionados. Está en la página 397. ¿Conoce los detalles?

—Los he leído.

—Usted no puede aprobar el triunfalismo salvaje de la carta de la página 416, en la que monseñor Cateran describe su victoria; usted no puede aprobar el desdén hacia su enemigo que *no pudo ser castigado por daños y perjuicios: no tenía con qué pagar*, o el modo de mofarse de la masonería del difamador, o el vicioso y maligno desprecio de todo el desgraciado documento...

—Pero, Santidad, el libelo era abominable y groseramente injusto.

—Sin embargo, Eminencia, el acusado tenía la obligación cristiana de sufrir injurias, persecuciones y la expresión de cualquier tipo de falsedad maligna. Se ha olvidado de eso. Al reivindicar su propio nombre se ha comportado no como ministro de Dios, sino como un animal humano corriente. No obstante, además de esta denominada vindicación triunfante de monseñor Cateran, que *The Slab* glorifica en tres columnas completas, este mismo número está erizado de impropiedades. En la página 415, usted encuentra a dos controversistas, un dominico y un jesuita, que se tratan mutuamente de mentirosos y que, además, con toda cortesía se odian e insultan el uno al otro...

—¡Oh, los jesuitas y los dominicos!

El Papa dejó a un lado el periódico y observó al Cardenal, que se preparó para realizar una incursión con todas sus fuerzas.

—Su Santidad me permitirá decirle que todo esto es extremadamente inusual. Yo mismo fui consagrado obispo en 1872, catorce años antes de que usted fuese bautizado; me parece que usted ha de otorgar a sus mayores el crédito de que, al menos, tengan conciencia...

—Querido Monseñor Cardenal, si hubiésemos visto un signo de esas

conciencias...

El Cardenal vaciló, pero hizo otro intento.

—Yo no soy el único miembro del Sacro Colegio que piensa que la actitud de Su Santidad tiene a la vez algo de..., yo diría singularidad..., y —aj— arrogancia.

—¿Singularidad? Oh, así lo esperamos, con toda franqueza. Pero arrogancia... No podemos llamar arrogancia a asumir que sobre determinado tema Nos, porque lo hemos estudiado con avidez desde nuestra infancia, sabemos más que aquellos que no lo han estudiado nunca. Eminencia, hemos empezado diciendo que deseamos establecer relaciones con usted. Pues bien, ¿le hemos hecho ver algo de nuestra forma de pensar?

—Sí, Santo Padre, usted quiere que yo...

—Queremos que usted actúe sobre la base del sentido de nuestras palabras y de nuestra conducta, de modo que Inglaterra pueda tener un buen y no un mal ejemplo de los católicos ingleses. Nada más que eso. Podemos llamarnos a nosotros mismos cristianos aunque tengamos negra la cara, pero el verdadero carácter de un cristiano falta en nuestra opinión, porque las grandes promesas de la profecía aún no se han cumplido. La Barca de Pedro ha tratado de llegar a puerto. Los motines por dentro y las tormentas por fuera La han llevado de aquí para allá. ¿Está hoy tan lejos de puerto como siempre? ¿Quién lo sabe? Pero el nuevo capitán procura establecer el curso otra vez según la antigua carta de navegación. Su mirada ya no está vuelta hacia atrás sino tendida hacia adelante. Monseñor, ¿puede contar el capitán con el apoyo leal de su lugarteniente?

—Santo Padre, le aseguro que puede contar conmigo.

Era un esfuerzo inmenso, pero cuando se llegaba a una situación tan hermosa, la naturaleza y el orgullo del hombre dejaban paso a la gracia de su divina vocación.

—Bien, sólo un último golpe de mayal y lo abandonaremos. Diga a sus católicos que dejen de adular al Emperador alemán. Lea esto. Es perfectamente absurdo que ellos le digan que *todo el mundo católico estaría encantado si en Oriente la protección de los católicos fuese confiada a él*. El Emperador es una persona admirable, pero no vamos a confiarle la protección de los católicos de Oriente. Inglaterra es la única potencia que puede manejar a los orientales. ¿Y qué derecho tienen esos católicos irlandeses y gaélicos a hablar por «todo el mundo católico»? ¿Es que Inglaterra e Italia no cuentan? Haga que esos píos torpes se ocupen de sus propios asuntos; hágalos entender que cuando dicen al Kaiser que *se ocuparán especialmente de hacer que desaparezcan todos los malentendidos entre Alemania e Inglaterra* (Inglaterra en segundo lugar, adviértalo), resultarían cómicos si no fuesen impertinentes y estúpidos por entero, además de desleales como siempre.

Adriano recogió sus documentos y el libro de recortes, los guardó en un maletín y abruptamente cambió de tema.

—¿Tendría Su Eminencia la bondad de decirnos cuáles fueron las circunstancias que desembocaron en nuestra elección tan extraordinaria?

Apenas recuperado de su conmoción, y llevado a punto muerto de esa forma, el cardenal Courtleigh vaciló y dijo algo sobre las actas del cónclave. Su temperamento de naturaleza lenta era incapaz de seguir el ritmo de la agilidad felina del Pontífice. Adriano percibió esa dificultad y con resolución prosiguió el interrogatorio con otro paso.

—Conocemos las actas del cónclave, que hemos leído con calma. Pero queremos esa luz más humana que Su Eminencia puede arrojar sobre el tema. Quizá sería más sencillo si utilizáramos el método socrático. ¿De qué modo nuestro nombre, el simple hecho de nuestra existencia, fue conocido por el Sacro Colegio?

—Por mi intermedio, Santidad.

—Entendemos que Su Eminencia, en realidad, nos propuso al cónclave.

—Así es.

—También inferimos que usted nos ha recomendado o, al menos, nos describió de modo tal que los cardenales supiesen a quién estaban eligiendo.

—Sí, Santo Padre.

—¿Por qué nos propuso Su Eminencia? —ronroneó el Papa.

El Cardenal parecía estar extraviado otra vez. Daba la sensación de enfrentarse con una dificultad de expresión, no con una falta material de ella. Adriano se precipitó en busca de los elementos básicos.

—¿Hubo otros nombres propuestos al cónclave? ¿Por qué no fue elegido ninguno de ellos?

—Era imposible un acuerdo sobre sus respectivos méritos, Santidad.

—Sin duda se habrán hecho varios intentos.

—Las Vías del Escrutinio y del Acceso fueron recorridas siete veces.

—¿Y entonces?

—Y entonces se llegó a un punto muerto. Ninguno de los candidatos obtuvo la cantidad necesaria de sufragios, y ninguno de los electores estaba dispuesto a cambiar su voto.

—¿Y entonces?

—Se apeló a la Vía del Compromiso.

—¿Y a través de Su Eminencia los compromisarios fueron inducidos a imponernos al Sacro Colegio?

—Sí, Santidad.

—Eminencia, cuando el cónclave fue tapiado por primera vez, es difícil que Nos estuviésemos en su recuerdo. Es improbable que usted pueda haber pensado entonces en Nos en conexión con estos hechos. ¿En qué momento aparecimos en sus cálculos?

—Quizá debo decir que su nombre me fue recordado algunas semanas antes de la defunción del predecesor de Su Santidad.

—Eso podría estar conectado con los asuntos de los que tratamos en Londres.

—Sí.

—¿De qué manera le fue recordado nuestro nombre a Su Eminencia?

—Apareció en una carta de Edward Lancaster, una carta perfectamente frenética en la que se acusaba a sí mismo de toda clase de crímenes. Su Santidad tal vez sepa qué persona extraña es Lancaster, cuán propenso a ser escrupuloso, y cuán impulsivo.

—Sí, le conocemos. Aunque Nos hubiésemos dicho «inescrupuloso»: Su Eminencia usa la palabra «escrupuloso» en el sentido católico, en tanto que Nos preferimos el inglés llano.

—Quiero decir que es dado a atormentarse a sí mismo por pecados imaginarios...

—Nos queremos decir que, por regla general, no hace nada de ello; pero, como muchos otros, tiene un éxito singular en eso de aplacar su conciencia. Al menos durante quince años procuró lograrlo con respecto a este caso. Sin embargo, ahora ha hecho enmiendas y no hay nada más que decir. Continuemos. Usted recibió una carta autoacusadora de Edward Lancaster. ¿Y entonces?

—No fue una carta, Santidad, fueron una docena por lo menos. La injusticia de la que usted había sido víctima no le dejaba vivir. Me escribió varias cartas y fue a verme varias veces. Como usted sabe, él es una persona de cierta importancia y un gran benefactor de la Iglesia, de modo que me vi obligado a considerar el asunto. Le prometí investigar el caso personalmente.

—Sí. Y lo hizo.

—Establecí un proceso de investigación entre algunas de las personas que habían estado en contacto con Su Santidad; creo que puedo afirmar que sus respuestas dieron pie a la reflexión.

—¿Por qué?

—Eran distintas tanto en lo medular como en los detalles de su historia, a pesar de lo cual la opinión acerca de usted parecía ser bastante unánime.

—No era una opinión positiva.

—No, Santidad.

—No podía serlo. Nunca hemos sido capaces de hacernos amar. Ser desagradables ha sido una especie de hábito nuestro. ¿Pero su Eminencia está en condiciones de recordar esas diferencias con respecto a los hechos, para darnos una idea de ellas? Las opiniones no importan.

El Cardenal meditó durante un minuto.

—Sí, Santidad. Puedo darle tres ejemplos de Oxford. Fray Benedict Bart dijo que se había entrevistado con usted no más de dos veces, pero que había oído hablar mucho de usted a sus amigos, tanto clérigos como seglares. Declaró que todo lo que se podía haber hecho por su persona se había hecho, y que usted era —aj—, Su Santidad ha de disculparme, una persona muy incapaz e ingrata.

El Papa hizo balancear los bordes ligeros de su palio y sonrió deleitado. El Cardenal prosiguió.

—Fray Perkins, que le recibió a usted en la Iglesia, dijo: «Me temo que se trate de un genio, ¡pobre hombre!»

—¡Qué blasfemia grosera!

—¿Blasfemia, Santidad?

—Sí, blasfemia. Dios Todopoderoso crea algo un poquitín fuera de lo común y, en lugar de alabarle por el privilegio de ser útil a una de Sus obras, fray Perkins deplora el hecho. Pero continúe.

—Confieso que antes jamás había pensado en ello desde esa perspectiva...

—No, tampoco lo hizo fray Perkins. Continúe.

—También pedí opinión a cierto doctor Strong, que al parecer fue una de las autoridades de la Universidad.

—Era ex Examinador Público de Grandes Honores; no sé si usted conoce ese cargo.

—Sí, muy bien. Pues él dijo que usted había sido su amigo íntimo y querido durante más de veinte años, que no había tenido amigos influyentes que le estimularan y que sus condiciones no eran menos distinguidas que su carácter moral.

El Papa volvió a reír.

—El doctor Strong es un experimentado escritor de testimonios.

—Pero no diría yo que un hombre en su posición...

—Por cierto que no. El doctor Strong es uno de los dos hombres honestos que conocemos. Bien, ¿cómo le impresionó a usted la discrepancia entre esta declaración y la de fray Benedict?

—Fue de este modo: cómo podía ser que tantos sacerdotes ponderados tuvieran prácticamente la misma opinión (porque lo que dijo fray Benedict lo decían también otros), cuando su conocimiento de los hechos parecía ser tan superficial y dudoso. Quiero decir, fray Benedict y los demás sólo tenían los datos de una relación muy eventual, pero el doctor Strong se basaba en veinte años de trato íntimo. Sin embargo, en momentos en que estaba valorando esas declaraciones contradictorias, el predecesor de Su Santidad murió y me vi obligado a venir a Roma.

—¿Ha notado Su Eminencia alguna vez que muy pocos clérigos son capaces, capaces de verdad, de formarse una opinión desprejuiciada, propia y original, de juzgar únicamente de acuerdo con las pruebas que tengan delante?

—Tengo excelentes razones para creer que lo que Su Santidad dice es correcto.

—Es mucho más fácil hacerse eco de los demás que discriminar. Bien, si no le parece mal, volvamos al compromiso. ¿Qué nos puso de nuevo en el recuerdo de Su Eminencia durante el cónclave?

—Santo Padre, eso resultó muy extraño. Los compromisarios éramos incapaces de ponernos de acuerdo, tal como lo había sido el Sacro Colegio. Entonces, al final de una de nuestras reuniones, me llamó la atención el extraordinario parecido del cardenal Della Volta y alguien al que recordaba haber visto, pero cuyo nombre había olvidado. Era un accidente sin importancia, pero me devané los sesos al respecto. Otra cosa curiosa sucedió esa misma noche. Tenía que firmar algunos papeles, de modo que cogí mi carpeta de documentos y, por mero accidente, di con una carta de Edward Lancaster sobre Su Santidad...

—Nos no llamaríamos «accidente» a eso.

—Ni yo lo hago ahora, Santo Padre. Bien, a falta de algo mejor que hacer, me figuro, releí una media docena de esas cartas y decidí llegar al fondo de la cuestión a mi regreso a Inglaterra. Pero, muy temprano por la mañana, al día siguiente, de pronto se iluminó en mi mente el recuerdo de que yo mismo había visto a Su Santidad...

—En 1894.

—Ah, sí, en 1894; y el cardenal Della Volta era el doble de Su Santidad. Eso me hizo volver a mirar las cartas, y cada vez se ahondaba más mi convicción de que se había cometido un enorme y casi irreparable error. No puedo explicarle con cuánta fuerza sentí aquello, Santo Padre.

—¿Pero qué le hizo..., en fin, prácticamente imponer nuestro nombre a los compromisarios?

—Eso no puedo explicarlo, aunque en mi mente hay pocas dudas acerca de que ha sido... Pero, ateniéndome a los hechos: estaba tan imbuido del caso que lo comenté en nuestra reunión matinal, como un ejemplo de la falibilidad de lo que (creo que fue Su Santidad quien lo llamó así, sí, así fue), como un ejemplo de la falibilidad de la Máquina. Jamás olvidaré el efecto de mis palabras sobre el cardenal Mundo. Resultó extraordinario. El Cardenal (lo recordaré mientras viva) dijo: «Monseñor Cardenal, usted tiene el deber de proponer a ese hombre para el papado; ¡sí, usted tiene ese deber!» Me sentí anonadado. Respondí que Su Santidad ni siquiera había recibido las sagradas órdenes. El Cardenal replicó: «¿Qué importa eso?» Debo decir que ese momento fue muy intenso. Nadie podía dejar de advertir su importancia. Para usar una expresión común: era un clavo ardiente para todos. Los demás no me sirvieron de ninguna ayuda; examiné el problema durante unos minutos. Mundo proseguía: «Si ese hombre tiene una verdadera vocación, habrá perseverado; si ha perseverado, los veinte años o más de espera habrán purificado...»

—Por favor no siga citando al cardenal Mundo.

—De acuerdo; en resumen, me invadió el impulso irresistible de proponer a Su Santidad...

—Y entonces, ya que no se veía a ningún otro candidato, ya que... Comprendemos. Usted fue a vernos, nos halló perseverantes...

—Sí, Santidad.

—Bien. ¿Damos un breve paseo por el jardín y rezamos alguno de los oficios?

El cardenal Courtleigh se sobresaltó.

—Por supuesto... Si a Su Santidad no le importa caminar junto a mi silla de ruedas...

—Oh, claro que no. Es una de nuestras costumbres invariables caminar detrás de las sillas de ruedas y empujarlas.

—Ni por un instante puedo consentir...

—No, pero durante una hora tendrá que someterse. ¡Tonterías, hombre! ¿Acaso

cree que nunca hemos empujado una silla de ruedas? Siéntese, bien quietecito, abra su breviario y lea el oficio; Nos miraremos por encima de su hombro y diremos las respuestas. Es un ejercicio estupendo, ¿sabe usted?

## CAPÍTULO VII

DESPUÉS de sus esfuerzos matinales para domar y domesticar a un príncipe de la Iglesia, Adriano era consciente de que necesitaba un cambio de emociones. Sus pensamientos fueron hacia el siguiente punto de su lista: el asunto del cardenal Nefski. Ésa podría ser una experiencia de enorme interés. No quería ser un invasor de su pena, pero le atraían todos los fenómenos singulares; y la aflicción del joven y pálido prelado parecía ser un verdadero ejemplo. Una vez en su vida secular, George Arthur Rose había sido llevado por un médico a ver a un hombre que había recibido una herida poco común en la garganta: se la había cortado usando un cortaplumas roto, que le dibujó un triángulo dentado cuyo vértice casi rozaba la laringe y la base el esternocleidomastoideo, y por un pelo no había interesado la carótida y la yugular. El médico quería un dibujo de la herida a fin de ilustrar al jurado que debía pronunciarse sobre el intento de suicidio. George había hecho el apunte del natural, ese hombre que tenía los ojos fijos y estaba sin palabra, había tomado nota del mobiliario de la habitación y del aspecto de su modelo, sin que le tocaran las sensaciones del herido ni el horror del hecho. Adriano se acercaba al cardenal Nefski con sentimientos similares. Tenía curiosidad, estaba físicamente apartado; pero, al mismo tiempo, algo de la simpatía subconsciente de su actitud produjo la revelación deseada. Era algo espantoso. Nefski, arzobispo cardenal, había acudido a una ciudad pequeña de la Polonia rusa, sometida por los anarquistas, con el propósito de parlamentar con los rebeldes. Llegó al atardecer. Había un colegio donde recibían educación ciento veinte muchachos de noble cuna; entre ellos se hallaba el propio hermano pequeño del Cardenal, un joven de sólo diecisiete años. El Cardenal fue apresado y le crucificaron con cuerdas sobre la fuente de la plaza del mercado. Los anarquistas irrumpieron en el colegio, desnudaron a los alumnos y los arrojaron a la calle ante los ojos de Nefski. Él absolvía a cada uno de los que caían desde las ventanas superiores. Algunos quedaban aplastados y morían en el acto; otros, que caían sobre los anteriores, se fracturaban huesos y sufrían heridas, pero no fueron asesinados de inmediato. Durante toda la noche Nefski permaneció crucificado. Los anarquistas debían de haberle olvidado, porque le dejaron allí. Al amanecer, alguien a quien no conocía se acercó y cortó sus ataduras. No recordaba nada más hasta el momento en que se halló, paralizado, en un coche de ferrocarril junto a dos sacerdotes, de camino a Praga. Tras eso había viajado a Roma, con la esperanza de borrar la fantasmagoría que continuamente ocupaba su vista y su oído: el montón en medio de las sombras de la noche, aquel montón gimiente que crecía sobre las piedras rojas, de cuerpos jóvenes y blancos, de piernas y brazos contorsionados como gusanos en un queso, las formas pálidas manchadas, quebrantadas, los cabellos al viento, los ojos fijos, que caían sin cesar, los alaridos entrecortados, el fango que sonaba sordamente con cada caída, los movimientos interminables de aquellos



miembros blancos. Fue un relato horroroso, narrado de una forma desapasionada. El joven aún se hallaba en ese estado de estupor que la naturaleza envía como compañero de las penalidades extremas. Estaba superando su parálisis, ya podía caminar con facilidad..., sólo que seguía viendo y oyendo. Habló con afecto de su hermano asesinado: pero no se lamentaba por él.

Adriano estaba conmovido. Puso toda la ternura humana que poseía, que no era mucha, en su voz y su actitud. Intentó de verdad confortar al Cardenal. Citó los versos espléndidos del heraldo en *Los siete contra Tebas*:

*puro y sin mancha alguna, con los ritos de los padres murió donde es tan hermoso que muera un joven.*

Nefski parecía agradecido. El Pontífice se ofreció a apartarle de Praga y destinarle a la corte romana, pero él prefería regresar a su arzobispado, al menos en esos momentos, al menos, dijo, hasta que hubiese desaparecido la tiranía. Y, nuevamente, pidió permiso para retirarse. La luz del sol le deslumbraba.

Durante el resto del tiempo transcurrido en Castel Gandolfo, apenas si fue visto el Papa. Un remero le paseaba durante una hora o dos por el lago Albano, a la tarde, mientras él se ocupaba en la corrección de un manuscrito. Pero la figura blanca, recortada sobre el resplandor del sol en el agua azul, no escapaba a la atención de los paseantes de la carretera cercana a Riformati; cuando se descubría objeto de ella, volvía al apartamiento del jardín. Su memoria volaba hacia el tiempo en que la gente se burlaba de él por su costumbre de escribir cartas, cartas que explicaban demasiado a los ciegos que no veían, a las serpientes sordas que no querían oír. Reía para sí al pensar que esas mismas personas leerían, marcarían, aprenderían y digerirían a fondo cada palabra y cada punto de las íes de sus cartas de ahora: unas cartas que ya no iban a ser penosa, voluminosa ni conscientemente persuasivas, sino dictatoriales. Escribía cuartilla tras cuartilla y las corregía; al volver a su habitación las quemó y tiró todas las notas preliminares. Al regresar a Roma, en la noche del 28 de abril, llevaba consigo el texto definitivo.

A primera hora de la mañana del 30, en una audiencia secreta en el nuevo salón del trono, Caerleon presentó a cinco sacerdotes bastante perplejos, muy desaliñados y cubiertos del polvo y las manchas de un viaje, cinco sacerdotes que habían pasado por una conmoción mental. Mr. Semphill, con su cabeza blanca rapada y su cara limpia y rubicunda de estudiante, le hizo recordar que se hallaba en presencia del hombre más divertido que jamás hubiese conocido. Se movió de prisa y rindió obediencia con un aplomo que era una suma del servicio, el Teddy Hall, un curato anglicano y una rectoría picta. Mr. Sterling, un maestro de escuela robusto y moreno, muy guapo, de no ser por un lunar en su nariz, ocultaba sus sentimientos tras una inescrutabilidad calmada. Mr. Whitehead, un sajón de cabeza fría llena de sentido

común, de corazón de oro, que jamás había sabido lo que era ir de juerga, se mostraba reticente en una situación que estaba más allá de su capacidad de comprender. Mr. Leighton, regordete, pulcro, de pelo rizado, parpadeaba suavemente y aguardaba. Mr. Carvale, un celta ágil, vehemente y menudo, de cabello negro, piel blanca rosácea, labios delicados y la apariencia reservada de un soñador, miró a su antiguo compañero de estudios con sus ojos de ardiente azul. Alguno de los cinco tenía, en el fondo de la mente, el recuerdo de pecados de omisión. Ninguno recordaba pecados cometidos. Todos se preguntaban qué se pedía de ellos (qué demonio significaba aquello, como Semphill lo expresara, a la manera secular). Si alguno esperaba alguna alusión al pasado, se iba a llevar un chasco. Adriano no les brindó ninguna señal de reconocimiento. El Sumo Pontífice era quien les recibía y se dirigía muy apostólicamente a ellos.

—Reverendos señores, es nuestra voluntad tener en el trabajo de nuestro apostolado tanta asistencia como los órganos de los sentidos puedan prestar a la mente, o como el pragmático pueda proporcionar al teórico. Por razones que son de nuestra incumbencia, les hemos elegido a ustedes. Con la certeza de que son leales en esa única cosa que es el servicio de Dios, les instamos a que se dediquen con ahínco al servicio de su vicario. Para este fin, hemos de poner a ustedes en una conexión singular e íntima con nuestra persona, elevándolos a la categoría de diáconos cardenales. Si alguno de ustedes cree que no está capacitado para mejor servir a Dios en ésta que en su presente condición, puede marcharse sin que ello le signifique enajenamiento de nuestra buena voluntad. La conciencia de cada hombre es su única y propia luz. Lejos estará de Nos interferir en las prerrogativas que como director de sí mismo tiene todo hombre en un asunto tan grave.

Los cinco se mantuvieron de pie, sin decir una palabra. Semphill experimentaba un deleite genuino: la calidad literaria, la franqueza florida, lisa y llana de la alocución le proporcionaban una alegría intensa. Los otros sentían que la obediencia era su único deber, porque George Arthur Rose jamás había fantaseado a capricho, sino que siempre había habido un elemento razonable en sus excentricidades, nunca había dado vueltas al azar, sino que lo había hecho en torno a algún punto intencionalmente fijo. Además, para un sacerdote corriente, la voz del sucesor de san Pedro era una llamada a la que había que responder y obedecer.

El Papa se dirigió a Semphill.

—¿Su Reverencia esperaba con legitimidad terminar sus días en St. Gowff's?

—Así es (¡hum!), Santidad, pero podía ser trasladado a cualquier otro sitio por un telegrama de mi diocesano.

—¿Todavía no es usted rector misionero?

—Sólo un pobre licenciado en artes de Oxford.

—Pero usted ha estado en St. Gowff's desde que Nos tenemos memoria.

Mr. Semphill sofocó una risita.

—Como poseo un modesto patrimonio, Santidad, hice testamento a favor de la

archidiócesis de St. Gowff's y Agneda, y no olvidé mencionar el hecho a mi Arzobispo. También tuve oportunidad de explicarle que, en el caso de ser apartado de St. Gowff's, seguramente me vería en la obligación de hacer otro testamento, pero, claro está, no contemplaba esto de ser traído a un lugar tan lejano como Roma.

Adriano se volvió hacia Mr. Sterling.

—Las últimas palabras que dijimos a Su Reverencia fueron que usted tenía motivos para avergonzarse de sí mismo.

—Los hubo, Santo Padre.

—Para usted, nuestra invitación es un medio de reparar un único y pequeño defecto de una carrera digna de encomio.

—Se hará esa reparación, Santo Padre.

A los otros nada dijo el Papa, porque veía sus almas limpias.

En el Sacro Consistorio, el Sumo Pontífice dictó a los abogados consistoriales un acta pontificia por la que otorgaba a Francis Talacryn, obispo de Caerleon, la dignidad de presbítero cardenal del título de los Cuatro Santos Coronados; al reverendo George Semphill, la de diácono cardenal de St. Mary-in-Broad Street; al reverendo James Sterling, la de diácono cardenal de St. Nicholas-in-the-Jail-of-Tully; al reverendo George Leighton, la de diácono cardenal de The Holy Angel-in-the-Fish-Market; al reverendo Gerald Whitehead, la dignidad de diácono cardenal de St. George-of-the-Golden-Sail; al reverendo Robert Carvale, la de diácono cardenal de San Cosme y San Damián. A continuación fueron recibidos los seis y prestaron juramento ante el Colegio; recibieron los capelos, los anillos de zafiro, el Papa cerró y abrió sus bocas y se retiraron vestidos de armiño y púrpura.

No es necesario decir cuáles eran sus emociones. En realidad, poco fue el tiempo que tuvieron para emociones, porque durante el resto del día permanecieron en la cámara secreta, escribiendo, escribiendo y escribiendo al dictado de Adriano. Por la noche, Whitehead y Carvale vistieron sus viejas sotanas y despacharon todo un cargamento de cartas en San Silvestre. Esa correspondencia estaba sellada con el anillo del Pescador, y en vista de que iba dirigida a reyes, emperadores, primeros ministros, editores de periódicos y jefes de distintas confesiones religiosas, se consideró poco deseable molestar al príncipe Mínimo, maestro de correos del Pontífice, dándole tema de habladurías. En tanto, Adriano y el cardenal Semphill se instalaron en la oficina de telégrafos del Vaticano, a solas con los operadores, y el Papa dictó, mientras dedos hábiles traducían sus palabras mediante puntos y rayas para Londres y para Nueva York. En consecuencia, lo que Su Santidad llamaba «los cinco periódicos decentes» publicaron el 1 de mayo una carta apostólica, una bula pontificia y notas editoriales sobre ambas.

El mundo encontró que la *Epístola a todos los cristianos* resultaba punzante, no por su novedad, sino por el candor desnudo y vivido con el que verdades antiguas y trilladas se enunciaban dogmáticamente. El cristianismo, proclamaba el Papa, era mucho más que un mero servicio ritual. Se proyectaba a todos los sectores de la vida

humana, y sus reglas debían gobernar a los cristianos en todos los asuntos de principio y de práctica. Ponía énfasis especial en la aseveración del principio de la responsabilidad personal del individuo. Era inevitable, no se podía proyectarlo sobre la sociedad o los servidores. Cada alma debía rendir cuentas a su Creador por sí misma. Con respecto a la última doctrina, denunciaba como condenable tontería la herejía tan de moda que estaba concretada en las estrofas de Edward Fitzgerald:

*Oh, Tú, que con trampa y artificios  
acechaste en el camino que yo había de andar,  
No enredarás tú, con malignidad predestinada,  
para después imputar mi caída al pecado.  
Oh, Tú, que has hecho al hombre de la burda tierra,  
y junto con el paraíso creaste la serpiente,  
por todo el pecado con el que la cara del hombre  
se ha ennegrecido, otorga y recibe perdón humano.*

Describía esos versos como el lloriqueo de un cobarde plañidero, preguntándose con toda propiedad si sería vituperable la acción de un padre que, tras haber enseñado a nadar a su hijo, lo echara al mar para que disfrutase del mérito de recorrer su propio derrotero hacia la costa, donde le aguardaba una cuerda para sujetarse. Condenaba todos los intentos de uniformidad como crímenes antinaturales, porque eran un insulto a la divina inteligencia que se había dignado diferenciar a sus criaturas. Declaraba que los siervos de Dios debían ser reconocidos por su amplitud de ideas, su generosidad de corazón y la firmeza de su voluntad.

«La Iglesia de Dios no es estrecha, ni “liberal”, sino católica y a todos abierta, porque existe “diversidad de dones”.»

El alma individual era lo que debía ser salvado y a ella estaba dirigido el Evangelio. El Papa recordaba la fuerza inmensa del versículo: «Dejad que cada hombre sienta una profunda persuasión dentro de su propia mente». Por tanto, deseaba que no se alzaran barreras entre los cristianos de credo romano y cristianos de otras iglesias. El siguiente pasaje, que contenía su propia idea de su relación con otros hombres suscitó mucha atención:

«No está al alcance de ningún hombre creer lo que él quiera. Ningún hombre ha de ser censurado por razonar en apoyo de su propia religión, porque sólo él es digno de ser tomado en cuenta. “Otras ovejas tengo, que no están en este redil.” Y merecen más cuidado y amor, pero no una piedad burda ni un patronazgo insultante ni una persecución airada; porque si, como se ha dicho, un hombre sigue la ley de Cristo, y cree en sus palabras de acuerdo con su sentido consciente de lo que significan, es un miembro del rebaño de Cristo, aunque no esté en el redil. Aunque Nos sepamos que ese hombre entiende erradamente las palabras de Cristo, a pesar de ello, no hay razón para que reclamemos ninguna clase de superioridad ante un hombre honesto, cuyo

corazón y cuya mente están dispuestos a obedecer a Cristo y a ser guiados por Él. Tal persona es un cristiano y hermano nuestro, un siervo de Dios y, si él nos acepta, por virtud de nuestro apostolado, Nos somos también su siervo».

El final de la *Epístola* contenía una admonición sorprendente, dirigida a los miembros de su propia comunión, advirtiéndoles que el ser cristiano no confería ningún título de dominio físico o externo, sino por el contrario. Quizá la peroración merezca una cita:

«Persuadid, si sois capaces de persuadir, y si el mundo os lo permite, pero no busquéis de intento hacerlo. Mejor será vivir de modo tal que los hombres se convenzan a sí mismos a través de la contemplación de vuestro ejemplo. En ese solo camino reside la satisfacción. Aceptad la obediencia pero no la reclaméis. No busquéis el sufrimiento ni lo evitéis, pero cuando os sea concedido, ocultadlo con ahínco y toleradlo con gozo, recordando las palabras de Platón, en las que está escrito: “La ayuda viene por el dolor y el sufrimiento, y no podemos ser librados de nuestra iniquidad por ningún otro medio”. No despreciéis al simple. No despreciéis al hermano. No despreciéis nada. Pero si, por ser hombres, habréis de sentir desprecio, entonces aplicadlo a los enemigos de Dios y del Rey, que han de ser el Demonio, el Deshonor y la Muerte».

Aún mayor que la causada por la *Epístola a todos los cristianos* fue la reacción que produjo la bula *Regnum Metan*, publicada simultáneamente. Estaba dirigida a la última persona del mundo que, en circunstancias ordinarias, hubiese podido esperar que el Vaticano le dirigiese una comunicación. Adriano VII, Obispo, Siervo de los siervos de Dios, enviaba su saludo y la bendición apostólica a su bienamado hijo, Su Majestad Víctor Manuel III, Rey de Italia. «Mi Reino no es de este mundo», decía el texto de la bula, que el Papa iniciaba con una defensa incommovible de la divina revelación, la Iglesia, Pedro y el poder de las llaves. Hasta allí hablaba como teólogo. Después, con rapidez iluminadora, asumía el papel del historiador. Su tema eran los decretos fraguados o la donación de Constantino, que por primera vez fueran publicados en un breve del predecesor de Su Santidad, Adriano I, dirigido al que, en cierto sentido, también era predecesor de Su Majestad, el emperador Carlomagno. Refería el bien conocido hecho de que esos decretos, aunque fraguados sin duda, lo habían sido tan sólo como el pasatiempo intelectual de las horas de ocio de un Arzobispo exilado, y sin ninguna intención inicua. Demostraba por qué, durante cuatro centurias, no se había abrigado ninguna duda acerca de la autenticidad de esos documentos, y por qué habían transcurrido otras tres centurias antes de que se hubiesen reunido pruebas bastantes para justificar que hubiesen sido arrojados por la borda de la Barca de Pedro a fin de aligerarla. Por entonces —proseguía— el Papa era el soberano de un patrimonio del que no ostentaba títulos de propiedad. Un derecho más inexpugnable que el prescriptivo era considerado deseable; Alejandro VI y Julio II aseguraron el patrimonio para Pedro mediante conquista militar. Así habían seguido siendo las cosas hasta la unificación de Italia bajo la Casa de Saboya,

cuando esos territorios conocidos antes como Estados de la Iglesia fueron absorbidos por el nuevo reino. Hasta allí seguía el tema Adriano, y de inmediato pasaba a una disquisición acerca de los derechos mundanos de la cristiandad, cuyo núcleo más significativo se hallaba quizá en las siguientes sentencias:

«Nos servimos de las cosas del mundo en la medida en que son requeridas por el mundo; más allá de eso, las abandonaremos sin dedicarles siquiera un solo pensamiento. Porque a todos nos está destinado recibir tanto cuanto demos. Nada es irrevocable en el orbe de la tierra. Nada es final, porque tras éste se halla el mundo que ha de venir. Por tanto, marchemos, marchemos con alegría, marchemos con los tiempos, marchemos de verdad. Dios es siempre misericordioso».

Por todo eso, como Sumo Pontífice, Adriano practicaría el principio de la renuncia. Estaba dispuesto a renunciar a cualquier cosa que otro quisiera tomar porque «Mi Reino no es de este mundo». Y, ante todo, a fin de quitar la espina de la disputa, formal e incondicionalmente renunciaba a la reclamación de soberanía temporal y de los presupuestos de gastos asignados por la ley de Garantías. Al mismo tiempo, no se debía entender que él menospreciara ni en lo más mínimo a sus predecesores que habían seguido otros criterios:

«Ellos eran responsables ante Dios, lo sabían, y Él y ellos han de ser jueces de esos actos. Nos, por nuestra parte, a nuestra vez, actuamos del modo que nos parece más adecuado. Conocemos nuestra responsabilidad y no la rehuimos. Somos el Vicario de Dios y ésta es nuestra voluntad. Dada en Roma, en San Pedro del Vaticano, en este noveno día de nuestro pontificado supremo».

La publicación formal de la *Epístola* y de la *Bula* se produjo durante el segundo consistorio, reunido a una hora anormal, las seis de la mañana, el 1 de mayo. Adriano leyó ambos documentos con ese tono de voz suyo, claro y de tonalidad menor, tan intensa e impersonalmente magisterial. Por sí mismo el tono lo empeoraba todo. El tema también era exasperante y la actitud pontificia suscitó cierta exacerbación. El Papa parecía esperar oposición. Y provino de Ragna. ¿Si el Papa ya no era un soberano, adónde iría a dar el Secretario de Estado? ¿Quedaba despedido? Oh, por supuesto que no, sólo que en lugar de representar el papel de hombre de Estado ante naciones sobre las que no tenía ningún control, y que eran bastante bien manejadas por los poderes seculares, se requería de él que dirigiese su atención a los asuntos específicos que, sin duda, aumentarían ahora en su departamento.

—Este mundo anhela la acción de la Iglesia —dijo Adriano—, pero ella jamás lo reconocerá mientras la propia Iglesia sea su rival.

De todos modos aquello era un golpe, un golpe muy fuerte. La mitad del Colegio adoptó un aire de indiferencia no comprometida; la otra mitad rugió anatemas y execraciones. Y Ragna aulló:

—¡Judas, Judas, esto no será!

Adriano, en un arrullo, maulló fríamente:

—Es y será.

Arrojó a los escalones del trono un manojo de ejemplares anticipados de los periódicos romanos matutinos. Las caras rojas quedaron paralizadas ante ellos. Allí estaban la *Epístola* y la *Bula* en lengua vulgar. Serafino Vagellaio se abalanzó sobre un anuncio de *Il Popolo Romano* que explicaba:

«Por la cortés autorización del propio Santo Padre, estamos en condiciones de presentar a nuestros lectores estos auténticos y trascendentes documentos simultáneamente en *The Times*, *Morning Post*, *The Globe*, *St. James's Gazette* y *The New York Times*, espléndidos periódicos de la magnífica lengua de Inglaterra, a cuya raza (amiga de siempre de Italia) debemos tan grande e ilustrado Pontífice».

Sin duda estaba hecho, porque el mundo lo sabía y, sabiéndolo, no permitiría que quedara sin hacer. Por muy furioso que estuviese, no hubo Cardenal que no fuese lo bastante viperino como para no advertir que la de palomo era la actitud más adecuada a las circunstancias. La primera idea demencial que se había dibujado en la mente de los rebeldes, la idea de suprimir los decretos pontificios por la fuerza física, fue abandonada. Sin duda existían otros medios para invalidarlos más adelante. Sus Eminencias se separaron para decir sus misas con un aire que hizo que el Papa se sintiese como un muchachito muy díscolo y pesado, dijo Adriano al cardenal Leighton.

El asunto de Edward Lancaster preocupaba a Adriano considerablemente, por la simple razón de que, en tanto que no quería tener el fastidio de renovar sus relaciones con ese individuo, la decencia exigía algo. Discutió el tema con Courtleigh y Talacryn, ninguno de los cuales se mostró capaz de apreciar su dificultad. Abandonado a sus propias fuerzas, lió un cigarrillo con mucho cuidado: era largo y grueso, prensó el tabaco dentro del cilindro de papel con ayuda de un lápiz, retorció los extremos con pulcritud; parecía una pequeña salchicha blanca; lo fumó entero. De inmediato escribió una carta, en la que decía a Lancaster que su oferta había sido aceptada y usada, le aseguraba la buena voluntad pontificia y una grata acogida en el caso de que se sintiera inclinado a presentarse en Roma, y le confería la bendición apostólica y una indulgencia plenaria a la hora de la muerte. Puso la carta dentro de una caja de rapé de oro con un cierre de diamantes en la tapa: Lancaster podría poner ese recipiente sobre la repisa de su chimenea, entre otras curiosas monstruosidades.

Orezzo y Ragna parecían haber intercambiado los papeles, porque mientras el segundo había sido la mano derecha pontificia en tanto que Orezzo se encerraba en la Cancillería, ahora era Orezzo quien observaba al Papa, en tanto que Ragna se mantenía apartado en su enfurruñamiento purpurino. No se trataba de que su cargo hubiese desaparecido, sino de que él deseaba enfatizar (desertando de ella) su imprescindibilidad. Los otros se retiraron, magníficos, a sus celdas. Adriano mantenía a sus nuevas criaturas en una expectativa muy atenta y los nueve compromisarios siempre se hallaban prestos a mostrarse agradables cuando estaban en Roma. El Papa deseaba estar en buenos términos con ellos, y lo intentaba, pero no era capaz de lograrlo, como nunca lo había sido. No podía mostrarse amistoso.

Aparecieron multitudes de visitantes ingleses y tal vez hubiesen sido una distracción. Eran recibidos en la sala ducal y Adriano se paseaba entre ellos. En una de esas recepciones, la mirada pontificia se encendió, al entrar, sobre un Titán oscuro y enjuto marcado por un dolor oculto y acompañado por una desagradable y silenciosa inglesa (mujer y madre) y tres hijos, dos bonitas chicas y un orgulloso y tímido jovencito inglés. Constituían un grupo típico, típico de lo que es lo mejor; entereza, cultura, éxito moderado y calidad inglesa. Adriano se apresuró a estrecharles las manos.

—Por favor, esperad hasta que los demás se hayan marchado —dijo, y se enfrentó con un caballero presumido, de ojos entornados, y un amigo de cara rubicunda e imberbe, preocupado por adoptar con gracia la pose de piernas cruzadas de la fotografía del varón de 1864. Ambos se arrodillaron, para ponerse de pie tras la invitación papal.

—Ah, Santo Padre, quién hubiera pensado —y prosiguió por el estilo el primero.

—Oh, estoy seguro de que nunca me atreveré a volver a llamar «Boffin» a Su Santidad —dijo el segundo.

—Oh, sí que lo harás —respondió Adriano, y les dio la bendición, a la que el rubicundo, nervioso, contestó:

—¡Claro que sí, estoy seguro, por así decir!

Otra pareja se arrodilló, eran un extraño hombre de poca estatura, que llevaba quevedos, y una mujer menuda, de aire sumiso y bellos ojos miopes. El Papa les hizo ponerse de pie, el hombre empezó a hablar como una granizada, con muestras de ingenio y gestos galos, sin sinceridad. Fueron bendecidos y el Pontífice siguió (con una especie de salto en el paso) su camino hacia los demás.

Cuando la audiencia llegó a su fin, un joven vestido de escarlata, en quien destacaba una belleza delicada y pensativa digna del san Juan el Divino de Gian Bellini, condujo a la familia inglesa hasta la antecámara apostólica. Allí Adriano les invitó con frutas y vino y les hizo admirar la vista que se apreciaba por las ventanas.

—Quizá ahora Mr. Strong quiera ver el jardín —dijo entonces.

Era una muy feliz idea. Su Santidad cogió a su pequeño gato amarillo y todos bajaron, para pasearse entre los árboles, los senderos bordeados de boj y los viñedos. Los adultos cogieron flores y los niños, frutos. Admiraron los pavos reales; descansaron en los bancos semicirculares de mármol blanco, a la sombra moteada de sol de los cipreses; hablaron de esto, de eso y de lo otro, así como de aquéllas y aquéllos. Un chambelán avanzó entre los árboles y entregó una pequeña bandeja cubierta al joven que seguía al grupo pontificio a cincuenta pasos de distancia. En el momento de la partida el servidor se acercó. La bandeja contenía cinco pequeñas cruces de oro y crisoberilo engastadas con diamantes. Tres estaban trabajadas en filigrana y dos eran severamente lisas. Adriano las presentó a sus huéspedes.

—Aceptad un recuerdo de este día feliz, y, por supuesto —les regaló una de sus raras sonrisas—, no esperéis que el Papa os dé algo que no sea cosa de Papas. Adiós,



queridos amigos, adiós.

—¡Cuánto ha mejorado! —dijo la niña morena, mientras se marchaban.

—¡Has visto las hebillas de sus zapatos, mamá! —exclamó la rubia.

—Yo diría que es una persona excelente —dijo el niño.

—No ha cambiado en nada —comentó la mujer a su silencioso marido.

—Creo que por fin ha encontrado el lugar adecuado para él —respondió el gigante.

Llegó Percy van Kristen y fue introducido en la cámara secreta. Aunque tenía poco más de treinta años, parecía de la misma edad de Adriano. La frescura luminosa de su tez olivácea se había desvanecido, pero sus ojos soberbios brillaban con tanta expectación y su pequeña cabeza redonda era tan limpiamente negra como siempre. Tenía aspecto cansado pero íntegro, y su arreglo era impecable. El Papa dijo unas pocas palabras de saludo y recordó cosas pasadas; después, le pidió que le hablara de él. Van Kristen se mostraba tímido, pero no mal dispuesto. Las preguntas que le fueron hechas sacaron a relucir que era uno de los integrantes de la lamentable clase de hombres a los que los dioses les han otorgado todo menos una carrera. La mayoría de edad le había deparado tres cuartos de millón de libras esterlinas. No tuvo necesidad de meterse en negocios. La política estaba vedada a las personas respetables. Era ya mayor para el ejército. Lo concreto fue que no tenía la energía natural que le hubiese hecho modelar una carrera —una carrera en el sentido mundano— para sí mismo. En consecuencia, el mundo le había dejado de lado, sobre el estante de los objetos cuya función es puramente decorativa. Su forma de vivir era la de un hombre a la moda: simple, exquisita. Tal vez leía mucho y, por supuesto, el hogar le llevaba la mayor parte de su tiempo, pero eso era un secreto. Adriano tuvo la habilidad de sonsacarle que había fundado y mantenía un hogar para cien muchachos de su ciudad, donde les enseñaba el oficio de electricistas y les proporcionaba una buena base para iniciarse en la vida. Sus ojos espléndidos relumbraban al tocar el tema. Al parecer, había mantenido a sus relaciones ignorantes de su ardiente esfuerzo por ser útil; y como es natural, cualquiera goza al hablar de sus propios asuntos cuando encuentra, por fin, al oyente adecuado. No, nunca se había sentido propenso a casarse y formar una familia. No creía que eso fuera lo que él quería. Sí, después de dejar Oxford algo había pensado acerca del sacerdocio. Pero el arzobispo Corrie se había reído de él. No era lo bastante inteligente para el sacerdocio. Ésa era la única verdad, en su opinión. Oh, sí, le hubiera gustado mucho, tanto como ninguna otra cosa, pero no podía sentirse digno de ello. No quería que pensarán que procuraba imponerse a sí mismo. Sí, la *Dynam House* podía seguir adelante sin su presencia. Tenían la fortuna de contar con un director que agradaba a todos, y su propio papel no iba más allá de jugar a la pelota con los chicos, pagar las cuentas y buscar y comprar los mejores y últimos dispositivos. Si pudiese ir y echar una mirada al lugar, digamos dos veces al año, o dos meses cada año, estaba dispuesto a aceptar la permanencia

junto a Adriano, si Su Santidad le quería de verdad a su lado. ¿Como diácono cardenal? ¡Eso sí que sería gracioso! Perdón, no había querido burlarse. Adriano se mostraba serio. Los grandes ojos virginales de Van Kristen observaban con atención al Pontífice. Después, con ese modo extrañamente lisonjero —un don natural (y originado en las perfectas proporciones de su cuerpo)—, que contrastaba en forma curiosa con el acostumbrado tono nasal de su hablar, dijo:

—Wal, me figuro que no seré lo bastante bueno para usted, pero usted es quien manda y, si de verdad me quiere aquí, creo que haré la prueba.

Y de allí marchó al retiro de los pasionistas, en la Colina Celia.

## CAPÍTULO VIII

«**L**A clave de todas tus dificultades, presentes y futuras, es el Amor.» Adriano había vuelto a sus antiguos juegos autoanalíticos. El aforismo espigado en la confesión más memorable de toda su vida de improviso se presentaba a él otra vez. Regresaba, de nuevo, a muchas cosas. Estaba convencido de que, hasta ese momento, no sabía siquiera qué era el amor. La gente parecía gustar de él. Hasta cierto punto, había algunas personas que le agradaban. Pero amor... Admitía ante sí mismo que los hombres en su mayoría le eran desconocidos. Quizá ése fuera su fallo. Quizá no pudiese llegar lo bastante cerca de ellos como para quererles tan sólo porque no les brindaba la intimidad suficiente, no les estudiaba lo bastante de cerca. Ése era un defecto que podía enmendar. Invitó a sus quince cardenales a que pasaran una hora con él en la viña de León. La jornada era uno de esos gloriosos días romanos de comienzos del verano. El Papa quería utilizar a Sus Eminencias para discutir ciertos asuntos, para aguzar su ingenio enfrentándolo con el de ellos, para escarbar en sus cerebros con el fin de formarse sus propias opiniones. Gentilotto señaló con suavidad que si el Santo Padre plantease un tema, ellos harían todo lo que les fuese posible para ayudarle. El Pontífice propuso el renunciamiento al poder temporal y los hizo enmudecer. Por supuesto, en su mayor parte, los cardenales lo desaprobaban. Les había tomado por sorpresa. Todos y cada uno de ellos había madurado con la fatua idea de que el éxito de la Iglesia tendría que ser medido por el alcance de los bienes temporales que ella poseyese. Y una idea de esa índole, sobre todo cuando viene heredada, no puede quitarse de raíz y arrojarse a un lado en un instante, ni siquiera por una bula pontificia. Adriano comprendió que sus partidarios (tanto como sus oponentes) no gustaban de esa audacia suya.

—Santidad, no tenemos el atrevimiento de condenarla, pero no la alabamos. Sin embargo, el Santo Padre tendrá sus razones —dijo Fiamma por fin.

El Papa no tenía razones de superficie, se trataba de motivos fundamentales. Y su modo de ser por lo común le llevaba a ocultar lo sacrosanto con un velo de frivolidad: es decir, cuando sus secretos parecían estar a punto de ser violados, se sentía propenso a distraer la atención con alguna paradoja o una gracia elegante. Una chispa socarrona brilló en sus labios finos y la sombra de un fulgor pícaro apareció en los ángulos de sus ojos entrecerrados.

—Hace tiempo tratamos a cierto escritor de novelas de amor. Los disparates sentimentales que él ponía en boca de sus marionetas (no tenía más que un solo grupo de ellas) tuvieron gran influencia en Nos. Ese hombre tenía que ganarse la vida. Pensaba que era capaz de hacerlo halagando al poder temporal. Era, por cierto, un católico muy inteligente y mundano, pero los argumentos que esgrimía en un tema tan vital como el hecho de tener que ganarse la vida eran tan estériles y tan típicos de un cura, que terminamos por considerar que el poder temporal era algo desdeñable.

Además, allí estaba ese tono de desgraciada maliciosidad de los periódicos católicos que se regodeaban, perversos, en las desventuras de las personas que trabajan duro y tienen buenas intenciones, que profetizaban la revolución y la bancarrota total de esta querida Italia, y tantas otras cosas similares. Pues bien: nuestra simpatía fue, naturalmente, no para los maliciosos sino para los que sufrían. Oh, sí, teníamos nuestras razones.

—Es bastante. Las manos de una persona obedecen a su cabeza —dijo Sterling.

—Por mi parte, pienso que si el poder temporal merece ser poseído, también merece que se luche por él. Lord Ralph Kerrison, que es un general británico, cierta vez me dijo que si el Papa se ocupara de convocar a los católicos de todo el mundo y ordenase operaciones militares, él estaría dispuesto a renunciar a su cargo mañana mismo y a alistarse en el ejército pontificio —aseguró Semphill.

—¿De verdad? —preguntó Mundo, con ojos de sorpresa.

—Es así, se lo aseguro —confirmó Semphill.

—¿Pero merece que se luche por él?

—Por supuesto, Santo Padre, la posesión confiere cierta categoría —intervino Saviolli.

El Papa sonrió.

—¿«Cierta» y «categoría»? ¡Oh, claro!

Talacryn estaba molesto, consideraba demasiado sarcástica la observación.

—Tal vez Su Santidad se incline hacia la teoría de que la Iglesia jamás ha sido tan poderosa como lo es ahora —aventuró Della Volta.

—¡Yo creo que eso es un hecho, no una teoría! —exclamó Grace.

—¿Y bien?

—Comprendo, en estos treinta y tantos años sin poder temporal, la Iglesia ha crecido en poder. De aquí se podría inferir que ese poder no es esencial.

—Continúe con ese argumento y...

—¿Alguno tiene una teoría con respecto a cuál es exactamente el obstáculo mayor a nuestra marcha aquí, en Italia? —interrumpió el Papa.

—Las sociedades secretas.

—El ateísmo.

—La pobreza.

—El socialismo.

—Los políticos corruptos.

—¿Qué sabemos de Italia nosotros, los recién llegados? —preguntó Whitehead a Leighton, que había hecho la última observación.

—Los periódicos dicen...

—¿Los periódicos? —prorrumpió Carvale—. ¿Acaso no sabemos cómo se escriben los periódicos? ¿Alguno de nosotros ha intervenido alguna vez en un solo párrafo? Pues entonces...

—Por favor, veamos el tema desde este punto de partida: de una parte, están el

Papado y la Monarquía, Iglesia y Estado, Alma y Cuerpo. De la otra, sus enemigos. ¿Qué hay que hacer?

—Destruir a los enemigos.

—O convertirlos en amigos. Pero, ¿cómo?

—¿Cómo pueden andar juntas dos personas sin estar de acuerdo en hacerlo? —preguntó el Papa.

—El Papado y la Monarquía no están de acuerdo —dijo Courtleigh.

—¿Su Santidad quiere decir que tendrían que ponerse de acuerdo, que deberían unir sus fuerzas? —preguntó Ferraió.

—Es nuestra voluntad y nuestra esperanza reconciliarnos con el rey de Italia.

—¿Pero lo quiere Su Majestad?

—No lo sabemos, pero hemos demostrado que Nos no habremos de bloquear el camino.

—No cabe duda de que el Papa y el Rey juntos ejercerían una influencia ilimitada y para bien —reflexionó Ferraió.

—¿O sea que Su Santidad no piensa que el poder temporal merezca que se luche por él? —concluyó Sterling.

Los ojos de Adriano ya no estaban entrecerrados.

—No —respondió—. Procuren creer, Reverendos Padres, que ha llegado el tiempo del despojamiento. Hemos sumado y sumado y sin embargo no hemos convertido al mundo. Pregúntense a sí mismos si de verdad hemos obtenido el éxito que tendríamos que haber alcanzado, o si, en conjunto, no somos unos fracasos abyectos y lamentables. Si somos esto último, busquemos otro camino, el camino de la simplicidad, de la simplicidad apostólica. Al menos intentémoslo. Es una idea, y por nuestra parte estamos contentos de tener una posibilidad de llevarla a cabo: la idea de la simplicidad, para ir a la raíz de la cuestión.

—¿Su Santidad no teme ir demasiado lejos? —preguntó Talacryn.

—William Blake dice que la verdad está en los extremos. Para el campeón común de lo que se suele llamar dorada medianía (que en general es mucho más medianía que dorada), esa máxima es ni más ni menos que escandalosa. A pesar de ello, es tan profunda como una campana, Eminencia, y en ninguna parte suena con más hondura que en el principio de la unión de la Iglesia y el Estado.

Mientras se encaminaban a cenar, Mundo susurró a Fiamma:

—¿Tenemos un santo o un loco por Papa?

—Dos tercios de lo uno y un tercio de lo otro —respondió el radiante arzobispo de Bolonia.

Después de una de las recepciones de peregrinos ingleses, Adriano recibió en privado a una visitante inusual en la última antecámara. Fue introducida por un servidor que permaneció fuera, junto a una de las puertas, durante la entrevista, en tanto que su compañero montaba guardia en la otra. Era una audiencia secreta, nunca

antes concedida a ningún soberano, y había sido otorgada a una mujer de clase media baja, de unos sesenta años, que tenía el aspecto de una excelente cocinera. La mujer cayó de rodillas cuando el Pontífice se presentó ante ella; habló de sus articulaciones al recibir ayuda para incorporarse, pero se mostró poco dispuesta a aceptar la silla que el Papa le acercó. La actitud de Adriano estaba despojada del aire pontificio; nadie le hubiese tomado sino por un inglés común, quizá de un tipo apenas distinguido y quizá vestido de forma un tanto rara. Habló con gentil llaneza y poco a poco logró que su invitada pasase de un estado de terror espasmódico y de alegría obsequiosa a sus modales honestos de siempre.

—Aa-a-ah —farfulló—, pero nunca podría explicarle a Su Santa Majestá lo que sentí cuando supe que usted me permitía venir a verle. Oh, gracias y que Dios le bendiga, Señor. Yo siempre supe que lo conseguiría. Ay, Santo Padre, ¿no está feliz de pensar en todo el bien que está haciendo? Quién iba a pensar que yo podría contar que Su Alta Santidá y yo nos sentamos juntos en uno de sus sillones... Dios le bendiga, Mr. Rose, Señor, como si usted fuera mi propio hijo. Ahora, que yo supe en un minuto quién era el que me mandaba a buscar. ¿Por qué, Santo Padre? Ay, que es porque Su Santa Alteza me habló de esa cantidá hace años, y que me dijo que me la daría si le pagaban bien. Sí, Santo Padre, he hecho lo que me había pedido. La compré por menos, porque estuvo vacía mucho tiempo. Mil trescientas libras a toca teja por la casa, cien por arreglarla, cuatrocientas dos por los muebles y las cosas y, por favor, Santo Padre, que aquí le traigo las vueltas.

Sacó a relucir un gran sobre bancario que contenía ciento noventa y ocho soberanos ingleses.

—Pero, querida y buena amiga, no tenía que haber hecho eso. Ese dinero es suyo.

—¿Todo mío, Santo Padre? Pero ya le he dicho que salió todo más barato que pensamos.

—Pues entonces ya tiene ciento noventa y ocho libras para lo que quiera. Ya son suyos la casa y los muebles y si puede conseguir pensionistas, su vida está asegurada.

—¿Si puedo conseguir pensionistas, Santo Padre? ¡Pero si la casa está llena y tengo que rechazar a muchos!

—¡Muy bien! Deje ese dinero en el banco, para el invierno.

—Para entonces tendré océanos del dinero que haga en el verano, Santo Padre.

—Escuche, Mrs. Dixon. ¿Recuerda que un día de Navidad preparó dos cenas? Una la comimos todos. La otra, usted la llevó debajo del delantal a un carpintero que estaba sin trabajo. ¿Se acuerda de quién la increpó diciéndole que no estaba allí para derramarse la grasa sobre su bata?

—Ay, Mr. Rose, Señor, ¡cómo se acuerda de las cosas!

—Bien, en esa ocasión usted tuvo que pasar una sofoquina, ¿verdad?

—Pues sí, un poquitín.

—Bien, no pase más sofoquinas y regale todas las cenas que quiera. ¿Comprende?

Las lágrimas brotaban de aquellos ojos tan abiertos y caían por las mejillas ajadas por el calor de la cocina. Sin duda tenía un aspecto desaliñado.

—¿Lo ve usted? Creo que sí. Mr. Rose, Señor, si puedo decírselo en la cara, un santo es lo que yo dije que era usted. ¡Querido amigo! ¡Querido amigo! Ay, pensar que me iba a desmandar así. Sí, que sí, que usted es demasiado bueno para este mundo, Su Majestá. Oh, me he tomado la libertad de traerle un bote de hinojo en vinagre, como el que a usted le gustaba. Yo misma los cogí y los preparé con mis propias manos..., y pensé que tal vez no le importara tener esta funda para su silla, que hice para usted, Santo Padre. Ya sabía que todas sus sillas tenían que ser rojas, porque he visto fotos, así que me dije que gris y naranja irían bien para iluminar un rincón oscuro para usted.

Adriano le dio las gracias con gentileza y aceptó aquellos regalos como si le fuesen más preciados que su tiara, con lo que la mujer se sintió infinitamente feliz.

—No quiero entretener más a Su Majestá, porque sé que habrá muchísima gente importante esperando para verle, y yo ocupando su tiempo así, Santo Padre. O sea que sólo le pido que rece por mí y me dé su bendición, y gracias, Señor, por todo lo que ha hecho por mí, y yo diré una oración por usted cada día que me quede de vida.

Se puso de rodillas y el Pontífice la bendijo. Después él preguntó:

—¿Cuándo piensa regresar, Mrs. Dixon?

—Verá, Santa Majestá, estaba pensando que podía echar una miradita por allí, ya que estoy aquí, para tener mucho que contarle a los huéspedes, pero no puedo quedarme más que una semana.

Adriano escribió en una tarjeta: *La portadora, Mrs. Dixon, es nuestra huésped. Recíbanla y acompáñenla.* La firmó y se la dio a la mujer, diciendo:

—Ya sabe usted que aquí hay mucho para ver, cuadros y esas cosas. También hay montones de reliquias sagradas en las iglesias. Con esta tarjeta le permitirán verlo todo.

—¿Podré ver los abanicos?

—¿Qué abanicos?

—Esos con que le abanicaron cuando usted fue glorificado.

—Oh, sí. Muéstrole esta tarjeta al joven que la esperará al pie de la escalera y explíquele lo que quiere ver.

—¿En la puerta me van a pedir que les deje la tarjeta?

—No, no si quiere quedarse con ella.

—Ah, qué bien, lo veré todo y me voy a guardar la tarjeta hasta el día de mi muerte, Santo Padre. ¡Ay, quién iba a decirlo! Usted perdona, Señor, yo soy una mujer honesta, pero tengo que besarle a Su Santa Majestá su mano ungida. ¡Oh, bendito sea, querido Señor, bendito sea!

Adriano se paseó de un lado a otro del apartamento tan pronto como estuvo a solas. «Bella criatura fea y virtuosa», se dijo. Al pasar delante de la caja de seguridad de su dormitorio, sacó la izquierda y soltó un golpe en la puerta de hierro.

—Para esto sirves —dijo y se aplicó glicerina en los nudillos sangrantes. Al verse

la cara en el espejo se mofó de sí mismo—: Animal hipócrita.

Una conversación muy desagradable se desarrollaba en el círculo de Ragna. Las acciones pontificias de Adriano eran bastante viles, pero las privadas eran sencillamente criminales. Un Papa que te pregunta la hora, la fecha y el lugar de tu nacimiento, hace dibujos en un papel, y después te dice cuáles son tus vicios y virtudes secretos, es un cultivador de artes nada santas. Seguro que ese espantoso gato amarillo que se lleva cada mañana a los jardines es su espíritu familiar. Le había echado una maldición a Cacciatore en un corredor, casi con palabras. Balbo, el chambelán, estaba dispuesto a jurar dos cosas, que había averiguado entre los servidores de la cámara secreta. Primero, que Su Santidad se estaba de pie bajo un grifo en su alcoba todas las mañanas y las noches y a veces aun durante el día. Sin duda, eso lo hacía para aliviar los ardores demoníacos que le poseían. Segundo, que Su Santidad se pasaba la mitad de la noche escribiendo o leyendo, y pese a ello la papelería pontificia siempre estaba vacía. No quedaba ni un solo trocito de papel. Pero sí que había cenizas en la chimenea. ¡Ah! Su genio podía achacarse a una índole de lunático, a estupidez, a bellaquería o vileza, a todo aquello que resultase extraño para la comprensión. La personalidad agresiva del Pontífice, su inconsistencia ostentosa, su concepción peculiarmente idealista de su carácter apostólico, sus empeños morales, la manera incómoda de concretar sus puntos de vista en su conducta hacían que fuese odiado por las gentes de Ragna tanto como querido por los nueve y los seis. Era acusado de un entusiasmo de índole anarquista. Cuando se enteró de eso, dijo:

—Somos conservadores en todos nuestros instintos, y sólo procuramos convertirnos en otra cosa por un esfuerzo de razón o de principios, como procuramos superar todas nuestras otras proclividades viciadas.

Aquello fue considerado como una falta adicional de decoro. Su dicción, peculiar por lo correcta y arcaica, exasperaba a esos hombres que no tenían medio de expresar sus pensamientos como no fuera la verbosidad frívola y esquemática de moda. O sea que personas mediocres, incapaces de tolerar a un hombre que hablaba en endecasílabos itifálicos, objetaron sus alocuciones. Su dogmatismo autocrático, la total entrega a sus funciones chocaban a los oportunistas, irritaban al mundano prudente. Fuera, en el mundo, tampoco era un éxito total. La gente que no pertenecía a su credo pensaba que era toda una libertad que un Papa tuviese en la punta de sus dedos la Versión Autorizada. En primer lugar, un grupo de inconstantes y de tontos piadosos se preparó a saludarle como reformador, pero él les infirió una ofensa terrible al rehusar de plano su aprobación a cualquier clase de proyecto o de sociedad.

—La Iglesia basta para esta vida —dijo.

Su sentencia: «Cultivad y empeñaos en cultivar el individualismo a vuestras propias expensas si fuese posible, pero jamás a expensas de vuestro hermano» suscitó honda desaprobación. ¿Dónde entraban los Derechos del Hombre? Pero en respuesta Adriano afirmó que, sin duda, los cristianos no tenían ningún «derecho» terrenal



concreto. Emplazado a opinar sobre el tema de la superstición por el opaco sentido común de Talacryn, dijo: «La creencia superior, la superstición, eso que esperamos, auguramos o imaginamos, es la poesía de la vida»; y tal afirmación fue vista casi como herética. Su total carencia de empaque personal, o aun de dignidad, su costumbre de liar y fumar cigarrillo tras cigarrillo, su comportamiento natural y de evidente falta de profesionalidad ofendían a muchos extraños, que sólo podían pensar en un Papa que participara del doble carácter de un clérigo de ambición sin límites y del de un purpurado inaguantable. Tenía enemigos interiores y exteriores. Permanecía solitario, psíquicamente apartado, en gran medida inconsciente de la impresión que su persona estaba creando y, por cierto, nada interesado en ella; por otra parte, no se dejaba influir por ninguna otra mente ni criatura.

Un grupo de disconformes de la curia servían al Papa, y se manifestaban en interrogantes dispersos y críticas superficiales para contentar sus corazones. Adriano permanecía sentado en perfecta inmovilidad, exceptuada una oscilación ocasional de sus orejas, un ardid muscular que se había obligado a aprender para desconcertar más de lo habitual a los tontos que creían ser agudos. Se mantenía mudo, grave. Observaba con ojos abiertos, omniscientes, inescrutables, con expresión diáfana, con pensamiento controlado. Cavillers enumeraba agravios: su negativa a llevar la cruz y pectoral pontificios de diamantes, o cualquier otra joya que no fuese su anillo episcopal de amatista era uno; y agregaba expresiones que comenzaban por un «Sin duda ahora», o un «El escándalo», o «No deberíamos». Adriano permanecía mudo, serio, atento. Su silencio inteligente tenía el efecto calculado de hacer que el interlocutor se apartara de los puntos que en un primer momento había considerado importantes. Por fin, se mantenía una única objeción: la objeción a la nueva forma de la estola pontificia. Nadie tenía nada que decir de su color: el rojo era canónicamente correcto. Pero la tela tendría que haber sido satén. Además, el dibujo bordado en oro resultaba poco común. Un dibujo rico, de hojas no convencionales y de grotescos que representaran motivos heráldicos y de llaves era lo que establecía la costumbre. (Adriano no tenía motivos heráldicos. Años antes, discutiendo el tema de blasones heráldicos con un clérigo anciano, había declarado en un estallido: «Mi escudo es blanco». «Consérvelo así» replicó su interlocutor. Y el escudo de Adriano era plateado.) Pero esa faja estrecha, tan estrecha como una cinta, con el severo adorno de diminutas cruces gamadas («un emblema budista», diría despectivamente Berstein), encerradas en pequeños paneles rectangulares, sin extremos ensanchados y con un fleco mezquino, no era exactamente la clase de estola que inspirase la admiración o el respeto de los fieles. Pero Adriano se mantenía inmóvil, con los ojos bien abiertos, incorporándolo todo, lo que precipitaba a los demás a una ira furiosa y a imaginar cosas vacuas. Al cabo de tres cuartos de hora sólo se dignaba murmurar:

—Sus Eminencias tienen autorización para retirarse —y majestuoso, se refugiaba en su cámara secreta.

Comenzaba a sentirse que había que hacer algo. Ragna planteó el caso a Vivole y

a Cacciatore. El Concilio Ecuménico Vaticano continuaba en estado de aplazamiento desde 1870, pero si el Sacro Colegio pidiera... Encontraron que la idea era excelente, la compartieron con Berstein y los franceses, la adornaron a su gusto y con aire de misterio y las narices al viento dieron en ir de un lado a otro. Hubo intrigas en recovecos y pasillos.

Adriano subió a la iglesia de la Colina Celia y confirió el diaconado a Percy van Kristen. Los pasionistas recibieron bien al nuevo diácono, en quien vieron esa timidez suya imponente que no se desgastaba. Era el rasgo peculiar de un alma muy semejante a la de su propio patrono, de un alma independiente: pero, en tanto que el alma de Adriano había sufrido el desgarramiento y los golpes amargos del mundo, el alma de Percy van Kristen conservaba su ternura prístina. Por fuerza el Papa estaba acorazado. Su diácono permaneció ante el altar.

El consistorio fue convocado para el veinticuatro de mayo. Esa mañana Adriano despertó con palabras que se decían en su sueño: Concilio Ecuménico, pseudopontífice, hereje. Un hombre con un cerebro tan activo como el suyo padecía de una cerebración inconsciente enorme. Muy a menudo percibía en sueños trozos de algo que al parecer no se relacionaba con el presente. Solía preguntarse cuál era el significado de eso, tomaba nota de ello, aunque, por lo común, lo olvidaba. De tanto en tanto, un acontecimiento (del que aquello había sido una advertencia) se producía a continuación, y él lo registraba. Adriano nombró cardenal diácono de San Ciriaco de los Baños de Diocleciano a monseñor Percy de Nueva York. Su Eminencia se presentó resplandeciente en su púrpura, alto, refinado, reticente, con sus ojos grandes, húmedos, oscuros. Fue admirado en silencio. El Papa, por azar, volvió su mirada hacia Ragna: el aspecto del Cardenal hizo que Su Santidad le observara con atención. La mandíbula fuerte de Ragna se movía como si estuviese masticando y sus ojos se apartaron en son de desafío.

—Su Eminencia está autorizado para dirigirse a Nos —le dijo el Sumo Pontífice.

—Preferiría dirigirme al Sacro Colegio —respondió Ragna mientras se ponía de pie.

Adriano intuyó todo: su rostro se tornó austero; su voz, seca.

—¿Sobre el tema de un Concilio Ecuménico, o quiere usted denunciarnos como pseudopontífice y hereje?

Ragna volvió a sentarse haciendo muecas. Berstein y Vivole murmuraron algo acerca de adivinación y necromancia.

—Eso, en general —prosiguió el Papa con el tono de quien está eligiendo flecos para adornar un escabel—, eso, en general, lo hacen los cardenales de mirada oblicua —quería decir «envidiosos», pero utilizaba el latín de Horacio— que no pueden acostumbrarse a los pontífices nuevos. Rovere ululó pidiendo un Concilio Ecuménico cuando encontró que nuestro predecesor Alejandro le era antipático, y hay más ejemplos. Pero, Monseñores Cardenales, si tal idea se les presentara por sí misma, o les fuese presentada por otros, tengan cuidado de recordar que nadie que no sea el

Sumo Pontífice puede convocar un Concilio Ecuménico, y también que los decretos de un Concilio Ecuménico no se hacen efectivos a menos que sean promulgados con la sanción expresa del Sumo Pontífice. ¿Quién sancionaría un decreto que ordenase su propia deposición? ¿Quién podría? Si Nos mismos dijésemos que somos un pseudopontífice, ¿cuál sería el valor de esa declaración? Ustedes fueron nuestros electores. No les forzamos a que Nos eligieran. Si somos el Pontífice, no lo haremos, y si somos un pseudopontífice, no podríamos deponernos a Nos mismos. Somos conscientes del amor y del odio de ustedes hacia nuestra persona y nuestros actos. Apreciamos el primero y lamentamos el segundo. Pero ustedes por voluntad propia nos han jurado obediencia y Nos la exigimos. «La subordinación, dice el adagio (citaba en griego para disgusto de los latinistas), es la madre del consejo salvador.» Nada debe y nada podrá destruir nuestra acción. Que eso quede bien sabido. Recibiremos con beneplácito la cooperación. Por tanto, Eminentes Monseñores y Reverendos Padres, que no sea descuidado el rebaño de Cristo sólo porque los pastores quieran intercambiar insultos.

Impulsivos, Mundo y Fiamma se pusieron de pie, marcharon hacia el trono y volvieron a prometer su apoyo. Los nuevos cardenales se mezclaron con los otros, comenzaron a hablar, en tanto que el resto de los compromisarios se acercó al Pontífice. Orezzo se aproximó acompañado por ocho italianos. Después, los siete llevaron, cada uno, un compañero. Cuando, por fin, el benedictino se puso de pie, la oposición moría. Ragna tuvo que conformarse.

—Su Santidad ha evitado un cisma —dijo Orezzo a Moccolo.

—Uno tiene que admirarle, por fuerza, aunque apenas si le apruebe.

—Y tiene que andar por detrás, ya que no puede igualar el paso.

—¿Santo o loco? —repitió Mundo a Fiamma.

—Un tercio santo, un sexto loco, un sexto genio, un sexto soñador, un sexto diplomático...

—No. En total, George Arthur Rose más Pedro —intervino Talacryn—. ¡Una vez me dijo que era él mismo, simplemente!

Adriano salió a tomar el aire. Bajo su manto llevaba un bote de encurtidos, cuya etiqueta había quitado y destruido. Mientras andaba, cogió un escardillo abandonado entre las flores por algún jardinero. Encontró un rincón solitario lleno de acacias rosas y de matas de alhucema detrás de la Villa Leonina. Miró hacia la cúpula de San Pedro y no vio americanos que apuntasen sus anteojos hacia allí. Entonces excavó un pequeño hoyo, enterró los encurtidos, y ocultó el bote a pocas yardas de distancia debajo de unos panales vecinos de las matas de alhucema que, florecidas de color malva, esparcían su aroma dulce. Ese olor solemne estimuló su cerebro y decidió ir a conversar con los caballeros de la cámara secreta. Hacían gimnasia en un salón. El italiano, de naturaleza atlética, con una capacidad tan enorme de ensanchar su pecho que sus costillas parecían desconectadas del esternón, se movía hacia arriba y abajo, como flotando, apoyado en una pierna, a la vez que mantenía la otra y los dos brazos

tendidos hacia adelante, en ángulo recto. El inglés le observaba con la intención de imitarle; era un estudiante gracioso y esbelto, pero de músculos escasos, que no tenían esa fuerza elástica necesaria para elevarle y hacerle bajar en forma rítmica. Podía descender pero no subir, perdía el equilibrio con frecuencia y por fin rodó en un fracaso decidido.

—Debes tener muslos hechos de cuerdas y de acero para moverte así —estaba diciendo. Entonces advirtió la presencia del Papa y saludó. Adriano preguntó qué ejercicio era ése y dónde lo había aprendido.

—*Santità*, es de los *bersaglieri* —respondió Iulo—. Lo hacen una hora cada día para fortalecer sus piernas. Así es como las dominan.

—Es un ejercicio bonito. ¿Piensas emular a los *bersaglieri*?

—Mi compañero va a educar mi mente. Yo disciplinaré su físico —dijo el gimnasta.

—Oh, voy a ayudarle a recordar sus clásicos hasta donde me lo permitan mis pobres conocimientos, Santidad; eso es todo —agregó el estudiante.

—Pues muy bien —sentenció Adriano—. Ahora está por ocurrirnos algo a ambos. Id y escoltad al Secretario de Estado hasta la cámara secreta.

Ragna y los dos jóvenes aparecieron al cabo de un cuarto de hora. El Papa estaba sentado y un par de guardias nobles se hallaban de pie tras su silla.

—Eminencia —dijo—, es nuestro deseo otorgar a estos jóvenes el rango de *Cavalieri, knight* en inglés...

—*Nai-tah* —repitió Ragna.

—Su Eminencia hará que se preparen los papeles...

—¡Pero ese acto es el de un soberano!

—Nos, al no tener soberanía temporal, ejercemos nuestra prerrogativa como Padre de príncipes y reyes —invitó a los jóvenes a arrodillarse, cogió la espada del guardia que tenía a su izquierda y dijo—: En honor de Dios, de su Madre Virgen y de san Mauricio, os hacemos caballero. Levantaos, Sir Iulo.

El Cardenal se retiró refunfuñando. En la primera antecámara Sir Iulo hizo una cabriola.

—¡Que yo haya conocido a alguien como él! —rió entre dientes.

Sir John fue a su cuarto, abrió una edición bilingüe de Horacio y no pudo leer una sola letra.

## CAPÍTULO IX

ADRIANO sabía que iba consolidándose en su posición rectora. Pero no le cegaba su exaltación por el apostolado. Tenía conciencia de que la gente, exceptuados unos pocos entusiastas, estaba volviéndose indiferente hacia la religión. Sabía que el peligro de la indiferencia era tan grande que no había tiempo que perder en fruslerías. No podía preocuparse por las ratas de a bordo cuando el torpedo se estaba aproximando. Se pensaba de él que era partícipe de la herejía abominable de Tolstoi, cuyas obras no hubiese tocado ni aun con tenazas. Observaba que la mayor parte de los hombres vivía en la tiniebla, y consideraba que la mayoría de las personas no se aventuraba a ver con claridad porque sus negocios y sus intereses sociales no lo hubiesen consentido. No estaba seguro de que él mismo fuese capaz de aportar el remedio, pero sí tenía la certeza de que la ceguera no era un remedio. De modo que aplicó los consejos evangélicos de obediencia. «Despójate y obedece» parecía bastar para el momento presente. No pensaba desperdiciar su tiempo tratando doctrinas humanas o tomando datos empíricos. Tenía una visión amplia, un ojo avizor, un oído presto a escuchar, sutileza, contumacia, osadía y un corazón solitario, y el desdén del mundo. El efecto de su total libertad de acción le inspiraba física y mentalmente con el vigor vibrante de un atleta. Era dueño de la energía violenta del electrón diminuto dentro del átomo enorme. Se sentía fuerte. Sabía que sus fuerzas estaban tensadas al máximo y en esa tesitura era muy feliz. A menudo se sorprendía preguntándose cuánto tiempo podría mantenerla, pero desechaba de inmediato ese pensamiento. Era bastante con que fuese capaz de alcanzarla. No ahorraría esfuerzos. Ya llegaría la noche, en la que ningún hombre puede trabajar.

—Déjela llegar —decía al cardenal Sterling—, pero mientras dure el día trabajaremos.

Una espléndida frase de Mommsen golpeaba en su cerebro. *César fue emperador de Roma durante cinco años y medio...; en los intervalos de siete grandes campañas, que le permitieron permanecer en total no más de quince meses en la capital del imperio, reguló los destinos del mundo para el presente y el futuro... Precisamente porque el edificio era interminable, el amo, mientras vivió, acumuló sin descanso piedra sobre piedra, ocupado en su tarea siempre con igual destreza y siempre con igual elasticidad, sin anticiparse ni posponer nada, como si para él no hubiese más que un hoy y ningún mañana. Así trabajó y creó como jamás lo hizo ningún otro mortal antes o después de él; como trabajador y creador, todavía en el presente, tras dos mil años, vive en la memoria de las naciones: el primero y además el único: Imperator Caesar.* Y Julio César también había sido *Pontifex Maximus*. Adriano cogió una sombrilla blanca para dar un paseo hasta la negra fortaleza de lava de la Via Appia.

Pensó en la horrible situación de Francia y Rusia. Era una amenaza para el

mundo. Nada nuevo había aprendido de Rusia. El Músculo y el Cerebro juntos habían abolido la autoridad y se precipitaban hacia una carnicería demencial. La información que había obtenido de los cardenales franceses no era de naturaleza útil. Ciertos elementos emocionales y un convencionalismo arcaico hacían que sus opiniones fuesen casi inútiles. Eran volubles al expresar el horror ante la impiedad de la masa, que les había privado del derecho del saludo militar establecido en el concordato. Hacían hervir la sangre con sus descripciones patéticas del holocausto de sacerdotes y monjas, unos formalistas entusiastas, absolutamente incapaces de hacer nada práctico para erradicar ese demonismo del que se habían acabado por convertir en víctimas. Nada podía satisfacer más a Sus Eminencias que darse prisa en volver a sus tierras desconocedoras de todo eso, a fin de ofrecerse como mártires ante los diablos de sus diócesis. No eran unos cobardes, si es que el deseo de precipitarse hacia la muerte es valor, sino que resultaban pintorescos y ditirámicos (sobre todo lo primero, con sus largas cabelleras y sus pectorales orlados de cuentas blancas). Eso no surtiría un efecto esencial. Del revoltillo de temas ante él expuestos, el Pontífice extrajo algunas conclusiones. Francia, como tal, ya no era cristiana. El demonio ocupaba el poder. Los cristianos que estaban en condiciones de cruzar la frontera lo hacían. España, Italia, Suiza y Alemania les recibían. Inglaterra, América y Japón sitiaban Brest, Tolón y Cherburgo. Sus barcos llegaban hasta la costa y llevaban a millares de personas hacia la libertad. La pobreza afligía a los emigrantes; los que quedaban atrás eran carniceros o víctimas de la carnicería. Después de la muerte de Don Jaime de Borbón, el Papa convocó al Duque de Orleans y le despidió con disgusto austero. De inmediato adquirió un aspecto mustio. Su Santidad concedió audiencia a una veintena de nobles franceses y pasó varios días investigando las ideas de algunos emigrantes elegidos al azar. Después volvió a reunirse con los cardenales franceses e hizo pública la intención pontificia. Todos ellos quedaban privados de sus sedes episcopales y eran nombrados misioneros apostólicos. Su tarea consistiría en curar, en primer término de los cuerpos; en segundo, de las almas de los franceses, donde quiera que estuviesen. El cardenal misionero de París iría a Londres con el arzobispo cardenal de Pimlico, con autorización para extraer un millón de libras esterlinas del tesoro pontificio depositado en el Banco de Inglaterra; esa suma, por mitades, debía ser el núcleo de dos cuentas, una inglesa y otra alemana, destinadas a las necesidades de los cristianos franceses. Cada cardenal misionero también recibiría un breve por el que se autorizaría a él y a personas por él designadas a recolectar dinero en todo país cristiano para dichas cuentas. No se trataba de caridad clerical. El Lord Mayor de Londres y el Emperador alemán estaban dispuestos a administrarlas, cada uno en forma independiente. Además, Sus Eminencias debían hacer uso de su propio arbitrio para decidir si ellos mismos se aventurarían en los dominios diabólicos. Si allí habrían de servir mejor a Dios, entonces, en el nombre del Señor y con la bendición de Su Vicario, podían partir; pero se les instaba con sumo ardor a mantener un único objetivo en sus mentes: el servicio de Dios a través del alivio y la confortación de Sus

siervos. Nada debía impedirles que cumplieran con eso.

El mundo comenzaba a concentrar una mirada de soslayo en Adriano. Holanda y Bélgica cayeron en los brazos de la Francia anárquica. El vigoroso, osado, brillante y joven sultán Ismail, tras fracasar en su intento de ganar Marruecos para su proyecto panislámico, intrigaba para lograr una alianza con la otra gran potencia mahometana: Inglaterra. El asesinado predecesor de Su Majestad, con ayuda de Alemania, había formado un ejército de un millón y medio de soldados, henchido del valor fanático y de la admirable aptitud natural de adaptación del turco, un ejército cuyo recluta más novato tenía una capacidad combativa mayor que la de los soldados de cualquier otro país. Esa fuerza estaba preparada para entrar en acción al cabo de quince minutos de ser convocada. Aliarse con el turco merecía cualquier esfuerzo, y era algo que todos anhelaban. Alemania había entrenado los escuadrones otomanos, pero no iba a obtener provecho por ello. La estupidez teutona había sido engañada por la arteria oriental. El islam sólo podía y quería emparejarse con el islam, como bien se hubiese podido prever. En el resto del continente europeo las fronteras resonaban con estrépito de armas. Cada nación temía a la otra; todas, a Francia y a Rusia.

Adriano observaba con interés los procesos diplomáticos. Sabía que Inglaterra era muy capaz de cuidar de sí misma, con o sin el musulmán. Abrigaba la teoría de que el mahometismo, surgido seiscientos años después de Cristo, justificaba la sabiduría de Dios en el judaísmo, con lo que se probaba que la mente oriental no podía crear nada más perfecto, y sentía una especie de simpatía por el islam. Sus conversaciones con los embajadores suscitaban comentarios en las cortes (el legado del rey de Prusia escribió cosas extraordinarias al Emperador alemán); de las cortes, la descripción de opiniones, gustos y hábitos se expandió hasta llegar a convertirse en tema de discusión en clubes y tertulias diversas. La costumbre de Adriano de pasearse por donde menos se le esperaba, ya fuera que visitase las excavaciones del Foro o a los enfermos en los hospitales, mientras deleitaba sus sentidos en la gloria de las puestas del sol contempladas desde la Colina del Pincio, eran el tema común de conversación. Pero una noche propinó un izquierdazo (tirado desde el hombro) a un socialista que le había escupido en Borgo Nuovo; y después (porque la sucia bestia estalló en lágrimas al caer, por efecto del puñetazo y por la falta de comida), le abrumó con su cruz pectoral y la cadena, sus gafas de oro y todas las monedas que le quedaban en los bolsillos tras dos horas de paseo por Roma; entonces la raza inglesa comenzó a encontrar que el Papa era criticable y los periódicos ingleses empezaron a publicar columnas bajo el título de *Roma día a día*. ¡Cómo se despachaban los enviados especiales! La periodista de la *Pall Mall Gazette* obtuvo la habitual información exclusiva del incidente de Borgo Nuovo; y separó nueve infinitivos para describir al Pontífice miope, de ojos entrecerrados, convertidos en rayas, que avanzaba vacilando entre las columnas, seguido de su débil agresor; también transcribía la declaración pontificia, llena de apasionamiento en la denuncia de la farsa de la caridad organizada, capaz de permitir que un hombre se degradara hasta ese punto; seguía

con la agitación mostrada por el Papa hasta que el cardenal Carvale llegó a la carrera con las gafas de recambio de Su Santidad; abundaba en el agradecimiento patético por el don de la vista que le devolvían, en su angustia al ver desgarradas sus ropas y en la ternura con que invitara al socialista hambriento a que fuese su huésped en el Vaticano. Todo eso sentaba de maravilla al temperamento inglés, viniendo de un inglés. Pero a la vez se creó una impresión profunda y perdurable. El legado del rey de Prusia siguió escribiendo cosas extraordinarias al Emperador alemán. El Papa comenzó a ser mirado en gabinetes y cancillerías como una persona que no se preocupaba ni batallaba por perder o ganar, ni por la vida o la muerte; como un Potentado que, con razón o sin ella, tenía claras sus ideas; como una Potencia con la que había que contar. Después de todo, no era más que el efecto de la simplicidad sobre la complejidad, de lo felino sobre lo canino.

Estaba sentado, solo, pensando, deshaciendo con cuidado la funda de lana de su silla. Era una labor de ganchillo, cinco franjas anchas, tres de color naranja y dos grises; cuatro pulcros ovillos descansaban a su lado. La próxima vez que fuese a la ciudad, dos bonitos ovillos de lana gris y una lira para comprar agujas de punto harían feliz a alguna niña; a la vez siguiente, otra jovencita recibiría tres ovillos de lana color naranja y también una lira para las agujas, y los ojos pontificios ya no se sentirían heridos por fundas horribles, ni el corazón gentil de nadie resultaría lastimado. Terminó su tarea y se dispuso a hablar con el socialista. El hombre resultó ser un orfebre, con los ideales, el cerebro y los dedos de un Cellini, pero sin su capacidad económica. De allí provenían estrecheces, socialismo, sofismas, hambrunas. Caminaron por la galería de las esculturas, en busca de aire fresco y conversaron sobre las cosas bellas. Adriano estaba encantado. Su huésped era hombre de buen gusto y hablaba al andar, con gestos magníficos, creando y modelando imágenes ideales que los ojos de la mente podían ver. Llegaron al Apoxyomenos; se detuvieron, admiraron el lugar, enmudecieron deleitándose en la majestad elegante de las proporciones perfectas. El artesano tomó la palabra.

—Santidad —dijo—, ¿ve usted ese cuerpo y esos miembros crucificados?

Adriano captó la idea. Las espléndidas formas marmóreas parecían estar acomodándose en una nueva posición. Sus ojos recorrieron con lentitud a su interlocutor.

—Sí —respondió—, pero los veo encumbrarse triunfantes, «reinando desde el madero», no marchitos y muertos, y no veo la cabeza ni el torso —cogió al orfebre del brazo, lo llevó a toda prisa hasta el *Antínoo* de Belvedere y comenzó a hablar rápidamente—. Amigo —dijo—, usted tendrá la bondad de permanecer aquí y, con los materiales que le serán proporcionados, hará una nueva cruz para Nos. La cruz será del tipo llamado potente, alargada: la figura tendrá el cuerpo y las extremidades del Apoxyomenos y la cabeza y el torso del Antínoo, pero con la actitud que hemos descrito. A fin de realizar esa obra, usted recibirá un contrato como orfebre de la casa



pontificia...

—Ah, *Padrone*.

Adriano regresó a la cámara secreta, anticipadamente feliz por un emblema que no habría de ofender su gusto. Sí, era feliz (en cierto sentido) por la facilidad con que había podido enderezar una vida enmarañada: pero el ideal visionario de la belleza era lo que de verdad le inspiraba júbilo.

## CAPÍTULO X

ESE conglomerado de obtusos intelectuales y estúpidos codiciosos, que formaba la secta socialista de los súbditos del rey de Inglaterra, empezaba por entonces, en su estilo basto y rudo, a considerar al Papa de Roma. Se había producido un debate entre esos sentimentales descontentos sobre si sería o no provechoso plegarse a la anarquía francesa y rusa, y luchar de esa forma por sus objetivos. Pero cierta Julia, desde las páginas de *The Salpinx*, prodigó relatos tan tremendos acerca de criaturas francesas masacradas, que la idea quedó «fuera». También se recordó al camarada Dymoke, el único hombre combativo que alguna vez revistase en las filas socialistas: durante quince años los gorriones socialistas, le habían succionado, disecado, convertido en una ruina y arrojado lejos, víctima de los celos y las traiciones de su grupo. En los planes establecidos para una Revolución Social, hacia fines del siglo XIX, ese hombre había sido nombrado comandante en jefe. Ahora ya no estaba disponible y su plaza se hallaba vacante, porque un experto militar raramente se desvía hacia las guaridas del socialismo.

Pero algo se había hecho. La Federación Social Democrática había sido inducida, en el Club Nacional «Liberal», a coaligarse con el Partido Independiente «Laborista». La coalición se llamó «Hermandad Liblab»: los periódicos *The Salpinx* y *Reynards's* fueron sus órganos y una panda de Bobs, Bens, Bills y Bounders, sus profetas. La Hermandad pensó que se anotaría un tanto a su favor adulando al Sumo Pontífice. El monstruo carente de cerebro del socialismo siempre iba en busca de un cerebro que dirigiera sus fuerzas. A través de algún proceso pervertido, ese monstruo había llegado a sentir que un Papa capaz de redactar la *Epístola a todos los cristianos* podría prestarse a fomentar el auge de sus crudos designios sobre la propiedad ajena. Una semana más tarde, el cardenal Whitehead llamó la atención de Adriano sobre los números en circulación de los periódicos del grupo, que contenían una *Carta abierta al Papa*, en la que alababan el «humanitarismo esclarecido» de su reciente texto y le invitaban a persistir en sus opiniones y a llevar su *Epístola* a lo que era denominado «una conclusión lógica», mediante una declaración formal y autorizada de la doctrina de la igualdad. Según la costumbre, los Papas no acusan recibo de la publicación de *Cartas abiertas*. Sin embargo, Adriano había sabido por la *Pall Mall Gazette* que para muchos artistas de la palabra estaba de moda leer al Pontífice romano. De modo que decidió anticiparse, sin esperar que ese elegante periódico le comunicara que sus conocimientos acerca de la verdadera esencia del catolicismo eran tantos como los de una vaca acerca de camisas limpias. Pero él tenía la opinión personal de que más daño se hacía al no decir ciertas cosas. ¡Pero amor! No era posible que amase, ni aun gustase de las hienas que en la misma página publicaban cantinelas como ésta:

*Aplicarán impuestos a las patatas fritas,*

*Aplicarán impuestos a nuestras benditas cervezas,  
Aplicarán impuestos a nuestra floreciente sopa de guisantes,  
Al cuero, a las tripas,  
Aplicarán impuestos al borrico del vendedor de frutas,  
Y también a los caballos del Derby,  
Y hasta piensan cobrarle un impuesto al demonio  
Cuando viva en Charing Cross.*

¡Ah! ¡No! Eso era insufrible. Sin embargo, había personas que podían gustarle, si no inspirarle amor. Personas de su propio entorno, a las que podía brindar alivio, cierta felicidad. Para ellas daría ejemplo, y esas personas, a su vez, harían otro tanto respecto de quienes se hallaban por debajo de ellas, y así sucesivamente. Quizá de ese modo, según el propio método de la naturaleza, pudiese surgir el amor entre los hombres. Con una severa y mordaz repulsa censuró el atrevimiento. Al domingo siguiente desde cada púlpito católico del Reino de Inglaterra, en la isla y al otro lado de los mares, fue leído un breve pontificio. Proclamaba que el dogma de la igualdad era científica, histórica y evidentemente falso e impracticable, como un espejismo diabólico que llevaba la ruina a las almas. Adriano no se remontaba a complejidades metafísicas, sino que limitó su argumentación a los caminos amplios por los que el hombre medio pudiese andar a gusto. La infinita diferenciación, decía, era la característica del plan del divino Creador. No la igualdad, sino la diversidad de físico, de intelecto, de condición era el derecho de nacimiento del hombre. Un hombre no era tan bueno como otro: en general era mucho mejor, como cualquiera lo sabía. Reclamar la igualdad era una injusticia tan indecente que sólo podía emanar de los inferiores que esperaban obtener un provecho degradando a sus superiores. Los socialistas, que exigían la igualdad, experimentaban el ansia exclusiva de mejorar su propia condición a expensas de su hermano. Eso era egoísta y no cristiano y (en consecuencia) una herejía inaceptable. Los siervos de Dios debían acatar la orden de evitarla. El Vicario de Cristo recordaba los mandamientos del Señor: «Amaos los unos a los otros. Amad a vuestros enemigos». Sólo a través del amor se alcanza la felicidad por todos deseada. Que las clases dirigentes se ocupaban de las masas, por fútiles e indolentes que fuesen sus métodos, resultaba innegable, pero la actitud de las masas con respecto a los dirigentes era un odio sin atenuantes. El accidente de nacer pobre o rico no era una falta, porque no podía evitarse. El principio del *Áristos*, «el Mejor», debía ser sostenido. La fuerza del *Áristos* era incalculable, porque actuaba en las relaciones de la vida privada, que eran permanentes, en tanto que la excitación política del socialismo era de esencia efímera. Los derechos, recibidos por herencia, obtenidos por méritos o conferidos por la autoridad legítima, eran sagrados. Sólo quienes poseían esos derechos podían, por voluntad propia, despojarse de ellos y abdicar; como cristianos, se esperaba de esas personas un comportamiento cristiano, pero privarles de esos derechos por voluntad de quienes no estaban en situación de

conferirlos sería un ultraje. La idea socialista, que sugería tal iniquidad, era en esencia egoísta y venal. Adriano hacía una denuncia severa de los periódicos en que había aparecido la *Carta abierta al Papa*. Decía que la lectura seria de un periódico era una de las tareas más solemnes y penosas del mundo, porque no era mucho más que una categoría de pecado y sufrimiento, de incitación a pecar, de esfuerzos por adquirir el vil dinero a través de vías honestas y deshonestas. Citaba buena cantidad de anuncios, la página de panorama internacional, la de notas sobre el motor, sobre el teatro, la carta a la mujer y los editoriales de uno de los periódicos, a fin de demostrar que la protesta socialista no era el grito amargo de la pobreza oprimida, sino una suma de denuestos y refunfuños de la mediocridad llena de envidia y descontento, ansiosa de afectar unas apariencias prestadas y no propias, y de sumergirse en un lujo que no se había ganado con esfuerzo personal. Del programa socialista señalaba, sobre todo, lo siguiente: «*Sugerimos que la nación debe ser dueña de TODOS los barcos, TODOS los ferrocarriles, TODAS las factorías, TODOS los edificios, TODA la tierra y TODOS los elementos de la vida y la defensa nacionales*», para analizarlo como una declaración lisa y llana de que el robo de la propiedad privada, nacida de la industriosisidad y el genio de un individuo —el robo puro y sin adulteración— era la base del proyecto socialista. Denunciaba que ese documento había sido escrito para aficionados agnósticos por ateos diletantes. Se burlaba con dureza de los intentos hechos por pseudocientíficos de la perimida escuela haeckeliana para popularizar entre seglares confundidos, pero serios, la ciencia de ayer y el criticismo de anteayer. En cuanto al otro periódico, lo comparaba con una cloaca a la que se echan y donde se juntan inmundicias de toda clase. Las noticias del día sólo eran registradas si podían presentarse de un modo sucio. Tenía muchas páginas dedicadas a difundir la basura de las comisarías; bajo el título de Historia secreta, varias páginas más daban cuenta de invenciones o distorsiones calumniosas, de hechos relacionados con todo hombre o mujer que no perteneciese a la escoria de la humanidad. Como método de ganarse la vida con el periodismo, esta complacencia en las más bajas de las pasiones era desgraciada y merecía maldición, en el sentido pleno de la palabra. No sería por esos medios que los cuerpos o las almas de los hombres lograsen mejora ni provecho. Tampoco a través de ellos se alcanzaría la felicidad, presente o futura. «Dejad que los hombres se eleven si quieren, y dejad que cada hombre se ayude a sí mismo ayudando cuanto más pueda a su hermano; no habrá límites para vuestra resurrección, amados hijos, si os eleváis no sobre otros hombres sino sobre vuestras propias muertes», concluía el Papa.

De acuerdo con las instrucciones, el Cardenal Prefecto de la Congregación de los Ritos Sacros presentó al Pontífice ciertos procesos ya gestionados y peticiones para la beatificación de los venerables siervos de Dios Alfredo el Grande, rey y confesor; Enrique VI de Lancaster, rey y confesor; María Estuardo de Inglaterra, Francia y Escocia, reina y mártir. Se dio el consentimiento a estas peticiones y en la basílica Vaticana fueron descubiertos los retratos, cada uno con un halo dorado. La bula de

beatificación decretaba que se agregaran al Martirologio Romano, la lista oficial de santos, las siguientes palabras:

«Este día, en Inglaterra, se consagra a la festividad del santo Alfredo, rey y confesor, quien por aclamación de sus propios súbditos fue llamado el Grande, memorable como padre de su patria, amante de su hermano, fiel siervo de Dios.

»Este día, en Inglaterra, se consagra a la festividad del santo Enrique VI de Lancaster, rey y confesor, memorable por su mansedumbre, por el sufrimiento, la pureza de su corazón y el don de la plegaria.

»Este día, en Escocia, se consagra a la festividad de la bienaventurada María Estuardo, reina y mártir, memorable por su fragilidad femenina, por haber pasado diecinueve años en la cárcel, por elegir la muerte antes que la infidelidad».

Semphill y Carvale habían instado a Adriano a imponer el oficio especial y la misa de la última en Inglaterra, además de en Escocia. ¿Su Santidad quería saber por qué?

—Porque Su Majestad era por derecho reina de Inglaterra, tanto como de Escocia —respondió Semphill con los aires de quien ha inventado una salsa nueva.

—Explique sus razones, Monseñor Cardenal —dijo el Papa.

—Son simples hechos históricos, conocidos por todos.

—Pero las conclusiones que se pueden extraer de los hechos históricos dependen sobre todo de la secuencia o del método de presentación de esos mismos hechos. Explique sus razones, Monseñor Cardenal.

—La bienaventurada María Estuardo era heredera de Jacobo V, quien era heredero de Margarita Tudor, esposa de Jacobo IV de Escocia e hija de Enrique VII de Inglaterra. El heredero de Enrique VII fue su hijo Enrique VIII, quien casó con Catalina de Aragón, de la que naciera María Tudor. A continuación, al no obtener la anulación de su matrimonio de la voluntad del predecesor de Su Santidad, Clemente VII, Enrique VIII vivió en pecado con Ana Bolena y Jane Seymour de las que nacieron Isabel y Eduardo. Canónicamente esta princesa y este príncipe eran ilegítimos e incapacitados para la sucesión. Por tanto, a la muerte de Enrique VIII, la corona de Inglaterra era heredada por su única descendiente legítima, María Tudor...

—Pero el Parlamento había aprobado un acta, la 28 Enrique VIII, c. 7, otorgando al Soberano inglés el poder de transmitir la corona por cédula real o por expresión de últimas voluntades a aquella persona o personas a las que juzgase adecuadas.

—Sin duda, Santidad, que eso no debe contar. Sin embargo, al morir María Tudor sin sucesión, considero que la corona de Inglaterra debía ser heredada *de jure*, aunque no *de facto*, por el siguiente Tudor legítimo, que era María Estuardo, heredera de Margarita Tudor.

Adriano se volvió a Carvale.

—Santo Padre, estoy de acuerdo con el cardenal Semphill. Creo —sus hermosos ojos azules brillaban con el fuego de sus sueños—, creo que ha llegado el tiempo de hacer justicia a la memoria de «esa víctima predestinada de traiciones sin cuento, de

innumerables agravios, agravios que hicieron daño, sumieron en la locura y la confusión su noble naturaleza, pero jamás doblegaron su valor, jamás debilitaron su gratitud hacia los servidores, nunca conmovieron su lealtad hacia un amigo, nunca lograron que faltara a su fe». ¡Piense, Santo Padre, en todo lo que los Estuardo han tenido que sufrir!

Adriano experimentaba un tierno y romántico sentimiento de aprecio hacia los Estuardo, pero respondió:

—Nuestra función no consiste en agitar rencillas. Los ingleses hemos hecho una figura ideal de Isabel. Con esa deliciosa capacidad de forjarnos nuestros propios ideales y de mantenerlos aun entre las asperezas de la realidad, hemos elegido olvidar el hecho de que ningún soberano de inteligencia ordinaria podría haber evitado engalanarse con la verdaderamente anormal constelación de talentos que iluminara la época de Isabel. Aquellos genios gigantescos hicieron la gloria de la Inglaterra de entonces, Inglaterra ha sido personificada en Isabel. Por tanto, a los ojos ingleses, Isabel fue grande, gloriosa y todo lo demás. Nadie —se había vuelto hacia Semphill— podría argumentar en contra de su exposición de los hechos desnudos, y nadie que esté en su sano juicio lo hará. Pero Nos deseamos reconciliar, no exasperar, si bien jamás dejaremos de exasperar cuando sea la ocasión para hacerlo. Por ende no hemos de sostener lo que no es necesario que sea sostenido. Conténtese con que elevemos a su encantadora reina y mártir al honor de los altares de su tierra. Pida a Dios Todopoderoso que en nombre de Su Hijo y de aquella que, por la fuerza de Cristo, se mantuvo firme en la fe hasta la muerte, vele por su patria. Pida a María que en el cielo se sume a las plegarias que usted en la tierra ofrece a Dios. Serán preciosas a los ojos del Señor. Si es Su voluntad confirmar lo que indican estas invocaciones suyas...

Sus Eminencias, en éxtasis, miraban al Papa. Ese hombre, al que habían conocido antes, no siempre agradable, ese hombre...

—Oh, de verdad —dijo Semphill a Carvale, mientras se alejaban de la presencia pontificia—, no sé si estoy dormido o despierto.

Adriano, a solas, liaba un cigarrillo, diciéndole a su otro yo: «¿Esto es lo que querías que hiciese en este caso?»

Junto con la bula de beatificación *Laudemus insignes*, se publicó la *Epístola a los ingleses*. El Papa afirmaba que la raza inglesa por naturaleza estaba preparada para dar ejemplo a la humanidad. En particular, distinguía en forma categórica su solidez, su digno buen sentido, su tenacidad cultivada, su actitud imperturbable, su impasibilidad soberbia en los reveses, su firmeza estoica ante las decepciones más crueles, su inmovible determinación de conquista en cualquier circunstancia. En general, señalaba sus facultades de continencia, de constructividad, de administración y (en las clases altas y medias) de altruismo. No se permitía arrepentimientos vanos, sino que se centraba sólo en el presente y en el futuro. Se dirigía a la raza tal como ella quería: con perfecta sinceridad. A pesar, decía, de los que flotaban en la resaca, y recibían el nombre de «listos», a pesar de los que vociferaban en medio de la escoria

y recibían el nombre de «gamberros», el pueblo inglés seguía siendo en su corazón tan profundo como siempre. Eran millones, ricos y no ricos, nobles y simples, en la ciudad y en el campo, los que llevaban vidas limpias e íntegras. Ninguna línea de ningún periódico contaba que esas almas buenas educaban a sus hijos para que fuesen señoras y caballeros, para que se ocupasen del bienestar de sus inferiores, para que se respetaran entre ellos. No había titulares encendidos que anunciaran que esas gentes continuaban por su camino, casándose y dándose en matrimonio, con alegrías y pesares, como personas corrientes y honestas que eran. No había sección de cotilleo social que diese noticia de que Robert, William, Nicholas, James, Frederick, Herbert, Percy y Alfred, trabajadores eventuales que recibían una paga escasa, que nunca bebían, que no se metían en riñas ni en timos, ni aullaban por sus derechos, llevaban unas vidas decentes y nobles en condiciones a menudo injustamente crueles y siempre rigurosamente duras. De personas como ellos, decía Adriano, estaba compuesta la raza inglesa. Recordaba a Inglaterra que había recibido más que ninguna otra nación de las manos de la Iglesia católica, que sus adquisiciones habían sido directas antes de 1534 e indirectas después de esa fecha, cuando sus enemigos naturales se habían visto arrastrados por las corrupciones de Roma (Adriano pensaba que todos se regocijarían con ese pasaje). El Papa no asumía nada, ni siquiera un prejuicio. Advertía sin dar órdenes, dirigía sin entrometerse. La segunda mitad de la *Epístola* se refería a los que le debían fidelidad espiritual: a éstos les hablaba con toda autoridad. Reprobaba la frenética ansiedad que mostraban por entrar en la competición mundana. Señalaba que las leyes penales, que desde 1534 hasta 1829 les habían privado de «esa cultura que sólo puede dar un contacto con un mundo más amplio», habían hecho de los católicos ingleses seres de cuerpo débil y de mente inferior a la del resto de la nación. No les enrostraba los defectos no queridos, pero hechos eran hechos, y nadie que no fuese tonto se negaría a enfrentarlos. Esos defectos hallarían remedio en el influjo de sangre nueva y de cerebros vigorosos. Citaba las palabras de un ilustre crítico que decía que el movimiento religioso de nuestra época debería ser casi cómico si, por las actitudes y acciones que producía, no resultase irreligioso hasta tan grande extremo. Había requerido cuatro siglos llegar a la posición que disfrutaban entonces los católicos ingleses. Dado que ningún hombre tiene el derecho a esperar milagros, bien podría requerir otros cuatro siglos el restituirlos a una igualdad corporal e intelectual con el término medio de sus connacionales. Con este fin, él les exhortaba a dar la bienvenida y a favorecer los aumentos en el número de fieles, no (como era la costumbre ya impuesta) con un sentimentalismo servil que diese lugar a desdenes, repulsas, difamaciones y burlas, sino con amor fraternal, poniendo en práctica la fe que profesaban, *permitiendo* que su luz brillara, en lugar de brindar publicidad a esfuerzos comparativamente mezquinos de iluminación. Les recordaba que «Dios ha hecho bueno al hombre, pero él se ha buscado muchos razonamientos abstrusos» y una sociedad de cristianos que pretendiese ser «el mundo» o «del mundo» caería en una monstruosidad

incongruente. Les advertía que el tipo de conciencia que cultivaban, aquella que descende de su elevado plano personal, la que consiste en regatear y discutir hasta qué punto deba ser llevada la resistencia a la tentación, la que se digna a considerar las consecuencias, a sopesar las posibilidades y a prevenir contra el desastre, era la ocasión inmediata para bien fundadas acusaciones de hipocresía e impostura hechas contra toda religión por los hombres ruines de baja calaña. En cuanto a los clérigos cuyo comportamiento suscitaba de los extraños testimonios tales como: «No son más que hombres de mundo que nada tienen de clerical, excepto sus alzacuellos», o «Buenos tíos que se echan un trago y disfrutan de un chiste obsceno como cualquier persona corriente», Su Santidad aseguraba a Sus Eminencias, a Sus Reverendísimos y a Sus Reverencias que estaban en un completo error con respecto a su carácter sagrado.

«Nuestra ciudadanía está en el cielo (η πολιτεία ημων εν ουρανω). Si con toda verdad buscáis una ciudad que sea celestial, tendréis que pensar que os halláis “en el mundo” como extranjeros (ξενοι), o residentes extraños a él (μετοιχοι); y así no seréis “*curiosi in aliena republica*”.»

Ordenaba que los clérigos anglicanos casados (cuyas mujeres estuviesen vivas y que fueran poseedores de la gracia de una vocación divina), en caso de volver a la fe de la Silla de Pedro, fuesen admitidos en el sacerdocio y en el servicio secular de las iglesias; pero la facultad de escuchar en confesión no debía otorgarse a sacerdotes casados; cada uno de éstos, de tener a su cargo una misión, debería nombrar y mantener al menos un regular como cura, cuyo único deber sería el de administrar la penitencia. Por último, el Sumo Pontífice ordenaba el sacrificio de esa uniformidad ficticia que había sido la maldición del catolicismo durante cuatro siglos, y la conservación y observancia nacional y local de ritos y usos. Y encomendaba la nación inglesa a san Jorge, protector del reino.

Los archisocialistas sufrieron un amargo desengaño con la denuncia pontificia de su *Carta abierta*. Pero la *Epístola a los ingleses* les hizo rechinar los dientes. En la prensa, al principio disparataron y después dieron a conocer sus vómitos habituales. En el congreso, cada uno sospechaba que su vecino fuese un «traidor a la causa», cuya felonía adquiriera la forma de instar a los camaradas a que hiciesen lo necesario para atraerse corporativamente el rayo pontificio. Se produjo un altercado terrible en West Ham y una lucha abierta en Battersea. El camarada Peter Quillet amenazó con arrancarle las orejas al camarada Bill Meggin; y se hizo con un trozo de la izquierda: el que pudieron desgarrar veintisiete dientes poco limpios, de color amarillento, antes de que él sucumbiese a los golpes de seis botas, una botella y un cinturón con hebilla de metal. En la sede del partido, los demagogos se comportaron con cierta decencia externa, sin dejar ver su desencanto y buscando una nueva vía. Lo curioso era que todos ellos estaban entonces más ansiosos que nunca por llegar a una alianza con el poder que los desdeñaba y maldecía. Era el poder que ellos codiciaban y admiraban, en la primera acepción de la palabra. Su actitud ante el Papa era la de los que lamen



la mano que les castiga. El Papa no era un Penrhyn, contra cuya libertad ellos pudiesen invocar las leyes de las que de otra forma se habrían mofado: el Pontífice se les mostraba como algo inmenso, intangible, potente, detestable... y deseable en grado sumo.

Mientras debatían la postura precisa que podían adoptar para su próximo acto de adulonería, el camarada Jerry Sant comunicó noticias asombrosas. Era uno de los delegados del norte, de profesión, vendedor de camisas primero y, después, socialista; el socialismo le parecía una manera fácil de autoencumbramiento. Por norma no avanzaba al frente, sino que trabajaba en la retaguardia, escribiendo a los periódicos anónimamente, a la espera de una oportunidad para llevarse algo. Sant susurró unas palabras al oído de su vecino de mesa.

—¡Podrido! —dijo el hombre.

—¡Púdrete tú! —replicó Jerry.

El camarada soltó una risa grosera.

—¡Oiga, señor presidente, aquí, este camarada dice que conocía a ese viejo, al Papa!

Todos fijaron los ojos en Jerry Sant. Tenía un aspecto macilento, sanguíneo, ojos prominentes de párpados rojizos, los labios colgantes de un pobre hombre. Jerry se puso de pie y comenzó a hablar, atusando a veces un mostacho lacio de color arena, o tocándose las sienes cónicas y brillantes, aunque la mayor parte del tiempo cogía con sus manos las solapas de una chaqueta marinera corta, de paño, dejando que sus pulgares de uñas negras saliesen por los ojales: una costumbre adquirida tras pasar una semana en París. El suyo era, por así decir, un estilo geológico, que constaba de varios estratos depositados en distintos períodos. El estrato superficial representaba la era koinozoica, que consistía en esa rimbombancia vacía característica del demagogo vulgar u oratorio. Por debajo, y correspondiente a la era mesozoica, surgía el argot ridículo y obsequioso del vendedor de tienda. Por debajo aún, y correspondiente a la era paleozoica, aparecía el inglés empobrecido que los mezquinos eruditos baratos, carentes de músculos, incompetentes e incapaces de realizar cualquier tarea manual, adquirían en los nidos de engendros que eran las escuelas públicas. Y todos ellos descansaban en el estrato de la era azoica, es decir, en la jerga nativa presbiterianopicta del yo despectivo, sentencioso y trapacero de Mr. Sant. Estos distintos estratos se presentaban con igual irregularidad que los naturales. Se precipitaban unos en otros tal como las vetas en una fisura, ocasionando así desplazamientos similares a los que reciben el nombre técnico de fallas: el trazado y desentrañamiento de esas fallas es tarea para el ingenioso geofilólogo.

—Es una verdá evangélica, camaradas. Conocí a ese tío que ahora llamáis Papa hace unos años, cuando no era más que George Arthur Rose y no tenía una libra encima. Yo llevaba el *Social Standard* con pasta de mi bolsillo, y ya le di entonces más de una cosilla. Estaba haciéndose la mano en el periodismo y le parecía bien conseguir algo así. Si acaso tendré que aprovechar esta oportunidad para decirle que

me debe el apoyo inicial a mí; y con qué ingratitud me trataba, camaradas, porque así es su manera de comportarse, aristócrata orgulloso como es. No es que yo busque la gratitud de esa gente, pero a menudo he pensado, cuando oía que iba progresando (me refiero, antes de que llegara a ser lo que es ahora), que quizá le agradase que le recordaran a quien le sostuvo el pie para que empezase. Pero no, ni pensarlo. Se lo advertí una vez; y se volvió contra mí y me trató con un descaro cruel. Y no soy el único: hay algo más que tengo que contaros sobre él. Una amiga mía<sup>[10]</sup>...

—Un momento, alto ahí —interrumpió el presidente—. Va demasiado rápido, amigo. ¿Qué le permitía escribir para el *Social Standard*? ¿Era un camarada, era del Partido Laborista Internacional, de la Hermandad Democrática de Estudiantes, o miembro de la Sociedad Fabiana? Parece que se hubiese arrepentido mucho de todo aquello que usted dice.

—¡Un camarada! ¡De eso nada! Mi opinión personal es que no era más que... un espía tory. Siempre pensé que era un jesuita disfrazado y ahora ya lo sé, desde luego. Cuando le conocí era amiguete del traidor Dymoke...

—¡Dymoke! —rechinaron los dientes y fue aullado el equivalente socialista de la fórmula latina *Anathema sit*.

—Camaradas, eso no era culpa mía, ya lo sabéis. Esperar un minuto antes de empezar a discutir inútilmente. Tengo algunos temas muy importantes que proponer a esta reunión, como todos reconoceréis de buena gana. ¿Nadie recuerda que fui yo el que interceptó las cartas del traidor y dio a conocer su traición? De no haber sido por mí, él se hubiese hecho con todo el tinglao soltando la pasta de los tories. Pero yo le corté las alas y logré que le echaran a tiempo. Bien, como os iba diciendo, cuando conocí a Rose, él y Dymoke eran uña y carne. ¿Por qué le dejé escribir para nosotros? Vaya, pues porque podía escribir todos esos epítetos fuertes que podían dar coraje a los enemigos. Claro que yo revisaba todo lo que Rose escribía, para ver si salía a cuenta, porque si no, mejor hubiese sido cosa de apaga y vámonos. Pero a lo que iba, camaradas; yo tenía una amiga a la que él trató de un modo que es de vergüenza: se enrolló con ella en vida del marido, le pidió prestadas veinte libras, ella le tuvo que prohibir la entrada a su casa, y cuando se quedó viuda, con una familia a su cargo, él le negó el saludo en una exposición de fotos. Eso es lo que se llama ser ingrato, el muy cerdo, que a cualquiera le da náuseas con su hipocresía y sus trampas. A ver. ¿Qué os iba a decir? No, ella todavía no está afiliada al partido. La veo a veces, por cuestiones de negocios, ¿comprendéis? Pero me figuro que se va a afiliarse dentro de poco. Sé que lo hará si se entera de todo esto. Tiene una pensión, y admite huéspedes de pago, gente de posibles, y eso. Así es como la he conocido. Me hospedé en su casa cuando llegué a Londres, hace cinco años. La primera vez que entré en su salón vi la foto de él, encima de un aparador. «¡Anda!», le dije, «pero si yo conozco a ese tío.» «O sea que conoce a un *movey suyei*<sup>[11]</sup>», me dijo, porque ella habla muy bien el francés y todas esas cosas finas. Así que estuvimos charlando un poco y, una palabra va y otra viene, me contó que le conocía de antes, o sea que debo informaros de que

si queréis sacarle algo ahora, yo soy el hombre que puede asegurar su total consentimiento a cualquier propuesta que queráis someterle. Éste es mi plan, camaradas, y si alguien tiene uno mejor, que lo suelte ahora mismo, o de lo contrario que se aguante y se quite del camino de los que se lo han pensado todo. Camaradas, ha sonado la hora en que la tiranía dejará de existir, porque tengo al tirano bien agarrado y le voy a acoger bien acogido, con sólo que me déis el apoyo necesario. Pero eso sí, tranquilos, tenemos que ir muy tranquilos, porque Rose, cuando yo le conocí, era muy listo y escurridizo. ¿Astuto? ¡Aaaaj! ¡Qué os voy a decir de su astucia! ¡Y pero que muy orgulloso, también! Era el tío más arrogante que os podáis figurar. Quiero decir que tenía unos ojos que a veces parecían ascuas. Que no se le puede echar mano así, por las buenas. Más de una vez le hubiese tocado las narices yo, si hubiese merecido la pena. Le conocí cuando se moría de hambre, pero, si me podéis creer, era capaz de lavarse y peinarse y salir de oro y azul, con sus pingos viejos, y siempre con el cigarro en la boca, como el castigador que es. ¡Aquel pitillo! Voy a deciros algo: creo que era siempre el mismo pitillo. Si ni siquiera lo encendía. Lo encendía, daba una calada y lo apagaba; después se lo plantaba entre los labios, para que nadie se figurara que no tenía ni un bocao para comer ni nada con que comprar un pan desde hacía una semana. Él mismo me lo contó una vez, cuando nos conocimos. Y ahora, camaradas, ese tío está sentado en las siete colinas de Roma con la triple corona de oro en la cabeza, como lo ponen los periódicos, fastidiando todo lo que puede. Camaradas, lo único que quiero someter a la consideración de esta asamblea en el día de hoy es: ¿os parecería bien que echáramos a rodar cómo ha sido la vida pasada de Rose, yo y mi amiga? Ella se llama Mrs. Crowe.

Jerry se detuvo en espera de una respuesta y advirtió que tenía a todos pendientes de sus palabras; de modo que tras enjugarse el sudor de la frente y coger la botella de whisky del presidente, echó un trago y continuó. La forma en que ahora adoptaba una pose oratoria era conscientemente espléndida.

—Camaradas, así como en el oriente la luz dorada del amanecer indica que está a punto de salir el sol, así esta pobrecita y débil voz mía quiere advertir que los tronos de la tiranía están tambaleándose para ir a su ruina. Pero, camaradas, hemos de estar alerta. Las asechanzas bloquean nuestro camino. Si nos dejamos coger en sus infernales maquinaciones jesuíticas, nos aplastará contra el suelo con desprecio. Éste es el trato que se da al socialismo, y es el que se le dará mientras sigamos yendo con la gorra en la mano, rogando que se nos otorguen nuestros derechos en lugar de exigirlos y tomarlos, como dice el camarada Matchwood en *The Salpinx*. Camaradas, esta vez hemos de llegar a la victoria o morir. Si queremos lo primero, tenemos que luchar contra el enemigo con sus propias armas. ¿Cuáles son sus armas? Camaradas, las suyas son las armas jesuíticas conservadoras. Sus emisarios están en todas partes, sus espías acechan a cada lado de nuestro camino y, diría yo, infestan nuestra ruta. Incluso esta noche, en esta sala, el ojo tory puede estar puesto en nosotros, un oído jesuítico puede estar atento para captar los murmullos que salen de esta lengua débil,

y presto para transmitírselos a ese archiparria de Roma, que está ebrio de la sangre de los trabajadores y que engorda con los incrementos de salario que no nos llegan. Camaradas, debemos arrancar una hoja de su libro: debemos lanzarle a los aires con su propio petardo jesuítico. Nosotros mismos hemos de volvernos jesuitas por el bien de la causa. Camaradas, en Roma se asienta la Abominable Desolación y os diré que encontraréis que es un enemigo feroz. Día tras día sus satélites prosternan sus cuerpos ante lo que llaman su santo pie, y le hacen saber todo lo que hayan encontrao con sus medios bajos y rastreros. Por este camino ha llegao a tener el poder que tiene. Es tanto lo que sus esclavos le cuentan, que él lo sabe todo. Mirad lo que con total falta de consistencia ha dicho acerca de *The Salpinx*. ¿Podría haber dicho eso si no hubiese estao informao? No, repito, mil veces no. Camaradas, tenemos que hacer lo mismo. Él sabe nuestros secretos y los usa contra nosotros con toda injusticia. Nosotros debemos sonsacarle los suyos y usarlos para doblar su rodilla arrogante ante la voluntá del pueblo. Camaradas, yo, yo mismo, conozco sus secretos. Yo soy el hombre y Mrs. Crowe es la mujer que le avergonzaremos en las narices de todos sus harenos de seda, de cardenales y pontentaos, los que no vamos a dejar estaca en paré, si me dejáis emplear una expresión *coloquiosa*. Sólo tenemos que dejarle ver al déspota nuestras dos caras, y os diré que él se va a llevar un canguelo de muerte. No habrá que decirle ni palabra. Nada más vernos a mi amiga y a mí, el monstruo aullará pidiendo misericordia. Entonces llegará el momento de vengarnos de sus recientes tan insultantes comentarios. Le diremos lo que deba hacer para ganarse nuestro favor. Toda su tiesura y su altivez se disolverán como el vapor en una jarra de ponche cuando que nos vea, y va a pagar cualquier precio por sacarnos una sonrisa. O sea que os dejaré saber qué planes tengo. Camaradas, hemos acordao, verdá, que la única manera de hacer que la Causa triunfe sobre el Capital es oteniendo la mayoría en la Cámara de los Comunes. Lo que quiero decir es esto. Ante tan magnífica demostración del poder eletoral irresistible del socialismo, según las palabras del *Salpinx*, podemos hacer que los tories y nuestros amigos los liberales aprueben nuestros proyectos de salarios justos; y rescataremos de manos del ricachón reacio las minas y los ferrocarriles, las hilanderías y las industrias florecientes, y también nacionalizaremos la tierra misma que nuestra aristocracia de cogote tieso nos ha robao y se han revolcao en nuestra sangre. Camaradas, no os voy a entretener ya mucho más, que veo que el tiempo vuela. Lo que os quiero decir es que así están las cosas. En esta Gran Bretaña e Irlanda nuestras hay esta misma noche no menos de 8.452.637 papistas desilusionaos con representación parlamentaria. Esas cifras las he sacao cuidadosamente de las estadísticas. Tenéis que poner mucho cuidao en detalles como éste si queréis hacer a derechas algo por vosotros mismos. Bien, camaradas, todos esos 8.452.637 papistas dejarán caer alegremente sus 8.452.637 de votos en las urnas a favor de los candidatos que les presente la Hermandá Liblab. Lo harán cuando su Papa les diga una palabra, o les haga ver un trazo de su pluma, porque viven en un estado de esclavitú y embrutecimiento. No se atreven a decir que no,

porque morirían entre los horrores de la Inquisición española, o alimentarían los hornos de la Smithfield y la masacre que llaman la de san Bartolomé. Camaradas, esa palabra y ese trazo de su pluma es lo que, nada más vernos a mí y a Mrs. Crowe, vamos a otener de ese Papa altivo. Será mejor que tengamos un acompañamiento adecuado para ir a esperar junto a él, por razones de seguridad; y lo que hay es que será mejor que tengamos unas señas para presentar, para explicar cómo están las cosas, nada más que para que todo tenga buen aspecto y elegancia, por así decir. Que es una cuestión de apariencias. Lo principal va a ser verle caerse de cabeza, con los pies para arriba de su trono del juicio, como si le cayeran encima los gusanos, cuando vea quién va en nuestra embajada. ¿Os reís? ¡Ya quisiera yo haberme reído alguna vez como me reiré de él en ese momento! De acuerdo, camaradas, ya he dicho lo que tenía que decir y no diré más, para dejar el tema ante vuestra estimable consideración. Camaradas, pensar en todos los insultos suyos y de sus mirmidones que nos han hecho gemir por tanto tiempo. La venganza es vuestra ahora. Esta débil mano mía os ha señalao el camino. Cogedlo, oh, cogedlo, en nombre de la Libertá: es todo lo que pido. Nada quiero para mí, ni un penique, si me lo pensabais ofrecer. Camaradas, yo lucho por la Causa. Por la Causa daría mi vida entera mientras la tuviese. Ésa es mi finalidá: éste es mi juego, como dice el poeta. Camaradas, no voy a entreteneros más y ya vuelvo a sentarme.

Y el ronco caballero se dejó caer, resollando, en la silla de su camarada más cercano.

## CAPÍTULO XI

«QUERIDA Mrs. Crowe:

»*Secreto y confidencial.*

»*Por favor, destruya este papel cuando haya terminado de leerlo.*

»Con respeto a nuestras tan agradables conversaciones sobre el tema del socialismo, en las que usted demostró estar en todo de acuerdo, he recibido instrucciones del Consejo de la Hermandad Liblab para llamar su atención sobre las ventajas que podría obtener de su afiliación según los papeles que se ajuntan. El pago inicial es de dos con seis y la cotización, cinco chelines por año, pagaderos en junio y dic. Debo agregar que estas condiciones son especiales, gracias a la influencia por mí ejercida a su favor y que, creo, merecerán su estimable aprobación. Si usted decidiera unirse a nosotros, tenga la bondad de hacérmelo saber por telégrafo, para lo cual le incluyo seis sellos. Un Sí o un No respondería a todos los términos propuestos, pero personalmente estoy seguro de que será un Sí. A la espera de su anticipado consentimiento, de inmediato le propongo que tenga a bien asistir a nuestra reunión nocturna que se llevará a cabo en la noche del mismo día en que reciba ésta. En caso de ser afirmativa su respuesta, estoy autorizado a hacerle saber que de inmediato será nombrada miembro de una delegación, de la que también tengo el honor de ser miembro, que está a punto de partir hacia Roma, con el fin de realizar una entrevista diplomática con nuestro mutuo amigo el Papa. Los gastos del viaje serán sufragados con fondos de la Liblab, o sea que no es necesario que se preocupe por ese motivo. Usted, sin duda, sabe que un viaje especial a una ciudad tan famosa como Roma está considerado como algo ventajoso en todos los aspectos. El cielo italiano y los muchos edificios antiguos y los mismos romanos en sus monasterios nativos no pueden por menos de agrandar al ojo del espectador. La excursión es enteramente gratuita, de modo que esa dificultad está salvada. Pero además de todo lo que he dicho, también existe la perspectiva de remozar nuestra relación con ese al que llaman Su Santidad!!!! Y podría asegurar que también tendremos ocasión de sostener entrevistas privadas con él en los rincones más apartados de su guarida. Nada más tengo que agregar ahora. La finalidad de esta delegación es estrictamente diplomática y se relaciona con asuntos políticos y, desde luego, no estoy en libertad de divulgar los detalles a nadie que no sea afiliado a nuestra asociación, porque sería poco prudente. ¡Ah, querida Mrs. Crowe, ojalá pase usted a ser uno de ellos! Pero sin faltar a la confianza, puedo informarle *en la más estricta confianza* que Rose alias Adriano *está en nuestras manos* y por lo tanto, dejando la política fuera del asunto, muy mal iría la cosa si usted y yo no pudiésemos tratar algún pequeño negocio privado con él para nuestro propio provecho. A la espera de saber de usted a través del adjunto formulario y dándole las gracias anticipadas, quedo

Suyo en la Causa (espero)

P.S. No olvide destruir ésta».

La amiga de Sant estaba sentada a la mesa del desayuno, considerando el contenido de esa carta mientras sus riñones se enfriaban. Los cuatro pensionistas se habían marchado a cumplir con sus tareas y estaba sola, si se exceptuaba a su hijo. Era uno de esos bonitos jovencuelos de ojos bovinos que parecen haber nacido para ser blanco de burlas. La mayoría de la gente ejerce cierta influencia, da cierta nota personal. Alaric Crowe no lograba ninguna de las dos cosas. Una vida bajo normas femeninas había producido en él tanto individualismo como el que pueda tener un cojín. Alaric tomaba su desayuno en medio de un silencio delicado. Su madre estaba envuelta en sus propios pensamientos: encontraba deleitable la carta de Sant. La pasión arrebatada de toda su vida estaba puesta en George Arthur Rose. Después de él, lo que más deseaba era fama, notoriedad, como cabeza de «círculos» literarios y artísticos suburbanos. Gracias a la perseverancia, a una innegable dosis de capacidad de organización inteligente y a cierta cantidad de talento de tercera o cuarta clase, además de una cantidad indiscriminada de «empuje», había establecido una especie de salón literario en el que algunos cachorros de león rugían cada semana. Pero jamás había obtenido ni una sola mirada del hombre por el que se consumía. La violencia de su pasión la había llevado a cometer un error irremediable ante él. No había comprendido su temperamento felino, que era la razón por la cual él había rechazado unas insinuaciones tan obvias, abruptas y vergonzantes como las de un perro. Rose había dejado de advertir la existencia de ella. Entonces ella había desbarrado más aún. Siempre ignorante de su peculiaridad, había tratado a ese hombre tal como la hembra trata al macho que desea. Al ver que no se le podía acercar con lisonjas, se decidió por la persecución. Quería que él tuviese que ir a implorar a sus pies. También en eso fracasó. En vano le difamó entre los seguidores de sus tertulias; en vano le calumnió ante los editores de los que él apenas si obtenía lo necesario para pagar sus estrecheces; en vano se esforzó ante los pocos amigos que a él le quedaban, contándoles historias de las malas acciones de Rose. Él dejó que los que la habían creído le abandonaran; toleraba la mala voluntad o la estupidez de Barrabás. Nunca dijo una palabra en su propia defensa. Y la mantuvo severa y completamente a distancia, sin dar señales de haberse enterado de sus maniobras. Aquello fue exasperante en grado máximo. Por supuesto, él sustentaba un error egregio. «¡Jamás, ni en la desgracia ni en la dulce bonanza, con el sexo femenino deba yo convivir! Cuando triunfa, muestra una audacia insoportable, y cuando le asalta algún cuidado, es una peste mayor para su casa y para el pueblo.» Sus sentimientos hacia las mujeres eran los de Eteocles en *Los siete contra Tebas*. Eso le hizo cometer el más tremendo error de su vida. Nunca debió desdeñar a una mujer de esa clase: tendría que haberla tomado o..., aplastado. Sabía eso, pero jamás la hubiese tomado, jamás; y cierta delicadeza caballeresca, sumada a una misericordia de su corazón y a cierto deseo,

lleno de fastidio, de apartarse de un objeto tan repulsivo, le impedía perseguirla con todo el rigor de la ley. «Mal debes hacer o mal debes sufrir. Por tanto, oh dioses ciegos y sordos, creed que nosotros sufriremos el mal antes que hacerlo»: esto era lo que expresaba la actitud que a él llenaba de desagrado, a ella ponía frenética y furibunda, y resultaba fútil por completo. Ahora Rose había saltado desde la impotencia de las penurias solitarias a la terrible altura del Trono de Pedro. Era famoso, tenía poder, riquezas y continuaba siendo el ídolo de su adoración, a pesar del enorme abismo que se abría entre su insignificancia y la supremacía de él. La emoción la sacudía y la deslumbraba. A lo largo de doce años, ni una sola hora había pasado sin pensar en él. Era un caso de obsesión total.

Su hija se precipitó en la sala, vestida con una bata rosa, dando fin a las notas de una cadencia florida. Tras tocar la tetera y echar una mirada a la tapa de la fuente, que le reveló una tibieza austera y coagulada, hizo sonar la campanilla.

—Madre, ¿por qué no tomas el desayuno?

—Lo estoy tomando. Sólo me he distraído un minuto, para leer mi correspondencia.

—Un minuto bien largo, diría yo. Todo está frío como una piedra. ¡Eh, pero si no tienes más que una carta! ¿De quién es?

—De Mr. Sant. Quiere que vaya a Roma con él.

—Madre, no puedes, ya lo sabes.

—Sé muy bien que no sé nada de eso. En realidad pienso ir. Seremos una delegación.

—Ah, bien, si es una delegación... ¿Pero qué va a pasar con la casa?

—Seguro que Big Ann es capaz de cuidar la casa, Amelia. Si no puedo tomarme quince días de vacaciones de cuando en cuando, será mejor que me tire al río. Estoy harta a muerte de Oriel Street. Quiero viajar un poco. Sí, iré. Y la casa, que se apañe como pueda. Cualquiera diría que todos vosotros sois unas máquinas que no funcionan si no estoy yo aquí para daros cuerda.

—De acuerdo, madre, ve y diviértete, si quieres. ¿Pero cuánto cuesta todo eso? Yo no podré ayudarte hasta que no tenga algo que no sea uno de esos empleos de tres guineas. Y no puedo volver a usar esa colonia barata; además, mi corsé está muy gastado bajo los brazos.

—Nadie te pide nada. Mr. Sant paga todos los gastos. Mira, Amelia, si consigo hacer todo lo que voy a tratar de hacer, tendrás tantos vestidos nuevos como puedas usar. Vamos a ver al Papa.

—¿A ver al Papa?

—Sí, tontina: al Papa, a Rose.

—¿Qué dices?

—Lo que he dicho.

—Pero no puedes ir.

—Tonterías, sí que puedo.



—Sí, quiero decir que puedes verle como cualquier otra persona; pero tú estarás entre la multitud y él... No te comprendo esta mañana. Déjame ver esa carta de Sant... ¡Qué mal escribe este hombre! Como un... Oye, ¿no irás a liarte con esa gente? Hm-hm-hm. Sí, ya veo el juego. Sí... ¿Pero crees que podrás hacerlo?... En fin, si aún te gusta la idea, está bien que lo intentes... ¡Qué mamá tan tonta! ¡Pero si creo que todavía estás enamorada de Rose! Ay, madre, que te estás ruborizando. ¡Madre, estás tan guapa así!

—Amelia, no seas idiota. Métete en tus cosas.

—Oh, no pienso interferir. No tienes motivo para estar celosa de mí. Estoy segura de no haberle visto nada de particular jamás.

Hablaban como si estuviesen solas: Alaric pasaba inadvertido. El muchacho dobló la servilleta y se puso de pie.

—A..., ah, madre —moduló como un mugido lento, con una ligera vacilación, con su voz virginal de barítono, resonante y grave—, si vas a Roma, no molestarás a Mr. Rose, ¿verdad?

Las dos mujeres se volvieron hacia él. Apenas si podrían haberse asombrado tanto de haber sido los riñones los que hubiesen comentado algo sobre su propio aspecto.

—¡Alaric! ¡Cómo te atreves, jovencito!

—A..., ah, sólo digo que, si vas a Roma, espero que no molestes a Mr. Rose.

—¿Has oído alguna vez tontería igual, Amelia? ¿Por qué no tendría que hacerlo? Me gustaría que me lo dijese.

—A..., ah, él me enseñó a nadar.

—Y a mí. Al menos lo intentó. ¿Y qué hay con eso? —preguntó la hermana con brusquedad.

—A..., ah, me parece que no es justo. Él me caía bien. A..., a papá le caía bien.

—Sí, claro, es el tipo de hombre que le hubiese gustado, por desdicha. A él también le gustaba ese cantamañanas. ¡Bonita clase de persona! Todo lo que puedo decirte, Alaric, es que si te dejara ver las cartas que me mandó y los álbumes llenos de... Pero, mira, ¡tú no sabes lo que yo sé de tu padre!

El chico respondió con un bramido.

—A..., ah, ¡no te atrevas a hablar mal de mi padre! No lo consiento. Amelia sabe que no se lo consiento a ella y no se lo consentiré a nadie, ni aun a ti, madre. ¡Te digo que no lo consentiré! Me marchó si dices una palabra más. Lo siento, madre, pero no deberías haberlo dicho. A..., ah, no quiero que molestes a Mr. Rose, porque me caía bien, y..., y a padre le caía bien —concluyó Alaric y se marchó.

Madre e hija se miraron una a otra.

—¿Quién hubiese dicho que Alaric sería capaz de estallar de esa forma? Es muy duro, después de todo lo que he tenido que pasar, esto de que mis propios hijos se vuelvan contra mí.

—Yo no me vuelvo contra ti, madre. Creo... Vaya, desde luego que no comprendo por qué te ocupas de Mr. Rose, pero si te interesa, serías una tonta

dejando pasar una ocasión como ésta. ¿Qué quiere decir Mr. Sant con eso de que le tiene en sus manos?

—No lo sé. Supongo que Georgie debe de haberse enrollado con esa gente de algún modo, y ellos piensan que a él no le gustaría que se supiese. Es muy posible. En sus tiempos George se había liado con unas cuantas personas poco claras. Pero veremos. Amelia, ¿sabes lo que he estado pensando? Ese vestido malva de la tía Sarah..., ahora pienso que podría arreglármelo a mi talla para las noches, y así no tendría que comprarme otro nuevo, ¿sabes? Es una seda preciosa. Ahora ya no puedes encontrar algo de tan buena calidad.

—¿Cuál? ¿El de los flecos?

—Sí, ¿no vuelven a llevarse los flecos? Creo que sé cómo aprovechar cada trocito. Lo único complicado serán las mangas. Quisiera que alguien inventase unas mangas que sólo cubrieran la parte de abajo de los brazos. Lo mejor que tengo yo está en mis hombros.

—¿Por qué no pones los flecos en los hombros, en una franja, y llevas guantes largos?

—Sí, desde luego que podría hacer eso. Amelia, tengo que cambiar de veras mi aspecto; pensándolo bien, creo que iré a Du Schob y Hamingill's esta vez. Me temo que sea un poco caro, pero si miras la oportunidad que se presenta y cuántas cosas dependen... Además hay otra razón para que vaya. La gente está empezando a olvidarse de nuestros miércoles; si voy a Roma con esos no sé quiénes, los periódicos hablarán del tema y, cuando vuelva, todos nuestros viejos amigos querrán enterarse de cómo fue la cosa.

Así fue como esa preciosa pareja de chantajistas en potencia acompañó a la delegación que la Hermandad Liblab enviara a entrevistarse con el Vicario de Dios. Buena parte de las formalidades prescritas para las audiencias papales había sido eliminada. Adriano recibía a embajadores u otras personalidades con distintos grados de pompa ceremonial; pero, casi cada día, se le veía paseándose arriba y abajo por el pórtico de San Pedro, de modo que su persona era accesible a todo el mundo. Sin embargo, cuando los socialistas solicitaron una audiencia, se les comunicó que el Sumo Pontífice se dignaría recibirles a las diez en punto de la mañana siguiente; los funcionarios del Vaticano fueron advertidos de que la recepción iba a llevarse a cabo con el máximo boato. Era el cumpleaños de George Arthur Rose. Durante veinte años nadie se había cuidado de recordarlo. Ahora había veintenas de personas que se cuidaban y nadie que se atreviese a recordarlo: Adriano se mantenía más apartado de lo que lo había estado George Arthur Rose.

Un pequeño grupo de veinte plebeyos sin remedio, hombres y mujeres, le esperaban en el Salón Ducal. Los chambelanes, resplandecientes, les señalaron la puerta por la que entraría el Papa, y les adoctrinaron para que se aproximasen al trono una vez que él hubiera tomado asiento. Las pesadas cortinas rojas del extremo del salón fueron recogidas; cardenales, prelados, guardias y chambelanes fluyeron hacia

la sala, como una ola cuya cresta blanca fuese Adriano. Mientras pasaba la procesión, Sant gruñó al oído de Mrs. Crowe:

—Parece que le va muy bien, ¿verdad?

—¡Oh, si se le ve espléndido! —parloteó ella.

De inmediato los chambelanes condujeron a los de la Liblab a su posición al pie de los escalones del trono. De común acuerdo, habían elegido a Jerry como portavoz. Toda entera, la intelectualidad de la asociación había redactado el documento que Sant, con una calma ostentosa, comenzó a leer. La mano del Papa, adornada con su anillo, descansaba sobre su rodilla; el codo izquierdo se apoyaba en la silla carmesí y la mano sostenía ese rostro sagaz, insondable. Había preparado sus propios planes, pero escuchaba con atención, por si surgía alguna necesidad imprevista de cambios. Con los ojos entrecerrados y la mente bien abierta aguardaba una oportunidad. No se presentó ninguna. Sus previsiones habían sido de una exactitud singular. La Hermandad Liblab en realidad nada tenía que decirle, más allá de una verborrea túrgida, malsonante, que quería ser expresiva de su propio desprendimiento, y una adulación servil calculada (según las luces de los asociados) para halagar la vanidad de cualquier hombre corriente. Habría sido gracioso, si no hubiese sido terriblemente tedioso; impertinente, si no hubiese resultado lamentable. La lengua de Sant castañeteaba contra su paladar reseco. A él mismo le sonaba extraña su voz en medio de esa atmósfera de colores espléndidos y fragancias dulces. Mrs. Crowe se estremecía y no cesaba de preguntarse cosas. Los otros estaban hundidos en su torpeza. Nadie escuchaba al lector, excepto el Papa. La curia murmuraba y susurraba, intercambiando enojadas cajas de rapé. Los guardias parecían estatuas pintadas, tocadas de acero.

—Tenemos el honor de permanecer firmes, en la causa de la humanidad — concluyó Jerry Sant, recitando el lugar común de los nombres de los signatarios—, a favor de la Hermandad Liblab —volvió a doblar los folios y los enrolló entre sus dedos, como si estuviese a punto de entregárselos al Papa con una reverencia.

Un funcionario, que llevaba una chorrera de terciopelo negro, cogió los folios de manos de Sant, los entregó a un purpurado, quien los pasó a un cardenal vestido de rojo, quien se arrodilló para presentarlos a Su Santidad. El imponente cardenal Van Kristen avanzó desde un lateral para presentar un segundo manuscrito. Adriano lo desdobló y comenzó a leer su respuesta. Era cortés y concisa, distante e independiente, una simple alocución acerca de la diferencia que era necesario establecer entre los demagogos y el demos, la rectitud del segundo, la ambigüedad de los primeros. Al final se produjo un silencio. Los chambelanes, con discreción, hicieron saber a los visitantes que quien lo deseara podía rendir su homenaje, y dieron instrucciones acerca de la forma habitual de hacerlo. Doce de los demagogos adoptaron una pose no comprometida, por miedo a los bufidos del *Salpinx*; dos de ellos consideraron adecuado echar miradas intransigentes, para hacer pensar que veían en su anfitrión al hombre del pecado. Pero ocho se aproximaron al trono. Cinco

de ellos se inclinaron, como si lo hicieran por encima de un mostrador; uno se hincó sobre una rodilla y leyó el nombre del fabricante en su sombrero; Sant se cogió los codos con las manos y deslizó la mirada a lo largo de su propia nariz; Mrs. Crowe puso los labios sobre la cruz bordada en oro de las zapatillas rojas del Papa. Eso fue todo. Aquellas personas estaban espantadas, casi ebrias por la magnificencia de la escena, por el ceremonial más que regio, por la inmensa distancia psíquica que los apartaba de aquella limpia, blanca, sencilla y exquisita figura sentada bajo el soberbio baldaquín, por la voz suave y monótona que ronroneaba palabras desconocidas de un mundo inimaginado, por el esplendor délfico de la bendición apostólica esbozada desde la *sedia gestatoria* que se alejaba entre el desfile de los portadores de abanicos. Al dejar el Vaticano estaban completamente estupefactos: no sabían si su acto diplomático había tenido buena o mala fortuna. Jerry Sant abrigaba la noción indefinida de que podía esperar que le convocaran después de la puesta de sol y que le introdujesen en secreto en algún rincón o agujero pontificio para ser sobornado. Mrs. Crowe estallaba, henchida de una emoción nueva; había podido tocarle de verdad: se había estremecido y estaba segura de que aquello no era más que un comienzo.

Cuando Adriano estaba a punto de bajar solo a San Pedro para decir sus oraciones de la noche, observó que uno de sus ayudas de cámara practicaba una nueva y curiosa gimnasia en la primera antecámara. Sir Iulo estaba a solas y no oyó los pasos felinos que se acercaban. Su mano derecha, apoyada en la espalda, empuñaba un cuchillo largo. Apretados los dientes y los ojos bien fijos en un imaginario par de ojos que se le enfrentaran, tensos todos los músculos, de pronto alzó la mano y el cuchillo con la hoja hacia arriba, lo bajó hasta donde se lo permitía la longitud del brazo y volvió a alzarlo y bajarlo, todo con una fuerza y una velocidad estremecedoras. Adriano observó la escena repetida cinco veces. Entonces Sir Iulo advirtió la presencia de Su Santidad y se apaciguó irguiéndose encalmado, sonriendo, relumbrante.

—¿Qué juego es ése? —preguntó el Papa.

—No es un juego: es para su protección.

—¿Protección? ¿Protegerme de qué?

—De esa gentuza horrible que ha venido hoy, buscando alguna *vendetaccia*.

—¿Te refieres a los de la Liblab?

—Claro que sí. Esos liberrolaborristas, en especial un liberrolaborrista que leyó algo y una mujer que va con él. Yo les he visto en los ojos; por eso he practicado con el cuchillo para clavárselo en la tripa. Su Santidad puede descansar sin apuros.

—¿Quieres decir que vas a cortarles en pedazos?

—Claro que sí, tal como me lo ha enseñado uno de los cocineros de Nápoles. Ahora les vigilo. Cuando les vea hacer un movimiento, les rebanaré las tripas en filetes *precipitatissimamente*.

—Iulo, no. ¿Comprendes? No.

—¡No es una deshonra! Primero, así, les mostraré el cuchillo: verán lo que ha de

darles la muerte. No es ninguna trapacería eso. Después, les daré la muerte que se han merecido. Eso no es la acción de un hombre sin honor.

—Está mandado no dar la muerte, ni siquiera pensar en dar la muerte. Está prohibido. *O Viniti, quo vadis?* ¿Comprendes? Entierra el cuchillo en el jardín. *Soterratelo nel giardino, Vinizio mio. Capisce?* Rómpelo antes, después entiérralo en el jardín. Si quieres ser el protector de Adriano, aprende a pelear con los puños..., *pugni*. ¿Comprendes? Pídele a John que compre un *punching-bag*, un *punching-bag*, y practica con eso.

—Comprar un *punnertchingerbagger* —repitió el devoto guardián asesino con desencanto, mientras el Papa le dejaba perplejo.

Una señal invitó al cardenal Van Kristen a caminar junto a Adriano al volver de San Pedro extramuros el primero de agosto. De cuando en cuando los grandes ojos tímidos del Cardenal se volvían hacia el Papa mientras ambos se paseaban rítmicamente. De cuando en cuando una bendición ondeaba desde la mano del apóstol hacia algún extraño que pasaba por la calle.

—Santidad —dijo Van Kristen al cabo de un rato—, ¿recuerda a qué santo recordaba usted en este día cuando estaba en Maryvale?

Adriano se arrancó de sus ensoñaciones.

—¿Al pequeño san Hugo? ¡Qué curioso que me lo recuerde! —Y se volvió a hundir en el silencio.

—Sería difícil olvidar algo que usted haya dicho o hecho en aquellos días, Santo Padre.

El Papa no respondió. Pensaba en otra cosa.

—Colgué el retrato del pequeño san Hugo que usted pintó en nuestro comedor de la *Dynam House*.

No hubo respuesta. Las pestañas del Cardenal se alzaron apenas en una mirada a su acompañante. No estaba seguro de que su intento de conversar fuese bien recibido.

—Su Santidad no está interesado en esos recuerdos quizá. No quería molestarle. Lo siento.

Adriano le detuvo con un gesto.

—No, Percy, no nos molesta. Nos preguntábamos cuánto tiempo va a durar este Rey.

—¿Qué Rey?

—El de Italia.

—Ah. ¿Por qué?

—Las cosas están estancadas.

—¿Por ejemplo?

—Todo, al menos en Italia, en la medida en que se necesita algo mejor que una paz turbia. Queremos amistad, colaboración. Vea adónde puede ir a dar esto. La influencia personal de Su Majestad es enorme. Aunque sus actos son constitucionales, el magnetismo de su carácter es tal que es él quien gobierna de

verdad. No importa el partido que esté en el poder, la majestad del Rey es la que manda. En la práctica es un autócrata; y, de momento, no ha cometido ni un solo error, ni realizado un solo acto injusto o siquiera poco generoso. Ahora también Nos tenemos cierto poder, cierta influencia personal. Este pueblo nos ama. Son todos de una gentileza encantadora. Corren detrás de Nos. No dudamos que obedecerían si les ordenáramos algo, si ordenásemos que ninguna mujer ha de cubrir su cabeza con un horrible pañuelo cuando acuda a una iglesia; si sustituyésemos esas abominables y pestíferas esponjas de las fuentes de agua bendita por arena blanca, por ejemplo. ¿Pero cuántos obedecerían si ordenásemos que no tiendan la colada en sus ventanas o que dejen de escupir? ¿Me comprende?

—No, Santidad.

—Nuestra influencia abarca particulares, es sentimental, ideal. La influencia de Su Majestad el Rey se ejerce sobre universales, es práctica, es real...

—Sí, ya entiendo.

—Pues bien...

—¿Su Santidad quiere decir que su influencia y la del Rey...?

—Podrían hacer por el bien de este querido y amable país mucho más que...

—¿Su Santidad cree que este Rey sabe de su deseo de reconciliación?

—Víctor Manuel es uno de los cuatro hombres más inteligentes del mundo. Es imposible que no haya entendido el mensaje de *Regnum Meum*. Además nos hemos dirigido a él por su nombre. Nos debe la gentileza de una respuesta.

—Santidad, permítame que haga llegar estas noticias a él. Guido Attendolo...

—No. Nos mismos no hemos visto aún con claridad la próxima jugada. Creemos que Su Majestad, por iniciativa propia, tendría que haberse acercado a Nos, como el hijo que va al Padre, antes de ahora. Le hemos dado una prenda de nuestra buena voluntad. Así están las cosas. Él no puede tener dudas con respecto a cuál es nuestro fin. Pero..., Su Majestad puede obrar como le plazca. Pensamos que hemos cumplido con lo que nos correspondía hacer. De momento, no estamos dispuestos a dar otro paso más. Cuando sintamos la necesidad. Y eso es lo que nos ocupa. Una idea se está formando en nuestra mente, pero por ahora... Percy, invite a nuestros amigos a tomar el té en el Jardín de la Piña, hoy a las cuatro y media.

Esa misma tarde, después de la siesta, Adriano estaba sentado en un extremo del gran asiento circular de mármol. A una yarda de distancia, dieciséis cardenales tendían sus púrpuras sobre el mismo asiento. Delante de ellos pequeñas mesas les ofrecían té, leche de cabra, galletas y pasas. El Papa prefería sentarse donde hubiese suelo de mármol, porque las lagartijas no se paseaban sobre él, y los ruidos que hacían esos animales al arrastrarse entre la hierba o las piedras le alteraba los nervios. Estaba convencido de que los reptiles eran diabólicos y sucios. Fumó un cigarrillo y expuso un tema a su corte, como quien echa maíz a las gallinas.

—¿Pero el tema de los funerales a no católicos no ha quedado sentado hace dos o tres años? —replicó Courtleigh.

—Sí —dijo Talacryn—, se declaró imposible, profano, inconsistente.

—¿Por qué? —las predilecciones de Adriano se volcaban hacia lo inconsistente, antes que hacia ese fósil que circula bajo el nombre de consistencia.

—Sería inconsistente, Santidad, que la Iglesia proclamara, mediante el acto más solemne de su ministerio, que era hijo suyo obediente alguien que siempre se hubiese negado a reconocerla como madre, o que nunca hubiese consentido en ello, a alguien que, en vida, hubiese considerado ese reconocimiento como un grave insulto y una desdicha irreparable —respondió Talacryn.

—No puedo seguir a Su Eminencia —dijo Whitehead—; lo que ha dicho es elocuente, pero sólo es elocuencia.

—¿No será que el cardenal Talacryn está dando por sentado algo que no se toca, Santidad? —preguntó Leighton—. ¿Quién ha hablado de proclamar hijo obediente a alguien que nunca ha sido obediente?

—La santa misa es el testimonio público y solemne de la comunión visible; la *tessera communionis*, si puedo usar la expresión. Por tanto, la Iglesia sólo la puede ofrecer públicamente a aquellos que han dejado esta vida como miembros de esa comunión visible —insistió Talacryn.

—¡La santa misa es mucho más que eso! —exclamó Carvale.

—¿Sí?

—Santidad, no me corresponde a mí decir al cardenal Talacryn que la santa misa no es sólo un sacramento para la santificación de las almas, sino un sacrificio, el verdadero sacrificio del Calvario, ofrecido por nuestro divino Redentor e invocado en Su nombre por nosotros, Sus vicarios. No es otro sacrificio, sino la utilización del sacrificio de la cruz. Es la oblación pura, ofrecida a Dios por todos los cristianos, vivos y muertos, todos aquellos por los que murió Cristo.

—¿No cuenta la buena fe de los no católicos? —dijo Semphill—. Piense, por ejemplo, en la divina Victoria...

—¿Divina? —protestó Della Volta.

—Sí, divina. Usted dice *Divus Julius* y *Divus Calixtus* para significar «el difunto Jubo» y el «difunto Calixto». Pues bien, yo digo divina Victoria para hablar de una mujer completamente digna...

—Vaya, pero eso significaría que a la muerte de tal y tal no católico tendríamos que haber instituido un proceso de investigación y haber emitido un fallo acerca de su vida —aventuró Ferraio.

Adriano arrojó la colilla de su cigarrillo hacia una lagartija que vio sobre la grava y rió apenas.

—«El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenladrillador será.» —recitó con un aire delicioso de inconsecuencia felina—. ¡Ustedes, los teólogos, son capaces de dividir cualquier brizna, sin duda! Pero prosigan. Es muy interesante.

El patriarca de Lisboa dio una palmada sobre su rodilla.

—Santidad, existen varios decretos que, se supone, están referidos al tema —intervino Gentilotto con dulzura.

—¿Su Eminencia podría recordarlos?

—Inocencio III ordenó que no se compartiese la comunión con aquellos muertos que no la hubiesen compartido en vida.

—Concedido. Pero eso no se refiere a nuestro punto. Hay que distinguir. La santa misa es más que una mera comunión. Además, no comulgamos con esos muertos, sino que lo hacemos por su bien. No es una concesión a los muertos. Se trata de nuestro deber hacia Dios y hacia el prójimo —sostuvo Carvale.

—También está registrado el caso de Gregorio XVI y la reina Carolina de Baviera —continuó Gentilotto—. El tema era el mismo; pero quizá un tanto ampliado. Se prohibió entonces, explícitamente, que las personas que hubiesen muerto en eterna y notoria profesión de herejía fueran honradas con los ritos católicos.

—Se me ocurre otro argumento —prosiguió Talacryn—. Si celebráramos un réquiem para un no católico, estaríamos reconociendo que una religión es tan buena como la otra.

—Creo que rechazo esa consecuencia —replicó Grace—. Sin duda la gente puede deducir toda clase de cosas que no podrían ser deducidas, pero no veo que ese carácter necesario tenga valor para nosotros.

—Se llegaría a poner en peligro el apartamiento sobresaliente y sacro que diferencia las obras de Dios de las obras de los hombres, el contraste inequívoco entre la Iglesia y todo el resto del mundo —dijo el cardenal de St. Nicholas-in-the-Jail-of-Tully.

—Y su completa discordancia con respecto al mundo, en razón de toda la diferencia que separa a la divina institución de lo humano, a la Iglesia de Dios de las iglesias de los hombres —apuntó Saviolli.

—De todas maneras, creo que estoy de acuerdo con el cardenal de San Cosme y San Damián —dijo Mundo.

—No habría ningún fundamento real —continuó Sterling— para acusar a nadie de deslealtad hacia la Iglesia, si hubiese que reconocer al ignorante total como la «otra oveja» que Su Santidad ha mencionado en su primera epístola. Un católico no participaría de su adoración ni frecuentaría sus servicios, porque sabría que el suyo es un credo mejor. Y no vamos a aceptar el principio de una Iglesia del tipo de «toda la cristiandad», así como no aceptaríamos la divinidad de los dioses del Olimpo. Pero hemos de confesar que no vemos motivo para no rogar por los extraños, para no ofrecer la misa por ellos, para no reconocerles, en una palabra, según Su Santidad parece estar dispuesto a ordenar. Ellos no nos reconocen e inventan una caricatura de nosotros, tal como están las cosas. Sí, en conjunto, quizá habría que apoyar a Carvale.

—Bien, si hay que tomar partido, yo le sigo —dijo Semphill.

Sus Eminencias se pusieron de pie y rodearon al cardenal Carvale. Talacryn quedó solo al otro extremo del asiento; Percy se acercó unas pulgadas hacia el Papa.



—¿Bien, Percy? —dijo Talacryn, invitándole; el menos antiguo de los cardenales sacudió su cabeza imponente en una negativa.

—Y usted, ¿no se une a la mayoría? —preguntó Adriano a la minoría unipersonal.

—Permaneceré junto a Su Santidad —respondió Talacryn. Los otros dejaron ver su interés.

El Papa sonrió.

—Reparen, por favor, en que Nos no estamos formulando un dogma infalible, sino que expresamos la opinión falible de un clérigo común, quizá un poco débil o algo mundano. Nos no sabemos más que esto: Cristo murió por todos los hombres — se puso de pie y se echó sobre los hombros la capa blanca, porque ya había caído el sol y el aire era fresco—. Eminencias —continuó—, hemos aprendido mucho de ustedes. Esta discusión ha sido un accidente, debido a nuestra negligencia. El caso que deseábamos someter a ustedes no era el de un extraño; pero, mientras se desarrollaba esta charla, hemos alcanzado la solución de nuestro problema por otro camino. Pedimos que de inmediato se haga saber que mañana, a las diez en punto, el Sumo Pontífice cantará en San Pedro un réquiem por el eterno descanso del alma de Humberto el Intrépido, rey de Italia.

Un pintor católico inglés llegó para pintar el retrato del Papa. Adriano le conocía como mentiroso vulgar y oficioso, le detestaba y en la primera sesión se había negado a posar para él. Su Santidad no estaba ufano de su aspecto, que le producía fastidio porque no respondía al ideal que él admiraba, y no quería ser perpetuado. También detestaba la técnica de recinto cerrado, de interior, usada por aquel pillo, y su imaginación tan terrena: de esa paleta no podía surgir lo espiritual, lo intelectual, lo noble. Pero pensó en la cara que expresaba ansiedad y necesidades, en la desagradable mujer regañona, en los hijos..., en que ese año le habían rechazado todos sus cuadros en la Academia, en el hecho de que estaba siendo suplantado por mentes más amplias y más jóvenes. ¡Un desahuciado! ¡Ama a tus enemigos! ¡Horrible! ¡Uf! El Pontífice concedería seis sesiones de una hora cada una, a condición de que se le permitiese leer todo el tiempo.

El privilegio en sí mismo constituía una promoción inestimable. Alfred Elms se veía ya convertido en el pintor de moda. Adriano posó en el jardín durante seis siestas; leyó el *Fedón* platónico, que es la perfección del lenguaje humano, hasta que sus facciones quedaron plasmadas en una expresión de éxtasis intenso, gentil y a la vez descontento. Los esfuerzos profesionales de Elms por entablar conversación fueron anulados con calma e incisividad. El Papa le bendecía y le regalaba puñados de rosarios después de cada sesión. A veces Su Santidad estaba tan encantado con la belleza del griego de su libro que, con un poco de renuencia, hasta era capaz de expresar algunas críticas inteligentes y corteses sobre el trabajo del pintor. El retrato era asombrosamente real, casi un espejo. Las calidades variadas de blancura del mármol, de la franela y del papel, la transparencia saludable de la carne ganaban

pureza gracias a las notas del pelo castaño rojizo y del violáceo translúcido del amatista: la luz límpida de la piedra estaba lograda de modo admirable; el pintor podía dibujar y colorear con su mano lo que sus ojos observasen, con precisión sin tacha. Lo que sus ojos no veían, el alma, la mente, la actitud de su modelo, eso, con la misma precisión era omitido. Adriano le halagó con un cumplido acerca del nexo perfecto entre las órdenes de su cerebro y la ejecución llevada a cabo por sus dedos. Al final de la última sesión, también le dio doscientas libras y el cuadro, junto con una indulgencia escrita para la hora de su muerte. El pintor se marchó muy contento y con su fortuna hecha. Jamás llegó a saber con cuánta vehemencia era detestada su tela, cuán profundo era el menosprecio que él mismo inspiraba.

Agosto se mostraba deliciosamente cálido. El Papa trasladó su corte por unas semanas al palacio del Lago Nemi, al que fuera invitado por el príncipe de Cinthyanum. Era el palacio una vasta barraca. Aunque tres de sus fachadas estaban, en realidad, dentro del pequeño pueblo, y una carretera pública atravesaba su arcada central, a Adriano le resultaba un lugar estupendo. Precedido por numerosas antecámaras y galerías de cuadros, se abría un vasto salón decorado con frescos que simulaban una tienda principesca. Allí se instaló el trono para las recepciones. Arriba, muy por encima del portal, había un gran balcón frontero a una avenida de dos millas de largo, bordeada de olmos. Cuando se congregaba un buen número de fieles (cosa que ocurría a menudo), el Papa podía asomarse a él. Eran muchos los salones adecuados para audiencias, y también los apartamentos privados, donde los cardenales de la curia tenían su alojamiento. Pero en lo alto de la cuarta fachada del palacio, sin otro acceso que unas estrechas escaleras privadas, Adriano halló un apartamento de cinco pequeñas habitaciones, muy recluso. Desde sus ventanas (el palacio se alzaba en la cima de un acantilado) se podía arrojar una piedra al lago insondable que se tendía trescientos pies más abajo; más allá del lago, la mirada se remontaba hasta el bosque de robles de Diana y a las últimas estribaciones de las colinas albanas. Una escalera privada y un corredor conducían a los incomparables (y casi desconocidos) jardines que, coronando las rocas con su verdura, descendían por veredas serpenteantes hasta el espejo del lago. Allí se estableció el Pontífice, con el ruido del mundo de los hombres y sus limitaciones a un lado y, al otro, el espacio calmo e ilimitado donde el alma podía desplegar sus alas y explorar el empíreo.

A medio camino del descenso hacia el acantilado, se alzaban en el jardín las ruinas de un pequeño santuario. La abertura deshecha, marrón grisácea de una ventana enmarcaba un panorama exquisito de agua y colinas lejanas, de azul y verde brillantes. El rincón se hallaba apartado de la senda principal, estaba oculto por la fronda que besaba el sol y sombreado por viñas y hiedras. Adriano estaba instalado allí una mañana, a solas con sus cigarrillos, los *Epinicios* de Píndaro y sus pensamientos. El aire era fragante, traía el perfume de los bosques del sur y del sol generoso. El Pontífice descansaba en una silla baja de cañas, sumergido en la luz y la

paz. Sus ojos se habían vuelto hacia la playa distante donde los grandes robledales arrojaban sombras translúcidas sobre el agua. Un diminuto trazo rosado saltó del sol a la sombra, otro le siguió; dos diminutas salpicaduras de plata se elevaron y se desvanecieron: dos puntos negroazulados aparecieron en el espejo surcado de ondas. Adriano envidió a los jóvenes nadadores. Recordaba toda la alegría salvaje, sin cadenas, sin fronteras, sensual, de muy poco tiempo atrás. ¿Seguiría allí el pescador con su bote y el muchacho bronceado que iba al remo? Se preguntó qué diría el mundo si el Papa fuese a nadar al Nemi bañado por la luz del sol, o de la luna. ¡Ah, la tibieza tierna del agua a la luz de la luna, la caricia limpia y fresca del aire a la luz de la luna! No le importaba una pizca ni un comino lo que el mundo pudiese decir..., personalmente. No. Pero... No. Si fuese a averiguar por el bote, las lenguas comenzarían a sonar. Y no podía ir solo con esa intención expresa. Sin embargo... ¿acaso no había nadado Pedro en Galilea? ¿Los jardines Attendolo no eran privados? Alguna noche podría bajar hasta la playa, a poca distancia de la orilla ya había profundidad suficiente, no era necesario avanzar entre las ondas que irían subiendo por el cuerpo... ¡Chaff! Pero los sapos en el camino, y las lagartijas y serpientes entre la hierba... Oh, no. Tenía que ser así: el Papa no debía buscar su placer; si Dios se dignara permitir a Su Vicario el recreo de la natación, le proporcionaría una oportunidad. De otra manera...

Unos pasos menudos sonaron en el claro del bosque. Su refugio estaba a punto de ser invadido.

Tres niños surgieron entre los arbustos y se quedaron suspensos. Eran una pareja de niñas de ojos y pelo negros y un niño de piel muy clara, miembros delicados, delgado pero fuerte, con unos ojos marrones como estrellas y unas cejas de línea soberbia. Todos los miedos de Adriano hacia los niños le paralizaron. Esas miradas límpidas hicieron que se sintiera como un viejo pecador vulgar. Pero no dejó que su temor se trasluciese y miró con gentileza y afabilidad a sus visitantes, preguntándose (en el nombre de todos los dioses) qué debía decir o hacer. Aparecieron tres niñeras y una dama atlética, vestida de traje sastre.

—Mil perdones, señor —exclamó una niñera.

—¡Oh, Santísimo Padre! —seis rodillas cayeron a tierra.

—*Missy* —declaró el niño—, he encontrado un padre blanco. ¿Por qué no había visto nunca un padre blanco? —su dicción era rígida y su inglés carecía de sílabas acentuadas.

La dama del traje sastre se puso a la altura de las circunstancias con una intuición que sólo podía ser femenina y con un autodomínio que sólo podía ser inglés. Se inclinó ante el Papa diciendo:

—Su Santidad perdonará la intrusión. Los niños se apartaron de nosotras en la bifurcación del sendero...

—Pero si es un placer —interrumpió Adriano con hipocresía—, es un placer —repitió al ver que la dama estaba a punto de llevarse a sus pupilos—; y mayor placer

aún sería saber los nombres de estas criaturas.

—El príncipe Filiberto, la princesa Yolanda y la princesa Mafalda —respondió la dama—. La Reina ha organizado una merienda en los bosques de lady Demochède, y nosotros nos hemos tomado la libertad de venir a este sitio en busca de flores silvestres. Por supuesto que no teníamos ni idea de que...

—*Missy* —dijo el niño—, quiero hablar con este padre blanco —estaba de pie con sus hermosas piernas bien separadas y su cuerpecito en una pose espléndida; su mirada era la de un cachorro de león.

—¿Está permitido? —preguntó Adriano a la institutriz.

—Oh, por supuesto —respondió ella guardando las formas.

—Quiero preguntar a este padre blanco si puede decir palabras inglesas como yo —explicó el pequeño, manteniéndose a distancia para reconocer las posiciones.

—No seas tonto, Berto, claro que puede. Éste es el Papa *Inglese*, me figuro —dijo la princesa Yolanda, con un aire encantador de realeza; era una personita majestuosa, segura de sí misma, y sus grandes ojos negros eran magníficos. Su hermana pequeña chupaba un pulgar silencioso.

—Entonces quisiera saber si puedo besar ese anillo..., ése tan grande. Siempre he de besarlos cuando los padres los llevan —prosiguió el hermano: ofrecía con ingenuidad la prenda de su respeto, justificándola como lo haría una persona demasiado noble para aprovecharse de la ignorancia o de la buena predisposición ciega. Adriano no tenía la menor idea de lo que debía decir. Nunca en su vida había hablado a un Príncipe y la poca edad del niño ataba su lengua. No habría vacilado ni un instante si hubiese tenido que hablar con un ángel, y hasta se hubiese mostrado gárrulo. ¡Pero con un niño de naturaleza humana! Tendió su mano derecha.

El Principito la cogió, la observó, miró el gran anillo de oro de Pedro en la barca y la gran amatista y los comparó.

—Creo que besaré los dos —dijo al cabo; los suaves pétalos de sus labios de rosa revolotearon del anillo pontificio al episcopal; después alzó la cabeza brillante y, audaz, miró al Papa en los ojos, con una sonrisa que revelaba unos dientes pequeños y magníficos, con una expresión que hablaba de un pacto firme de amistad.

—Dios os bendiga, pequeño —dijo el Apóstol.

—¡Oh, puede decir mis palabras inglesas! —exclamó el niño muy ufano—. Yolanda, ven y besa estos anillos, para que diga otra vez «Dios os bendiga, pequeño», no, quiero decir, pequeña, querida *Missy* —se corrigió echando una mirada de soslayo hacia la institutriz.

La Princesa se adelantó como una dama y rindió sus respetos. Su hermano observaba con atención.

—Dios os bendiga, Princesa —dijo el Apóstol.

—¡Oh, oye —estalló el príncipe de Nápoles, saltando—, sabe todas las palabras *esatas*, como mi padre! A mí me ha dicho «pequeño», y a Yolanda, «Princesa». Ahora ve tú, Mafalda, que quiero oírle otra vez.

La pequeña avanzó.

—Dios os bendiga, Princesita —dijo el Apóstol.

—Muy bien —exclamó el niño—, ha dicho «Princesita» porque... —hizo una pausa—. Ah, padre blanco, ¿por qué no era, no, por qué no me ha dicho «Príncipe» a mí? Soy el príncipe Filiberto, cinco años, Quirinal, Roma. ¿Sabe eso, padre blanco?

—Sí, Príncipe, pero sois un niño.

—Sí, claro. También soy un marinero, como el tío Luigi. ¿No lo sabía, padre blanco? ¿Sabe qué es un marinero? —estaba de pie junto a la silla, apoyado en la rodilla de Adriano, deliciosamente sonrosado en su traje de franela blanca.

—Oh, sí. Nos conocemos muchos marineros —dijo el Papa.

—¿Son ingleses? —la pregunta era importante; Su Alteza Real estaba a punto de verificar cierta información.

—La mayoría de ellos son ingleses.

—Mi padre dice que todos los buenos marineros son ingleses, o parecidos a los ingleses.

—¿Y vos sois un buen marinero? —cambió de tema el Papa, porque tenía motivos para no hablar del rey de Italia.

—Claro que sí, esta mañana soy muy bueno. Pero siempre soy un marinero, aunque a veces..., aunque a veces no sea demasiado bueno —replicó la cándida criatura, con una breve vacilación.

—¿Os agrada «no ser demasiado bueno»?

—Oh, sí, quiero decir, a veces. Creo que me gusta, pero ahora no. No..., no me gusta «no ser demasiado bueno» —dejó sentado el asunto y lo enfocó con nobleza.

—¿No queréis aprender a ser un buen marinero? —(Adriano se detestó a sí mismo por rogar. ¡Pero qué oportunidad! ¡Dejar una marca blanca en el heredero del trono!)

—Siempre procuro, sólo que... —parecía haber una pequeña dificultad. El niño inclinó la cabeza.

—Siempre tratáis de ser un buen marinero y de no preocupar a...

—¿No preocupar? ¿Que no, a mi padre? —preguntó el Príncipe, como si la noción misma colisionara con su idea preconcebida de las costumbres de los padres.

—No, no a vuestro padre.

—¿Ni a *Missy*? —la cara redonda se alargó un poco.

—No: jamás a ninguna señora por ningún motivo.

—¿Y a quién puedo darle preocupaciones, si no es a padre o a *Missy*? —el niño sentía que había planteado todo un problema.

—No habéis de darlas.

—¿Que a nadie? —era un tema, un tema temible, que fuera como fuese había que seguir hasta sus últimas consecuencias.

—A nadie.

Los bonitos ojos grandes del niño consideraron al Apóstol con atención, vagaron

hasta sus hermanas, a la institutriz, a las niñeras y volvieron. Adriano devolvió la mirada, con dulzura, con inflexibilidad. El niño tenía que asimilar su lección. El príncipe Filiberto consideró la nueva doctrina desde todos sus infantiles puntos de vista y, por último, extrajo las consecuencias como un hombre.

—Ah, sí, entonces me figuro que sería mejor que me cuidase. Lo siento por las que te di ayer, *Missy*.

Adriano percibió la rigidez más extraña posible en el fondo de su garganta. Un instante más y algo en su interior lo hubiese estropeado todo. Se puso de pie, bendijo a sus visitantes y desapareció de inmediato entre los árboles que se alzaban a la izquierda.

—*Missy*, me va gustando ese padre blanco. ¿Cuándo le veré otra vez? —la voz de incomparable inocencia sonó a sus espaldas.

Marchó a prisa por el sendero tortuoso, recorrió el pasaje privado y subió la escalera hasta la terraza. Arrastró una silla y se sentó allí.

—¡Dios! —exclamó en voz alta, con un suspiro tremendo, hacia la gran extensión de agua, tierra y cielo que bostezaba ante él. Las lágrimas fluyeron de sus ojos y el nudo de su garganta se disolvió. Sacó un pañuelo de su manga. ¡Gracias al cielo estaba solo! Le llegó la calma, la capacidad de análisis y una felicidad infinita. Por su mente desfilaron los versos de Meleagros de Gadara:

*«Nuestra Señora del deseo me llevó a ti, Theocles,  
me llevó a ti;  
y Amor, el de sandalias ligeras, me ha desnudado y tendido a tus pies:*

*¡Un relámpago de su dulce belleza!  
¡Llamas arrojaba de sus ojos!  
¿Amor ha descubierto al Niño que lucha con los truenos?  
Una llama provino del sol, y otra era el amor  
de los ojos de un niño».*

Su éxtasis era admiración por el pequeño encantador y por su alma noble. El candor límpido y vivo, las proporciones delicadas, el color puro despertaban en él un deseo de posesión. La individualidad franca, la verdad infalible, la tranquilidad valiente de la renuncia a sí mismo hicieron que en su interior se alzara el sentimiento de la emulación. Él, el Sumo Pontífice, estaba postrado ante la majestad seráfica del niño. Y, como si se hubiese alzado una cortina, tuvo una vislumbre del corazón humano. Pensó que podía ver y entender una causa, quizá la principal, de la sociedad de los hombres: «Esto es mío, mío: porque yo lo he hecho». Comenzaba a comprender que la mente humana tenía que realizar una actividad externa, tanto como una interna, y bien externa. Por su parte, estaba sintiendo la primera emoción personal de disfrute intenso de la sociedad humana que pudiese recordar. «O sea que,

después de todo, soy capaz de amar», reflexionó. Aunque se mezclaba con libertad y absoluta independencia con todos los hombres, sin embargo en la más tierna hondura de su ser, se estremecía como nunca por ese contacto. Cada acto de urbanidad, de cortesía, era un esfuerzo violento para él. Por sus iguales sentía repugnancia pura y simple. Pero en el caso de ese pajarillo rubio había una diferencia. Hubiese querido tener un ejemplar tan radiante de lo divino-humano como ese bello príncipe Filiberto. Hubiese apreciado el honor de cuidar de ese tesoro. Pero no podía solicitarlo y jamás antes se había ofrecido a nadie. Quizá él temblara si se lo ofreciesen. Era parte de su peculiar naturaleza. ¿Había deseado alguna vez mantener una relación íntima con alguien? No, sencillamente no. Él era una cosa aparte. Más aún: era una cosa que debía ser evitada. Recordaba cuántas veces había vagado sin destino a través de Londres, observando cómo retozaban los de su especie en Piccadilly, o en Marble Arch, un domingo, donde los anarquistas violentos, raquíuticos, hirsutos, pálidos, disparataban a gritos, y algún abogado católico tímido hacía restallar bromas correctas tomadas de un reluciente cuaderno negro de ejercicios, y el joven pulcro, de ojos brillantes, del ejército de la Iglesia, hablaba con genuina convicción. Se había movido en todas partes entre muchedumbres que buscaban compañía, lo había hecho con indolencia, con actitud vigilante, con afán: sin embargo, nunca nadie le había abordado. Le veían, le evitaban. Sí, era una cosa aparte. Ése era su problema. Y, ¿qué había dicho el niño? «Mejor que lo haya guardado para mí.» El deleite de aquellas palabras era para Adriano como un rayo. Era el amor, sí, el amor en su quintaesencia, llegado de los ojos claros y los labios sin mancha de la niñez, para mantener para sí mismo las propias penas. Porque de ese modo unas aliviaban de las otras. Y el Siervo de los siervos de Dios debía... Continuaba sentado al sol, en una especie de raptó. El lago, las colinas y el cielo turquesa se desvanecían ante su visión. Estaba solo con sus pensamientos, sus ideales, su alma... Después del toque del ángelus entró para comer sin compañía. Horas después, por la tarde, cuando ya había descansado, se lavó, cambió de ropas y bajó a charlar un rato con su séquito. Todos advirtieron que su comportamiento era más cálido, más humano. Sus ojos tenían un brillo poco común y más común a un tiempo. Ya no parecía estar tan apartado.

—Se diría que el aire del pueblo le sienta bien, Santo Padre —dijo el novísimo cardenal Percy—. Esta tarde Su Santidad está hecho un abril.

—Sí, el aire es delicioso, pero no es el aire —Adriano relató el incidente de la mañana, para terminar diciendo—: Hemos reconocido en Nos un poder nuevo y desconocido, una capacidad perfectamente extraña. Hemos tenido la experiencia de un sentimiento que..., en fin, que suponemos..., vaya, que podría pasar por..., amor.

De inmediato se enfrascó en sus asuntos. Había señalado a tres hombres con un objetivo. El arzobispo Ilario della Valla era un prelado joven y de exquisitas maneras, hijo de un embajador, conocedor experto de la lengua y las costumbres inglesas. El *signor* Gargouille Grice era uno de esos seres indefinibles privados de la divina vocación, una persona de la que la benevolencia ajena piensa que ocupa un lugar

importante en la corte papal (no menos que el que equivale a la función del Lord Chambelán inglés), pero que en realidad sólo desempeña el papel de un adulator. El príncipe Guido Attendolo era un joven italiano de cuna muy noble quien, como hijo menor de un hijo menor no sobrecargado de riquezas, llevaba una vida nada conspicua, impotente, falta de interés. Con la idea de brindar a esos tres hombres una oportunidad, el Papa les envió a América con el capelo rojo para el arzobispo americano Erin, al que nombró presbítero cardenal del título de St. Mary-of-the-People. Era un simple incidente, pensado para apartarles del estancamiento, para darles esa ocasión que la naturaleza humana debe tener si ha de hacerse justicia a sí misma, si no ha de convertirse en un estorbo público. Al mismo tiempo, le resultaba satisfactorio que la simpatía del prelado, la nobleza del chambelán decurial, y la urbanidad (para no mencionar su perfecto perfil griego) del Príncipe les recomendaran como embajadores de la potencia más antigua junto a la nación más joven. En coincidencia con la llegada del Legado Apostólico a Nueva York, Adriano publicó la *Epístola a los americanos*. En ella alababa el vigor exuberante y el anticonvencionalismo individualista de aquel pueblo, en tanto que les advertía acerca de las obligaciones hacia su raza y sobre los males de la tiranía oligárquica. Les rogaba que no viviesen en una prisa desesperada, cuyo ejemplo surgía en su falta de cuidado con los detalles. Les aconsejaba que no fuesen tan orgullosos como para no tomar enseñanzas de la historia de otras naciones, extendiéndose en el principio de la tendencia pendular de la naturaleza humana. Señalaba el Pontífice que, tal como el efecto viene de una causa, y dado que el alcance y la cantidad de las ideas humanas está muy lejos de ser ilimitado, de igual modo, así como el tipo humano se repite, las ideas humanas y las situaciones por ellas ocasionadas están propensas a la repetición. «Sin embargo», continuaba, «la propia naturaleza humana, cuando está inspirada por la divina Gracia, al ser una fuerza tan magnífica y potente, es capaz de un desarrollo inmenso. Posee albedrío, libre albedrío, que dirigido como corresponde puede regir por sí, puede controlar las leyes naturales, puede disponer los acontecimientos.» Por todo ello, instaba a los americanos a despojarse de la arrogancia juvenil y del egoísmo, para que (tras haber visto cuáles eran las causas que producían efectos) pudiesen conocer las reglas e intervenir en el juego. Les hablaba no sólo con la autoridad de su apostolado, sino también con el afecto de un camarada que quería servirles con la experiencia (heredada y adquirida) de un miembro de los países más antiguos. Concluía el texto con una argucia deliciosa: «Los jóvenes piensan que los viejos son tontos: los viejos saben que los jóvenes lo son».

América íntegra exteriorizó complacencia, no sólo por la consideración mostrada por el Papa al tratar al país como par de Inglaterra, sino por la validez, agudeza y vitalidad de sus observaciones. Los americanos dijeron que el Papa tenía un control total de las cosas, que se ocupaba de su tarea, que como piloto celestial él sentaba a esa tarea como una púa a un mosquito, y comenzaron a considerarle con estricta atención.



La muerte de Francisco José, emperador de Austria y rey de Hungría, en septiembre, tuvo unas consecuencias no inesperadas. La confusión de Europa se acrecentó con el conflicto entre el sentimiento nacionalista húngaro y la Liga Pangermánica. El sucesor de Francisco José no inspiró a sus súbditos de distintas lenguas la misma devoción respetuosa que habían rendido al anciano Emperador a causa del triple prestigio de su dignidad, su largo reinado y sus muchas desgracias. Hungría reclamaba un soberano magiar. Bohemia vociferaba por un rey checo. Los polacos rusos también pedían a gritos un rey polaco, y aun la Polonia germana así lo hubiese demandado, de haberse atrevido a ello: tal como estaban las cosas, abría sus ojos lánguidos y aguardaba. Los alemanes de Austria conminaban al Emperador germano para que acudiese en su auxilio y los tomara por la fuerza de las armas. La dinastía Habsburgo se tambaleaba. Servia era un pequeño infierno. Turquía y Rumania consideraban favorable la perspectiva de una expansión germana; Turquía, porque encontraba fácil engañar al teutón; Rumania, porque el poder gracias al cual existía estaba poseído por los demonios. Albania, Montenegro y Grecia desaprobaban con énfasis todo aquello: apreciaban su existencia de países individuales y la idea de verse reducidos a depender del gótico Miguel les resultaba inaceptable. La situación de aturdimiento de Austria, y su falta de habilidad para cumplir sus obligaciones para con Alemania e Italia, provocaron el deterioro de la Triple Alianza. Sin embargo, ni Italia ni Alemania dieron señal alguna. Se produjo un intervalo de vigilia intensa y silenciosa.

Adriano leyó en el *Times* que el *signor* Panciera, embajador italiano en la corte de St. James, abandonaba la ciudad en viaje hacia Roma por unas semanas. El cardenal Fiamma localizó a Su Excelencia y le llevó en privado y extraoficialmente a los apartamentos del Papa. Su Santidad estaba muy contento de renovar las relaciones con un hombre tan afable, sólido y digno de confianza. (En comparación, era fácil amar a un hombre como ése.) El embajador se inclinó y preguntó qué se esperaba de él. El Papa se lo explicó con paciencia. Estaba muy interesado en las cosas que ocurrían. No quería saber secretos, pero deseaba reunir hechos y opiniones de los expertos y de los estadistas seculares; los seis embajadores que quedaban en el Vaticano eran estériles; si el *signor* Panciera podía ver una forma de hablar de los acontecimientos en curso sin traicionar la confianza de su soberano, sino pensando que se trataba de una conversación entre dos hombres cuyos motivos eran puros y patrióticos, estaría haciendo un favor (o, si quería formularlo de otro modo, estaría prestando un servicio) al Papa. Su Excelencia se inclinó para agradecer el honor. En privado, y a la vista de que Su Santidad no ocultaba nada y (en rigor) de que no era capaz de hacerlo, él creía que no habría dificultades. No se trataba de un asunto de diplomacia o de manejo del Estado. El candor cristalino del Papa le volvía poco importante como hombre de Estado: como hombre corriente resultaba encantador, de una transparencia perfecta; lo que quería no eran secretos políticos sino la opinión de un hombre de mundo acerca de los asuntos del mundo. El *signor* Pandera irradiaba

placer. Se pasó revista a la situación de Europa, tal como aparecía en los periódicos. Su Excelencia pensaba que Alemania miraba hacia el este y el oeste, más que hacia cualquier otra parte. ¿Qué se podía esperar? Naturalmente, debía mirar hacia donde estaban sus dos enemigos tradicionales. En cuanto a Austria..., ¡puf!, un asunto de importancia secundaria. Austria no sería tocada por Alemania mientras se cerniese la amenaza de Francia y de Rusia. ¿Italia? Pues bien, Italia ahora era independiente. Al no cumplir la función de confín entre Alemania y Austria, la actitud de Italia era la del león en guardia (según las palabras del inmortal Dante).

—Como es natural —interpoló Adriano—, Italia habrá de observar los acontecimientos y decidir su política de acuerdo con sus intereses.

—Ah, sin duda —respondió el Embajador.

El Pontífice habló de España. El *signor* Panciera hizo el gesto de cortar su puño derecho con la mano izquierda. España estaba acabada. ¿Portugal? Portugal era inglés. ¿Inglaterra? Inglaterra era Inglaterra. El Papa y el Embajador sonrieron al unísono: uno expresaba el orgullo triunfante de la raza; el otro, una admiración sin límites e inteligente. Adriano se lanzó hacia el este: ¿los Estados Balcánicos? Su Excelencia hizo discriminaciones: ese pequeño grupo de Estados soberanos era muy difícil. Parecía vacilar, elegir sus palabras: sí, por supuesto, el tema le interesaba muchísimo. El Papa se mantenía en una quietud singular. De cuando en cuando, al paso de su robusto y moreno huésped, que se paseaba de un lado a otro, dejaba caer una pregunta. ¿Los Estados Balcánicos? El *signor* Panciera se acercó a la ventana, como si buscara allí la respuesta; volvió, comenzó a responder, regresó a la ventana, volvió otra vez con una media docena de nuevas palabras que no arrojaban ninguna luz. Adriano se acercó a uno de los armarios, cogió dos pequeñas bolas de billar marrones y las puso en las manos del embajador real.

—Para ayudar a Su Excelencia en la conversación —ronroneó con una sonrisa recóndita—. No se incomode. Todos los hombres tienen algún truquillo de este tipo. El nuestro consiste en jugar con los anillos o acomodarnos las gafas. Su amigo Fiamma pliega el extremo de su faja. El Cardenal Decano acaricia el disco de madreperla que simula la tonsura en su peluca. El Secretario de Estado rumia con sus dientes nuevos. Y a usted le agrada hacer castañear un par de bolas de billar, si no recordamos mal. Usted iba diciendo que ese pequeño grupo de Estados soberanos independientes es muy difícil. ¿Por su actual autonomía?

Clic-clic-clic sonaban las bolas en la palma morena: el Embajador tradujo ese castañeteo.

—Sí, Santidad, por ese motivo. Pero también, pienso, porque su raza es distinta a la de los países a los que se supone serán incorporados.

—¿Rusia, Alemania, Austria, Turquía, por ejemplo?

(Clic.)

—Creo que podemos olvidar a Rusia.

—¿Sí? ¿En el caso de Rumania?

—Creo que el sentimiento rumano ha virado hacia Alemania.

—De acuerdo; ignoremos las opiniones y veamos esas diferencias raciales de las que hablaba usted.

—Soy de la opinión de que el pueblo rumano simpatiza con el pueblo alemán — persistió el *signor* Panelera.

—¿Bulgaria, entonces?

El *signor* Pandera hizo dos o tres viajes de ida y vuelta hasta la ventana, entre vigorosos castañeteos de las bolas.

—Santidad, ni usted busca mi opinión ni yo puedo proporcionarle otra cosa que las especulaciones de un etnólogo aficionado —(clic, clic)—. Tengo... —(clic)—. Puedo asegurarle que mis investigaciones no me han dado más.

—Pero si eso es sumamente interesante, *Signore*. Todos somos estudiantes. Algunos, ansiosos por aprender; otros, no; pero unos y otros son mejores que el hombre que sabe que no tiene nada que aprender. Díganos qué le han enseñado sus estudios.

—Creo de veras que los dominios situados al sur del Danubio son la patria de los descendientes de aquellos bizantinos arrojados hacia el norte por la incursión de los turcos en el siglo xv.

—¿Por qué?

(Clic.)

—Primero, por los rasgos fisonómicos —(clic)—. En segundo lugar, por la estructura de sus lenguas.

—¡Magnífico! ¿Ha notado usted puntos de similitud?

—Iré más allá de eso, Santidad. Debo decir que mi atención fue impulsada hacia este tema por mi Señor, el Rey, quien, como usted sabe, se ha dignado casar con una Princesa montenegrina. En otros tiempos, Su Majestad solía hablar mucho de este tema conmigo y con el Ministro de Instrucción Pública...

—¿El *signor* Cabelli?

—Sí. Examinamos el asunto para Su Majestad. Todas nuestras investigaciones parecían apuntar al hecho de que los turcos, al venir de Asia, barrieron el Imperio Bizantino hacia el oeste y el norte. Después, examinando los puntos de salida y las zonas extremas, hallamos características bizantinas a lo largo de toda la frontera septentrional de Turquía, es decir, no en Bulgaria, que es eslava, sino en Albania, Herzegovina, Bosnia y Montenegro. Además, las encontramos a lo largo de la costa adriática de Italia. Su Santidad verá que esos lugares son tan contiguos que eso los convertía en refugios para los cristianos que huyeron antes de que el musulmán llegara, o que fueron arrojados por el invasor.

—Sí.

—Hay algo más. Descubrimos trazas de una migración anterior a la bizantina. Creemos que en Italia oriental, desde Tarento a Ortona, y también en el sur de Albania, se pueden ver descendientes directos de los atenienses del tiempo de

Pericles.

—¿Pero Grecia, Excelencia?

—Santidad, los griegos de hoy son una degeneración de los laconios de dedos sucios mezclados con el infiel otomano, su conquistador.

—Eso es espléndido, *Signare*. Y concuerda con una opinión que Nos nos formamos hace una docena de años atrás, al menos con respecto a sus griegos italianos. En Apulia, por ejemplo, los mármoles de Elgin tienen su imitación viviente: los carboneros y los pescadores parecen salidos del friso del Partenón. Cierta vez oímos que un pescador llamaba a su niño diciéndole «Páddy», para dar forma inglesa a la palabra. Un italiano hubiera gritado «Putto». Pero «Páddy»: ¿qué puede ser sino el vocativo IlaíSe pronunciado tal como lo haría Alcibíades? Oh, Nos vemos su punto de vista. ¿Su Señor, el Rey, todavía está interesado en el tema?

—Creo que Su Majestad tiene un interés muy profundo. Espero que me esté permitido repetir la corroboración que Su Santidad me ha dado. Estoy seguro de que Su Majestad...

—Claro que sí. Por supuesto que usted relatará tan sólo la conversación. No nos mencione ante Su Majestad el Rey en nuestro carácter apostólico, sino meramente...

—Su Santidad será obedecido.

—Para resumir: estamos de acuerdo en identificar esos Estados del sur del Danubio con los bizantinos en general; y a Montenegro y el sur de Albania con los griegos en particular. ¿Qué hay del norte de Albania?

(Clic.)

—Esa tierra es turca.

—Toda Albania es turca.

—Pero el sur de Albania es cristiano. Y toda Albania, cristiana y musulmana, rinde culto a *Madonna* «Panagia», navúyia, «Señora de todos», la llaman.

—¡Qué extraordinario! Veamos ahora la situación actual. Suponga, *signore* Panciera, que invertimos nuestra posición. En lugar de oír sus opiniones, Nos expondremos las nuestras y usted las comentará. ¿Le parece justo? ¿Le resulta agradable?

—Muy justo y muy agradable. Siempre aprendo de los ingleses y aprenderé de Su Santidad.

—Bien. Creemos que Montenegro es feliz y se contenta bajo el dominio paternal del príncipe Nicolás.

(Clic-clic-clic.)

—Así es, Santidad.

—Hemos oído que Albania está en buena situación bajo el príncipe Ghin Kastriotis.

(Clic. Un paseo de ida y vuelta hasta la ventana y más clics.)

—Desde el asesinato de Abdul Hamid y desde que Albania fuera declarada principado, el progreso ha sido asombroso. Ese bonito país (clic), ese pueblo

espléndido son un premio para cualquier gobernante. El sultán Ismail es el único que puede ensombrecer el firmamento. No aprueba la pérdida de esa tajada de su imperio. Pero Albania sabrá cuidar de sí misma.

—¿Serbia, y su anhelo de restaurar el Imperio Serbio?

—Imposible. Una nación que asesina a dos reyes en cuatro años no puede ser un Imperio.

—Totalmente imposible. Bulgaria, un país de herejes de la clase más notoria y temible, criminales atroces, gobernados (o mejor dicho, no gobernados) por un extranjero que es un canalla despreciable.

—Su Santidad propondría...

—Que el príncipe Fernando sea depuesto, una tarea fácil ahora que Rusia tiene otras preocupaciones, y la anexión de Bulgaria y Serbia a Montenegro bajo la protección de Italia.

(Clic-clic-clic.)

—Aquí, Santidad, nos adentramos en tierras de alta política —(clic-clic-clic)—. Hay que caminar con cautela.

—Sí —maulló Adriano—, hasta que Italia y Alemania hayan tomado una decisión.

El Embajador se inclinó.

—Por favor, llévese las bolas de billar, Excelencia, y acepte nuestro agradecimiento por su tan agradable conversación —dijo el Papa.

Al referir esta conversación al Rey, el Embajador concluyó:

—Señor, Su Santidad habló como un inglés.

—¿Ah, sí? —dijo Víctor Manuel—. ¿En qué sentido?

—Majestad, fue profundo y claro. Amplio y detallista. Osado y prudente.

—*Basta!* Vuelva allí tan a menudo como le plazca, y déjeme saber más cosas acerca de ese inglés.

—Con el permiso de Su Majestad.

## CAPÍTULO XII

LA delegación de la Liblab había regresado a Inglaterra. Pero Jerry Sant y Mrs. Crowe montaban guardia en un pequeño y decente hotel de la calle Two Shambles, que estaba, precisamente, en el barrio inglés. Tenían la idea de esperar una ocasión para poner en marcha su plan de chantaje. La mayor parte de cada día la pasaba Mrs. Crowe en la Plaza de San Pedro, mirando hacia el Vaticano, con la esperanza de ver aparecer a Adriano en su ventana. Por las tardes, le veía paseándose arriba y abajo por los escalones de la basílica. Siempre había reunida allí casi una muchedumbre. Los más pobres de los pobres, por acuerdo común de la más cortés de las naciones, iban al frente; el Papa solía regalar palabras y oro a personas que Mrs. Crowe consideraba despreciables. Por cierto que ella hubiese sacrificado su peluca nueva por una de aquellas monedas. Un día llegó a empujones hasta la primera fila y se arrodilló entre la gentuza. Oyó que un joven ciego contaba su historia miserable; oyó las palabras dulces del Apóstol y vio el regalo valioso y magnífico. Era su turno. Sentía los distantes ojos inflexibles sobre su cabeza inclinada. «Dios te bendiga, hija, ve en paz», cayeron las palabras sobre ella, y Adriano prosiguió su marcha. La pobre chica de la izquierda lloraba amargamente..., el médico de la policía le había negado una certificación... y había perdido su empleo. El tipo de caridad que hacía Adriano no gustaba a Mrs. Crowe: la definía como «desagradable» y «muy impropia» en la mesa del hotel. Había varios huéspedes pintorescos en el Hotel Nike. Casi todos eran ingleses y escuchaban en silencio, con unos ojos avergonzados y extraños, cuando ella proclamaba sus opiniones. Sin embargo, más tarde, no pocas veces se vio convertida en receptora de las confidencias de algunas viejas doncellas y de matronas gastadas, que la llevaban a algún rincón del jardín, lejos de la salita en que Sant fumaba, para susurrarle nerviosas: «Amiga mía, estoy segura de que me disculparé por abordarla así, pero me siento obligada a decirle que estoy en lo cierto cuando le digo que yo le debo todo a aquel del que usted está hablando. Espero que no le importe que le diga esto, pero estoy segura de que usted no querría ser injusta con nadie. Verá, yo le traté hace años, no sé cómo explicárselo, pero se habló entonces de cierta suma, que me daría seguridad para el resto de mi vida; y precisamente ahora, desde abril, sabe, esa misma suma, un ingreso regular cada día, querida, me ha llegado a través del Banco de Inglaterra; y estoy segura de que viene de él, porque no hay en el mundo otra persona capaz de hacer semejante cosa; además, amiga mía, aunque por supuesto no puedo estar de acuerdo con la caridad indiscriminada a la que usted se ha referido, he pensado que debía explicarle todo esto porque he venido aquí para tratar de verle y hacerle saber lo agradecida que le estoy».

Un hombre pálido, de aspecto cansado, con callos en los dedos de su mano derecha y una chaqueta de bordes abultados, se dirigió a ella llamándola «*Madam*» y le relató una experiencia similar; y cuando dos muchachos de dieciséis años,

delgados, de ojos claros, gemelos, huérfanos, se mostraron orgullosos de narrar una historia parecida, Mrs. Crowe comenzó a sentirse incómoda, envidiosa. ¡Que él hubiese hecho esas cosas por esos espantajos y nada por ella! La gente la evitaba y ella estaba sola. Sant y los vendedores cosmopolitas con los que confraternizaba no eran compañeros para ella. Había esperado algo más selecto en el campo social. Abrigaba la esperanza de que tendría una oportunidad mejor si se ponía en contacto con el Papa por medio de alguno de los ingleses de Roma. ¿Y... no sería todo más directo si se convertía al catolicismo? En el hotel le dijeron que en Roma había muy pocos ingleses: empezaban a llegar en octubre y se marchaban en junio; en julio, agosto y septiembre casi no había ingleses por allí, excepto los de los colegios y unos pocos residentes. Averiguó la forma de llegar hasta San Andrea delle Fratte donde, había oído decir, encontraría la tumba de una inglesa, pero no vio a nadie que tuviese aspecto de inglés. Otro tanto le sucedió en la iglesia cercana al correo central. Después descubrió una pequeña comunidad inglesa en la calle del Pequeño Sebastián, una especie de convento, y fue a saludar a las hermanas. Esas almas buenas se mostraron felices de conocer a una inglesa dada a la conversación y, cuando Mrs. Crowe les hizo saber como por casualidad que había conocido a George Arthur Rose, las monjas se apresuraron a invitarla con frutas en almíbar y naranjada. Mrs. Crowe parloteó con discreción. Se ganó los corazones de todas escuchando atenta las rapsodias monásticas. Cuando pudo meter algo propio en la conversación, se tomó la molestia de que fuesen palabras especiales. En todas sus vidas las hermanas jamás habían oído nada tan edificante como las descripciones que hacía Mrs. Crowe de los antiguos gustos del Santo Padre: camisas de villela blanca, calcetines y gorros de dormir de lana blanca. Pensaron que había sido algo perfecto que él no usara más colores que blanco o negro mientras vivió en el mundo, y los detalles de un traje de caza de pana negra las elevaron a un raptó de éxtasis. En el curso de esas conversaciones se vino a saber que Mrs. Crowe misma era agnóstica, por fuerza, claro, gimoteó; ¡oh, si pudiese creer lo mismo que sus interlocutoras creían, qué alivio sería para ella! Desde luego que las hermanas se sentirían felices de proporcionarle esa clase de alivio. Le regalaron una medalla de aluminio y prometieron rezar por ella. Mrs. Crowe se hacía ver con regularidad a la hora de la misa y de la bendición y las religiosas tenían grandes esperanzas puestas en ella que, a su vez, les estaba muy agradecida. Pues bien, ¿no le apetecería mantener una breve conversación con el padre Dawkins, ese hombre tan santo? Mrs. Crowe estaba ansiosa por hacerlo. Mantuvo una breve charla con el padre Dawkins: o sea que, con cierta frecuencia a lo largo de las semanas siguientes, Su Reverencia la exhortó durante tres cuartos de hora, en un rincón apartado de la sala del convento; ella puntuaba sus discursos con muchos «ah, sí», «cuánta verdad», «¿por qué nunca antes oí nada de esto?», etcétera. Las hermanas le prestaron *Umbrales* y otros libros violentamente cerúleos. Ella los juzgó muy convincentes. Y después pidió ser aceptada en el seno de la Iglesia.

Mrs. Crowe comenzó a frecuentar las reuniones de los hostales ingleses donde fue sometida al debido baboseo. Fue presentada a cardenales y preladados en las recepciones. Se había convertido en la atracción del momento. Su pose de viuda interesante, madre amante de sus amantísimos hija e hijo, inteligente escritora de versos de sociedad en *The Maid and the Matron* era muy apreciada, pero la mayor cantidad de tantos a su favor la obtuvo como mujer cuyo difunto esposo había sido íntimo amigo del Santo Padre. Hacia Su Santidad siempre había abrigado la más alta de las admiraciones. Él había sido un hombre muy peculiar, por cierto, pero siempre de una distinción sin igual. Le recordaba en la pobreza, llevando ropas raídas: pero su andar y su porte siempre habían sido el andar y el porte de un alma noble. En todo momento ella misma había predicho un hado extraordinario para él. Contaba anécdotas deliciosas acerca de su ingenio, su humor, sus aflicciones y sus pesas de gimnasia. Hizo prolijos comentarios acerca de un divieso que él había sufrido en la parte posterior del cuello, y también explicó que le habían contado que se ponía glicerina y guantes para dormir, a fin de suavizar sus manos agrietadas. Sí, él había sido muy amigo de ellos. Era tan serio, tan brillante, tan instruido, que ella jamás logró comprender por qué un hombre de sus méritos podía ser católico. Claro que eso había sido en los tiempos en que ella se hallaba en las tinieblas exteriores. Ahora que estaba dentro de la luz, podía ver a la perfección por qué. La gente coincidió en decir que Mrs. Crowe era una persona encantadora y así ella se vio convertida en todo un éxito.

Sant aprobaba su proceder. Ni el uno ni la otra lograban pensar en otra forma directa de acercarse a Adriano. Tenían que aguardar un poquitín. Entre tanto, nada malo había y mucho bueno podía surgir del cultivo de las gentes de la comunidad inglesa. Y quizá estuviese bien dejar al socialismo en el trasfondo, de momento. Jerry iba a quedarse donde estaba y ella se buscaría mejor acomodo en otro sitio: podrían encontrarse de cuando en cuando para comparar sus datos y, si algo especial ocurriese, podrían escribirse. De modo que Mrs. Crowe alquiló un apartamento en la calle del Mandril, y se dejó ver en la casa de té de la plaza de España y entre las congregaciones inglesas.

En lo hondo de su cerebro latía un deseo bien definido. Lo mantuvo oculto allí, para saborearlo con perversidad alguna que otra vez y en privado, porque era una mujer lo bastante inteligente como para no permitir que sus pasiones la dominaran a esa altura de los hechos. Ese anhelo era la fuente de sus actos, el objetivo de sus pensamientos, la razón última de su existencia, pero lo mantuvo bien escondido y controlado; alguna que otra vez, en la hondura solitaria de la noche, emergía para oprimirla, pero el alba y la respetabilidad de su comportamiento volvían a reducirlo a los límites adecuados. Mrs. Crowe jugaba un juego cauto, sumando tantos cuando la ocasión se presentaba. Tenía a la Liblab y sus cuatro libras semanales para mantenerse; tenía lo que ella llamaba la historia secreta del Papa en su poder; estaba captando a los ingleses piadosos. Y entonces, una noche, adquirió una invaluable



piedra de escándalo que, tarde o temprano, usaría para obtener a su Georgie.

Había estado paseándose sola por las calles nuevas del Viminal, donde en la Roma moderna se ha construido imitando las residencias suburbanas de los comerciantes ingleses: calles en las que cómodas mansiones aisladas, de ladrillo rojo, se alzan en medio de un jardín rodeado de verjas. Mientras pasaba delante de una de esas bellas e íntimas residencias, se encendió la luz en el salón; advirtió la presencia de tres figuras sentadas junto a la ventana. La mesa del té estaba ante ellos. Eran dos mujeres blancas espléndidas, de pelo rubio, evidentemente madre e hija. No conocía a ninguna de las dos. Pero el tercero era George Arthur Rose. Espió a través de las barras de bronce dorado de la puerta. Era el crepúsculo. En la calle no había nadie más que ella. Y allí, a menos de veinte yardas de distancia, detrás de un cristal, estaba el hombre al que adoraba. Por un minuto se dejó dominar por sus emociones. En ese momento él y las mujeres se retiraron hacia la parte posterior del salón y un lacayo elegante, vestido de negro, corrió las cortinas. Durante un instante tuvo el impulso de llamar a la puerta. Su corazón palpitaba con violencia. De pronto advirtió las connotaciones de aquel hecho. ¿Qué hacía el Papa allí? Sabía que él iba a todas partes, pero se decía que jamás se quedaba a comer ni a tomar nada en compañía y ella acababa de verle terminando su taza de té. ¡Cuánta elegancia al levantar el meñique de la mano izquierda! ¡Ah! ¿Por qué no iba vestido de blanco, como siempre? Disfrazado..., tomando el té en una mansión particular, ¡con dos mujeres desconocidas! ¡Ah, sí, por qué! Controló su furia. El número de la puerta, sí. Corrió hasta el final de la calle y leyó: «Via Morino». Cruzó la calzada y volvió; había un rincón en el que podía ocultarse entre las sombras de una pared con pilares. Allí observó y aguardó como el terrier aguarda y observa a un gato que se refugia en un árbol, gimiendo y aullando casi sin sonido, casi estallando por reprimir su impulso de saltar. Quizá esperó una media hora. Después dos lacayos se acercaron a la puerta, la abrieron y se inclinaron en una reverencia obsequiosa ante un eclesiástico que salió a la calle mientras se terciaba la capa sobre el hombro izquierdo. El sacerdote se dirigió a buen paso hacia la Via Nazionale y ella le siguió. Al atravesar una zona más iluminada el hombre levantó los pliegues de la capa tapándose la cara. Esa acción hizo que ella se decidiese. Sabía que Georgie abominaba de cualquier clase de ocultamiento. Que ahora se embozara era bastante natural. No quería ser reconocido: iba de incógnito, con algún propósito inconfesable. Que hubiese elegido recorrer las calles más concurridas de Roma, cuando tendría que haberse deslizado por callejas apartadas, sólo constituía una prueba más. Su Georgie era el hombre de más frenética osadía que había en el mundo, ella lo sabía bien. De una parte precaución, anulada por la audacia extrema, de otra, era algo que ya había advertido antes Mrs. Crowe. Estuvo a punto de perderle de vista frente a la embajada de Austria y el Jesús del Corso Vittorio Emanuele. Junto al Oratorio, él cruzó y atravesó la pequeña plaza hacia Banchi, donde dejó una tarjeta al portero del Palazzo Attendolo. Después volvió a embozarse y prosiguió su camino cruzando el puente y el Borgo Vecchio en

línea recta hacia las puertas del Vaticano. Allí le dejaron pasar y Mrs. Crowe quedó sola en su agonía, en su júbilo. Salió de la columnata hacia la plaza, maldiciéndose por no haber hablado con él, estremeciéndose porque había sorprendido a su amado visitando en secreto a otra mujer. Entonces sonrió ante la idea de que había pillado al Papa envuelto en una intriga vulgar. El dardo de la primera emoción la laceraba. El de la otra, lo mantendría preparado para clavárselo a él.

## CAPÍTULO XIII

EN la noche del 2 de octubre, el Emperador alemán estaba sentado en el palco imperial de la Schauspielhaus de Berlín. La obra que estaba viendo era *Wilhelm Tell*. Guillermo II observaba al actor que encarnaba el audaz joven que, por su habilidad y coraje, había librado a un pueblo de la tiranía. El soberano miraba la escena divertido por su coincidencia con la intención que le animaba en esos momentos: porque en la mente imperial —esa mente ágil y poderosa de la que otras mentes inferiores (azuzadas por la *Pall Mall Gazette*) solían burlarse— se hallaba grabada cierta noción de otro acto que aún tenía que ser representado en el que él mismo encarnaría al liberador. Un edecán entró durante el intermedio, mientras la familia imperial se entregaba a la conversación, manzanas, nueces y pastas de especias, y entregó un maletín cerrado al Káiser.

—¿Todos los papeles están aquí?

—Sí, Señor.

—¿El director espera?

—Está en la puerta, Señor.

—¿Se le han comunicado mis órdenes?

—Las órdenes de Su Majestad han sido cumplidas.

—Bien. Yo le seguiré. Ahora vaya a las redacciones de los periódicos y lléveme las ediciones especiales después de la cena. *Mahlzeit!*

Se alzó el telón sobre el último acto. Los espectadores quedaron paralizados de asombro. En el escenario, actores, tramoyistas, todo el equipo del teatro, estaban agrupados en un gran semicírculo. En la cuerda del semicírculo se erguía una figura solitaria, sombríamente dominante. En un primer momento se pensó que era una atrevida caricatura realista del Emperador y se percibió el miedo a las condenas de lesa majestad esbozado en la mente de los asistentes. Pero la figura habló y las dudas se disiparon. Era el Emperador. Todos conocían ese vigoroso vocativo: «¡Alemanes!» Los aludidos alemanes estaban habituados a las manifestaciones de la omnisciencia y de la omnipresencia de su gobernante, de manera que de forma automática se pusieron en pie para escuchar. El soberano citó la afirmación que Herr Bebmarch había hecho en el Reichstag, según la cual cada discurso del Káiser contra los socialistas significaba que en las próximas elecciones ellos ganarían cien mil votos. A continuación lanzó un reto. Afirmó que las próximas elecciones implicaban una guerra a muerte, no entre él y su pueblo, sino entre él y el puñado de demagogos venales, indignos de llevar el sagrado nombre de alemanes, que conducían a su pueblo hacia el extravío. Abrió su maletín. El socialismo, dijo, contaba con cuatro millones de votos. Un tercio del ejército alemán era socialista. El socialismo era el partido político más importante del Imperio; y crecía año a año a expensas de todos los demás partidos. Era un cuerpo grande e importante. Un cuerpo necesitaba de un

cerebro que gobernara sus funciones. Después de todo, ¿quién era la cabeza? ¿Los demagogos o el Káiser? En un momento como ése, cuando la Patria estaba amenazada en ambas fronteras por la anarquía y los enemigos tradicionales, la gloriosa nación germana no debía verse arrasada por luchas intestinas. Hasta ese instante, una buena parte de su pueblo había sido adiestrado para obstruir sus planes de bienestar para los alemanes. Por ello, se habían inferido heridas a sí mismos. Habían experimentado el placer de oponerse a él, pero habían descuidado su propia posibilidad de mejoras, porque sólo él tenía la clarividencia que debía guiar a Alemania. Sin embargo, no quería reprochar nada a su pueblo. Había sido traicionado por mentirosos, estafado por pseudofilántropos alevosos. No culpaba a los tentados sino a los tentadores. Los nombres de los tentadores, los Satanes humanos, eran: August Bebmack, tornero; Grillenberger, cerrajero; Raue, Bulermolken, Reistem, talabarteros; Varmol, ex funcionario de correos; Steinbern, abogado; Volkenberg, latifundista; Singenmann, capitalista. Acusaba a esos hombres de haber defraudado el buen corazón de cuatro millones de alemanes con proclamas de desinterés, de benevolencia, con promesas de mejoras para todos. Denunciaba sus proclamas y sus promesas como falsas, y sus prácticas tan corruptas como para haber merecido la atención de la policía. Los demagogos socialistas eran traidores a la misma causa que decían servir. Su finalidad no era la mejora de las condiciones sociales del pueblo: era el beneficio personal. Extrajo pruebas de su maletín. Bebmack, Grillenberger y Varmol habían aceptado sobornos de 100.000, 45.000 y 40.000 marcos respectivamente del gobierno comunista de Francia. Raue, Bulermolken y Reistem habían aceptado el puesto de talabarteros contratados del ejército francés. Cada uno de los nombrados se había comprometido por escrito a influir en el voto socialista. El Káiser leyó y exhibió esos documentos y prosiguió. Steinbern había vendido los libros de actas de los comités socialistas de Hannover por 300.000 marcos. (Los libros fueron presentados por un ayudante imperial.) Volkenberg había explorado las propuestas de municipalizar sus vastas posesiones; estaba probado que Singenmann había obtenido sus bienes contratando a sus operarios por una paga miserable.

—Éstas son tus divinidades, oh Socialismo —exclamó el Emperador—: La mera posesión de una enorme propiedad privada, de lo que se llama dinero invertido en tierras, ha revelado sus rostros de bronce y sus pies de barro. El mero ofrecimiento de un precio de sangre ha desvelado a los Iscariotes de la Patria.

Pidió a sus oyentes que recordaran que él mismo, en 1890, había abrogado las leyes contra el socialismo y había cesado a Bismarck, el perseguidor de ese partido, diciendo *Die Social Democratic überlassen sie mir mit der werdeich Gang alleine fertig*<sup>[12]</sup>. Dijo que su método había consistido en dejarles en libertad para trabajar por su propia salvación: pero todo había sido en vano. Un mal árbol no da frutos buenos. No había sido el socialismo, ni las mayorías y resoluciones parlamentarias lo que había unificado el Imperio, sino el ejército y él, el Emperador, el representante de ese poder del Estado, que no sólo habían concretado la unidad alemana aun a pesar de los

que pretendían representar al pueblo, sino que además habían llevado a todos los hogares alemanes el sentimiento del poder nacional. Por fin, preguntó, ¿los inocentes, industriosos, magnánimos incautos de los demagogos socialistas se disponían, en esta crisis de la historia alemana, a seguir y obedecer las directrices de los traidores malnacidos, nunca bastante malditos y despreciados explotadores, infames escorias, o le darían leal apoyo a él, a su legítimo Káiser elegido por Dios, heredero de Federico el Noble y de Guillermo el Bueno y de Federico el Grande, a él, el Padre de la Patria, cuya vida y energía estaba consagrada a «*Deutschland über alles*»?

Tras esto, abandonó el escenario y el teatro. Los espectadores, típicos exponentes de la clase media, la clase que más que cualquier otra podía ser conmovida por ese tipo de discurso, se sintieron estremecidos hasta lo hondo de sus flemáticas almas teutonas. En cuanto el Káiser se hubo marchado no se oyó un solo «*Hoch*», pero una multitud de conversos de rostros demudados salieron de la sala, saludándole en silencio con el fuego de la lealtad encendido en sus ojos. Los alemanes son lógicos por naturaleza. Establecen premisas sólidas y no es un alemán el que se aparte de la conclusión exacta. Durante toda la noche todos los periódicos, con excepción del *Vorwaerts*, imprimieron ediciones especiales que transcribían el discurso del Emperador. A lo largo de los días siguientes el mismo Guillermo II lo repitió en las principales ciudades. En Essen y Breslau su aparición fue saludada con una ovación cerrada. En todas partes la prensa daba a conocer esas palabras, que de verdad hacían época a todos los que habitualmente no las oían. El buen sentido alemán prefería la honestidad, la magistral honestidad vigorosa, aun la honestidad atolondrada, antes que la baja traición que se lleva a cabo con el único motivo de la ganancia personal. El buen sentido alemán podía ver que el propio Káiser era el hombre que trabajaba más duro en todo el Imperio; que su sencillamente asombrosa diligencia y afán no eran egoístas y sí por completo impersonales; que él no obtenía ninguna recompensa tangible; que su vida bien hubiese podido ser de placer y ocio irresponsables, pero en cambio consistía en un combate incesante de agotamiento físico y mental por el bien de los demás. El honor alemán estaba admirado y la generosidad alemana compensada. La personalidad fascinante de Guillermo II era reconocida, por fin, como el elemento primordial del poderío de la nación. Su fe en sí mismo, espléndida y única, y su vocación imperial inspiraban confianza a sus súbditos. El sistema de voto secreto y la habilidad, liberada en esos momentos, de cada alemán para votar de acuerdo con su conciencia, tuvieron el efecto calculado. Las elecciones demostraron que el enorme prestigio del Emperador se había ganado el voto socialista, el católico y los votos de la derecha y de la izquierda, en apoyo de su autoridad superior. Los periódicos ingleses dejaron de burlarse y la *Pall Mall Gazette* separó tanto subjuntivos como infinitivos para aplaudir ese éxito.

El mayordomo seglar del Palacio Apostólico halló la ocasión para pedir a los cardenales Talacryn y Semphill que echaran una mirada a ciertas cuentas.

—Creo que es mi deber llamar la atención de Sus Eminencias hacia el hecho —dijo— de que nuestro Santo Padre consuma unos siete chelines y seis peniques semanales de comestibles y bebidas por debajo de la media. Es increíble. Y hasta ridículo. Tengan la gentileza de echar una mirada a estos papeles. Son las cuentas de los últimos seis meses. Adviertan cuán a menudo su cena consta de tres zanahorias crudas y dos huevos cocidos. Carne, como ustedes ven, sólo dos veces a la semana. Se niega a comer pescado. Tengo entendido que toma un trozo de carne magra, de tocino o de pechuga de pollo y lo mastica una hora.

—Eso explica sus magníficas digestiones —dijo Talacryn—; y sé que come zanahorias crudas por su piel blanca. ¡Pero comer tocino! Semphill, ¿podrá usted, a la edad de él, digerir tocino? Yo no puedo ni aun ahora.

—Permítanme que les moleste con el asunto del vino —añadió el conde Piccino—. Su Santidad no es capaz de apreciar los buenos vinos...

—Todo lo que puedo decir es que recuerdo con qué gusto saboreaba unas gotitas de mi licor de peras, de vez en cuando, después de la cena. Aunque eso era hace veinte años —dijo Semphill.

—¡Oh, le gusta el licor de peras! Mil gracias, Eminencia. Tendrá una botella. Jamás se me había ocurrido. Hasta ahora, ha tomado lo que le hemos servido, pero no tiene un paladar preparado para los buenos vinos. Se contenta con un tinto normal de Città Lavinia o de Cinthyanum y en una semana bebe lo que otro hombre en una comida. Pero nata y leche de cabra..., yo creo que las usa para bañarse.

—No, no —dijo Semphill—, las toma día y noche, eso es todo. Digiere la leche como si fuese un crío. Jamás olvidaré la vez que le vi tomándose una pinta de nata espesa, una pinta entera, en una granja, durante un paseo que dimos juntos. Pensé que iba a morir allí mismo. Le rogué que tomara uno de mis comprimidos. Le sugerí que se desentendiera de mis intereses de coleccionista. No. Se rió de mí y sigue haciéndolo.

—Pero, Eminencias, ¿creen ustedes que Su Santidad puede vivir con esta dieta tan pobre?

—*Chi lo sa?* Yo no podría. Él sí.

—Es la persona más incomprensible que existe —resumió Talacryn.

Con el apoyo de la lealtad de un imperio unido, el Káiser se desplazó por el continente hacia Roma. Viajó de incógnito, bajo el nombre de duque de Königsberg, y se instaló en el Palazzo Caffarelli. El mundo observaba preguntándose qué podía suceder. Nada se comentó acerca de las intenciones del Emperador y, siguiendo la norma, los periodistas tuvieron la decencia de abstenerse de plantear cualquier suposición. La excepción a la regla fue un francés, por supuesto. «La religión es lo que más preocupa a Guillermo II. Debajo del uniforme brillante de este Emperador alienta el alma de un clérigo, o tal vez el alma visionaria de un iniciado en misterios más ocultos aún. El Káiser sólo espera una oportunidad de alcanzar en Roma lo que ya ha alcanzado en el este, es decir, suplantarlo a Francia», chillaba Jean de Bonnefon

en el *Éclair* de París. *La Patrie* replicó al momento, comentando: «Dejemos que Alemania se apodere de la Santa Sede. Será el final de Alemania y el comienzo de la venganza para la sede vaticana. El Papado es un ácido que disolverá las mal atadas partes de un imperio que todavía es demasiado nuevo».

Pero no era precisamente la religión lo que animaba los intentos del Káiser. Tenía la sensatez suficiente como para saber que la religión es algo personal y, aunque nunca perdía la ocasión de reafirmar sus propias opiniones religiosas, la idea de convertirlas en la norma de todos los hombres no entraba en su mente que, sobre todo, era práctica. No: tenía otros planes y buscaba material para concretarlos. Mantuvo una larga conferencia secreta con el rey de Italia, un hombre muy de su agrado, un gobernante nato, autócrata por naturaleza, que había sentido la esclavitud en su propia persona. Ambos discutieron sus respectivas necesidades. Guillermo II quería espacio para una población que había aumentado a veinte millones al cabo de treinta años. Víctor Manuel III quería dinero y tiempo —dinero para elevar el nivel de vida de su pueblo, tiempo para madurar sus mejoras—; si los obtenía, él podría reírse de los enemigos de Italia, de las sociedades secretas y del clero...

—¿El clero? —objetó el Káiser—. ¿Estáis seguro de que el clero es vuestro enemigo?

—Sí, en lo más hondo de sus corazones lo son. ¿No comprendéis que les hemos robado? ¿No sabéis que este palacio del Quirinal en que recibo a Su Majestad Imperial es propiedad robada?

—Sí, sí. ¿Pero ese inglés? ¿No es distinto?

—Hasta cierto punto. Pero no puede extirpar en un momento el odio y la envidia con que somos mirados la Casa Real y yo por el clero al que hemos desposeído. Durante casi cuarenta años, el odio hacia nosotros ha sido parte de la educación clerical. Esa clase de cizaña no puede arrancarse en un instante. Ya tiene espigas granadas. Tal vez dentro de una generación... *Basta!*

—¿Y mientras tanto?

—¿Mientras tanto, qué?

—Vaya, ¿el Papa no ha procurado facilitaros las cosas?

—Sí, hasta cierto punto. ¿Pero cuál es su objetivo? ¿Qué concesión, por ejemplo...?

—No parece que se haya dejado ninguna brecha para extorsionaros pidiendo concesiones.

—¿Pero alguna vez ha sabido Su Majestad Imperial de un sacerdote que dé algo a cambio de nada?

—Uno de mis cardenales asegura que el Papa es un loco, que adopta la pose de un primitivismo apostólico.

—¡Ja! Para ser un apóstol primitivo, aplica un método dictatorial singular. ¿Habéis leído sus *Epístolas* y sus denuncias contra el socialismo, por ejemplo?

—Las he leído. Y las apruebo en su totalidad. Han sido una preciosa ayuda en mi

propia lucha contra algunos rebeldes.

—Oh, nadie puede hallar contradicciones en las cosas que dice..., de momento. Pero son tan poco corrientes, tan extrapontificias, que uno se pregunta qué es lo que ocultan.

—¿Su Majestad está seguro de que ocultan algo?

—No, no lo estoy. Desde luego que no tengo medios de cerciorarme. Eso sólo lo lograría del mismo Papa; y lo obtendría de él sólo en el caso de que él estuviese dispuesto a darme esos medios.

—¿Su Majestad se lo ha preguntado?

—Por cierto que no. Continuamos incapacitados de entendernos. Su Majestad Imperial sabe que no hay medio de comunicación entre mi gobierno y el Vaticano. Nosotros no disponemos de otra cosa que rumores, y ellos no tienen a mano más que habladorías.

—¿Por qué no solicitáis que Adriano os reciba... a vos en persona? Me figuro que no se negará.

—Quizá no. Creo que él me ha estado tendiendo esa trampa. Pero desconfío de los griegos aun cuando traigan presentes. Se dice que él recita sus plegarias en griego, dicho sea de paso.

—Yo estoy a punto de solicitar a Su Santidad una audiencia.

—El caso de Su Majestad Imperial es distinto. No habéis recibido insultos ni humillaciones recientes.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que conservo en la memoria todos los dardos eclesiásticos que fueron lanzados contra mi padre y mi abuelo.

—¿Dardos? ¿A qué os referís?

—Por ejemplo, en 1878, Pío IX, desde su lecho de muerte, se reconcilió con mi abuelo, que había sido excomulgado, cosa que permitió que el abuelo muriese en el seno del Señor. Poco después también murió Pío IX. Mi padre quiso devolver la cortesía, ordenando que su ayudante presentara condolencias al cónclave. León, que era Camarlengo por entonces, ordenó a la guardia suiza que negara la entrada al enviado real en las puertas de bronce, y que también rechazara el mensaje.

—¡Muy clerical! —dijo el Emperador y permaneció pensativo un momento, antes de añadir—: ¿Irá su Majestad al Vaticano conmigo?

—No, Señor: jamás iré al Vaticano —respondió el Rey.

Un telegrama firmado «Guillermo II R.» dirigido al obispo príncipe de Breslau llevó al cardenal Popk a la presencia de su soberano, en la embajada de Alemania en Roma. Al saber de la intención del Káiser, el Cardenal hizo todo lo posible por apartarle de ella, y se le pidió con sequedad que se explicara.

—Majestad —dijo Su Eminencia—, nada bueno ha de salir de esa entrevista y podría producir muchos males. Nuestro Santísimo Padre es inglés y, por serlo, posee la cualidad inglesa del cinismo. Con él «*Et Petro et Nobis*» se aplica hasta el más alto



grado. Es un hombre de simpatías y antipatías fuertes, un ferviente patriota y, por tanto, un ferviente antigermano...

—¿Su Eminencia tiene pruebas de eso?

—No dispongo de una información explícita, pero viendo en qué consideración nos tienen esos isleños, así lo creo. Señor, os suplico que seáis prudente. Os suplico, os lo suplico en bien de vuestros leales súbditos católicos, que no expongáis a vuestra imperial persona al riesgo de una afrenta.

—¡Una afrenta!

—Majestad, recordad lo que sucedió con motivo de vuestra primera visita al papa León.

Guillermo II se echó a reír.

—Cardenal, es usted un buen alemán y..., en fin, un romano extraño.

—Señor, hago una distinción. De modo implícito obedezco a Adriano como Vicario de Cristo; pero me desagrada como inglés cínico. Estoy interesado en que Vuestra Majestad no tenga ocasión de experimentar desagrado ante este inglés que es el director espiritual de vuestros leales súbditos católicos.

—La solicitud de Su Eminencia es muy digna de atención. Pero he conocido ingleses a los que admiro muchísimo por ciertas cualidades que ellos poseen y de las que carecemos los alemanes. Lo que usted ha dicho estimula mi curiosidad. Quiero conocer a este peculiar inglés y deseo que Su Eminencia haga lo necesario al respecto. Le prometo que, con o sin afrenta de su parte, no afligiré a mis súbditos católicos con otra *Kulturkampf* si es eso lo que usted teme. Sin embargo, si usted aún duda y quiere convencer al Káiser, me dirigiré a mi legado o, mejor todavía, pediré la audiencia a través del obispo cardenal de Albano, que vivió un tiempo en Munich.

El obispo príncipe cardenal de Breslau regresó al Vaticano sin más y el Sumo Pontífice concedió la audiencia.

Adriano vivió una hora de terror. Estaba propenso a pensar que la tarea de tratar con un Emperador era algo demasiado grande para él. Pero tenía curiosidad por saber qué quería el Káiser. El que está sentado en el trono de Pedro contempla todo el mundo, sabiendo que ha de ver enemigos o seguidores. Adriano también estaba deseoso de tomar contacto con la persona y con la mentalidad del hombre al que había defendido como único soberano, en Europa, cuya conducta indicaba su creencia firme en el derecho divino a la soberanía, y como la única de las pocas y deliciosas personas que en el mundo pueden contemplar sus propias mentes y afirmar que son buenas. Adriano veía en Guillermo II un espécimen magnífico del tipo absoluto. Sin embargo, vacilaba en contraer una relación estrecha con él porque..., en fin, porque le desagradaba sentirse dominado y ese Miguel, tan militar, proveniente de la alta alcurnia de los Hohenzollern, olía a cuartel sin duda. De todas formas, los papas habían recibido a los emperadores antes de ahora y no siempre los emperadores se habían impuesto. ¿Pero podría sentir amor por ese hombre? En cualquier caso, podría procurar ahorrarle inconvenientes. ¿Cuál sería la intención del Káiser? Sabía que iba

a pedirle una cosa u otra, y tenía miedo: miedo de decir, como siempre, más de lo que en realidad quisiera decir y de dar, como siempre, más de lo que hubiera necesidad de dar. No obstante, esto último podía evitarse. En esta ocasión aplicaría una norma: escuchar poco, preguntar menos, afirmar lo mínimo y no conceder nada de momento. ¡Bien! Así se haría. Ordenó que llevaran al salón del trono un par de sillones cómodos y una mesilla provista de cigarrillos, papel de liar y tabaco, esa mezcla Crab inventada por George Arthur Rose. Se sentó en uno de los sillones, junto a la ventana, tomó el pequeño cáliz de oro que llevaba sobre el pecho y lo sostuvo entre sus manos mientras aguardaba la llegada del Emperador. Sus ojos se aquietaron, graves. Sus labios se movían veloces. Una serenidad singular surgió en su interior... El maestro de ceremonias anunció: «El duque de Königsberg».

—La visita de Su Majestad nos causa un gran placer —fue el saludo que el Apóstol dispensó al Káiser, pronunciándolo con su voz clara, joven, de tonalidad menor, que ya era tan conocida en Roma. Los dos potentados se midieron mutuamente con una mirada. El Emperador, elegante en su sencillo traje de gala con su banda, cruz y estrella, tenía la cabeza apenas cónica del pensador, del hombre obstinado y sincero. El Papa, un año más joven, daba la impresión de una simplicidad límpida, con su hábito blanco y su cara pálida y afilada. Se advertía distancia, reticencia, en su mirada. Había recordado la osculación teutónica de Guillermo a su indigno predecesor y, cuando el Káiser se le aproximó, cogió la mano imperial y la estrechó con ese estilo inglés que advierte: contento de verle, pero manténgase a distancia prudencial. El uso habitual de tensores había dado a la mano del Papa la fuerza de una prensa y a su brazo la de una varilla de acero. El Emperador parpadeó una vez.

—Doy las gracias a Su Santidad por recibirme de esta manera informal.

El Papa inclinó la cabeza, hizo un gesto invitando a su huésped a tomar asiento y le ofreció cigarrillos. Él mismo lió uno y, tras encenderlo, se sentó.

—Tengo el placer de dar personalmente la enhorabuena a Su Santidad por su elección, y confío en que Dios ha de brindarle muchos años en los que pueda gobernar a su grupo de fieles con rectitud y sabiduría.

—Nuestra sincera esperanza está en que nuestra labor como pastor del rebaño de Cristo sea aceptable.

—Son muchos los católicos de mi imperio, y debo decir que sus virtudes merecen mi aprobación total.

El Papa volvió a inclinar la cabeza.

—Tengo entendido que Su Santidad jamás ha visitado Alemania.

—No. Hasta el presente la nuestra ha sido una vida sin importancia. Somos casi ignorantes del mundo y de los hombres, con la excepción, quizá, del punto de vista exterior de quien observa y estudia.

—Mi santa madre soba citar un dicho inglés que afirma que el espectador ve la mayor parte del juego.

—Todos los dichos ingleses de significación positiva tienen un paralelo de sentido negativo: «La ausencia aumenta las ansias del corazón» y «Ojos que no ven, corazón que no siente». El que ha citado Su Majestad se contradice con aquel que afirma «Sólo el que recibe los golpes lleva la cuenta». Es decir que hemos aprendido mucho de lo que se ha hecho, pero muy poco sobre los detalles de cómo se ha hecho.

—Eso, por supuesto, viene por herencia o por práctica...

—O por ciencia infusa.

—Me temo que no comprendo.

El Papa, de pronto, tuvo miedo de haber apelado como un culpable ante ese poderoso Emperador, como si solicitara gracia y piedad por su origen plebeyo y su inexperiencia. ¿Implicaba eso atribuirse los problemas a sí mismo? Se apresuró a desviar la conversación de su persona.

—Nuestro predecesor san Pedro era un plebeyo iletrado de ninguna importancia, pero por la divina ciencia infusa, Su Santidad fue capaz de sostener las llaves del reino del cielo y ganar la palma inmarcesible que está junto al obelisco.

—Ah, sí. Confío en que Su Santidad tenga ese mismo poder. No tengo dudas de que así será. El favor del Todopoderoso parece asistir a los hombres de nuestra nación en muy alto grado.

—¿Nuestra nación?

—Sí. Su Santidad recordará que, por nacimiento, soy medio inglés.

—Oh, claro que sí. Pero en Inglaterra se piensa que Su Majestad es completamente alemán.

—No se me ha comprendido bien en Inglaterra —una vez más una inclinación silenciosa de la cabeza hizo que el Emperador prosiguiese—. También me han entendido mal en Alemania. El inglés sospecha que tengo planes malignos contra Inglaterra; mi imperio ha sospechado que mi inclinación hacia ese país es tan grande que interfiere con mi deber de velar por los intereses de Alemania.

—Ambas sospechas son igualmente gratuitas.

—Ambas. En lo que se refiere al deber, primero pienso en los intereses de Alemania, pero, por el bien mismo de esos intereses, estoy deseoso de cultivar la amistad de Inglaterra. Personalmente, aprecio en mucho no pocas de las cualidades inglesas, como bien lo saben mis numerosos amigos ingleses. Y, aunque era una persona terrible, tengo una admiración genuina e inmensa por mi nunca bastante alabada abuela, la gran reina Victoria. Ella sí que fue una mujer, una Reina...

—En ese aspecto el comportamiento de Su Majestad fue magnífico. Nos os vimos en las exequias y advertimos signos de vuestro control y observamos vuestro porte. Por cierto que rendimos honor a vuestra espléndida piedad. Por entonces en Inglaterra había un sentimiento unívoco hacia Su Majestad.

El Káiser estaba conmovido: su brazo izquierdo se estremeció una o dos veces.

—Las palabras de Su Santidad —revolvió sus ojos feroces— son muy gratas para mí. ¿Pero qué he hecho desde entonces... para perder...?

—Majestad, en la mente inglesa sois Alemania rediviva.

—Yo soy Alemania.

—No es de Su Majestad de quien no se fía Inglaterra, sino de los alemanes.

—Pero ¿por qué, por qué?

—Los ingleses dicen: «Si me quieres, ¿por qué me zurras?» Ellos no creen en el interés amistoso de Su Majestad porque cometen el error común de confundir el juicio particular con el universal. Su Majestad es el chivo expiatorio. Ellos os atribuyen los pecados del gusto execrable de algunos de vuestros periodistas, y de la diplomacia sombría de algunos de vuestros estadistas, y ellos os llevan a terrenos salvajes.

—¿Su Santidad está en conocimiento de las dificultades con las que tengo que enfrentarme?

—Nos causan una absoluta sorpresa la inercia, la estolidez, la volatilidad y la inconstancia del material que han de regir, doblar y configurar los gobernantes. Nos simpatizamos por completo con Su Majestad respecto de las dificultades que llenan vuestra vida. De igual modo, para mencionar los particulares, sabemos del método magistral que Su Majestad emplea para tratar con los demagogos, y lo aprobamos.

—Me alegra oír esto y me llena de complacencia saber que existe un punto en el que puedo estar de acuerdo con Su Santidad.

—Confiamos en que haya muchos puntos en los que Nos podamos no estar de acuerdo con Su Majestad.

El Káiser se mostró sorprendido.

—No comprendo —dijo.

—El acuerdo completo implica un estancamiento completo. El desacuerdo, al menos, significa actividad y sólo por la actividad lo óptimo se torna manifiesto y viene aprobado.

—Santidad, os ruego que me disculpéis. Ahora comprendo. Ésa es una doctrina muy amplia y digna de ser siempre recordada. He de procurar tener presente vuestras hermosas palabras: porque lo óptimo es lo que busco para Alemania.

—Y Alemania jamás lo encontrará en el socialismo, que pretende esa imposibilidad ridícula llamada igualdad, que implica que el holgazán B adquiera lo que el activo A ha ganado. Toda la historia demuestra que el *Áristos* sólo surge del conflicto. Ésa es una verdad en la que se debe insistir. Al mismo tiempo, nos regocija ver que Su Majestad ha sido inspirado para distinguir entre los charlatanes y sus engaños. Mucha injusticia harán a la humanidad sufriente los que no se tomen el trabajo de recordar que, cuando el hombre sano es herido, aúlla y apela al alivio que más cerca tenga. El gobernante sensato trabaja para el beneficio de sus súbditos yendo en línea recta a la raíz de los asuntos, extirpando las causas del mal. Pero no nos proponemos predicar a Su Majestad. Vos, sin duda, teníais una finalidad definida al venir a Nos.

—Sí, tenía sin duda una finalidad definida, pero no tenía idea de que habría de

discutirla con un Pontífice que poseyese una intuición tan completa de mis propios sentimientos imperiales.

—Nuestro deber es el de sentar lazos de simpatía con todo el que luche por lo óptimo.

—La gentileza con que Su Santidad me ha recibido y las verdades inolvidables que con tanta nobleza ha enunciado facilitan mi intento. Deseaba consultar a Su Santidad para tener conocimiento de lo que piensa acerca de ciertos asuntos. En la actualidad, como sabéis, mi frontera oriental está amenazada por Rusia; mi frontera occidental, por Francia y, en mi frontera septentrional existe un tercer conflicto de mayor complejidad. Los germanos de Austria demandan ser admitidos en el Imperio germánico.

—¿Podéis admitir... anexionarlos? ¿Será bueno para vos hacerlo?

—Santidad: debo hacerlo; como Emperador germano debo proteger a los germanos. Mientras vivió Francisco José, sus súbditos germanos estaban felices de vivir en Austria como austríacos. Ahora que Bohemia y Hungría se separan de Austria, esos súbditos ya no están contentos. Austria no existe ya. Los fragmentos que la componían están separados para siempre y...

—¿Polonia?

—Santidad, en mi imperio no existe Polonia.

—¿No? Su Majestad cree que los germanos austríacos serían más felices bajo su gobierno. ¿Corréis el riesgo de encontrar oposición si os anexionáis ese país?

—Una oposición tremenda. Francia y Rusia declararían la guerra de inmediato.

—¿Con posibilidades de victoria?

—Sin ninguna posibilidad de victoria. Las fuerzas de mar y tierra de mi glorioso ejército alemán conquistarán Francia y Rusia.

—¡Majestad! ¡Majestad! Y a pesar de eso... os habéis puesto a bien con cientos de miles de refugiados franceses.

—Gracias a la iniciativa graciosa de Su Santidad, se puede considerar que toda la Francia cristiana arde en deseos de entrar en el Imperio alemán, o de volverse inglesa, por gratitud.

—Pero Rusia... Rusia es inmensa, inmensamente poderosa.

—Excusadme, Santidad, pero, ¿leéis los periódicos ingleses?

—Diecinueve con suma atención; treinta y siete a través de los recortes que se seleccionan para nuestra lectura.

—¿Los periódicos ingleses están bien informados, son dignos de crédito?

—Los diarios de un penique y de tres, los semanarios de tres peniques, los mensuales de un chelín y de media corona en general están bien informados y son dignos de crédito.

—Pues bien, entonces he de decir a Su Santidad que, de acuerdo con un diario inglés de un penique, Rusia no tiene poder militar. La amplia mayoría de sus oficiales son de una incapacidad abyecta. Los soldados se reclutan todos entre la clase

campesina y, según sus propios generales lo admiten, no son dignos de ninguna confianza; carecen de inteligencia y de iniciativa; y no saben obedecer, tal como sus oficiales ignoran cómo mandar. La derrota que Japón ha infligido a Rusia no les ha enseñado nada. Durante años incluso ha existido entre los patriotas rusos del norte, del sur, del este y del oeste, el singular anhelo de sufrir una derrota abrumadora ante una potencia europea. Sólo de esa manera, dicen, pueden ser liberados de la aplastante tiranía anárquica bajo la que padece todo el país. Aun suponiendo que Rusia estuviese unida —que no lo está—, afirmo que no tiene oportunidad de una victoria definitiva ante el ejército y la marina alemanes. Afirmo que las cifras han inspirado toda una serie de temores exagerados a su poderío militar. Afirmo que sólo la fanfarronada (la Fanfarronada, si Su Santidad me permite usar esta palabra), la fanfarronada sola ha servido a los propósitos rusos. Rusia la seguirá usando hasta que se enfrente con una actitud resuelta que no permita posibilidad de error. El temor a Rusia se parece al temor a un niño que llevara una máscara horrible. Si Rusia atravesara mis fronteras, marcharía hasta su caída final. Y, lo que es mejor que todo esto, los rusos lo saben tan bien como yo.

—Su Majestad parece haber demostrado su tesis. Bien: conquistaréis Francia y Rusia, ¿y después?

—Las anexionaré a mi imperio.

—¿En ese momento es posible que halléis alguna oposición?

—No lo sé. Estoy a punto de discutir este tema con mi tío. Entre tanto mis embajadores realizan consultas con Chamberlain y con Roosevelt. Por mi parte, estoy tratando el asunto con mi primo, el rey de Italia.

—¡Ah..., el rey de Italia! ¿Y qué desea Su Majestad de Nos?

—Me complacería saber la actitud que Su Santidad aconsejará a los católicos de mi imperio, y a los demás católicos, en caso de que yo iniciara esas acciones.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo mis súbditos católicos son leales. No permitiré que ninguno de mis súbditos sea desleal. Deseo brindarles total libertad de religión, pero no toleraré oposición a mi política de Estado.

—Con respecto a Polonia...

—Polonia no existe.

El Papa puso su mano sobre la mesa... pontificalmente.

—¿Podría Su Majestad, por seguir la conversación, avenirse a imaginar un territorio llamado Polonia, en parte ruso, en parte germano, habitado por una raza que no es germana ni rusa, una raza muy conservadora de sus tradiciones? En el caso de su anexión de Francia y de Rusia, por ejemplo..., y de Austria, que está compuesta por dieciséis razas diferentes que hablan treinta y dos lenguas diferentes, las diversas nacionalidades de partos, medos y elamitas...

—¿Partos, medos y elamitas?

—Vaya: croatas, eslovenos, dálmatas, y los habitantes de Bosnia y Herzegovina,

para no mencionar a checos y magiares; en el caso de que os anexionarais a todos ellos, os veríais obligado a considerar las características raciales de vuestros nuevos súbditos. Pues bien, al mismo tiempo, ¿no sería aconsejable que considerarais las características raciales de Polonia?

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, ¿concederíais a Polonia la lengua polaca y un rey y una constitución polacos bajo vuestra soberanía?

—¿Su Santidad se refiere a algo similar a una federación, tal como su propio país ha puesto en práctica con tan buenos resultados?

—Sí.

—No lo había pensado. Merece mi profunda consideración.

—¿Y qué ocurriría con los otros fragmentos de Austria y con los Estados Balcánicos?

—No lo sé. El Sultán tendría algo que decir.

—¿Y qué dirá?

—Debo confesar a Su Santidad que estoy muy desencantado de Turquía. He mirado a ese país como potencia militar, cuya capacidad de ejercer control sobre Rusia y de evitar el estrangulamiento político de Alemania en Europa, manteniendo abiertas las puertas del este, debe ser reforzada a cualquier coste. Por esta razón he rearmado prácticamente las fuerzas del Sultán; muchos de los oficiales turcos han pasado por mis academias militares. Podría decirse que he forjado el ejército turco. Todo para nada. Me ha jugado una mala pasada el nuevo Sultán. Me temo que ahora Turquía estará más influida por Inglaterra y por Italia que por mí.

—¿Está ciego ese Rey?

—¿Quién? ¿Mi tío?

—No. El de Italia.

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo pregunta Su Santidad?

El Supremo Pontífice se puso de pie.

—Damos las gracias a Su Majestad por lo sincero de su conversación; os aseguramos nuestra buena voluntad. Examinaremos los asuntos que nos habéis explicado.

—Espero haber... —pero no había lugar a error en el rostro impasible. Y Guillermo II era uno de los hombres más inteligentes del mundo, y también era inglés a medias—. Estaría muy reconocido si Su Santidad escribiese esa doctrina del *Áristos*. La apreciaría en mucho.

El Papa se sentó ante una de las escribanías y trazó un par de líneas con su magnífica caligrafía del siglo xv.

—Ésta será una de las joyas en la herencia de los Hohenzollern —dijo el Káiser.

—Que Dios os guíe, bienamado hijo.

Adriano paseó esa tarde con el cardenal Semphill por la Via Nomentana, hasta Santa Inés extramuros. Era una de esas decididamente bellas tardes romanas de

otoño, cuando caminar representa el punto máximo del goce tonificante, al que espera como punto final una taza de té. Hablaron de libros, en especial de novelas: Su Eminencia aseguró que las novelas de Anthony Trollope le proporcionaban en conjunto una satisfacción vital. Dijo que en ellas había mucho más de lo que en general se suponía. El Papa convino en que constituían una lectura fácil y muy placentera, de un delicioso carácter anodino. Sus propias preferencias iban al *Esmond* de Thackeray. Sin embargo, no se comprometía en una aprobación de todas las obras de cualquier escritor en particular, simplemente porque ningún hombre es capaz de brindar siempre lo máximo. Al atravesar la Porta Pia hacia Venti Settembre, Adriano señaló el palacio situado a la izquierda de la puerta diciendo:

—¿Ha estado usted allí alguna vez?

—No, Santidad. Al menos no desde que llevo esto —y señaló su ferreruelo color bermellón.

—¿No cree que si la pidiéramos con buenos modos nos darían una taza de té?

El Cardenal rió entre dientes, con malicia.

—Opino que el Embajador inglés tendrá mucho gusto en establecer contacto con Su Santidad tomando una taza de té.

Adriano tocó la campanilla.

—Semphill —dijo mientras esperaban en la puerta—, si hubiese señoras allí dentro, usted hablará con ellas y les rogará que nos dejen a solas con el Embajador.

Sir Francis estaba en la Embajada. Y se sintió muy honrado. Otro tanto ocurrió con los dos secretarios. Y no había damas, y había té. El cardenal Semphill se dedicó a los secretarios y les contó algunos chistes de clérigos. Los funcionarios festejaron mucho los chistes (que eran graciosos) y más aún al ocurrente clérigo que los contaba. El Papa mencionó al Embajador que había recibido una visita del duque de Königsberg esa mañana y derivó hacia una investigación acerca del lugar en que podría hallar mapas dignos de confianza. Sir Francis habló de Stanford de Longacre y se mostró muy interesado. Quizá hubiese algún mapa en particular que Su Santidad quisiera consultar. Estaban bastante provistos de mapas en la Embajada. Tal vez el Santo Padre condescendiera...

—No, gracias, Sir Francis. Le interpelarían en el Parlamento si Nos le pidiésemos mapas en préstamo. En fin, a lady Wimborne le dará un ataque cuando sepa que usted ha invitado a té a la bestia de diez cuernos.

—No tengo miedo de eso, Santidad.

—No, claro que no. Pero Stanford nos proporcionará la información que necesitamos, a menos que usted nos diga —el interés del Embajador se concentró— qué va a hacer Inglaterra en esta crisis.

—Puedo comunicar a Su Santidad algo que ha hecho y que aparecerá en el *Times* de mañana. Inglaterra y Turquía, las dos grandes potencias mahometanas, han establecido hoy una alianza ofensiva y defensiva.

—Lo que significa que los intereses de Inglaterra se hallan en Asia y África y no



en Europa.

El Embajador tuvo un sobresalto leve.

—¿Puedo preguntar por qué Su Santidad piensa eso?

Adriano se puso de pie y se despidió con un apretón de manos.

—A causa de la alianza previa de Inglaterra con Japón; por la consciente simpatía inglesa con los bárbaros. Entienda «éxito» en lugar de «simpatía», si lo prefiere. Y por favor recuerde que no es un juicio infalible.

—De todas maneras, es muy inteligente —respondió el Embajador con una sonrisa cortés.

—Muchas gracias por el té. ¿Me ha dicho Stanford? Adiós. Ah, Sir Francis, recuerde que en el Vaticano no hay puertas cerradas.

Adriano habló mucho durante el resto del día y soñó con afán durante la noche; primero, acerca de ciertos portentos relacionados con los nudillos del Emperador; después, con enormes mapas sobre los que todo el mundo se arrastraba; y, por fin, tuvo su habitual sueño favorito, en el que era invisible y estaba severamente desnudo, provisto de unas enormes alas blancas, y volaba como si nadara entre los hombres, viendo, viendo y viendo, lanzándose en terribles vuelos en picado con toda facilidad. Por la mañana se produjo la reacción. Se encontraba apático, quería estar solo. Le dejaron solo y por varios días estuvo inaccesible, escribiendo y quemando lo que escribía. El palacio, con sus cincuenta pabellones separados, sus mil cien habitaciones, sus catorce patios, dejaba oír el zumbido del movimiento de la población de un pequeño pueblo. Arriba, en las cámaras que estaban inmediatamente debajo del tejado, en los grandes y encantadores jardines de la ladera de la Colina Vaticana, halló Adriano paz y silencio. Pasó horas pensando, paseándose y fumando cigarrillo tras cigarrillo, mirando por las ventanas u observando la hierba de otoño. A veces se quedaba absorto contemplando la perfecta belleza de su nueva cruz, acariciándola con dedos gentiles. Un maletín lleno de amplios mapas llegó desde Londres. Adriano los colgó sobre sus paredes marrones vacías y los escudriñó. Por la noche, se levantaba a menudo y permanecía ante ellos, hasta que le dolía el pecho y el brazo se le quedaba rígido por el peso de la lámpara. Envió una carta autógrafa al rey de España, y recibió una respuesta que iluminó su ceño. Adriano concentró su mente en el futuro. Comenzó a forjar sus planes.

A comienzos de noviembre, firmó los decretos de canonización de madame Jehane de Lys, conocida por el nombre de Juana de Arco; simultáneamente publicó una *Epístola a los alemanes*. Pocos fueron los que advirtieron la verdadera naturaleza de la paradoja. Los franceses que seguían siendo cristianos se alegraron hasta tal punto por el honor acordado a su heroína nacional, que no fueron capaces de apreciar el verdadero significado de la *Epístola*. Los alemanes estaban tan ocupados con el contenido de la *Epístola*, que la glorificación de una francesa pasó inadvertida. En Inglaterra se pensó que el Papa tanteaba su camino. El *Worldly Christian* preguntó qué se podía esperar de un jesuita; el *Daily Anagraph* comparó al Pontífice con

Maquiavelo. No cabía duda de que la *Epístola a los alemanes* era notable no tanto por su contenido cuanto por su poder de sugestión. Era una obra maestra de lo que Walt Whitman llama revelación a través de rodeos borrosos. El Káiser no sabía si sentirse satisfecho o insatisfecho con ese documento. Adriano alababa a los teutones por sus costumbres poéticas (en el sentido griego de «creativas») y diligentes. Se detenía con admiración en los muchos beneficios que la civilización debe a la facultad constructiva de los alemanes. Pero indicaba la necesidad de «aire libre y aguas frescas» tanto en el campo de lo físico como en el de lo intelectual dentro de la vida alemana. «Una proyección es lo que necesitáis, el libre movimiento de la mente y del cuerpo. El estancamiento alimenta la purulencia, la amargura rencorosa y sofocante. Vivir rumiando nunca ha de traer satisfacción, como no la traerán el hierro ni la sangre, sino sólo el oro del amor. Por tanto, bienamados hijos, buscad vuestra salvación en el amor. Amaos los unos a los otros primero, sed pacientes, sabed que el amor se manifiesta en la obediencia y que proporciona una recompensa de valor incalculable.»

## CAPÍTULO XIV

JERRY Sant se cruzó con Mrs. Crowe mientras ella paseaba en victorias de alquiler, en compañía de personas que llevaban gorros elegantones. La experiencia profesional le permitía reconocer a las águilas reales. Tres o cuatro veces la vio vestida con su traje de fiesta color malva, de camino hacia alguna reunión. De todo eso dedujo que Mrs. Crowe se lo estaba pasando bien; dado que era muy contrario a los principios del partido eso de que alguien se divirtiese al margen de la supervisión socialista, se puso un lazo rojo y fue a visitarla. Era un día húmedo: Mrs. Crowe no tenía nada especial que hacer y no se mostró reacia a hablar de sí misma. Al observar la sudorosa vulgaridad del visitante, Mrs. Crowe vanidosamente refirió al plebeyo cómo había atrapado a la Honorable Mrs. Esto, a la Baronesa von Aquello y a Lady Cualseasunombre de lo Otro. Eran tan encantadoras. Sus reuniones y guateques eran tan embriagadores. Y se podía encontrar gente enteramente maja, ya sabe. Las millonarias americanas resultaban tan divertidas. Tenían unas maneras tan chocantes. Mrs. Crowe había visto, en concreto, a una tomando la sopa del plato. El malhumor de Jerry se fue acentuando durante la charla y de pronto estalló:

—Yo sé tomar la sopa mejor que ésa; la tomo con una cuchara, y no directamente del plato.

—Claro que sí, Mr. Sant. Pero las mujeres americanas no tienen ninguna clase de educación.

—Pues eso; ya vale. Oiga, la he dejao ir por su camino un poco y creo que ya es hora de que me presente a alguna de sus importantes amigas. No estoy muy contento en el hotel, y además me lo debe.

Mrs. Crowe encontró que el hombre se convertía en un engorro repentino y mayúsculo, pero no era posible que riñese con el que tenía la bolsa.

—Créame, si es que se le ha pasado eso por la cabeza, que no quiero tenerle apartado. Pero no veo muy bien cómo podría hacer para llevarle conmigo. Usted no conoce a ninguna de esas personas.

—¿Y qué hay con eso?

—Ay, qué hombre tan simple, por supuesto que tendría que ser presentado.

—¿Y usted cómo fue presentada?

—Ah, yo me he convertido, sabe usted.

—¡Aaaj! Pues sepa usted que yo no estoy por eso de ser convertido, como usted lo llama.

—No, me figuro que no. Me parece que es una lástima, sabe usted, porque estoy segura de que no tendría inconvenientes si lo hiciese.

—¡No lo haré!

—Quizá si yo sospechase que usted estaba pensando algo...

—De acuerdo, ahora puede pensarlo. Pero mire, mujer, ¿por qué no me presenta

usted misma?

—Oh, no es posible. La gente preguntaría quién es usted...

—Yo soy el que le paga las cuentas.

—¡Pero cómo puede decir semejantes cosas!

—Porque eso soy.

—Sí, ya sé que lo es, pero no hay necesidad de decirlo con tanta rudeza. Le diré lo que yo podría hacer. Vaya a esa casa de té de la Plaza de España todas las tardes, de cuatro a cinco. Estoy segura de que iremos mañana o pasado con algunas amigas; si usted me saluda con una inclinación de cabeza, yo haré como que le reconozco y le invitaré a nuestra mesa.

—Mujeres, todas iguales. ¿Quién paga las notas?

—Algunas veces yo; otras, alguna de mis acompañantes.

—Bien, entonces iré. Y le advierto que pediré un buen montón de pastas, raciones de tarta y todo eso. Pagaré yo, y no me importa que me vaya a costar tres chelines, siempre que me presente a alguna de esas coquetas.

—Muy bien. Pero recuerde, usted está interesado en convertirse al catolicismo.

—No es así.

—Pero, por favor, Mr. Sant, tiene que estarlo. Así ellas se interesarán en usted y le invitarán a sus fiestas.

—Ah, vaya, entonces sí.

—¿Quién es este Mr. Sant? —preguntaba un picto a un irlandés (quien delante del apellido usaba un «The»). Esa pregunta enfática era planteada en una fiestecilla que, dos semanas después de la anterior confabulación, se llevaba a cabo en el piso que en el Palazzo Campello tenía Mrs. O'Jade.

—No lo sé muy bien, pero se trata de un amigo de esa Mrs. Crowe que se convirtió el otro día.

—¿También él es converso?

—No, todavía no; pero dice que querría convertirse. Los dos son de la Liblab, ya sabe usted.

—Oh, sí, he leído algo sobre esa gente en los periódicos. ¡Qué punto se podría anotar la Iglesia! ¿Qué piensa de él?

—Parece bastante serio, pero apenas si ha abierto la boca para decir algo de sí mismo. Y no me parece que sea un caballero, ya me comprende.

Adriano estaba sentado a un extremo de una de sus largas y desnudas mesas. A cada lado de él descansaban dos grandes cestas numeradas. En el extremo opuesto, una gran saca de cuero contenía la correspondencia pontificia. A los lados de la mesa permanecían de pie los dos caballeros de la cámara apostólica munidos de estiletos. El Papa abrió el saco y Sir John y Sir Iulo, por turno, extrajeron un puñado de cartas y las desplegaron ante la vista del Pontífice, quien observaba la grafía de cada una y

decía el número de cesta a la cual iba a dar la carta. Cuando la saca estuvo vacía, comenzó a considerar el contenido de las cestas. Todas las cartas que se hallaban en la primera iban dirigidas «A Su Santidad el Papa, Prefecto de la Santa Romana y Universal Inquisición». Adriano tomó el estilete de manos de Sir Iulo y con él abrió cada uno de los sobres que le presentaba Sir John, para devolverlos abiertos a la cesta; a continuación serían enviados al Cardenal Secretario de Estado, para que leyera las misivas. Los dos jóvenes se sentaron a la mesa, abrieron los sobres de la segunda cesta y los pusieron al alcance de la mano del Papa. Eran cartas cuya escritura no resultaba conocida. Adriano las leía y las acomodaba ante sí en distintos montones: encima de cada montón, como pisapapeles, había una miniatura de un lingote de cobre puro, cuyo color agradaba muchísimo a Adriano. Dos cartas fueron puestas boca abajo, en un montón aparte. Los sobres de la tercera cesta fueron abiertos y los caballeros extrajeron las cartas: Adriano les echó una mirada y las ordenó. La cuarta cesta contenía periódicos, que fueron abiertos y examinados por Sir John, quien buscaba los párrafos marcados. Si hallaba alguno, Sir Iulo doblaba el periódico y lo apartaba. En caso contrario, el periódico era rasgado y volvía a la cesta. Entre tanto, el Papa revisaba con atención las cartas que había apartado. Los caballeros colocaron un par de fonógrafos sobre la mesa, insertaron cilindros nuevos y se retiraron. Adriano se puso de pie y cerró las puertas. Cogió las cartas apiladas debajo de los lingotes y dictó ante la máquina formales acuses de recibo y una breve bendición, o instrucciones específicas para respuestas detalladas, hasta que todas fueron atendidas, excepto las dos que habían quedado aparte y otras tres más. El Papa abrió la puerta. Los caballeros entraron para llevar los aparatos con los cilindros grabados a los cardenales Sterling, Whitehead, Leighton, Della Volta y Fiamma, que actuaban como secretarios pontificios en la novena antecámara. Adriano escribió de su puño y letra a su bienamado hijo Guillermo, a su amado hijo Edmundo, conde maestro de ceremonias de Inglaterra, y a su amado hijo A. Pandera. Una vez ensobradas y escritas las señas en cada carta, Adriano quedó a solas. Cogió las dos que quedaban sobre la mesa y se acercó a un sillón colocado junto a la ventana. Lió y encendió un cigarrillo antes de estudiar aquellas cartas.

«Reverendo y querido Señor:

»Desde nuestra última agradable entrevista, cuando tuve el placer de hablar a su señoría sobre el tema del socialismo, he estao esperando con ansiedá el favor de un reconocimiento del mismo. En caso de que el tema se le haya deslizado de la memoria, debo recordarle que le informé en tal ocasión de que la Hermandá Liblab no estaba mal predispuesta a dar su cuidadosa consideración a cualquiera propuesta que a usted le pareciese adecuada, con vistas a cooperar con nosotros contra la horda cosmopolita de cerdos del oro que monopolizan los medios de existencia, producción, distribución e intercambio a fin de lograr un cambio completo en todo el organismo social. No puedo entender cómo usted no me ha favorecido con una respuesta direta, a menos que

haya otra cosa que usted pudiese querer que se le explicara más a fondo, en cuyo caso yo sería verdaderamente feliz si pudiese ir a visitarle, previa cita, por la que ahora estoy esperando en la dirección arriba mencionada, descuidando mis asuntos, con una pérdida considerable y con unos cuantos gastos e inconvenientes para mí mismo, en los que un hombre que esté en una posición humilde, comparada con la de su señoría (!) no puede meterse y la cortesía normal exige que se le atienda. Por lo tanto confío en que, a la vista de los hechos no del todo agradables que están en mi conocimiento, que su señoría vea adecuado concederme una entrevista privada lo más pronto que pueda. Esperando que no he de tener la oportunidad de verme obligado a avanzar más en este tema si usted no me deja otra ocasión que la de obrar así, y asegurando a su señoría que sus estimables instrucciones sobre el lugar y la hora del encuentro han de gozar de mi atención más completa y más pronta, quedo, Señor, suyo

Camarada Jeremiah Sant. H. L.

»P. S. Quizá deba mencionar a modo de pista, que nosotros podríamos llegar a un arreglo según nuestras mutuas conveniencias y sin tomar en cuenta lo dicho en las últimas líneas, y ruego que su reverendísima señoría tome en consideración que estaré dispuesto a complacer sus deseos, si los términos son adecuados. Solicitando saber de usted muy pronto y a la espera de que cualquier malentendido sea aclarado en ese momento, saluda

J. S.»

«Queridísimo, queridísimo Georgie:

»Aunque usted ya no tiene ese nombre tan dulce, mi corazón es siempre fiel y no me permitirá llamarle por ningún otro. Tal vez le recuerda a usted en aquel día, hace mucho tiempo, cuando se habían desbordado los ríos en el campo y junto con Joseph volvíamos de Bellamys, y usted me alzó en sus fuertes brazos y me cruzó al otro lado del sendero, para que no me mojara los pies. Cómo rió Joseph. Él jamás había pensado que merecía la pena cuidarse de mí como lo hizo usted en esa ocasión. Pero yo supe que lo había hecho porque me amaba, y desde entonces mi corazón fue en su busca y nunca ha vuelto a ser mío. Si usted supiese cuánto lamento los inconvenientes que después surgieron, estoy segura de que se apiadaría de mí un poco. Georgie, perdóneme. Mi amor fue lo que me volvió loca. Me odio a mí misma por lo que hice y daría cualquier cosa por deshacerlo. Estaba loca perdida entonces. No sabía lo que hacía ni que usted se lo tomaría tan por lo serio. Georgie, usted siempre ha sido bueno y yo perversa. ¿Pero no me ha castigado ya lo bastante? Piense en lo que he tenido que sufrir todos estos años lejos de usted. Cada vez que se ha negado a reparar en mí, ha sido como si me dieran una puñalada en el corazón. Georgie, apiádese de mí. Quiero que sepa que cada día vigilo su ventana y le sigo cuando sale a pasear por la ciudad. Varias veces me ha rozado en la calle sin saberlo, porque yo no haría nada que pudiera dañarle, queridísimo Georgie. Sé muy bien que

no se admiten mujeres en su palacio, porque me he convertido al catolicismo para estar un poco más cerca de usted, porque todos los sacerdotes tienen llaves. Georgie déjeme ir a su lado y ser su ama de llaves. Le doy mi palabra de honor de que le serviré con fidelidad y en todo sentido. Podríamos ser tan felices. Nada me daría más placer que desollarme los dedos trabajando para usted. Georgie, créame si le digo que estoy dispuesta a humillarme hasta ese punto por usted. Claro que nunca hablo de nuestras relaciones anteriores, como no sea para decir que nos conocimos un poquitín en vida de Joe. Pero de amor nunca digo nada, porque mi maldad lo cortó en flor y nunca ha sido más que una prueba para mí, y yo no quisiera que mi amor le hiciese ningún daño. No piense que esto último significa que haya ningún rencor, no es así, pero yo sé que usted no se fía de mí. Sólo quiero decir que sería mejor para los dos si usted no siguiera siendo tan desalmado y tan desdeñoso para con

Su devota y enloquecida

N.

»P. S. Tengo la sospecha de que el hombre que está conmigo no es amigo suyo. Georgie, sea sensato y déjeme verle, al menos para decirle cuáles son mis sospechas. Sólo tengo en mente su bienestar, Georgie; no me rechace, Georgie.»

Adriano leyó esas cartas dos o tres veces, advirtiendo los aullidos y alaridos de una, los suspiros y gimoteos de la otra, las amenazas encubiertas de ambas. Se volvió hacia la ventana y perdió la mirada en el vacío hasta que terminó de fumar el cigarrillo. Sus labios finos adquirieron una rigidez despectiva y volvieron a dibujar una línea recta, inflexible. Sentía el impulso de hacer que el hombre terminara en una cuba de vitriolo, si semejante objeto se hubiese podido hallar entre las pertenencias pontificias; en cuanto a la mujer, recordaba la sentencia de George Meredith, y hubiera querido extraer de ella todo el jugo en un solo apretón, para después arrojarla a las divinidades que coleccionan limones secos. Al cabo de un minuto se dijo: «A los perros, a los sucios, abyectos y obscenos perros». De improviso escupió; después, llevó las cartas a la caja de seguridad de su dormitorio, donde las dejó guardadas. Se prohibió a sí mismo volver a poner la atención en ellas. Era consciente de que ese comportamiento era errado. Pero así era. Tenía por delante una tarde muy ocupada; diligente, leyó su breviario para prepararse una actitud mental conveniente. A fin de proseguir con su política de dar énfasis a la diferencia entre la iglesia y el mundo, había convocado a todos los generales de las órdenes religiosas. Quería decir a cada uno algunas palabras de advertencia, palabras que fuesen memorables, que pasaran de una mente a otra, del místico al portador del tirso, del general al postulante. Casi disfrutaba ahora al poner etiquetas a la gente y a las cosas, porque podía hacerlo con una finalidad determinada. Por otra parte, sentía que sólo estaba tocando superficies. Sin embargo, aquí y allá la superficie puede ser suave y capaz de recibir una impresión: o aquí y allá tal vez hubiese una fisura o una grieta en la que él quizá lograra meter un cartucho. De alguna manera, de cualquier manera, sus palabras y

actos debían ser pensados para que penetrasen en la raíz de las cosas, para influir en los fundamentos de las cosas.

A las tres de la tarde en punto se sentó en el trono. Uno por uno los generales pasaron ante su presencia; oyeron las palabras apostólicas y salieron los siervos, premonstratenses, agustinos, cistercienses, cartujos, oblatos, maristas, pasionistas, carmelitas, dominicos. Al General de los trinitarios le encomendó el África y ordenó que veinte frailes predicaran como en los viejos tiempos, en los mercados y plazas de Inglaterra, Canadá y Australasia, hablando de las misiones africanas. Al General de la Orden de la Caridad no quiso decirle nada, de momento, acerca de las cuarenta proposiciones condenadas, sino que le demandó que amara a sus enemigos los jesuitas y le pidió: «No apartes tus ojos del necesitado y no des motivos para que te maldigan». Al General de los benedictinos, le ordenó que mantuviese a sus monjes dentro de los monasterios, y que les prohibiese aparecer en la sección de cartas de los lectores de los periódicos, tanto con sus nombres religiosos como con los seculares, a los que habían renunciado. Llevó a la memoria del Ministro General de los capuchinos el recuerdo del segundo ministro general, el apóstata Oquino, que había preferido las cosas mundanas y predicado la poligamia, y también le recordó que el juego de tira y afloja con las cosas del mundo siguió produciendo capuchinos apóstatas. Encomendó el Asia al Ministro General de los franciscanos; que cincuenta frailes predicaran como en los viejos tiempos, en los mercados y plazas de Inglaterra, Canadá y Australasia, hablando de las misiones asiáticas. Después le hizo ver el escapulario gris y el cordón que llevaba sobre su piel, y pidió que los hermanos de la orden le nombraran ante el bendito hermano Francisco como un hermano pequeño que no estaba alegre sino triste, no despreocupado sino preocupado, y que no tenía más que un poco de amor. Adriano, bajo el nombre de Hermano Serafino de la Tercera Orden, besó el pie desnudo del Ministro General y pidió su bendición. Tras volver a su trono, el Pontífice impartió la bendición apostólica. Y el hermano Pedro Bautista regresó a las animadas antecámaras con su cara limpia brillante de gloria y con una luz serena en sus ojos azules. El Prepósito General de los jesuitas entró como ostentando que sabía que, si Adriano VII era el Papa Blanco inglés, él era el Papa Negro inglés. Tenía esos modos de truculencia benévola que las mujeres consideran adorables. Cuando rindió obediencia, Adriano advirtió que llevaba una pequeña caja lacada de rapé en la mano y un terrible pañuelo asomado al bolsillo de su sotana. Su Santidad de inmediato declaró la guerra, recordando al padre St. Albans las bulas de Urbano VIII e Inocencio X, que prohíben tomar rapé bajo pena de excomunión.

—Sin duda esas bulas están obsoletas, pero Su Reverenda tendrá la bondad de abstenerse de practicar esa sucia costumbre en nuestra presencia.

El General, pálido, guardó la caja de rapé y exhibió esa sonrisa descolorida y pétrea que se usa ante las excentricidades. El Papa señaló que la Compañía de Jesús parecía estar en una posición muy similar a la de los wesleyanos, porque una y otros estaban muy apartados de la voluntad y del espíritu de sus fundadores. Adriano usó



su tono monocorde y mordiente acostumbrado, porque quería evitar al General el fastidio de no entender bien. Le dijo que, junto con la palabra «Borgia» y la palabra «Nerón», la palabra «jesuita» quizá era el epónimo de todo lo más vil que alentaba en la tierra. Eso no era nada deseable. Muy lejos de ello. Pero los cristianos no debían regocijarse de nada, ni siquiera de una mala reputación, bajo falsos pretextos. Deseaba hacer algo para rectificar las opiniones erróneas que el mundo se había forjado acerca de la Compañía de Jesús, para desenmarañar la madeja, corrigiendo y dirigiendo; y, en vista de que los hombres eran más propensos a juzgar a través de las acciones que por las palabras, no se proponía agitar el aire con vanas postulaciones, explicaciones, exposiciones, y cosas por el estilo. Se había hecho antes mil veces. Las calumnias históricas habían sido refutadas desde los púlpitos y en opúsculos con una lógica incontestable, pero todavía, cuando el hombre de la calle decía «jesuita», quería decir «lobo con astucia de zorro». El Pontífice no iba a tratar de persuadir al mundo acerca de ese absurdo. Quería que la Compañía de Jesús diera al mundo, muy pronto, una ocasión de persuadirse por sí mismo. Por tanto, proponía al General, en privado, un retorno a la observancia de la buena antigua regla y un cultivo del santo espíritu de san Iñigo López de Recalde. Deseaba que los jesuitas volviesen a considerar sus posiciones, por así decir: que se apartaran de las..., no siempre mortalmente pecaminosas..., no siempre tangiblemente ilegales..., pero quizá generalmente sombrías transacciones...

El General interrumpió. Estaba preparado para fanfarronear.

Adriano le congeló con una mirada de supremacía abrumadora.

—No se equivoque —dijo el Papa—. No pretendemos castigar a su Compañía ni degradar a sus cofrades, que con tanta diligencia se degradan a sí mismos, ni mucho menos conferir a usted una importancia ficticia e inmerecida mediante decretos de disolución o supresión. Nos no confundimos la mala índole de los agentes con la bondad de la causa, ni la bondad de la causa con la mala índole de los agentes — miraba con sus ojos capaces de observarlo todo, entrecerrados a medias, fijos en el puente de la fina nariz del General. Ése es el tipo de mirada más exacerbante que existe, porque, mientras mantiene al oyente en una actitud rígida y tensa, le impide que concrete cualquier represalia. Mucho es lo que en la guerra oral se puede llevar a cabo con los ojos. Se puede desafiar, intimidar, controlar, pero no se debe hacer nada de esto mientras el oponente se niegue a rendir sus ojos. Así le sucedía al elegante General. El Pontífice le tenía inmovilizado con una mirada tan intensa, que por fuerza había de aguardar un parpadeo que le permitiese adueñarse de la situación. Adriano conocía el truquillo. No había analizado inútilmente, durante veinte años, a hombres y jesuitas dicotomizados, desde el puesto de observación y en la sala de disecciones de su soledad. Al terminar la frase, su mirada se apartó de improviso. Se puso de pie y fue hacia la ventana. Observando los tejados de la dorada e inmortal Roma, continuó en un tono más suave—: Hemos citado a Su Reverencia sólo para que oiga nuestra paternal reprimenda por sus formas díscolas de comportamiento, a fin de que

pueda modificarlas, volviendo por su propia y libre voluntad a la observancia del espíritu y también de la letra de esas reglas de vida y de conducta que su Padre, san Ignacio, estableció para ustedes.

Hubo una pausa. El General, que hubiese preferido llevar estiércol en una carretilla por orden de un novicio (*Ad majorem Dei gloriam*, por supuesto) antes que tener que escuchar esa exhortación urticante, estimó que la audiencia había llegado a su fin e hizo un movimiento para hincarse, pero el Papa prosiguió.

—El deterioro es parte de la naturaleza de todas las cosas humanas; ustedes se han convertido a sí mismos en objeto de menosprecio y desagrado para los hombres. La *Nouvelle Revue* declara que están ustedes en una gran decadencia. Esa declaración puede ser uno de sus artilugios para distraer la atención del mundo de sus nefastas maquinaciones. O tal vez sea un hecho concreto. En ambos casos es condenable y condenatorio —hubo una nueva pausa.

—*Jube, Domine, benedicere* —entonó el General, decidido a forzar la bendición apostólica y a volver lo más pronto posible a la Via del Seminario. Sentía que tenía que decir cosas importantes a sus cofrades.

Pero la voz despiadada siguió increpándole.

—Por tanto, le advertimos que ponga en orden su casa mientras le queda tiempo.

En la mandíbula ovalada del Papa Negro se dibujó un nuevo pliegue lateral. Sus manos batieron el aire como las de un ratón. De pronto los ojos inflexibles y abismales relampaguearon en la cara del jesuita. Los axiomas cayeron tersamente, como aguanieve.

—Recuerden que ustedes sólo existen en el sufrimiento. Aparten de sí las ilusiones y véanse a sí mismos tal como en realidad son. Despójese, hombre, despójese. Busque sus propias debilidades, no sea que en lugar del padre sea el enemigo quien descubra las llagas, y los diamantes, que están ocultos. Porque no merece usted la reputación, asociada con su nombre, en virtud de la cual se mueve.

El brillante sacerdote negro se puso en pie de un salto, hizo una genuflexión y caminó hacia atrás, para apartarse de la presencia blanca. El Pontífice, cuya actitud se había vuelto pitia, avanzó un paso hacia el General y apoyó una mano firme en el lazo de su ferreruelo.

—No retroceda, querido hijo. Tres cuartas partes de ustedes se sirven de la reputación de la Compañía para desarrollar ardides y adquirir conocimientos. La otra cuarta parte son los cristianos del mundo. Al menos sean francos consigo mismos. Que tengamos la flor del cristianismo de ustedes, más que sus falsías. La erudición jesuita es bastante ostentosa, oh, sí. Pero tan superficial. Sus maquinaciones son furtivas, oh, sí. Pero tan tontas. Ustedes no son genios. Ustedes no son monstruos ni del vicio ni de la virtud, sino ridículas mediocridades, siempre cavando, cavando lamentablemente como ratones asiduos, siempre viendo sus esfuerzos malbaratados, hundidos sus planes elaborados, como no sea algunas veces cuando (para completar la metáfora), por accidente, tienen la ocasión de asesinar a un rey. Eso no es para

mayor gloria de Dios. De modo que deténganse, deténganse aquí y ahora.

Estaban junto a la puerta. El Papa Negro tenía una mano bajo la cortina azul de lino y buscaba el pomo de la puerta. El Papa Blanco remachó con rapidez su admonición.

—No pretendan ser personas superiores. No se den tantos aires. No frecuenten tanto las calles en coches elegantes. No jueguen al billar en público. No alimenten chacales. Traten de ser honestos. No opriman al pobre. No adoren al rico. No estafen a ninguno de los dos. Digan la verdad o, al menos, inténdenlo. Amen a todos los hombres y aprendan a servirles. Y no sean vulgares.

El padre St. Albans había logrado abrir la puerta. Tenía el aspecto de una mujer desentonada y con clorosis. Estaba verde y mudo. Pero hizo una profunda reverencia cuando los chambelanes decuriales se acercaron para escoltarle a través de las antecámaras.

—*Benedicat te Omnipotens Deus...* Vaya en paz y ruegue por Nos —ronroneó el Sumo Pontífice, restregándose la mano izquierda con un pañuelo antes de volver junto a la ventana.

## CAPÍTULO XV

ADRIANO daba riendas a su fantasía, una mañana en el Tesoro, preguntándose por qué la gente persiste en llevar diamantes solos, en lugar de usarlos engastados con gemas de colores, lamentándose del trabajo monstruoso de los orfebres modernos, apartándose con disgusto de las grandes moles macizas y vulgares de oro convertidas en malos sueños de cálices, copones, báculos, cayados, mitras, tiaras, platos, jarras (sin base) y distintos recipientes. Se bañaba en la belleza de los berilos azul mar, de los corindones, los ojos de gato y la calcedonia. Una gran alexandrita rosa cambiaba misteriosamente de un verde hondo a rojo según la expusiese a la luz solar o a la de una vela. Se acercó a un gran dolmen redondo de adularia, la piedra lunar, transparente como el agua a un lado, y brillantemente velada, con el azul etéreo del cielo de una mañana de verano, al otro. Esas dos piedras no tenían el brillo ostentoso, la inevitable algarabía chillona de los rubíes, esmeraldas, diamantes y perlas. Parecían estar aparte, castas, recónditas, serenas y permanentes. Disfrutaba con ellas. Su mirada recorrió una y otra vez los armarios relumbrantes. Un plan comenzó a emerger de una célula de su cerebro. Tomó la alexandrita y la adularia en sus manos y se sentó, en meditación profunda, fija la mirada en el silencioso misterio cautivante de las piedras. Así permaneció durante una media hora, mientras dibujaba el plan con todos sus meandros. Al cabo de ese tiempo llegó a su lado el cardenal Semphill, más rojo que una cereza, llevando en sus manos un ejemplar del *Times* de dos días atrás.

—Santidad —dijo muy animado—, espero no interrumpirle. ¡Gracias a Dios, al fin tenemos un rey en Inglaterra! —Leyó del periódico—: «Su Real Majestad ha enviado graciosamente cartas autógrafas a todos los soberanos y primeros ministros europeos invitándoles a reunirse con el presidente de los Estados Unidos y con el emperador de Japón en el Castillo de Windsor, para concertar medidas que contribuyan a terminar con el lamentable estado actual de los asuntos internacionales».

—Esto explica la prolongada visita del Emperador japonés y que Roosevelt llegara a Inglaterra la semana pasada. Sí, es la decisión de un buen soberano. Los hombres de Estado están bien hasta cierto punto. Más allá de él su fuerza se debilita y llega el momento de la monarquía. ¡Qué fortuna para Inglaterra contar con un verdadero Rey!

—Pensé que Su Santidad se alegraría. ¿Qué saldrá de todo esto?

—¿Quién podría saberlo? —Adriano pensó durante un minuto; después, como si subiera a un púlpito imaginario, predicó con el estilo de un decidido hombre de letras—. Primero, discutirán mucho, sin duda, porque cinco de ellos son entidades bien distintas, y los otros (no entidades) con sus miedos incontrolables se convertirán en un estorbo. Segundo, cuando las no entidades estén más seguras, o aplastadas, las cinco entidades tendrán que llegar a un campo común. Si lo consiguen, nos

llevaremos una sorpresa. Tercero, suponiendo que se haya llegado a un acuerdo, Sus Majestades y el Presidente tendrán que hacer que sea confirmado constitucionalmente. Se supone que la autocracia ha muerto y la consabida farsa constitucional deberá ser representada.

—¿Por qué dice, Santo Padre, que se supone que la autocracia ha muerto?

—Oh, porque el eufemismo «monarquía constitucional» ha ocupado su sitio. Al siglo xx no le gusta la palabra autócrata; y pretende que esa realidad no existe. Aunque sí existe. No en la antigua forma hereditaria, sino que el *Áristos*, el hombre fuerte, siempre domina. Está dentro del orden natural. Y el demos gusta de él por eso, sólo que tontamente dice que no. Eso es todo. Semphill, usted tendría que enviar un mensaje telegráfico al Jefe de Protocolo. Queremos disponer de noticias de este Congreso de Windsor al menos una vez por día.

El Papa devolvió las piedras al beneficiado que esperaba, cogió el *Times* y atravesó la basílica, camino de los jardines. La tramontana penetraba hasta los huesos y Adriano envolvió el manto alrededor de su cuerpo, enfrentando el viento y la luz enceguedora del sol. Caminó un par de millas a paso rápido, hasta que el calor de la sangre estimuló la actividad de su mente. Junto al muro en ruinas de León IV encontró al cardenal Carvale, entregado a un ejercicio similar, con sus mejillas sensibles acaloradas y sonrosadas y sus ojos serios relampagueantes. Los buenos sacerdotes en general no florecen hasta haber cumplido cuarenta y cinco jóvenes años. Adriano ofreció su compañía y conversación para el regreso al Vaticano. Formaban una pareja singular esos dos hombres atléticos, de estatura media, uno de blanco y el otro de rojo, ambos brillantes bajo la luz del sol, con un aspecto y un paso dinámicos. Tenían el aire de hombres vivos de verdad. Su discurso era la conversación vigorosa, más que epigramática, de hombres de buena cuna. Cuando llegaron al patio de Belvedere, Su Eminencia dijo:

—Oh, Santo Padre, dicho sea de paso, quizá yo debiera hacerle saber que en el Colegio San Andrés no pueden entender por qué nunca ha ido a visitarles.

—Pero usted sí que lo entiende —respondió Adriano sin vacilar.

—Vaya..., sí —contestó el Cardenal; en su mirada cándida había intuición, simpatía..., y algo más.

El Pontífice lo advirtió.

—¿Cuándo se lo han dicho?

—Ayer.

—Oh. ¿Va a menudo por allí?

—Una vez cada quince días, más o menos, Santidad.

—Carvale, ¿le agrada ir por allí?

—Sí. En general me resulta agradable. Los jóvenes se alegran de verme y los viejos —una sonrisa radiante descubrió sus dientes exquisitos, mientras él desplegaba un brazo—, a ellos les gusta que la púrpura les preste atención. Yo pienso que mi alma se vuelve más buena —hablaba con tono grave— cuando visito ese antiguo

lugar. Lo pensé hace ya mucho tiempo: sería bueno olvidarse de los horrores. Es extraño decirlo, pero los he olvidado después de haber visitado el colegio algunas veces.

El corazón se impuso. Lo comprendía muy bien.

—Carvale, vayamos ahora a San Andrés. Podemos llegar a tiempo para la cena.

El Cardenal mostró un contento inmediato, y los dos continuaron caminando deprisa a través de la ciudad, por Tordinona, Orso, Piazza Colonna y la Fuente de Trevi. Mientras pasaban ante un crucifijo emplazado en una esquina de un callejón, Adriano se inclinó. Su Eminencia no lo hizo.

—¿Por qué no saluda a nuestro divino Redentor? —preguntó el Papa.

—Siempre me descubro ante el Señor en el tabernáculo, cuando paso delante de una iglesia...

—Y se inclina ante Nos, e incluso ante un documento nuestro manuscrito, pero, escuche, Carvale: «Es idolatría hablar de la Santa Iglesia y del Santo Padre, inclinarse ante un hombre falible y pecador, si no se dobla la rodilla, los labios y el corazón ante toda imagen de Dios manifestado como hombre...» ¿Es bastante explícito esto? Pues bien: fue escrito por un pastor protestante, un tal Arnold de Rugby.

—Estaba en lo cierto, Santidad —dijo el Cardenal, que de inmediato se volvió atrás y se inclinó.

Marcharon en silencio. El Papa estaba haciendo algo que no podía dejar de hacer. Se podía llegar a pensar que él, un ex alumno, iba a volver al colegio (del que había sido expulsado) para lucirse. Claro que se podía pensar eso. Que lo pensarán. Entonces las odiosas imágenes de cada rincón y recoveco en los que, cuando estudiante, había sido tan terriblemente desdichado, surgieron en su mente: la capilla recargada de adornos donde había sufrido aquel rechazo; el feo refectorio en que le habían propinado aquel otro; el pasillo en el que el rector se había burlado con rudeza de su hipersensibilidad ante los sonrientes obsequiosos; la biblioteca en la que había encontrado libros imposibles sucios de polvo; las escaleras por las que había tambaleado, subiendo en su debilidad solitaria; el horrible salón sombrío que había sido su casa sin calor hogareño; la insalubridad a la vez pestilente y pretenciosa del lugar: conocía cada una de sus piedras y se sobresaltaba ante ellas; esa retrospectiva le alteraba. Subían por la estrecha Via Avigonesi. A cincuenta yardas de distancia, una doble fila de estudiantes, vestidos con sotanas moradas unos y de negro los que cantaban la parte de soprano, les precedía. Un grupo de golfillos gritaba palabrotas a la fila; uno de los pillos cogió la insignia de uno de los estudiantes soprano, aprovechándose de que se agitaba al viento. La tela barata se desgarró con el tirón. El pícaro huyó con sus despojos. Pero el despojado le persiguió con furia, recuperó su insignia, abofeteó al ladrón, arrancándole un aullido, y después volvió a su puesto del coro, inconsciente de que era observado.

—La historia se repite —dijo el Papa y se echó a reír.

Carvale sonrió.

—Qué curioso que recuerde aquello.

—No hemos olvidado nada de esos tiempos —afirmó Adriano—, ni siquiera que el robo de la insignia de Su Eminencia se produjo en uno de los dos días en que nos fue permitido acompañar a los otros a la universidad. Naturalmente lo recordamos. Además, Carvale, usted se había puesto ciego de ira y Nos le habíamos considerado un ratoncillo tan virtuoso.

—¿Ah, sí? —dijo el Cardenal—. Uno tiene que mantenerse en calma, por regla general, pero a veces el viejo Adán...

—Nos debemos nuestro único momento de alegría en el Colegio San Andrés a ese viejo Adán.

—Me tuve que quedar en el colegio durante una semana, después de eso. El padre del chico me estaba esperando con un cuchillo.

—Sí. Italia no se ha quitado el gusto por el acero.

—¿Lo hará alguna vez, Santidad?

—Claro que sí, cuando le haya matado a usted..., o a Nos. Nada, como no sea una tragedia, puede quebrantar una costumbre de siglos —dijo el Papa mientras hacía sonar la campanilla de la puerta del colegio.

Aurelio, el viejo portero, abrió, se quedó boquiabierto y cayó de rodillas. Adriano y el cardenal Carvale entraron. Un largo corredor se extendía a derecha e izquierda. Al frente, a la derecha, subía una amplia escalera de piedra; a la izquierda, otra escalera bajaba hasta una puerta de cristales que daba a un jardín poblado de arbustos míseros, de los que dos o tres se inclinaban hacia el corredor. Algunos estudiantes estaban en la escalera, otros en el jardín, y dos o tres remoloneaban en el corredor. A la entrada del Pontífice todos se volvieron, inquisitivos, se quedaron perplejos y se hincaron. Fue terriblemente cómico. Parecían liebres de color morado con esas actitudes rígidas, desorbitados los ojos, prestos para salir a la carrera. Cuando logró volver a tierra, un galés robusto, moreno, voló escaleras arriba para advertir a sus superiores. El Apóstol bendijo a los otros con una sonrisa tímida que podría haber sido gentil, y con un gesto de la mano que despejó el espacio a su alrededor, con la excepción de una criatura menuda, de gafas y nariz aguda, que se parecía a un cuervo morado con sus brincos animadamente zalameros. A toda prisa bajaron los superiores en el momento en que empezó a sonar una campana y se oyeron cánticos en los corredores de arriba. El rector estaba desolado por haber sido tomado por sorpresa, pero presentó a su vicerrector, un anémico soso de treinta años, con la cara de una buena muchachita.

—Hemos venido a aceptar su hospitalidad, Monseñor, sin ninguna ceremonia —dijo Adriano.

Pasaron al refectorio y a la mesa principal. Veintinueve alumnos les siguieron y se acomodaron en dos filas a los lados centrales y en una tercera en el extremo transversal. El decano de los estudiantes entonó la bendición de la mesa, el resto respondió. El Papa decidió por sí mismo sentarse a la derecha del rector, con el

vicerector a su propia derecha. Carvale brindó su apoyo a la izquierda del rector. Sopa, carne cocida, verduras, carne asada, queso, manzanas aparecieron y desaparecieron. El rector concedió a Adriano el derecho de indicar el fin de su misión al lector del púlpito; el Papa le hizo leer durante toda la comida, porque no le apetecía hablar de pequeñeces y porque quería observar a esos hombres. Comió poco. La comida era abundante en cantidad, pero poco delicada en calidad. Le ofrecieron el mejor vino tinto de los viñedos del colegio, pero él prefirió la jarra de tinto de un estudiante, un vino áspero con algo de cuerpo y nada de *bouquet*, un vino sin complicaciones, tal como el que Fabrizio Colonna debió de haber tomado a fines del siglo xv. La mayoría de los comensales comía con entrega y énfasis, un ojo puesto en la mesa principal, la nariz en su propio plato y el otro ojo en el del vecino. Adriano tomó nota de todas las fisonomías y comenzó a seleccionar a aquellos con los que cambiaría alguna palabra. Pasó del decano, joven, delgado, de nariz afilada, que estaba en el extremo de la mesa de la derecha, al muchacho alto, silencioso, vestido de negro que ya tenía aire de sacerdote; a un calvo amistoso, de aspecto convencional, que bien podría haber sido un pastor —sí, a él le hablaría de los otros—; no a ese de labios gruesos que enjugaba con gravedad, usando una miga que se comía a continuación; sí al fastidioso aquel que comía pan y bebía agua y tenía aspecto de hambriento; sí al gigantón florido con ese pelo espeso e hirsuto; no al hombre moreno que tenía la cara cruel de un redentorista; no a ese muchacho tan poco pulcro con maneras de *attaché*, no. A la izquierda, mediocres descoloridos, no. En la mesa atravesada del extremo, los más jóvenes: Su Santidad distinguió uno de pelo negro y piel blanca, con ojos negros y húmedos, un irlandés, sin duda; un adolescente de cabellos castaños y rebeldes, con unos ojos grises brillantes y una piel bronceada, que haría buen papel en una granja; un joven fuerte de pelo rubio, ojos azules, labios rojos y húmedos, aire ardiente y modesto. El Papa tamborileó sobre la mesa. El lector, al que nadie había escuchado, calló y bajó a tomar su cena. Se alzó el murmullo sordo de la conversación. Todos empezaron a pensar con furia en lo que harían o pedirían si se les presentaba la oportunidad.

—Éste es un gran día para el colegio, Santo Padre —dijo el rector; el Papa respondió con una inclinación leve—. De haber sabido que nos honraría con su presencia, Santo Padre, hubiésemos preparado una recepción adecuada...

—Era innecesario —interrumpió Adriano—. No era nuestra intención molestar. Nuestros hijos esperan vernos y aquí estamos para que nos vean. Todos podrán decir que nos han visto, oído y tocado, si les complace —hablaba en voz baja y (según percibió el rector) no de buen grado, sino muy oficialmente. Les habían servido manzanas cogidas del suelo. El rector ofreció una enorme caja de rapé plateada. Adriano la pasó al vicerector, quien tomó una presa con sonrojada vivacidad. La caja siguió camino en torno a las mesas y volvió a la izquierda del rector. Adriano observó con mucho cuidado a los que se servían. Algunos lo hicieron con gesto mecánico, otros sin darle importancia y otros de un modo horrible. El gigantón de pelo espeso e



hirsuto se puso de pie y con ostentación sorbió el rapé mientras saludaba servil hacia la mesa principal. Aquellos a los que el Papa había resuelto hablar no tomaron tabaco: el fastidioso lo desdeñó. La cena había terminado. Los estudiantes formaron filas para la bendición y todos marcharon hacia la capilla para visitar al Señor en el sacramento. Después de cinco minutos de oración silenciosa, salieron al primer corredor. Se produjo una situación de incertidumbre, los hombres agrupados en la escalera parecían esperar directrices. En circunstancias ordinarias, alguno hubiese ido a la sección de propaganda en busca de alguna lectura, otros, a sus cuartos para estudiar o descansar, pero en aquellos momentos quizá una docena de jóvenes hubiera preferido ir a jugar al jardín de arbustos marchitos. Uno de los últimos grupos se reunió en la parte superior de la escalera, junto al salón de visitas (de sillones de terciopelo rojo y candelabros de imitación de cristal veneciano), hacia el cual el rector se esforzaba por conducir al Papa. Pero Adriano observaba a los estudiantes, sonriéndoles con malicia.

—Es de esperar que no vayáis al jardín a matar un gato —dijo.

De inmediato todos se pusieron rojos como pimientos: unos de vergüenza, otros de disgusto, otros de miedo pánico. Los estudiantes religiosos se asustan con facilidad, porque en general hay en ellos menos gracia que naturalidad, y basta con desplegar cierto conocimiento de la segunda para que ellos deseen (con todo el frenesí de que sean capaces) el predominio de la primera. Eso crea incomodidad, hipocresía a menudo y, en ambos casos, un esfuerzo mental y físico y un repentino flujo de sangre hacia las extremidades.

—¿Matar un gato, Santo Padre? —estalló el vicerrector: era el responsable de la disciplina.

—Sí, aquí solían matar gatos callejeros, nada más para pasar el tiempo, lo hemos visto. Lo único que recordamos de ese jardín es una horda de muchachos rampantes, llenos de furia, con espadas y bieldos, dando caza y aplastando a un pobre gato extraviado. Podemos ver esa escena horrible ahora, la espina dorsal rota, un ojo que colgaba entre sus bigotes. Podemos oír sus gritos espantosos. Muchachos, ¡no hagáis esas cosas, a los gatos menos que a ninguna otra criatura!

Habló con fervor. Algunos salvajes se preguntaron a qué venían las miradas encendidas que él les arrojaba. Se produjo un breve silencio. Nadie parecía saber cómo romperlo. Entonces el alumno que se asemejaba a un cuervo se acercó con una silla roja, que se había tomado la libertad de sacar del salón de recepciones, y la arrastró hasta el Papa, en la parte superior de la escalera. Fue una interrupción bienvenida; Adriano se sentó antes de despedir al cardenal Carvale y a los superiores. Iba a tener el colegio para sí mismo durante media hora. El trono improvisado se alzaba en medio del corredor desnudo; los estudiantes se apiñaban escaleras abajo. Adriano percibió el inevitable olor a muchacho acalorado. Pensó en una sentencia que les tocara.

—Queridos hijos —dijo, sintiéndose en ese instante tan viejo como Matusalén—,

aprended a amar: no seáis duros, no seáis crueles con ninguna criatura viviente —y eso fue todo.

Hizo un gesto al decano, que se acercó y arrodilló a su lado; el Papa puso su mano sobre la cabeza del joven y le bendijo. Los otros avanzaron por turno. En voz baja, Adriano invitó a cada uno a pedir un favor. La mayoría pidió que rogara por ellos y que bendijera sus rosarios; algunos solicitaron la bendición apostólica a la hora de la muerte para sí y para sus familiares; el muchacho fastidioso no pidió nada.

—¿Nada? —susurró el Papa.

—Nada.

—¿Nada? —con gran ternura.

—Todo, Santidad —respondió el estoico, con un sollozo y una mirada de piedra. Adriano le preguntó el número de su habitación e hizo idéntica pregunta a los otros cuatro que había señalado.

Cuando hubo bendecido a todos, el Papa les pidió que se marcharan y durante uno o dos minutos permaneció solo. De inmediato se dirigió a visitar al joven robusto, que le miraba con ojos valientes, inocentes, llenos de lágrimas. Para Adriano era magnífico observar a ese ser virginal, fuerte, de diecinueve años. Obtuvo un relato simple y no desacostumbrado: una pequeña granja galesa, siempre católica a través de toda clase de persecuciones, el tercero de ocho hijos, la vocación a los doce años de edad, la madre que quería que su hijo fuese su confesor. Era idílico. Podía haberse plasmado con exquisitez según el estilo objetivo y bucólico de Teócrito. Las piernas largas temblaban ante el Pontífice, los anchos hombros se inclinaron. Adriano regaló al muchacho su cingulo blanco como presente para su madre, le pidió que fuese un buen sacerdote y se marchó dejándole sumido en la felicidad. Adriano se detuvo en el corredor, desencantado porque el muchacho venía de una granja: le había situado junto al mar, se había forjado una imagen mental de él, con las piernas desnudas, una camisa de lana azul, al timón de una barca de pesca. Pero el siguiente, el adolescente fuerte venía en realidad de una granja: su piel tenía el color inconfundible del sol sobre los trigales y su frente era bovina. También lo eran sus modales. Estaba tan atemorizado por la importancia de su visitante que habló con desabrimiento, y con la voz de un niño de trece años. Adriano estaba sorprendido por la incoherencia que había entre la voz y el hablante: reconfortó al muchacho cambiando su talante oficial por el amistoso (que el adolescente no podía entender); le preguntó su nombre y otras cosas sobre su situación y le llamó Mr. Macleod. Era un ejemplar magnífico, incapaz de experimentar emociones sentimentales delicadas, proclive a ocultar grasa bajo la sotana (o un pantalón de pana, en la granja) antes de los treinta años. Para sí, el Papa se preguntó cuál, de entre todas las cosas del mundo, podía ser el signo de la vocación de ese joven. Él mismo no podía percibir ninguno, pero no tenía gran experiencia al respecto, y el muchacho era reservado. Adriano procuró hacerle hablar. ¿Era feliz? Oh, sí. ¿Necesitaba algo? Oh, no. ¿A qué diócesis pertenecía? A Devana. ¿Cuándo se ordenaría? Una mirada de terror salvaje asomó a los ojos grises. Adriano

captó un indicio y presionó, repitiendo la pregunta.

—Jamás —chilló el joven.

—¿Por qué no?

No hubo respuesta, sino que el muchacho se precipitó hacia la cama y ocultó en ella la cara. Adriano le cogió de los hombros e impuso su voluntad.

—¿Por qué no?

—No puedo —y manantiales profundos se derramaron. Su barniz de inglés desapareció; hablaba con las dentales sibilantes y con los sonidos recortados de un celta. Nadie se lo había dicho nunca. No lo había sabido hasta el mes anterior. Nadie lo sabía. Se lo había mencionado a su confesor, porque no era un pecado. Había leído algo acerca del tema en Lehmkuhl y en Togni. Se vería obligado a volver y trabajar en la granja de su tío, donde le habían criado. Allí pertenecían a la Iglesia Libre Escocesa: él era huérfano y se trataba de su tío político. Adriano le miró fijamente a los ojos.

—¿Es la verdad, como si estuvieses hablando ante reyes?

—Es la verdad, como si estuviese hablando ante reyes.

La respuesta llegó con la forma de aseveración más fuerte que conozcan los celtas, conscientemente buscada y ofrecida por aquel que tan poco sabía y que sabía tanto de las cosas pequeñas. Adriano le consoló y le dijo que preparara sus cosas. El secreto del muchacho estaba a salvo: el Vaticano era el lugar para él, hasta que se pudiese planear algún tipo de vida útil y feliz.

El Papa subió con mucha lentitud los dos últimos tramos de escalera que llevaban al pasillo superior. Ningún hombre entra en contacto con una tragedia humana sin alguna clase de vibración sentimental, y las percepciones de Adriano, sutiles por naturaleza, estaban intensificadas por el arte. Entró en la habitación del irlandés del pelo negro, que casi sin duda habría besado la piedra del castillo de Blarney. ¡Och! Bendita sea la cabeza del Santo Padre, y que los santos del cielo le reciban en la gloria. El Papa escribió una bendición en un llamativo álbum de recuerdos de aniversarios y salió del cuarto tan pronto como pudo. ¡Que ese trozo encantador de colores y agilidad tuviese que estar tan abyectamente tendido en el suelo! Su Santidad cerró la tapa de la memoria y golpeó a otra puerta.

—Adelante.

Entró en una habitación cuadrada, desnuda, con una ventana que desplegabla la ciudad desde el Quirinal hasta San Pedro. Vio la cama, una cómoda cuya tapa estaba arreglada como tocador, la escribanía, los estantes con libros, y dos sillas. Bajo la cama, un barreño y contra la pared dos grandes recipientes metálicos llenos de agua. El estudiante de aire fastidioso le ofreció una silla y permaneció de pie ante la presencia. Adriano le hizo una señal para que también él tomase asiento.

—Querido hijo, tú eres uno de los desdichados. ¿Querías decirnos cuál es tu pena?

—Santidad, no me he quejado.

—No. Pero hazlo.

—No me quejaré —el Papa se sintió complacido por esa actitud; y por aquel aire de distinción que no era adquirido. Habría que intentar el diálogo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve.

—¿En qué mes has nacido?

—En julio.

—¿En Inglaterra?

—En Inglaterra —un rápido cálculo del horóscopo indicó a Adriano las líneas por las que debía avanzar.

—¿Encuentras desagradable tu entorno?

—Todos los entornos son más o menos desagradables para mí.

—Todos los que has visto hasta ahora, quizá. Quizá el futuro pueda ser más propicio.

—Santidad, con ahínco así lo espero, pero no preveo que eso ocurra.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿No piensas que tus circunstancias influyen en tu conducta? ¿No crees que son ellas las que te impiden hacer justicia?

—Siempre.

—¿En este colegio no has hallado ningún espíritu afín?

—Eso debe de ser por mi culpa.

—Más probablemente será por tu mala fortuna, y la mala fortuna no es una culpa, no importa lo que digan los tontos. Considera esto: piensa que la mala fortuna puede desaparecer... ¿Pero aquí no te comprenden?

—No.

—¿Se burlan de ti? Sí, lo hacen. ¿Por qué se han burlado de ti hoy?

—Hoy no se han burlado de mí.

—¿Ayer?

—Porque subo esas dos latas llenas de agua doscientos dos escalones cada día.

—¿Quiere decir que en este colegio todavía no hay baños?

—Podemos tomar baños de pie una vez a la semana, si vamos a la enfermería. No hay más que eso. Y a mí me gusta bañarme decentemente.

—Sin duda te dirán que debes de ser muy poco limpio si necesitas lavarte tanto.

—Su Santidad está citando al rector.

El Papa soltó una carcajada abrupta.

—¿Alguna vez te han puesto una víbora..., una víbora en tus latas de agua?

—No, nunca han hecho eso.

—Lo hicieron en las nuestras.

La distancia entre ambos se desdibujó mucho en ese momento. El joven de aire fastidioso comenzó a sentirse más a gusto. Su fastidio no era más que un caballo de

Frisa ante el desconcierto o los intrusos; y este inquisidor tierno y delicado no era ningún intruso, sino un muy bienvenido... apóstol.

El Papa continuó.

—¿No es algo absurdo?

—Es muy absurdo. También muy desconcertante.

—¿Has procurado que eso no te desconcertara?

—Lo he procurado, pero sin éxito. Siempre llevo mis sentimientos a la vista y todos vienen a picotearlos. Ahora intento contenerme y manifestarme únicamente en soledad.

—¿Eso que llaman «resentimiento»?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo más debes pasar aquí?

—Tal vez un año, quizá dos.

—¿Puedes soportarlo, puedes sobrellevarlo tanto tiempo?

—Oh, lo soportaré. Nada puede desviarme. Santidad, no es eso lo que me da miedo.

—Querido hijo, ¿qué es lo que te da miedo?

—Lo que ha de venir. Estas personas han de ser mis superiores o mis pares, colegas para toda la vida. No temo a la pobreza o la iniquidad de las personas entre las que he de ejercer mi ministerio, pero mis hermanos de sacerdocio... Estaré a las órdenes de algunos de ellos, mis rectores, o aun mis diocesanos. Eso me da miedo.

—Tú no sabías qué clase de gente...

—Sí, lo sabía, pero no lo entendí hasta que llegué a este lugar.

—¿Y a pesar de ello has elegido seguir adelante?

—Santidad, debo hacerlo, he sido llamado.

—¿Estás seguro?

—Es la única cosa en el mundo de la que estoy seguro.

—¿Siempre te alimentas de pan y agua?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pienso que la comida bestializa. He estado en la cocina y he visto..., cosas. Temo comer lo que no sean huevos cocidos. Ellos no pueden..., escupir dentro de una cáscara de huevo. Pero los criados se quejan por el trabajo extra que les significa cocer huevos especialmente para mí. El pan no se cuece en el colegio. Para no llamar la atención, como y bebo lo que puedo comer y beber de lo que me ponen delante; y por eso me juzgan más raro que nadie.

—¿Se lo has dicho al rector?

—Sí.

—¿Te gustan el pan y el agua?

—Los encuentro terriblemente detestables.

—¿Tu salud está afectada?

—Ni en lo más mínimo. A veces me duele la cabeza. Pero soy fuerte como una pantera.

—¿Por qué dices «como una pantera»?

—No lo sé, en realidad. Me parecía la expresión precisa.

—¿Crees que serás capaz de seguir adelante?

—Me propongo hacerlo.

—¿Sabes que este colegio no es lugar adecuado para ti?

—Supongo que no, pero mi diocesano me envió aquí y trataré de cumplir mi sentencia.

—Querido hijo, ¿qué ambicionas?

—Ser sacerdote.

—Con un pequeño patrimonio, estarías en una situación más satisfactoria aquí; y después no estarías obligado a cumplir el voto de misionero. El simple hecho de poseer un patrimonio te proporcionaría trato cortés y consideración durante tu período de estudios, y te daría la oportunidad de cultivar tu individualidad en forma independiente una vez que alcanzaras el sacerdocio.

—Oh, sí, pero soy un estudiante pagado por la Iglesia.

—También lo hemos sido Nos.

—¿Y Su Santidad perseveró?

—Sí.

—Yo también lo haré.

—¿Cómo te llamas?

—William Jameson.

Adriano cogió un folio y escribió la bendición apostólica para William Jameson.

—¿Quieres guardarla? Persevera, querido hijo, y ruega por Nos y por tus hermanos en el Señor. ¿Conoces al cardenal Sterling? Bien, ven al Vaticano cuando quieras y habla con él. Te estará esperando. Adiós. Que Dios te bendiga.

El Papa bajó en busca del calvo amistoso, que se mostró correcto y templado al expresar un profundo sentido del honor. Adriano le habló de él mismo y supo que una escuela pública, la universidad y el pastorado anglicano habían empañado toda capacidad de emoción que ese hombre tuviera alguna vez, o le habían enseñado las raras artes del autoocultamiento. Era un espécimen supremo del hombre común, coartado, limitado, alguien cuyo instinto le advertía que no debía mostrar su individualismo. Pero era un caballero y un cristiano de buena estirpe, actuaba con las mejores intenciones y se paralizaba por los peores convencionalismos.

—Queremos hablar con usted de Jameson —dijo el Apóstol al cabo de un rato.

—¡Ah, pobre chico!

—¿Por qué dice usted eso, Mr. Guthrie?

—Vaya, Santidad, temo que se halle en una posición sumamente incómoda. Estoy seguro de que éste no es lugar para él. No se lleva bien con la gente.

—¿Pelea con los demás?

—¡Oh, claro que no! Pero los evita.

—Quizá tenga sus motivos.

—Me temo que los tiene. Pero no hace nada por mostrarlos. A menudo se lo he dicho, he tratado de hacerle bromas para que cambiara su actitud por otra, más flexible, Santo Padre.

—Pero ese camino no era el pertinente.

—No, creo que no. Es muy sensible, sabe usted. Si hasta se enfadó muchísimo conmigo.

—¿Qué le dijo?

—Pues me dijo que él había creído de veras que yo entendía mejor las cosas.

—¿Qué respondió usted?

—Yo le llamé... Oh, no podría decir cómo le llamé, Santo Padre.

—¿Por qué no?

—Fue muy desagradable. Lo he lamentado mucho desde ese mismo momento.

—¿Cómo le llamó?

—Oh, es imposible que lo repita ante usted, Santo Padre. Nunca jamás podría llevar alta la cabeza.

—Tonterías, Mr. Guthrie. Deseamos saberlo.

—No sé qué pensará usted de mí, Santo Padre; pero lo cierto es que llegué a decirle... No, de veras que no puedo... Vaya... Estoy seguro de que no podría asegurar qué fue lo que hizo que usara ese término tan oprobioso, pero estaba abrumado en ese momento, y la palabra se me escapó, aun antes de que fuese consciente de lo que estaba diciendo...

—¿Cómo le llamó?

—Oh, Santo Padre, si usted quiere saberlo, le llamé, ¡ganso!

—¡Oh! ¿Cómo reaccionó él?

—Soltó una carcajada como un rugido y me cerró la puerta en las narices.

—¿Usted se sintió herido?

—Vaya, tal vez un poco en ese instante, pero no cuando volví a pensar en el asunto. En realidad no podía dejar de sentir pena por él.

—¿Por qué?

—Vaya, porque él debe de ser muy infeliz, Santo Padre.

—En su opinión, Mr. Guthrie, ¿es él mismo la causa de su propia infelicidad?

—Creo que sí, Santo Padre. No parece ser capaz de tratarse con los demás. No puede descender hasta el nivel de ellos, por decir así. Se mantiene muy cerrado en sí mismo, no quiere o no puede conceder ni siquiera un poquitín. Por supuesto que todos piensan que se trata de arrogancia por parte de él, y le pagan con unas bromas prácticas de una clase bastante dudosa, me temo. Jameson es bueno, gentil, inteligente y todo eso, pero no tiene ni la menor idea acerca de lo necesaria que es la popularidad para un estudiante becado por la Iglesia, entre otros becados por la Iglesia. Es lo que se podría llamar (si he de ser franco) un tonto atroz. Al rector eso

no le gusta, estoy seguro.

—¿O sea que se podría decir que el problema no está tanto en el hombre sino en su entorno?

—Eso es lo que yo siempre he dicho, Santo Padre. Su entorno actual es muy poco adecuado para un hombre de esa clase. Tiene que hallarlo completamente desagradable.

—Mr. Guthrie, ¿no querría usted intentar hacérselo más agradable? Bríndele su compañía, defiéndale, no forme con él un partido en contra de los otros, pero no les dé a ellos la idea de que aprueba su actitud para con él. ¿Lo hará?

—Prometo hacer cualquier cosa que esté a mi alcance, Santo Padre.

—Eso, al menos, está a su alcance. Que Dios le bendiga.

El Papa fue hasta el salón de visitas en busca del cardenal Carvale. Para no menospreciar a los superiores (aun cuando se encontraba muy cansado), se avino a que le mostraran sus tesoros, bastante dudosos y feos, y toleró una media hora de conversación insípida. Todos pensaron que el Pontífice era encantador; él sentía un aburrimiento de muerte. Después de otorgar los favores habituales, obtuvo un día festivo para el colegio, notificó al rector que se llevaría consigo a un alumno, hizo los arreglos necesarios para que Mr. Jameson visitara al cardenal Sterling y emprendió el regreso. Puso a su adquisición en una victoria y ordenó al cochero que fuese hasta el obelisco de la Plaza de San Pedro.

—¡Qué lugar horrible! —comentó Adriano a Carvale cuando giraron Via Tritone abajo—. ¿Cree que usted podría convertirlo en algo decente si fuese rector?

—Lo intentaría, Santidad.

—Bien; no vemos cómo podríamos nombrarle rector, porque ahí está Monseñor Como Se Llame. Pero tal vez podría hacer algo como protector...

—Ya lo es Gentilotto, Santidad. San Andrés está bajo la protección del Cardenal Prefecto de Propaganda.

—Sólo hasta ahora, Carvale. Ya verá que el encantador Gentilotto no tiene inconvenientes. Y usted..., usted es un celta. ¡Sí, eso es! Un colegio celta tiene que tener un protector celta. Carvale, usted es, desde este momento, el protector del Colegio San Andrés, y tendrá su breve en cuanto llegemos al Vaticano. Antes que nada, iremos a Oxford y pediremos al Dr. Strong que durante una semana le hospede en el colegio; mantenga los ojos bien abiertos. Hágalo en la primera quincena que tenga libre. Después vuelva y desvíe su Peneo y su Alfeo a través de esos establos de Augias. Instale baños y limpieza, por favor, y procure implantar hábitos de pulcritud. Podría convertir ese remedo de jardín en un gimnasio, con piscina y una bonita terraza arriba. Otra cosa, Carvale, haga amigos entre los jóvenes y vea qué puede hacer para quitar de sus ojos esa horrible mirada sigilosa, sin luz. ¿Ha comprendido?

—Creo que sí, Santidad.

—Le damos un año. Si vivimos hasta este día dentro de doce meses, iremos otra vez al colegio para comprobar sus progresos. Recuerde, tiene vía libre. Otra cosa



más. Dígale a Sterling..., pero no, se lo diremos Nos mismos.

Junto al obelisco se encontraron con Hamish Macleod. Adriano le llevó directamente a los apartamentos de los servidores de la cámara secreta. Sir John y sir Iulo, desnudos, se entretenían con un *punching bag*.

—John —dijo el Papa—, Mr. Macleod será vuestro huésped de momento. Prepárale una habitación cercana a la tuya y ocúpate de que esté cómodo —salió con el joven mientras Sir Iulo prodigaba su peculiar inglés al visitante—. John, proveele de ropa, que sea como la tuya, y enséñale tus obligaciones.

Adriano explicó al cardenal Sterling, que compareció en la cámara secreta, el caso de William Jameson.

—Es su oportunidad —dijo el Pontífice a Su Eminencia.

—Se espera no repetir el error cometido, Santidad —fue la notable y agradecida respuesta.

—No, no lo haga. Ahora, escuche. El Tesorero le pagará 10.500 libras contra la presentación de esta letra. Ingresará ese dinero en el Banco de Inglaterra según los siguientes términos: el interés de la suma de 10.000 libras será pagado trimestralmente a William Jameson de por vida. A su muerte, el capital volverá a manos de quien sea entonces Tesorero de la Sede Apostólica. Instruya al banco para que de inmediato envíe 500 libras y los resguardos del ingreso a Jameson, certificando que se trata de patrimonio a su disposición, sin darle más informaciones.

De inmediato Adriano se encerró para descansar; fumó y leyó *Reviews of Unwritten Books* y algunos números viejos de *Monthly Review*. Uno de ellos le hizo pensar; su tema era: *Relación hecha por Tucídides del discurso de Pericles con motivo de la coronación del rey Eduardo VII*.

## CAPÍTULO XVI

**J**ERRY Sant se masticó los pelos de su mostacho durante unas dos semanas, poco más o menos, hasta que los tuvo ensopados y roídos. A la vez, comenzaba a tener la sensación de que Mrs. Crowe hubiese preferido que él estuviera en cualquier otro sitio, y no en Roma. Eso no le perturbaba, porque sabía que, con sólo cerrar la bolsa, podía obligarla a prestarle servicios, cuando él los necesitase. La elegante pequeñez mansa del círculo en que ella se movía no presentaba atractivos para él. No había bastantes perras allí; y Sant se sentía como un extraño en esa compañía, a la que no podía llevar de las narices. «En el país de los ciegos, el tuerto es rey.» Se reconocía «tuerto» y, en el reino de la Liblab, por supuesto, había sido un rey. Aquí, entre los católicos ingleses y celtas de Roma, no era sino tolerado, y muy fastidiado por personas que le ofrecían escritos a los que, por mucho que lo intentara, no encontraba ni pies ni cabeza. Por otra parte, estaba serio y verdaderamente abrumado al ver que el Papa no había hecho caso de su amable oferta, y ni siquiera había contestado a su carta. Pensaba que aquello era de lo más descortés. Es algo fatal, inútil, dejar cartas sin respuesta, en especial si son impertinentes. El silencio no las «acalla»: en noventa y nueve de cada cien casos, genera el chorro de bilis que puede saltar tarde o temprano. Pobre hombre es aquel incapaz de redactar una carta que sea una guillotina, un límite frente al cual no haya error posible. Por estos medios se evitan la incertidumbre y sus malas consecuencias. Adriano sabía a la perfección cómo comportarse. Su facultad de ajustar los tornillos a los demás le hubiese proporcionado un poder explosivo, de haber querido adoptar una actitud dinámica; y también poseía la famosa fórmula trilínea del obispo Bagshawe, de la que jamás se supo que dejara de inutilizar a un corresponsal inoportuno. Pero nunca podría haber tocado a Sant ni aun con una carta, tal como no podría haber tocado los despojos de una vaca ni siquiera con pinzas. Sus sentimientos hacia ese hombre eran de antipatía total, lo que le indujo a cometer el error común de ignorar lo que tendría que haber sido aniquilado. De allí surgía el malhumor de Sant. Además, Jerry tenía que mantener a raya a los de la Liblab. Esas extraordinarias personas estaban pidiendo algo definido en materia de novedades. Y él no tenía ninguna novedad que presentarles. Eso era lo peor de todo. Pronto, alguna intriga se fraguaría contra él a sus espaldas, según el bien conocido estilo de la Liblab; le pedirían explicaciones, querrían una relación de gastos, tendría que rendir cuentas y cosas similares: oh, era evidente que no podía permitir que eso llegara. Tenía que hacer un esfuerzo más. Había llegado el momento de jugar la siguiente carta: pasó tres días en el Hotel Nike escribiendo notas para la prensa.

El Cardenal Secretario de Estado fue quien tuvo el placer de poner en conocimiento del Santo Padre el resultado de las maniobras de Jerry Sant. Su Eminencia, si se miraba bien, nunca en su vida había tenido que cumplir con un deber

que le cayese mejor. Se precipitó ante la presencia una tarde, a la caída del sol, cuando Adriano esperaba que le llevaran las lámparas, sentado junto a una ventana sin cortinas, mirando las figuras oscuras que atravesaban la plaza gris, y los puntos de luz amarillenta que se encendían en las casas del Borgo. Ragna traía un periódico que depositó en las manos del Papa.

—¡Vea qué clase de pillo es usted! —gruñó con ferocidad—. ¡Taimado! ¡Todo se ha descubierto! ¡En las páginas de *Catholic Hour* le ponen pero que muy bonito!

—Oh —dijo Adriano, volviéndose hacia la ventana sin inmutarse y hablando con una frialdad extrema—. Encienda unas velas, por favor.

Cogió el periódico, alzó su mano izquierda para protegerse los ojos y miró la página. Al leer su nombre pontificio y el secular, sintió un hormigueo en la sangre, porque todavía odiaba la publicidad. A medida que avanzó en la lectura, la sangre le empezó a hervir. Lo que estaba leyendo era un relato espantoso, espantoso porque de una mirada comprendió que era irrefutable. Irrefutable porque la simple murmuración de ciertas cosas puede destruir y su efecto no depende de su veracidad. Era irrefutable porque era anónimo. Era irrefutable porque nunca se permitiría a sí mismo rebajarse... ¿Quién podía haberle atacado con tal ingenuidad maligna? Los nombres de media docena de sabuesos repugnantes se le ocurrieron en otros tantos segundos, pero no reconocía ninguna impronta especial. Siguió leyendo. Se percataba de que su cara era una llamarada de indignación, pero protegida por la sombra. Al llegar a un evidente error cronológico, hizo chasquear la lengua. Con ello advirtió que podía dominar su voz; y recordó que los ojos envidiosos de Ragna estaban fijos en él. Desde ese instante alguna breve palabra despectiva o una risa fueron el comentario de los absurdos excesivos; de ese modo volvió a ser dueño de sí mismo. Terminó de leer por encima el artículo y por fin alzó la vista hacia el Cardenal.

—Sí —dijo—, al parecer somos un personaje de mala fama. Ahora volveremos a recorrer estas líneas otra vez, y a apuntar los errores objetivos —volvió al comienzo de la primera columna y leyó analíticamente. A medida que avanzaba, iba contando en voz alta; «uno», «dos», hasta llegar a—: Treinta y tres mentiras absolutas y deliberadas, exclusivas de una aviesa representación de los hechos, gratuita o mal informada, en una columna y tres cuartos. ¿Y bien? —preguntó, dirigiendo al Cardenal expectante una mirada directa.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Hemos de estudiar el tema que Su Eminencia ha sometido a Nos y en el momento adecuado diremos cuál es nuestro deseo. El periódico ha de quedar en nuestro poder. Su Eminencia tiene autorización para retirarse.

Ragna se encaminó hacia la puerta. Al llegar al umbral se dio la vuelta para aullar:

—¡Abdique!

—No, no abdicaremos —dijo Adriano.

El Secretario de Estado se precipitó hacia afuera. Mientras avanzaba entre silbos

y gruñidos prodigados a todos y cada uno de los caballeros que esperaban en la antecámara, Sir Iulo de pronto proyectó con violencia sus brazos en ángulo recto con los hombros, alzó su pierna derecha sin flexionar, en posición equivalente a la de los brazos, se dejó caer rígidamente sobre su pie izquierdo hasta quedar sentado sobre el talón, recuperó la posición inicial de un brinco, cambió de piernas y repitió el número con la izquierda. Todo sucedió en un segundo: sus dientes blancos brillaron a la vez que sus músculos se relajaban. Pocos espectáculos son más exacerbantes que el de un joven caballero vestido de rojo que, sin advertencia de ninguna clase, se comporta tal como un mono en una rama, manifestando la misma asombrosa flexibilidad descendente y ascendente, la misma agilidad imperturbable e inevitable. El cardenal Ragna, desde donde se hallaba, le tachó de demonio y se precipitó en una carrera de olas de muarés bermejos.

Tan pronto como estuvo solo, Adriano se hizo el más firme de los propósitos de no dejarse doblegar ni quebrantar. Una vez hecho eso, tomó la cena con toda calma, devolvió la bandeja y pidió una buena cantidad de café solo. De inmediato cerró todas las puertas y se permitió un período de desintegración preparatorio de una reintegración, un período de inercia preparatorio de otro de intensificación. Sentía un dolor profundo. Leyó una y otra vez el artículo que trataba sobre *La extraña carrera de un Papa*, hasta que su cabeza estuvo sumergida en aquel horror. Era lo peor que le había ocurrido en su vida. Su anterior experiencia con libelos periodísticos era nada en comparación con esto. Durante los amargos, amarguísimos años de su pelea por la supervivencia, se había sabido un luchador. Como tal, había esperado golpes a cambio de los que él asestaba. Y, cuando todo hubo sido dicho y hecho, nunca su lucha fue fuente de un dolor sin consuelo para él. Por una parte, se había complacido en tener presente, sin cesar, que luchaba con escrupulosidad contra adversarios inescrupulosos, que libraba una batalla perdida, que peleaba contra un peso un millón de veces mayor que el suyo, que peleaba con las manos desnudas contra campeones cubiertos de armas. Esa idea —la de que luchaba no como un héroe, sino como hubieran luchado los héroes—, esa idea había sido su sostén. Y ahora... Pero éste... Le pintaban simplemente como un ser despreciable. Una simple mirada a la imagen que *Catholic Hour* dibujaba de él, con una prolijidad feroz, le llevó hasta la náusea física. Pero no era de verdad, no era real. No era él. No, no. Era una caricatura atroz. Todos comprenderían que eso era... ¿Lo comprenderían? ¿Cuántos habían comprendido que aquellos libelos de otros tiempos eran libelos? Uno..., entre cientos. ¡Oh, qué atrocidad, qué atrocidad! Volvió a leer el artículo y arrojó el periódico al suelo. ¡Si sólo le hubiese mostrado perverso, o ridículo! Pero no. Estaba categóricamente maldito, como un ser desdeñable, rastrero, vulgar, abyecto, mezquino: todo lo que merecía mero desprecio. Sólo un esfuerzo supino le libró de lanzar alaridos histéricos.

—¡Dios, Dios! ¿Soy así de verdad? —gimió en voz alta, con las palmas tendidas hacia lo alto, con los ojos extraviados en agonía. Perdió la fe en sí mismo. Quizá era

tal como le pintaban. Quizá, después de todo, su imaginación le había engañado y, en realidad, él no era más que una criatura indigna de defensa. Era posible—. ¡Oh! ¿He sido alguna vez semejante bestia inmunda? ¿Lo he sido? —Gimió otra vez. Entonces todo su ser fluyó en un torbellino, y la naturaleza ultrajada le arrebató en sus manos. El golpe a su autoestima, la embestida brutal contra su sensibilidad fueron más de lo que su cuerpo viril podía sobrellevar. Sentado en una silla baja, desfalleció en el olvido.

Al cabo de una hora comenzó a revivir. Parecía tener una idea concreta de lo que había ocurrido, porque se tambaleó hacia la ventana abierta, para que el aire fresco de la noche le fortaleciese. Con lentitud, en forma gradual, recuperó la conciencia plena y, con ella, cierta dosis de serenidad. Volvió al asunto, en el punto en que lo había dejado.

No, él no era así. Ante Jesús, el que llevaba sobre su pecho, no era así. Poco a poco se calmó. Había hecho cosas desesperadas y cosas tontas, pero nunca cosas innobles; un momento: una vez, pero ni tenía ninguna relación con esa nota periodística, ni había sido algo innoble a los ojos de nadie que no hubiese sido él mismo, porque se podía definir como algo «astuto» o «inteligente», según la fraseología mundana; nadie había sufrido injuria por aquello, había sido una reparación; pero, de acuerdo con su propio criterio, era algo innoble. Sin embargo, nadie sabía de aquello, excepto él mismo, Dios y su ángel guardián, porque ni siquiera lo había sabido su confesor, ya que no era un pecado, ni aun venial. Pues bien... No. No. No había merecido ser arrojado al desprecio del mundo.

¿Quién le había puesto en la picota?

Volvió a leer el artículo con mucha atención. ¿Qué ser humano podría haber reunido tal cantidad de datos aparentemente verídicos? Comenzaba a estudiar el problema desde su habitual punto de vista ajeno, no comprometido. Palabras que él mismo había escrito eran citadas como prueba de las acusaciones que se le hacían. ¿Qué ser humano podía haber distorsionado tan hábilmente su significado, quién podía haberle pintado con tanta habilidad de esa manera? En algún momento de su vida tal vez (sin advertirlo) hubiese aplastado a algún gusano y ahora el gusano se volvía para clavarle un dardo. Buscó alguna señal, una pista..., y la encontró. Claro que sí; y de inmediato surgió el motivo a la luz. Era el resultado de una inquina abrigada por un ladrón de cartas, un falsario de profesión, al que había criticado con sarcasmos hirientes hacía unos diez años. Pero había algo más que eso. Volvió a analizar el artículo, para cerciorarse. ¿Por qué, entre todos los periódicos, *Catholic Hour* había publicado esa denuncia? Advirtió que *Catholic Hour* pretendía haber copiado su denuncia del *Devana Radical*. El ladrón de cartas vivía en Devana y estaba conectado con el mundo del periodismo, y hasta había tenido acceso a una cantidad de información mucho mayor que la mal aprovechada allí. Aunque no a toda. En el texto del artículo, aquí y allá, su facultad analítica permitió a Adriano discernir un cambio de estilo. Aquí y allí había opiniones y formas técnicas de

expresión que no podían haber salido de aquella persona. ¿Quién era el responsable de eso? El Papa, más que ningún otro hombre en el mundo del Señor, estaba cualificado para reconocer «la elegante mano romana»: al menos la elegante mano romana de uno de sus discípulos del Colegio San Andrés, al que había mortificado aplicándole un apodo ridículo, una burla inocua, compuesta simplemente con la inicial del nombre unida al apellido; la elegante mano romana de un pseudoeditor con el que se había negado a tener tratos. Sí, y también estaba el toque obsceno de la mujer. ¡«*Spretae injuri formae*» una vez más!

Por último hizo el resumen:

Causa material: información obtenida (sabrían los dioses por qué medios) del ladrón de cartas puesto en evidencia y la mujer. Opiniones recogidas (quizá ofrecidas) por el despecho deseoso de apuñalar el desdén por la espalda.

Causa formal: calumnia, es decir, difamación, o sea falsedad.

Causa eficiente: el trato pontificio dispensado a los representantes de la Hermandad Liblab que en aquel momento se hallaban en Roma.

Causa final: a) intimidación; b) venganza.

Estaba tan claro como la luz del día.

Adriano se acomodó en su silla y culpó..., a nadie más que a sí mismo. Su mente fue en línea recta a la raíz del problema. Era su propia culpa. No había amado a su prójimo. Había sido duro, áspero, austero. Había cultivado su facultad natural de restregar con sal la llaga más fresca y secreta del prójimo; sal que tenía el aspecto de palabras mordientes, sátira, sarcasmo, ironía corrosiva, etiquetas que quedaban adheridas. Pero había hecho todo eso cuando luchaba, desnudo y solo, contra una adversidad sin límites. No importaba. ¡Era parte de la lucha por la vida! No importaba. Podría haber sido asesinado..., no metafórica..., sino literalmente, mucho tiempo atrás... ¿Cómo saberlo? Como todos los hombres, había confiado en sí mismo, no en el Hacedor de Estrellas. En realidad, no sabía ni podía saber. A sus propios ojos, como juez de sí mismo, cada punto de su defensa fallaba. Se declaraba culpable. No había amado al prójimo.

Su alma acudió a las divinidades que con aire severo están sentadas en el estrado temible; pero ningún solaz llegó de ellas. Llevó las manos al hermoso crucifijo que colgaba de su cuello, la píxide que descansaba sobre el pecho; lo puso sobre la mesa y se arrodilló ante el Soberano de los serafines. Hizo un acto de contrición. Reconoció su pecado, reconoció que había merecido el condigno castigo. Con humildad dio las gracias al Señor por haberle impuesto la pena en este mundo. «Oh, que me sea concedido ir por la senda de la santa inocencia de pensamiento y obra, el camino que señalan las leyes augustas, leyes que tienen su origen en lo más alto de los cielos, a las que la raza del hombre mortal no ha engendrado ni el olvido podrá borrar, porque el poder divino late en ellas», oró con la idea de los versos de Sófocles.

Hizo llamar a su confesor.

Había sido una experiencia horrible. Era consciente de haber sufrido una sacudida tremenda. Se sentía muy viejo. Su juventud y fuerza, su temple parecían haber sido tronchados. El mundo se había deslizado debajo de sus pies. Sí, el mundo... ¿Cómo iba a enfrentarse con el mundo? Con ecuanimidad y fortaleza. ¿Qué debía decir y hacer? Nada... Nada...

Llegó el confesor y él confesó que, desde su última confesión, la del día anterior, había sido culpable del pecado de ira. También renovó su arrepentimiento por una falta cometida en el pasado. No había amado a su prójimo. El fraile descalzo le absolvió y le ordenó que, como penitencia, dijese una misa por el bienestar presente y la salvación eterna de todos aquellos a los que había ofendido.

Adriano dejó el ejemplar de *Catholic Hour* abierto sobre una mesa, de modo que no estuviese oculto y de donde no debía ser quitado: procuraba apartar su pensamiento de ese tema y dejar el incidente atrás. Que el efecto de aquello se haría manifiesto y que el recuerdo iba a volver, lo sabía: pero ni el recuerdo ni el efecto detendrían jamás su marcha. Pasó el resto de la noche meditando sobre el futuro. A la hora de acostarse no bajó a San Pedro, sino que dijo sus oraciones junto a la cama, con sencillez y debilidad infantiles. El sueño que disipa las preocupaciones cerró sus párpados, soporífero, sereno, similar a la muerte.

## CAPÍTULO XVII

**P**OR la mañana, Adriano convocó a Gentilotto, Sterling, Whitehead, Carvale, Della Volta, Semphill y Van Kristen. Le pareció que los ayudas de cámara le miraban con curiosidad. Así era. En un instante adivinó que en el futuro siempre tendría que soportar el fuego de ojos curiosos, escuchar los susurros no disimulados de personas que querían ser conocidas como seres de pensamiento sucio, de personas que querían ver al Pontífice romano retorciéndose entre hierros al rojo blanco. Muy bien. Soportaría el fuego: quizá, hasta cierto punto, hubiese respondido a preguntas de interés general (pero no particular). Pero no debían mezclarse meras contorsiones y enredos humanos.

Sus Eminencias se presentaron en la sala del trono, donde el Papa estaba sentado en una postura rígida, en una actitud hierática, con las manos sobre los brazos del trono, pies y rodillas juntos, la espalda recta y la cabeza erguida. Se le veía apenas algo más pálido que de costumbre. Cada uno presentó respetos de distinta forma. La cara suave y pura de Gentilotto expresaba compasión, unida a un sentimiento de ofensa personal. Los agresores del Papa también le habían herido a él. La cara morena de Sterling tenía la mirada fija de quien está decidido a ser ecuánime en cualquier circunstancia, mientras desea presentar ante quien corresponda una petición de misericordia para el prisionero que está en el banquillo. El cardenal de St. George-of-the-Golden-Sail se presentaba a sí mismo dentro de su inocencia personal, lo que le apartaba de hacer alardes ante la culpabilidad de los otros. La actitud de Della Volta indicaba una curiosidad común pero simpática. Carvale estaba blanco y Semphill rojo, de indignación impaciente. Como Gentilotto, ambos habían sido heridos por el ataque contra su superior: pero iban armados. Van Kristen se mostraba muy triste. Sus grandes ojos melancólicos nadaban en una bruma de conmiseración, y Adriano advirtió que sus labios se demoraron un mínimo instante más de lo habitual sobre la fría mano pontificia.

Los chambelanes acomodaron taburetes para los cardenales y se retiraron. El Papa comenzó a hablar con su acostumbrado tono rápido y conciso. A fin de subrayar la diferencia esencial entre la Iglesia (una asociación puramente misionera) y el mundo, había decidido dispersar los tesoros del Vaticano. No era eso, de ninguna manera, lo que Sus Eminencias habían supuesto que iban a oír, y quedaron bastante sorprendidos. Adriano les concedió un momento, y luego siguió adelante.

—¿Sabe alguien si el viejo y querido Cabelli es Ministro de Instrucción Pública ahora?

Della Volta dio la respuesta negativa.

—Tanto mejor, porque será más fácil para él hacernos un favor. Bien —y se dirigió a su último interlocutor—, ponemos este asunto en manos de Su Eminencia. Tendrá usted una breve comisión y esto es lo que habrá de hacer: primero, buscará a



Cabelli, Longhi y Manciani para que le sirvan como consejeros. Segundo, con la asistencia de ellos, se procurará los servicios de los principales expertos del mundo: digamos, cinco. Tercero, usted hará que esos cinco expertos estimen los valores máximo y mínimo de cada pieza del tesoro por separado. Esa lista de valores nos será sometida. Cuarto, hará ordenar las piezas (y ese orden ha de ser indicado en la lista de valores) en tres secciones: la histórica, la artística y la que sólo se valora por el peso. Quinto, de inmediato hará que se publique en todas partes un anuncio de que la venta de esos objetos, a precio fijo, se llevará a cabo aquí, del 1 al 6 de enero próximos.

Hizo una pausa, porque advertía que algunos querían hablar. Concedió la palabra a Gentilotto.

—¿Ha considerado Su Santidad —dijo el Papa Rojo— que la mayor parte del tesoro está consagrada al servicio de la Iglesia?

—Sí. También hemos considerado que la Iglesia existe para el servicio de Dios en sus criaturas; que ella no sirve ni al Uno ni a las otras guardando en vitrinas bellos y costosos objetos; que la Iglesia, que se reserva esos objetos consagrándolos, también puede devolverlos al uso corriente desacralizándolos. Técnicamente los objetos sacros pueden dejar de serlo si se los golpea con esa intención: bajaremos al tesoro dentro de poco y, mediante esa ceremonia, los convertiremos en simples joyas y metales preciosos.

—Eso puede hacerse —dijo el Cardenal Prefecto de Propaganda: su corazón le señalaba un camino; la herencia y el prejuicio eclesiástico, otro.

—Hay algo que, creo, ha de mencionarse —intervino Della Volta—, los actuales funcionarios del tesoro y el edificio: ¿qué será de ellos?

—Los funcionarios seguirán gozando del estipendio de sus beneficios. Tendrán otra ocupación más útil que la de sacar brillo a las bandejas. En cuanto al edificio, cuando las vitrinas estén vacías se quitarán de allí y la sala se convertirá en sacristía.

—Querría decir una palabra, si se me permite —interrumpió Semphill—, ¿no piensa Su Santidad que el Gobierno italiano pueda interferir? ¿No existe una ley que prohíbe que las obras de arte salgan de las fronteras de Italia?

—Nos gustaría ver que el Gobierno italiano se atreviese a interferir nuestras acciones —respondió Adriano, con una sonrisa firme y luminosa—. El Gobierno italiano no es feniano ni tonto.

—No, pero... —prosiguió el Cardenal.

—Su Eminencia no tiene por qué temer oposición de ese lado.

—¿No se exceptuará nada de esa venta? —preguntó Sterling con aire pensativo.

—Habrá algunas excepciones —el Papa se volvió hacia el cardenal Della Volta—. Usted reservará un cáliz de plata dorada para cada uno de los sacerdotes del palacio; un copón de plata dorada para cada tabernáculo; y el conjunto sencillo de ornamentos pontificios que le indicaremos. Nada más. De aquí en adelante, los integrantes de la corte podrán usar los ornamentos de su propiedad privada.

—Debo decir que considero que los ornamentos pontificios merecen un destino

mejor que el de convertirse en piedras y metales preciosos —dijo Gentilotto.

—Tonterías —replicó el Papa, cortante—. Los ornamentos pontificios no son sacrosantos como la túnica cartaginesa —los nervios exacerbados salían a relucir.

—Lo concedo —admitió el Cardenal.

Adriano se puso de pie.

—Hemos convocado al Sacro Consistorio para mañana por la mañana, ocasión en la que promulgaremos nuestros decretos sobre este asunto.

Semphill ya no pudo contenerse. Estalló con un «Seguramente Su Santidad habrá leído el artículo de *Catholic Hour*».

Adriano pensó que ese Cardenal le caía, por alguna razón, particularmente bien en ese momento. Sí, por supuesto. Su Eminencia tenía mejor aspecto durante el Adviento. El rojo habitual hacía que su saludable rubicundez se viese demasiado azulada. Ésa era la razón.

—Oh, sí —respondió el Pontífice.

—¡Pues nunca en la vida he leído nada más abominable!

—Ni Nos.

Todos los ojos de los cardenales estaban dirigidos al Papa. Adriano permanecía de pie sobre el escalón del trono y parecía estar volviéndose una figura de alabastro. Semphill, enfurecido, continuó.

—Me gustaría pensar que se hará algo al respecto.

—También a Nos.

Semphill se derrumbó, con los ojos fijos en Adriano.

—Pero sin duda Su Santidad hará algo.

—No.

—¿Qué? ¿No habrá respuesta a eso?

—No.

—Se hubiese pensado que habría algún medio canónico de hacer que *Catholic Hour* fuese acusado por difamación contra el Papa —dijo Sterling.

—Existe la bula *Exsecrabilis* de Pío II. Pero no es el Papa el que ha sido difamado, sino George Arthur Rose —explicó Adriano, imperturbable.

—Eso es hilar fino —intervino Whitehead, alzando la vista por primera vez.

—Demasiado fino —precisó Carvale, marcando la diferencia.

—¡Hay que excomulgar al director, al impresor, al editor, por sus nombres, digo yo! —exclamó Semphill.

Sterling prosiguió.

—Resulta difícil comprender qué pueda haber llevado a la gente de *Catholic Hour* a insertar...

Adriano le interrumpió.

—Pregúntese tan sólo esto: ¿es de esperar que un periódico irlandés (y cuando decimos un periódico irlandés queremos decir un periódico clerical porque, según McCarthy, el clero irlandés tiene a la prensa católica en un puño), es de esperar que

un periódico irlandés, que tiene la cara infernal de autodenominarse «órgano de la opinión católica», y que una vez llamó al cardenal Semphill..., ¿qué fue, Eminencia? ... Ah, sí, «galanteador perfumado», es de esperar que desaproveche una oportunidad de aumentar su circulación a expensas del Vicario de Cristo?

—¡Oh, muy bueno, por cierto! —exclamó Semphill, soltando una sincera carcajada reminiscente.

—Pero, Santidad —prosiguió, grave, Sterling—, ya se sabe que esas afirmaciones no son verdaderas. Se sabe que el artículo brinda una imagen suya totalmente falsa.

—No son verdaderas y el artículo brinda una imagen nuestra totalmente falsa.

—Sería recomendable que eso se hiciera conocer.

—Es conocido. Centenares de personas lo saben y no les está prohibido decir lo que saben..., si osan hacerlo.

Adriano bajó del escalón. Una sombra gris endurecía sus facciones agudas. Las cejas y los ojos, entrecerrados éstos, dibujaban líneas paralelas y los labios delgados tenían un trazo recto y cruel. Sus Eminencias se retiraron diligentes. Van Kristen permaneció en la sala hasta que los demás se hubieron marchado.

—Santo Padre —dijo—, ¿se siente usted tan mal como cualquier otro hombre?

Adriano oprimió la mano morena y delgada, en la que el zafiro cardenalicio resaltaba con una belleza encantadora.

—Tal vez, Percy —dijo.

—Creo que no iré a la *Dynam House* este otoño —continuó el Cardenal—. Allí pueden apañarse sin mi presencia, Santidad. Y si soy de alguna utilidad aquí, no seré desertor mientras mis ojos tengan vida.

—Usted siempre Nos es útil, Reverendo Padre —respondió el Papa con rigidez, mientras trasponía rápidamente las cortinas de la antecámara secreta.

Ahora el mundo tenía algo más de qué hablar, aparte de las posibilidades de una guerra mundial y de la inferioridad del Papa. Cuando se anunció la venta de los tesoros del Vaticano en el Sacro Consistorio, cinco cardenales se marcharon fuera de la sala entre juramentos, cuatro estallaron en lágrimas, ocho se dijeron en mente expresiones muy libres y después —dos de ellos— a voz en cuello, y el resto permaneció mudo. Ragna, Berstein, Cacciatore y Vivole llegaron a la conclusión de que el nuevo movimiento de Adriano era una añagaza para disipar los vahos de las calumnias periodísticas contra George Arthur Rose; de inmediato se dedicaron a hablar con diversas personas para hacerles ver el asunto desde su punto de vista. Celtas y católicos de todo el mundo estallaron en aullidos y compararon a Adriano y Honorio, con ventaja para el primero. «Desde un punto de vista católico», escribió un caballero clerical (que en sus años mozos, siendo agregado en París, fuera conocido como La Bella Antropófaga), «es imposible acusar a Adriano con excesiva severidad». Estaba arruinado, decían con rectitud untuosa, e iba a vender los tesoros del Vaticano a fin de asegurarse unos fondos dudosos para pasar una vejez decente y

apartada. Como es natural, juzgaban de acuerdo con su propia forma de proceder. Todos los católicos lo hacen.

La Hermandad Liblab se felicitaba por tener un miembro como Sant. Se consideraba que su actividad diplomática era inteligente. Los socialistas esperaban que, de un momento a otro, el Purpurado Innombrable, presa de total desesperación, pidiese que se le brindara refugio en sus filas. Jerry Sant permaneció sentado toda la noche en el Hotel Nike, por si el Papa se sentía proclive a escapar de un trono que se había vuelto demasiado caliente para él. En el caso de que se produjera tal fuga, por supuesto que «Su Reverendísima Señoría» iba a acercarse para procurar hacer las paces con ellos, ya que les había ocasionado tantos incordios y gastos. Así que la Liblab puso límites a los planes de Sant; él sería quien tomara juramento al Vicario de Dios: le cobraría la suscripción anual por adelantado y le afiliaría. Después, en su carácter de camarada más experimentado, le daría la orden de volver al Vaticano a usar su papado para la puesta en práctica de los programas del laborismo contra el capital. Al mismo tiempo, aprovecharía la oportunidad de transferir algo de los bienes pontificios de las manos de un hombre que no se lo merecía a las de otro que sí se lo merecía. Sin embargo, Jerry se pasó dos noches en vela para nada. Mejor hubiese sido (aunque no tan bonito) que hubiera cumplido esa espera acostado. Por último, al tercer día, apareció Mrs. Crowe presa de una agitación que era una mezcla de regocijo, odio y miedo.

—Supongo que esto es obra suya, Mr. Sant —dijo, sacando de su bolso un recorte del *Catholic Hour*.

—Siiíp —sonrió Jerry como una gárgola oblonga.

—¡Cómo ha podido decir esas cosas de él! ¡Me parece repugnante que lo haya hecho!

—¡Mujé! ¿No me ha dicho usted misma la mayoría de esas cosas?

—Sí, claro que sí. Pero nunca pensé que las haría publicaran los periódicos.

—Pero si es que no las he soltao todas. Que hay mucho más, si a él no le bastan esos puntazos.

—Oh, estoy segura de que le bastarán, y espero que sólo le haya aturdido.

—Puede que sí.

—¿Todavía no ha tenido noticias suyas?

—No. Todavía no. Espero tenerlas hoy.

—Mr. Sant, si le ha hecho daño a mi Georgie, yo..., yo no sé lo que haría, pero jamás se lo perdonaré a usted.

—Tranquila, mujé, eso no le matará, pero puede que le haya hecho un poquitín de daño, y quiero decirle que él vendrá aquí a por la medicina.

—No me importaría que sufriese un poco. Se lo merece después de la forma en que se portó conmigo. Pero...

—Ahora usted tiene que largarse. No puede estar fastidiando cuando venga Rose. Cuando yo termine con él se lo mandaré a usted. Así que a volar de aquí.

«¡Bestia bruta!» exclamó Mrs. Crowe para sus adentros al poner los pies en la calle. «Tendría que haberme dejado a mí este asunto. No me sorprendería si Georgie hiciera algo desesperado ahora. Eso sería muy de él. Y creo que yo hubiese podido conseguir algo con paciencia.» Hizo una seña a una victoria y pidió al cochero que la llevase a la Plaza de San Pedro; quería echar otra mirada a la ventana.

El Papa administró la sagrada orden del sacerdocio al cardenal Van Kristen en el día de Inocentes. Su Santidad sentía que el ejercicio sacerdotal de un hombre tan inocente beneficiaría a todos. La invasión inglesa y americana de Roma batió todos los récords en la temporada de invierno. En una cena y baile de disfraces que celebraba la Nochebuena, en el Palazzo Caffarelli, se señaló que en la ciudad estaban todos los multimillonarios del mundo. Si por entonces se hubiese guerreado a la manera antigua, es decir, por los rescates y la rapiña, y si alguna potencia hubiese poseído el equipo militar pertinente, un nuevo saqueo de Roma habría sido una empresa de máximo lucro. Sin embargo, tal como estaban las cosas, era Roma la que saqueaba a los multimillonarios. A pesar de que la primavera siguiente habría de ver el alba de Armagedón, un número asombroso de personas era incapaz de resistir a la tentación de comprar los tesoros del Vaticano. La lista de precios establecidos por los expertos había sido sometida a Adriano, quien fijó una media entre el máximo y el mínimo, con gran disgusto de los curialistas, quienes (una vez que tragaron la idea) se mostraron ansiosos por hacer buenas inversiones. Sugirieron una subasta, que el Papa rechazó de inmediato, diciendo que él no pensaba competir ni con comerciantes ni con pillos. Facilitó a los museos la compra de las piezas históricas; las artísticas fueron a dar a manos de los coleccionistas privados; y en los ambientes mundanos fueron adquiridas las que valían por el material. La colección de vestimentas, por sí sola, produjo setecientas ochenta y cinco mil libras y las ganancias totales, que alcanzaron la suma de treinta y cuatro millones de libras, fueron ingresadas en el Banco de Italia.

El *signor* Panciera se avino excepcionalmente a aceptar otra invitación del Vaticano. En esta ocasión su visita fue breve y muy trascendental. El Papa tuvo a su cargo la charla. Su Santidad habló con tono seco y conciso para explicar los términos de un manuscrito que, por último, entregó al Embajador; parecía consumido por un fuego interno, cuyos signos se mostraban en su cara pálida y demacrada por el dolor. Dijo que aprobaba el plan del *signor* Gigliotti, por el cual en las obras públicas de Apulia y Calabria se empleaban convictos reinsertados. Deseaba que Italia estableciera y mantuviese granjas comunitarias en los bosquecillos de eucaliptos de la Campania romana, donde podían desarrollar toda una vida industriosa muchachos y chicas también reinsertados. Deseaba que Italia estableciera y mantuviese residencias para ancianos y escuelas gratuitas donde se enseñaran oficios a los niños. Deseaba que Italia estableciera y mantuviese becas para el estudio de la arqueología italiana, con la idea de fomentar un espíritu de patriotismo entusiasta, excavando, estudiando y conservando las ciudades sepultadas y los monumentos y tesoros de la Antigüedad

que tanto abundan en el sacro, glorioso y no violado suelo italiano. Por último, deseaba que Italia estableciera recompensas, de unas mil liras en metálico, para cada hombre o mujer de entre veinte y treinta años de edad, que hubiese servido a un amo o a una firma secular desde el día de Nuestra Señora de 1899, y que reclamara tal recompensa. Para que tuvieran cumplimiento sus cuatro deseos, entregó al *signor* Panciera una nota de crédito sobre el Banco de Italia, pagadera al que en el momento fuese Primer Ministro del país. El monto de la orden era de treinta y tres millones de libras. Era una ofrenda en honor de los treinta y tres años durante los cuales Dios hecho hombre había bregado por el amor a los hombres. Esa suma debía ser el núcleo de una fundación nacional que se llamaría «La Casa de Cristo». Esa fundación sería administrada, de acuerdo con los objetivos establecidos, por un miembro varón de la Familia Real de Italia, por las personas que desempeñaran los cargos de Primer Ministro y de Ministro de Interior, y por nueve síndicos elegidos rotativamente de la lista de nobles del Libro de Oro. Los primeros doce integrantes de esa comisión conservarían su poder de por vida, y habrían de ser designados por Su Majestad el Rey dentro del plazo de un año a contar de la fecha de cesión de bienes. La segunda y tercera habrían de ser comisiones de oficio. De los nueve nobles, se retirarían tres cada año y los tres siguientes de la lista les sucederían. Ningún eclesiástico debería tener relación con esos fondos bajo ningún concepto, a menos que fuese elegible por su carácter de noble, o bien de servidor pago, empleado como capellán por los compromisarios. El deseo particular de Adriano era que «La Casa de Cristo» se convirtiese, en todos los sentidos, en un departamento del Gobierno de Italia.

El *signor* Panciera salió de la audiencia dando tumbos, y a toda velocidad se encaminó hacia el Monte Citorio. Allí recogió al *signor* Zanatello y ambos fueron, con su cesta de novedades, a entrevistarse con la Reina Regente en el Quirinal. Once minutos en la sala de música de Su Majestad bastaron para que los tres personajes atravesaran el Salón de los Pájaros y subiesen las escaleras hasta la oficina de telégrafos, a través de la cual dieron a conocer el plan a Víctor Manuel, que se hallaba en el castillo de Windsor. La respuesta del soberano fue característicamente italiana y (por tanto) espléndida:

«Yo apporto un millón; la Reina aporta un millón; el príncipe de Nápoles aporta un millón: todos de libras esterlinas.»

El Primer Ministro envió las gracias en nombre de la nación y pidió a Su Majestad que se nombrase a sí mismo como uno de los integrantes de la comisión administradora. Obtuvo esta respuesta encantadora:

«Los síndicos serán apodados “los doce apóstoles del Papa”. La *Voce della Verità* y el *Osservatore Romano* de inmediato me asignarían el papel de Judas».

El *signor* Pandera envió este mensaje: «Señor, había un decimotercer apóstol».

El Rey respondió: «Pero fue una idea tardía». Eso hizo que la reina Elena se echara a reír. El Rey continuaba: «Zanatello, acepte ese dinero, extienda un recibo en nombre de Italia. La Reina Regente dará a conocer un real decreto instituyendo “La

Casa de Cristo” como un departamento del Gobierno. Nombro al duque de Aosta síndico real. Este plan es exactamente lo que Italia quiere en este momento: que se ponga en marcha de inmediato».

Zanatello imploró a Su Majestad que le nombrara síndico. «No», llegó la respuesta final. «Daré mi firme apoyo de un modo no oficial; si hay lugar para un decimotercer apóstol, lo meditaré. En tanto, me comprometo a duplicar ese capital dentro de un año. El rey de Inglaterra nos ayudará.»

Adriano tuvo la primera noticia de la aceptación del regalo hecho a Italia al día siguiente, a través de las páginas del *Populo Romano*, uno de los más respetables periódicos del mundo, como el Papa solía decir. Experimentó la sensación de haber dado otro paso importante, y de inmediato se preparó para el siguiente. Convocó al alcalde de Roma y por su intermedio hizo donación a la ciudad de todas las esculturas, muebles, cuadros, tapices y objetos arqueológicos por entonces existentes en el Vaticano. Al mismo tiempo, canonizó a Don Bosco y a Dante Alighieri y publicó la *Epístola a los italianos*. Ese documento era sobre todo exhortatorio y estaba dirigido contra la incredulidad y las sociedades secretas. Instaba a Italia a que se considerase un templo del arte en Europa, y a que, por la contemplación de las obras maestras de la habilidad humana que ya poseía, o que fuesen a ser agregadas a sus bienes gracias a futuros descubrimientos, se convirtiese en un país y un pueblo capaz de amar al Señor de todo lo bello. Hablaba de la Mafia con admiración y horror. Se trataba de una hermandad, más que de una sociedad, decía. Era una hermandad de individualistas, cada uno de los cuales se entregaba al servicio de su hermano. Sus virtudes esenciales eran la honestidad, la mutua ayuda, la continencia. Nada podía ser mejor. Pero el demonio había distorsionado la aplicación de ese esquema excelente. Su iniquidad tentaba a los *mafiosi* no sólo a ayudarse en las buenas obras, sino también en el mal..., sobre todo en las acciones perversas. Asesinaban y ocultaban asesinatos y olvidaban el mandamiento «no robarás». Alegaban que Mazzini les había unido en un organismo corporativo con fines políticos, y les había dado como lema la frase «*Mazzini Autorizza Furti Incendi Avvelenamenti*»<sup>[13]</sup>, de las iniciales de cuyas palabras había surgido su nombre como corporación. En lugar de esa sentencia maligna y abominable, el Papa les sugería otra: «*Madonnina Applaude Fraternalità Individualità Amore*»<sup>[14]</sup>. Que la Mafia floreciera con ese lema como principio rector.

Italia veía que la carga de la pobreza era apartada de sus hijos, veía que sus jóvenes tenían la posibilidad de cultivar sus talentos, veía que el trabajo honesto de sus hombres y mujeres era recompensado, veía amparo y seguridad para la vejez. Roma se puso con nobleza a la tarea de dar albergue a los tesoros de arte que Adriano le había regalado. Se planearon inmensos y espléndidos palacios para esos objetos, y comenzó la edificación en las colinas Esquilina y Celia. Las graciosas formas de los antiguos dioses habrían de erguirse bajo las arcadas de mármol, blancas y puras como lirios por fuera, mosaicos de oro reluciente por dentro, entre los bosquecillos del

Janículo. Los hombres honestos volvían por sus fueros. Ya no estaban en paro. Por consiguiente, no había corazones heridos mientras las manos eran explotadas, y la anarquía comenzó a desvanecerse en la oscuridad de la basura desechada y vieja. ¡Pero otro tanto le ocurría a la *Epístola a los italianos*! Estaban dispuestos a escuchar todo lo que proviniera de ese pequeño ser retraído, omnisciente, omnipotente y omnipresente, al que llamaban el *Papa Inglese*. Para el temperamento italiano fuerte y simple, sus palabras eran convincentes por su esencial simplicidad y fuerza.

—¡Habla como tu propia conciencia! —decían Cayo, Tizio y también Sempronio.

—Escuchadle y obedecedle, pues —les adoctrinaban Maria, Elena y también Margherita.



## CAPÍTULO XVIII

ITALIA no era la primera en el corazón de Adriano. Era la tercera. El Pontífice le dispensaba servicios porque había advertido las necesidades perentorias del país. La segunda de las tierras que amaba no se sabía necesitada de él y, por lo tanto, no le ofrecía más que un trato cortés; no quería que América le dijese que dejara de jugar con una sierra. Además, Inglaterra estaba primero. ¿Y qué podía hacer por Inglaterra? El pensamiento de que podría hacer algo era lo único que le sostenía. La vida entre millones de seres parlantes se había convertido en un horror siempre renovado para él. Con frecuencia se preguntaba qué le impedía arrojarse por la ventana sobre las piedras de Roma. En concreto, había pedido una caja de navajillas de seguridad y había ordenado que se llevaran todos los cuchillos de los apartamentos pontificios. «Oh, las alas quiero, las alas de un palomo, después volaré lejos, muy lejos.» Un muchacho llamado Roebuck cantaba eso en la capilla del New College, en la semana de la Conmemoración, veinticinco años atrás. La voz de oro, esa incomparable voz joven, le llegaba en esta Roma de oro, que despertaba anhelos de alcanzar el reposo.

Un brazo vestido de rojo apartó la cortina de lino azul que cubría la puerta y entró el cardenal Leighton.

—Creo que se nos ha pasado esto, Santo Padre —y tendió un ejemplar de hacía más de un mes de *Catholic Hour*.

Adriano en un segundo se obligó a erguirse física y psíquicamente. Cogió el periódico y leyó: «Hemos recibido una larga carta de “D. J.” censurándonos por exponer a George Arthur Rose a lo que este lector denomina una forma de “crueldad salvaje”. Dice: “Doy las gracias a Dios por no poder apreciar el humor que habla con tal alegría de un hombre que sufrió dieciocho meses de hambruna y, al mismo tiempo, luchó para ganarse la vida con su pluma y con una honestidad de la que puedo dar fe. Sea cual haya sido su pasado —y creo que su artículo es erróneo en lo fundamental—, sin duda es mejor dejarlo en el pasado. Como converso, debía ser fuerte por el bien de la fe que alienta. Antes, en su vida tan agitada, en un momento en que tenía a su alcance un medio de vida decente, un ataque periodístico gratuito le arrebató el cimiento que por sí mismo se había preparado. En la actualidad, lleva una vida que es bastante amarga para sí mismo y nada dañina (por no decir muy beneficiosa) para los demás; de modo que me siento obligado a decir a ustedes que considero su ataque tan criminal como desdichado”.

»Otro corresponsal escribe: “Me he sentido muy apenado por el artículo titulado *La extraña carrera...*, publicado en el número del 18 de noviembre, porque soy un gran admirador de algunos libros que George Arthur Rose publicó antes de que le eligieran Papa. Esos libros hicieron más que nadie para convertirme al catolicismo, y lamento mucho leer la nota que ustedes han dado a conocer acerca del autor”.

»No obstante, otro lector escribe: “Sería bueno informar a sus lectores de que el Austin White que, bajo el título de *Religión ripokondilosa*<sup>[15]</sup>, escribió las cartas ofensivas publicadas en el *Jecorian Courier* hace algunos años atrás es el George Arthur Rose alias el Papa de Roma, sobre el cual han recibido tan amplias noticias a través de las columnas de su número del 18 de noviembre pasado”.

»En respuesta a “D. J.” podemos decir que obra en nuestro poder una carta dirigida por Rose, en 1898, a un excelente sacerdote y cuyo párrafo final dice: “Lamento por usted la situación difícil que inevitablemente se producirá cuando el cuñado de la dama, el Obispo, tome conocimiento de la influencia indebida que usted ejerce para sacarle ese dinero a lady Mostingham. Le ruego que se enmiende y que se aparte de transacciones tan degradantes antes de que sea demasiado tarde”. Si nuestro lector “D.J.” todavía piensa que no era recomendable que con crueldad salvaje denunciáramos al autor de estas líneas, sólo podemos decir que nuestra opinión difiere de la de él.»

Adriano leyó aquella diatriba con un desdén indignado. Más que los sentimientos viles que se expresaban, era el inglés burdo de la vulgaridad lo que dibujaba en él ese rictus violento de desprecio. Miró por la ventana al vacío, para ocultar su disgusto. Al advertir que el cardenal Leighton aguardaba se controló antes de volverse con una fría mirada interrogante.

—¿Sí? —dijo.

—«¡Quisieras concederme un pequeño favor, yo te lo ruego!» —citó en lengua original Su Eminencia, ya que ésa, la de dirigirse al Pontífice en griego, era la mejor argucia para hacerlo con éxito.

Adriano reconoció la cita y la continuó con el verso siguiente.

—«Habla al punto y así lo sabré al punto.»

—¿Puedo hacer una pregunta? ¿Escribió usted esa carta, Santo Padre?

—¿Cuál? ¿La última? Sí.

—¿Qué sabía?

—Todo.

—Tengo que reconocer que la cantidad de conocimiento acerca de los hombres que usted parece poseer siempre es bastante extraordinaria —dijo el Cardenal parpadeando.

—No, no lo es. «A los que de verdad sufren, la justicia les brinda conocimiento» —El Pontífice citó por segunda vez a Esquilo—. «Cuanto mayor sea el apartamiento del mundo, tanto mayor poder se gana sobre las cosas del mundo» dice algún poeta sagaz. Nos jamás hemos sido «un hombre entre los hombres». Tenemos cinco sentidos y nos vimos obligados a usarlos, y todos los hombres a los que alguna vez conocimos tomaron por costumbre, voluntariamente, acudir a Nos y contarnos sus secretos. Jamás los buscamos. Fueron desplegados ante Nos y nuestros sentidos los percibieron. Eso es todo.

La voz del Pontífice era dura y cruel; la cara, más dura, más cruel y también más

terrible aún. La presencia misma parecía una llama ardiente. El bondadoso e inocente Leighton le miraba como a algo inhumano, pero continuó.

—Santidad, me interesa proseguir con el tema. ¿Sabe usted quién escribió las otras cartas?

—Oh, sí. D. J. era otro «excelente sacerdote». Cursaba filosofía cuando Nos cursábamos teología en Maryvale. Usted también le conoce, Leighton: él obtuvo la licenciatura con Ambrose.

—¿Qué? ¿«Gionde»? Sí, claro que le conocía.

—Así se llama. No hemos tenido noticia de él en años, pero es evidente que consideró justo defendernos. ¡Pobre hombre! Una humillación ha sido su premio. Los de *Catholic Hour* le responden «nuestra opinión difiere de la de él»... La segunda ha sido escrita por un publicano achispado, y la tercera carta viene de manos de un chacal jesuita, en respuesta al pillo detestable al que le escribimos la última, o más bien por dictado suyo.

—¿Qué pasó con él? Me refiero al mal sacerdote.

—Forjó su propia ruina, tal como lo habíamos anticipado. Persistió en su carrera criminal hasta que su obispo le descubrió. Quedó deshecho y desapareció, en una casa de salud, o algo por el estilo, durante algún tiempo. Ahora está en una colonia; puede que haya sido... Monseñor, hemos hablado por demás. No es nuestra voluntad y placer proseguir tocando este asunto.

—Pero el provecho que obtengo de escuchar a Su Santidad..., si no es una impertinencia... Santidad, me atrevo a asegurarle mi fidelidad eterna —tartamudeó emocionado Leighton.

Adriano no le dejó ver su expresión: se volvió hacia la ventana que mostraba el panorama de la Roma intocable y de inmediato quedó a solas.

—¡Dios! ¡Dios! —exclamó sacudiendo el periódico con violencia aterradora—. ¡Ves esta brutal y cínica injusticia..., prejuzgado, condenado, sin la menor posibilidad de defensa, porque se burlarían, se mofarían... En Inglaterra, la nación de mentalidad amplia... En Inglaterra, la patria de la libre...

No: no era Inglaterra, sino sólo un puñado de gusanos malignos que la infectaban. Inglaterra..., el mundo entero le convocaba a volver a su apostolado. ¿Cuál era la actitud de Inglaterra ahora? Ése era el problema que debía analizar. Hubiese querido que Inglaterra le hiciese saber su posición frente a él por medio de sus embajadores, que le expusiera el criterio de sus estadistas. No mantenía relación oficial con ninguno de ellos. No podía pedir la confianza de su país: por ser inglés sabía que basta con pedir para que te cierren las puertas. Desde una perspectiva humana, no tenía nada que le guiara en la crisis cósmica de ese momento, la crisis en la que, estaba seguro, sería consultado: como último recurso, pero consultado al fin. De eso estaba convencido. Un breve cálculo reveló que Júpiter pasaba por Aries, lo que significaba beneficios inmensos para Inglaterra. Oh, muy bien. ¿Cuál tendría que ser entonces su plan de acción? Se puso de pie y se paseó por la sala, mirando atento los

mapas, hasta que le pareció que su horizonte mental se expandía y ampliaba, hasta que tuvo todo el conjunto de la tierra dentro de su visión. ¿Qué podía decir o hacer por Inglaterra, si era un país demasiado tímido, demasiado orgulloso para darle una señal de lo que quería que él dijese o hiciese? ¡Inglaterra, Inglaterra! «Tierra de esperanza y gloria, ¿cómo podríamos ensalzarte los que de ti hemos nacido? Más y más extensos sean tus dominios: Dios, que te ha hecho poderosa, te hará más poderosa aún.»

Diría y haría lo que le había sido dado decir y hacer. Como inglés, tenía sus intuiciones. Y no necesitaba confidencias. Inglaterra, la tímida, la orgullosa, debía ser servida por su tímido y orgulloso hijo, el Siervo de los siervos de Dios. El divino soplo del patriotismo le inspiró, dio brillo a sus ojos y le hizo erguir la cabeza. Volvió a sentarse, puso el tablero de escribir sobre las rodillas y escribió. Después hizo sonar la campanilla e impartió algunas órdenes. También envió algunos trozos de papel con textos cifrados a los operadores de la oficina de telégrafos del Vaticano.

El veintidós de enero, el Sumo Pontífice bajó a la Basílica de San Pedro junto al Vaticano y cantó misa por el descanso del alma de la reina Victoria, la Grande, la Buena. El mismo día, los periódicos ingleses anunciaron que Su Santidad había enviado a un nuncio apostólico para que depositara la Rosa Dorada, el tributo pontificio a las reinas virtuosas, en la tumba de Su Majestad, en el mausoleo de Frogmore.

## CAPÍTULO XIX

GANADOS para Italia los socialistas italianos y captados por el Emperador los alemanes, los socialistas británicos comenzaron a preguntarse en dónde entraban ellos. La predilección por formar sociedades que manifiestan todos los degenerados e histéricos, y con la que hay que enfrentarse, puede asumir distintas formas. Los criminales se unen en bandas, como establece expresamente Lombroso. De modo que los socialistas británicos, en tal aprieto, organizaron mítines fatuos, con la esperanza de generar una política dentro de una atmósfera de hombres envidiosos exaltados. En realidad no querían conocer su posición exacta porque, en cierta forma indefinible, comenzaban a sentir que de ningún modo eran tan necesarios para el universo como se habían figurado que eran. Parecía como si este planeta (por lo menos) se estuviese moviendo con gran agilidad sin ellos, y (lo que les resultaba más abrumador) por un camino que les era completamente extraño, un camino confortable y deseable. Sentían que estaban quedándose fuera, en el frío y, llevados por su propia naturaleza, buscaron a su alrededor a alguien de confianza en quien volcar su disgusto. Empezaron por el Pontífice romano. Que un potentado de tal antigüedad demostrara ser tan puro, actualizado y vigoroso, les resultaba toda una molestia. Le habían estimado poco digno de consideración, una reliquia mustia de los viejos tiempos, útil quizá como monumento de las malas épocas pasadas, cuando el mundo estaba sumergido en una idolatría condenable, pero nada más. Que un hombre cuya reputación había sido mancillada en público como lo había sido la suya osara llevar alta la cabeza, vivir, moverse, mantener su dignidad y disponer de millones y de la consideración de todos los países les resultaba algo simplemente atroz. Él había rechazado el honor de ser su aliado, había desdeñado sus gestos de acercamiento con un silencio despreciativo. Le devolverían ultraje por ultraje; le harían ver lo que había perdido. Si él se ufanaba de que sus llamadas *Epístolas* a éste, ése y aquél tuviesen alguna influencia, muy pronto se decepcionaría a fondo. La Hermandad Liblab no tardaría en hacer saber a «un desgraciado y viejo discursista de tonterías sosas como Adriano» cuál era su lugar, citaba el intachable camarada Bob Matchwood. De todas maneras, en medio de aquella bravata rapsódica de sonido y furia sin significación, los cofrades de la Liblab conservaban el seso bastante como para percibir una cosa. El camarada Frank Conollan se caló sus quevedos y, entre espasmos de estremecimientos y guiños, se quitó de encima la opinión de que la Hermandad Liblab no podía tener la esperanza de recuperar algo así como una posición respetable en la estima popular mientras se mantuviese donde estaba. Dijo que pasar por alto el hecho de que el liblberismo había dado un paso en falso al acercarse al Papa de Roma no era ni tanto así de bueno. El liblberismo había cortejado a un arrogante y se había visto batido por la mayor de las arrogancias. Si le estuviese permitido usar una expresión metafórica, diría que el liblberismo había sido llevado con engaños a

una ciénaga y puesto en un ridículo que no se podía definir con palabras. Si le estuviese permitido usar una expresión poética de Shakespeare, diría que «como potros cerriles, erguían las orejas, abrían los ojos y levantaban los morros, y como becerros atravesaban brezales rudos, desgarrándose entre ramas y espinos, que les dibujaban surcos de sangre en la piel tierna, hasta llegar al estanque cubierto de inmundicias donde el agua les llegaba al mentón y las ondas fétidas les ensuciaban los pies».

(Entre los de la Liblab comenzó a despuntar el alba de que el camarada estaba haciendo justo lo que se deseaba: estaba formulando la denuncia habitual de un traidor. Se hallaba a punto de proporcionarles el nombre del usual chivo emisario. Todos apuntaron hacia él unos oídos halagados.)

El camarada iría más lejos. Siempre apelando a las expresiones del inmortal bardo del Avon, diría: «Vuestro trasgo, del que vosotros decís que es un duende inofensivo, no ha hecho nada mejor que hacerse el listo con nosotros».

(¡Eso sí que estaba bueno! Literalmente, las orejas de todos los cofrades se irguieron.)

En ese momento, ya incapaz de mantener los quevedos en su sitio a causa del sudor de su nariz, llevó su gradación a un final abrupto pidiendo la inmediata y pública expulsión del camarada Jerry Sant. La votación fue *nem. con.*<sup>[16]</sup> La Hermandad Liblab se sacudió el polvo de sus pies sucios sobre el traidor, acerca del cual el camarada Mat Matchwood dijo algunas cosas muy despectivas en el *Salpinx*. Nadie es tan crédulo y enérgico en su fe en el mal como un pesimista, lo que vale decir un socialista; y cuando se detecta a un traidor, nada puede ser más lógico que sospechar de muchos otros. Así fue. Los celos mutuos, la incompetencia absoluta, el egoísmo sórdido, que siempre infecta a los demagogos socialistas y (por supuesto) los cimientos esencialmente blandos sobre los que estaba basado ese esquema político condujeron a disensiones mayores y fatales. La sospecha se maridó con el propósito confuso. De ese ayuntamiento nació la recriminación. Los camaradas que habían sido conniventes del proyecto de Jerry Sant se vieron acusados como cómplices, denunciados y expulsados en su momento. De la disensión a la desunión no había más que un paso. Cada demagogo, temiendo tener que dedicarse a una actividad honesta para ganar su sustento, dedicó buena dosis de locuacidad persuasiva a atraerse defensores personales. Burnson abultó en Battersea. West Ham siguió prostituyéndose tras cualquiera. Glasgow se embarcó en el galeón de Kerardy. Y Devana sucumbió a un fontanero de uñas rotas y anarquista. Se siguieron los cismas dentro de los cismas. Cubiles y cavernas recibieron los restos de la Hermandad Liblab. La condena mutua estuvo a la orden del día. Los socialistas eran casi cristianos. Las filas se hallaban diezmadas por una contienda mortífera. Así que llegaron las deserciones. El socialismo no merecía la pena y los socialistas pidieron abiertamente el oro tory. Cuando les fue negado, echaron tacos (maldiciendo de los suyos). El laborismo (sin saber lo que significa labor) buscó el patrocinio del capital y

el socialismo británico estuvo muy cerca de perecer a causa de su propia fatuidad raigal y de su inestabilidad.

Adriano observaba el proceso de desintegración desde su torre de Roma, observaba la absorción natural de los socialistas más respetables por la comunidad respetable, y estaba contento. Muy pronto esa tonta herejía obscena moriría, se esfumaría, con las desilusiones obsoletas de los gimnosofistas, anabaptistas, picardos, adamitas y bufones. Adriano estaba contento. Después apareció el *Times* anunciando que Australia, Canadá y África del Sur habían llamado a filas a todos los varones sanos de entre diecisiete y cincuenta años, y que Inglaterra estaba movilizandando las fuerzas de mar y tierra de su Imperio. Todo el mundo estaba en pie de guerra. Cogió otra vez su píxide y oró con la plegaria de las Danaides: «¡Rey de Reyes, beato entre beatos, oh supremo poder entre todo poder! Atiende mi plegaria, y de tu raza aleja la violencia de estos hombres, indignado, y en el purpúreo vórtice sumerge los tenebrosos bancos de esa peste». Era una oración demasiado pagana para que la pronunciara el Papa. Era un sentimiento lo bastante dolido como para que lo expresara un altruista. Era una sugerencia enteramente comprensible de un misántropo y misógino, cansado de las divergencias penosas de la gentuza, impaciente por ellas y armado en contra de esos mismos desatinos. Lo que más le perturbaba era la actitud irreconciliable del rey de Italia. Con ahínco había procurado dar a entender a Víctor Manuel que no le esperaba un rechazo sino una bienvenida. Sabía que, si el Papa y el Rey cooperaban, surgirían grandes beneficios. Sin embargo, la expresión del fatalista persa en Heródoto —εχούστη ὀδύνη πολλὰ φγονεοντα μηδενός xγατεεῖν—, la más amarga de las penas es comprenderlo todo con claridad y ser incapaz de hacer nada, podía haberse definido como el lema de todo su concepto de la situación, como a menudo antes había ocurrido en su vida, sólo que ahora era más fuerte ese sentimiento. Recordó al cardenal de Caerleon.

El intachable Sant y su compañera estaban en un bonito apuro. La expulsión de la Hermandad Liblab incluía no sólo la retirada de los fondos, sino también una amenaza de juicio bajo la acusación de obtener dinero falseando sus objetivos. La última cosa en el mundo de la que se podían permitir reírse. Ninguna corte judicial inglesa podría ni querría absolverles ante las pruebas que se aportarían. Lo primero era molesto, pero, desde luego, tenían algunos ahorrillos. ¿Y con respecto al futuro? Mrs. Crowe había llegado a la certidumbre de que Jerry lo había enredado todo. Comenzó a añorar su casa de huéspedes. ¿Qué sentido tenía quedarse en Roma? Sí, y le hubiese gustado saber quién iba a pagar los gastos. Impaciente, le planteó el problema a su tesorero. El hombre adoptó un aire forense y pidió tiempo para reflexionar sobre el tema. Ella le preguntó cuánto le llevaría. Él hizo notar lo propensas que son las mujeres a dar puntapiés al hombre caído, y rabió y enredó hasta verla aterrada. Un picto es un verdadero espanto cuando se pone rojo de ira. La mujer se desplomó en un rincón lloriqueando, porque pensó que iba a golpearla. Pero, en cambio, Sant se aplacó y llegó al halago: hasta la acarició. Mrs. Crowe le dejó

hacer. Era mejor que nada y a ella le parecía que necesitaba algo de ese tipo. ¿Cómo había sido ella capaz de entenderle tan mal? Por supuesto que no pensaba abandonarla. Estaban en el mismo barco y tenían que hundirse o nadar juntos. Por su parte, él se proponía nadar. Ella tendría que haber sabido que él no era hombre de rendirse cuando las cosas habían llegado tan lejos. Pero, le urgió ella, ¿qué podían hacer? ¿Hacer? Podían hacer muchas cosas. Para empezar, podían ir y quedarse plantados en los despachos de un montón de cardenales viejos y ponerse a incordiar. Fueron a ver a Ragna, y le contaron varias historias bonitas. Las declaraciones de ambos resultaron una verdadera golosina para el purpurado, pero él no lo dejó ver. Era suave, gentil; dijo que consideraría qué se podía hacer y les despidió con una inclinación de cabeza. Fueron a ver a Whitehead y no consiguieron nada. Caerleon pensaba que lo mejor era que dejasen todo como estaba. Carvale se negó a recibirles. Sterling les escuchó con gravedad judicial y no les dio ninguna respuesta. Semphill les acribilló con el rayo de su mirada y les despidió dejándoles los nervios hechos pedazos. Regresaron al Hotel Nike para esperar noticias de Ragna.

Los cardenales hablaron de ellos con el Papa. El Secretario de Estado estuvo insinuante. Mencionó el escándalo terrible y dejó entender que, en su opinión, había que pagar para que no se produjese. Aludió a la imposibilidad de defender lo indefendible. Era mejor echar mano de ese millón, el saldo de la venta del tesoro vaticano. Ese millón había de pagar los gastos de la venta y la restauración de la sacristía y hubiese dotado al Colegio San Jorge de un cuerpo de investigadores históricos presidido por el doctor Richard Barnett: estaba anotado en la hoja de haberes de Della Volta, explicó Adriano. Carvale agregó que el pago jamás detendría el escándalo. Caerleon tenía la esperanza seria de que no se hiciera nada: todo eso sacaría a luz cosas del pasado y comprometería a mucha gente. Semphill añoraba los buenos tiempos pretéritos: apaleamientos, lenguas arrancadas, manos, orejas y cabezas cortadas, ojos vaciados, mutilaciones, apedreamientos, aquellos gemidos y alaridos de los que eran empalados y todo ese tipo de cosas de las Euménides. Lo dijo en voz alta y quedó en silencio al echar una mirada a la cara de angustia y desdén del Pontífice. La discusión se apagaba. Entonces Adriano dijo:

—Tráiganles aquí.

Sir Iulo atra-tra-tra-travesó la ciudad en una motocicleta y desembocó en la Via Due Macelli, como un Hermes bermejo, con la noticia: «Están invitados a entrevistarse con el Santísimo Padre en el Vaticano». Mrs. Crowe hipó un «por fin» y subió para ir a ponerse su sombrero más favorecedor. Jerry Sant dibujó una sonrisa llena de púas a través de un mostacho mísero. Los dos se metieron en una victoria de alquiler y siguieron al caballero de la cámara secreta.

Adriano les recibió en la sala del trono; no estaba sentado en él sino en la silla central de un semicírculo de cinco puestos. Ocupaban los otros Ragna, Sterling, Leighton y Caerleon, sobre cuyas rodillas descansaba un maletín de piel de cerdo. Frente a los eclesiásticos había dos sillas de igual importancia. El hombre y la mujer



se acomodaron en ellas. Pero entre la Iglesia y el mundo se hallaba Sir John, de pie junto a una pequeña mesa en la que se veían los fonógrafos pontificios.

—Les hemos convocado a fin de que ustedes mismos puedan explicarnos su intención —dijo el Sumo Pontífice—; pero han de saber que Nos no mantendremos con ustedes ninguna comunicación como no sean nuestras decisiones, y las palabras de ustedes serán registradas por esas máquinas —su voz era muy fría, pero no había amenaza ni desdén en ella. Su tono totalmente tranquilo contrastaba con el desafío furioso del contenido de sus palabras. Esa paradoja desconcertaba a los oyentes. Sant se puso de color carmesí por la ira: recordaba cuánto estaba en juego y era lo bastante cauto como para no plantear objeciones. Con una presunta risa fácil, dijo que eso era un poquitín inusual, no precisamente lo que él esperaba, pero no quería mostrarse desagradable con Su Señoría y, claro que no, no tenía objeciones. Y se arrellanó en su silla, como quien dice «estoy cómodo». Mrs. Crowe se mordió el labio superior, pero dijo que ella tampoco tenía objeciones. Adriano hizo una señal y el caballero pontificio se sentó y conectó los aparatos.

El Papa puso a la mujer frente a la pregunta: «¿Qué quiere usted, señora?»

Enfrentada a ella, Mrs. Crowe no fue capaz de expresar su deseo con palabras. Era un anhelo punzante, permanente, que no podía ser nombrado. Se mordió otra vez el labio superior y echó una mirada a Jerry, en busca de directrices. Sant tomó la palabra.

—Creo, Reverendo Señor, que sería mejor para todos que yo hablara por Mrs. Crowe.

—Estamos de acuerdo, señor. ¿Qué quiere usted? —dijo el Pontífice.

Entonces el virtuoso Jerry empezó a dar tropiezos. ¿Querer? Sí, quería varias cosas.

—Dígame cuáles —ordenó el Papa.

—Bien... Indemnización..., daños y perjuicios.

—¿Por qué? —preguntó el Papa.

—Por perdé el tiempo aquí y por mis asuntos, que como quien dice han ido a dar a los perros, y por perdé mi carácter de cofrade de la Liblab.

—¿Cuánto es el monto de su pérdida?

—¿Qué cuánto es el monto? Ahora se lo voy a decir. He estao aquí desde julio pasao, o sea unos ocho meses, digamos cuarenta semanas, digamos que unos trescientos días; y lo normal es que yo gane una libra por día, para gastos, cuando viajo, pero este viaje me ha costao mucho más que eso. O sea que se puede pensar en unas quinientas libras para las dietas. Además está mi negocio, que he dejao sin atender, ocho meses, o mejor un año, a una y cincuenta de paga y las comisiones..., digamos otras cincuenta. Eso hacen ochocientas. Aparte, ellos han tenido la cara de expulsarme de la Hermandá, como me figuro que usted habrá oído decir. Eso, desde luego, daña mi prestigio, digamos que hasta un par de cientos. ¿Qué total hace eso? Dos mil ochocientas, digamos que tres mil, para hacer números redondos. Claro que

también está lo que el viejo Krooger llamaba perjuicio moral e intelectual, y no sé yo a cuánto llegaría aquello, pero estoy seguro de que se podría poner todo, todo, en veinte mil.

—¿Y su compañera?

—Ah, vaya, lo mejor será que doble la cifra y estamos en paz. ¡Cuarenta mil en metálico!

El Papa echó una mirada rápida a sus cardenales, que se la devolvieron.

—Usted está pidiendo que paguemos cuarenta mil libras —dijo el Papa al expectante Jerry.

—Esato.

—¿Por qué nos pide esa suma?

—¿Por qué? Porque nos hemos metido en todos esos gastos por su culpa. Si usted no hubiese estado aquí, nosotros no hubiésemos venido y no se hubiese montado todo este embrollo y este follón. Y yo le pregunto a usted: ¿quién va a indenizarnos si no es usted? Yo debo decirle que nos hemos arruinado tan ricamente...

La Calva interrumpió.

—Si Su Santidad me lo permite, quisiera hablar una palabra en privado con usted.

El motivo no escapaba a Adriano.

—Hija, su conducta y sus notorias proclividades la privan de establecer algún contacto privado con cualquier clérigo, excepto en confesión.

—Pues entonces, en el confesionario.

El Papa se puso de pie e hizo un gesto invitándola a seguirle. También indicó a sir John que detuviese la grabación y que aguardara; a los otros les hizo una seña para que le siguiesen. Bajaron a San Pedro. Allí, Adriano ocupó el sitio del confesor inglés, mientras la mujer se arrodillaba a la izquierda. Fuera del alcance del oído, los cuatro cardenales esperaron, junto con Sant, que se quemaba por dentro. ¿Qué diablos estaba pasando en sus propias narices? La mitad de la puerta y de la ventanilla estaban abiertas; sólo el tabique lateral separaba al sacerdote del penitente. La reja se alzaba entre las caras de ambos y, sin embargo los dos eran perfectamente visibles, visibles cada uno y separados.

Adriano recitó en voz baja: «Que el Señor esté presente en tu corazón y en tus labios» y se dispuso a escuchar.

A través de la reja llegó un gemido.

—¡Georgie!

—Hija mía, no hay ningún Georgie aquí, sólo tu Juez. Confiesa tus pecados, si quieres, a Dios Todopoderoso. Muestra tu contrición. Y por Su autoridad conferida a mí, que soy Su ministro, te absolveré.

Entonces el demonio la poseyó y estalló en incoherencias:

—No tengo pecados... y si los tuviera, no se los diría a usted. ¿Me rechaza? Oh, yo haré que se arrepienta... Le haré sufrir como me ha hecho sufrir a mí. Le pondré en evidencia ante los ojos de los demás... —se interrumpió llena de ira para acudir a

Sant—: Haga lo peor que pueda hacer —dijo, con la cara lívida.

Sant puso las manos en las solapas de su grotesca chaqueta y avanzó hacia la figura blanca que salía del compartimento central del confesionario.

—Me gustaría ponerle punto final a este tema —declaró.

Adriano se encaminó hacia la sala del trono. Los fonógrafos comenzaron a registrar la conversación; se reanudaba la conferencia.

—Pues yo creo —dijo Jerry— que lo mejor será que Su Perfeta Reverencia nos diga lo que piensa hacer.

El Papa habló con lentitud y con mucha mayor suavidad que antes.

—Usted pide que le paguemos cuarenta mil libras como reparación de daños que, según dice, le hemos causado.

—Esato.

—Es inútil que le señalemos que Nos no le pedimos que perdiese su tiempo en Roma...

—Me hubiese tomao por sorpresa que lo hiciera.

—Y que no le hemos obligado a que abandonara su trabajo...

—¡No! Usté nunca se había figurao que yo me atrevería a enfrentármele como lo he hecho.

—Y que de ningún modo estamos relacionados con su expulsión de la Hermandad Liblab...

—¡Pero si lo está! Si hubiese tenido la buena educación de responder satisfactoriamente a la delegación, o al menos si le hubiera dao gusto después, o hubiese arreglao connigo, para que yo lo arreglara con ellos, entonces no estaríamos metidos en todo este incordio y en tanto fastidio, Señor.

—Algunos hombres están dotados de una capacidad anormal para mostrarse a sí mismos como los mayores tontos que puedan existir. En descargo de la raza humana, se ha de decir que exhibiciones indecentes de esta índole son raras. Mr. Sant, ¿no se le ha ocurrido pensar que usted está metido en una perfecta idiotez y en un negocio muy sucio?

—¡Negocio sucio, usté! ¿A quién cree que le está hablando? Mis manos están tan limpias como las suyas, ahora y en cualquier momento. ¿Quién le debe veinte libras a esta señora que está connigo?

—No lo sabemos.

—Hmmm. Vaya, ¿y cómo lo ve si le digo que iba a decir que era usté mismo?

—Estaría diciendo una mentira oficiosa, Mr. Sant —el Papa se volvió hacia la mujer—: Señora, ¿Nos le debemos veinte libras?

—Usted me debe mucho más que eso —ladró ella.

—Mr. Sant se refiere a una suma específica de veinte libras y algo, adeudada al difunto marido de esta señora por libros, periódicos y artículos de escritorio, proporcionados hace algunos años, cuando él tenía una tienda —explicó el Papa a los cardenales, haciendo un gesto a Talacryn; el cardenal de Caerleon extrajo un folio de

su maletín, y leyó un recibo por la cantidad aludida, más un cinco por ciento de intereses. El documento estaba fechado el día 31 de marzo anterior. El Pontífice continuó—: Sabe usted, señora, que pagamos esa deuda en cuanto estuvimos en condiciones de hacerlo. También sabe usted que el pago se demoró sólo por su culpa, ya que calumniándonos y difamándonos, logró que nuestros empleadores y los que se llamaban nuestros amigos impidiesen que ganáramos algo más que un sustento escaso...

Jerry irrumpió en la conversación.

—¿Y si le ha pagao a ella, por qué no habría de pagarme a mí?

—Porque no tenemos ninguna deuda con usted.

—¿O sea que quiere que le suelte alguna otra cosilla a los periódicos?

—Escuche, Mr. Sant, Nos le vemos como un hombre profundamente injuriado...

—¡Acabáramos! ¡Ya es algo!

—Le vemos como un hombre profundamente injuriado, injuriado por sí mismo. Usted ha sido su propio enemigo. Ha sufrido pérdidas y perjuicios sólo porque se ha permitido a sí mismo una persistencia en hacer cosas tontas y malignas. Ahora bien, ¿es inútil pedirle que cambie de actitud? ¿Querrá dar vuelta a la página y comenzar una nueva vida? No estará abandonado a sus fuerzas. Tendrá ayuda.

—Quiero mi pasta.

—Si quisiera hacer algo bueno por usted mismo, si quisiera ganarse una vida mejor y más honesta que nunca, tendría esa oportunidad.

Una llamada a una bondad que no posee es, para un alma vacía y quisquillosa, un insulto repugnante. La cara de Jerry se cubrió de sudor, se puso roja de ira.

—¿Qué hay de los daños del pasao?

—Tendrá una oportunidad en el futuro.

—¡O sea que no va a pagar! ¿Quiere que le saque otra vez en la primera plana de los periódicos?

—Puede publicar lo que quiera en los periódicos. No le pagaremos ni un solo céntimo para impedirselo, Mr. Sant: ni un solo céntimo.

—¿O sea que no voy a sacar nada?

—¿Con amenazas? No. ¡Nada! —el tono desafiante de la negativa cayó sobre el bruto.

—¿A qué esperamos aquí, mujé? —gruñó Sant a Mrs. Crowe—. Salgámonos de esto, que me pongo malo cuando le oigo toda esa prédica santurrona.

Al llegar a la puerta se volvió, osado como un gallo fanfarrón junto a su gallina, y agitó su sombrero de hongo.

—¡Aaah, yo le haré retorcerse..., insecto! —soltó entre espumarajos.

Ragna estaba furioso.

—Santidad, ¿por qué no les liquida de inmediato? Usted es el Soberano dentro de estas paredes. Dé la orden de que les arresten antes que abandonen el palacio, Santidad, ¡y hágales fusilar!

—Es nuestra voluntad que queden librados a los verdugos comunes —ordenó el Papa con desdén, sentado con aire hierático en su silla: tan joven, rígido y aterrador como el *Flamen Virbialis*. La audiencia había sido una nueva fase de su agonía: había procurado sumir su humanidad en el apostolado, pero había fallado y el fallo era un tormento, físico, punzante. Estaba indignado y era peligroso. Sus Eminencias le observaban inquisitivos. Leighton parpadeaba y pensaba que todo aquello era una horrible lástima. Talacryn se pronunciaba por salir a la carrera y tratar de persuadir a los chantajistas aun pagándoles algo: cualquier cosa era mejor que el escándalo, dijo. El Papa le contestó que no fuese estúpidamente tonto con esos anhelos infernales de hacer un trato.

—¡Muy bonito eso de pagar por el silencio! —agregó con desprecio Su Santidad.

—Oh, no, Santo Padre, creo que si usted les dejara en mis manos, sería posible hallar un medio para acallarles. El silencio es lo que queremos, sea como sea.

—Su Eminencia es muy hábil en el arte de silenciar a las personas, buenas y malas. No es un arte honorable y usted tiene prohibido practicarlo. Creíamos que había dejado de hacerlo en 1899. ¿Estábamos en un error?

—No, por cierto que no, por cierto que no, Santidad. Sólo era una sugerencia —farfulló el Cardenal.

—¡Olvídese de eso, pues! —martilló el Pontífice.

—Ya lo hago, Santidad, ya lo hago, desde luego.

—Quién hubiese dicho que una maldad tan escandalosa podía existir en el mundo —meditaba Sterling, con aire grave.

—Santo Padre, todo volverá a empezar —suspiró con pena Leighton.

—¡Que vuelva a empezar! —desafió Adriano, entre las llamas de su blancura, airado, mientras se retiraba a la cámara secreta.

Sus Eminencias se marcharon por la otra puerta. No estaban satisfechos con la actitud del Papa. En la primera antecámara ansiosos por tener noticias aguardaban varios cardenales: Orezza y Courtleigh, sentados en sus literas, junto a Percy, Fiamma, Della Volta, Semphill, Carvale y Whitehead. Ragna era de la opinión de que las acusaciones fueran replicadas en público, es decir, si era posible responder a ellas, pero... ¿se podía dar un desmentido satisfactorio? Nadie hizo la pregunta, pero su perfume estaba en el aire.

—Hay muchas cosas misteriosas en torno a Su Santidad —dijo Orezza.

—Siempre las ha habido. Es la más incomprensible de las personas, sin duda —sentenció Talacryn.

—Uno puede esperar cualquier cosa, puede esperar todo de él, la cumbre y la sima de lo bueno y lo malo, virtud extrema, extremo vicio: uno podría creerle capaz de todo —definió Sterling.

—Oh, sí, hasta que se oyen sus explicaciones —intervino el menudo Carvale—. ¿Alguna de Sus Eminencias le ha observado cuando habla? Yo lo he hecho. ¿Me permiten decirles cuál es la diferencia entre nuestro Santo Padre y nosotros? Nosotros

vemos las cosas desde un único punto de vista; él las ve desde varios. Nosotros consideramos que la cosa es tal como nosotros la vemos. Pero él la ha visto de otra manera y la presenta como un conjunto más o menos concertado de sus cualidades. Miren este zafiro. Pues bien, ustedes ven esta cara de la piedra; por debajo, si me lo quito del dedo, hay una cantidad de facetas visibles y otras ocultas por el oro del engaste. Lo que quiero decir es que nuestro Santo Padre además de la superior, ha visto todas las facetas del zafiro, o de la cosa que se trate. En consecuencia, él sabe mucho más que nosotros acerca del zafiro o lo que sea. Ustedes tienen que haber advertido esa característica. Tienen que haber advertido que, cuando se digna explicarlos, los misterios se muestran en toda su esplendidez.

—Pero, si está permitido preguntarlo, ¿cuántas veces se digna explicar algo, como no sea a su gato? —exclamó Sterling.

—Estoy por decir que él me abrió los ojos no poco durante esa quincena que pasamos juntos en la ciudad justo antes de su elección —dijo Courtleigh, mientras abandonaba su litera. Ragna se acercó a él para hablarle de lo bueno que sería imponer la pena capital.

—En fin, sea como fuere, yo creo en él —murmuró Whitehead.

—Sí —parpadeó enérgico Leighton—. Me perdonarán ustedes si me muestro un poquitín mercantilista: «*Neque enim quaero intelligere ut credam: sed credo ut intelligam. Nam et hoc credo quia nisi credidero non intelligam*»<sup>[17]</sup>.

De pronto resonó, profundo, el gong de la cámara secreta. Las piernas cubiertas de escarlata de Sir John y de Sir Iulo se dieron prisa en acudir. Talacryn sacudía su cabeza desganada y llena de dudas. Van Kristen le dirigió, desde lo alto, una mirada de disgusto.

—Bien, me figuro que Su Eminencia se sentirá bastante pequeño algún día, si no cree en él. No hay manchas en Adriano —y se alejó, con la dignidad de un chico crecido, honorablemente enfadado.

—No, no, Percy —dijo Talacryn, corriendo tras él—. Por supuesto que creo, pero precisamente por esa razón no quiero que tenga que defenderse a sí mismo. Quiero que se mantenga en silencio. Me parece poco sensato escarbar el pasado. Habría demasiados escándalos terribles, de toda clase.

—¿Se lo ha dicho a él?

—Vaya si lo he hecho.

—¿Y qué ha respondido?

Talacryn volvió a sacudir la cabeza.

—Pues entonces aconsejo a Su Eminencia que «se aparte y se siente», como decimos en América.

Las grandes tiradas de los periódicos empezaron otra vez. Los anteriores ataques contra el Papa estaban casi olvidados (por muy acres y corrosivos que hubiesen sido), en un momento en que las mentes de los hombres estaban llenas de guerras y rumores de guerras. Pero los pescadores de Fleet Street, que conocen su negocio, sabían que el

apetito público es caprichoso y debe ser tentado con distintos cebos. Aun las guerras y los rumores de guerras se vuelven aburridos. No hay que gritar «que viene el lobo» demasiado a menudo. Cuando se cansa de un tipo de moscas, la trucha ha de ser tentada con otro distinto, porque los periódicos han de venderse, o de lo contrario la gente que se ocupa de esa tarea temblará; y los periódicos no se venden a menos que sus noticias sean noticias. Así que cuando el editor del *Daily Anagraph* recibió un par de cartas de Jerry Sant y Mrs. Crowe, en las que ofrecía cierta información sabrosa y pedían que se les hiciera una oferta por ella, consultó a sus jefes. El tema, por cierto, no era enteramente novedoso: pero lo que antes se había ventilado había sido, por decirlo así, una entrada. Eso era el plato fuerte, la *pièce de résistance* en el banquete de las inmundicias. Sant poseía información exclusiva que, si se publicaba, representaría un *boom* para el periódico. Los editores no podían permitirse curiosidad ninguna acerca de las costumbres de sus suscriptores, ni de nada que no fuese la calidad de sus suscripciones. Ni los propietarios ni el editor eran movidos por ninguna clase de malicia, personal o profesional, para difamar al Papa. Su motivo era meramente comercial. Por tanto, ofrecieron cuatro mil libras por cabeza a Sant y a su cómplice; e invirtieron una suma igual en investigaciones de aficionados. A intervalos, durante las siguientes semanas, el *Daily Anagraph* publicó artículos que revelaban el carácter del Vicario de Dios y cada día dedicaba dos columnas a las aportaciones anónimas espontáneas sobre la carrera del Pontífice. ¡Oh, todo empezó una vez más! Los puntos en los que se insistía eran que él era, y nunca había sido más que un ignorante holgazán, sensual (la segunda intención era «pervertido»), jesuita, maquiavélico y pedante. Oh, sin duda todo volvía a empezar. Las mediocridades, que tienen poder sobre sus pares, invariablemente se convierten en tiranos. La historia lo prueba; la tiranía del clero era bastante mala, pero era nada si se la comparaba con la tiranía sórdida de la prensa, a la que toleramos con complacencia.

La calumnia culminó con una decocción en el caldero de Crowe. Se admitió que se había llegado al nivel máximo de las aguas. Desde ese momento, la misma virulencia de los ataques había generado cierta dosis de simpatía tácita entre corredores de bolsa, gentes del mar, universitarios y otros seres pensantes. «Nuestro corresponsal» había llamado a la sede del Arzobispado, había mantenido entrevistas con monseñor Tal y con monseñor Cual, invitándoles a expresar con candidez la opinión sobre el tema de la infalibilidad pontificia, vista a la luz de la reciente empresa e investigación periodísticas. En «Nuestro corresponsal» quedó grabada la diferencia entre infalibilidad e impecabilidad, pero eso fue todo. No hubo ninguna defensa, ni por parte del Papa ni por parte de sus pobrecitos papistas trasnochados. Entonces, con lentitud, el elegido, el inteligente comenzaron a persuadirse a sí mismos de que, después de todo, los tempranos yerros de George Arthur Rose, si habían existido tal como se decía, eran algo totalmente separado de los actos pontificios de Adriano VII. Estos últimos gozaban de una evidente admiración en todo el mundo; los primeros..., en fin, eran una lástima. Así estaba la opinión

pública. Entonces apareció Mrs. Crowe. Ella tenía una canción para cantar (¡oh!), sobre la perversión oculta de Adriano VII. Mrs. Crowe fue concisa en cuanto a nombres, fechas y lugares. Declaró que al atardecer de cierto día de septiembre, el 29, ella misma había visto al Papa, vestido de negro como un sacerdote común y corriente, tomando el té —él, que nunca comía en público— con dos mujeres desconocidas (demasiado bonitas para ser respetables, en su opinión) en una casa de la Via Morino. Ella estaba en la calle. El así llamado Su Santidad y sus compañeras se hallaban junto a una ventana iluminada. Al cabo de unos instantes fueron cerrados los postigos y ella no sabía qué podría haber ocurrido detrás de ellos. Vigiló la casa durante una hora y media; entonces el Papa salió ocultando su cara (una actitud de la que no se decía que él la tuviese por costumbre, pero necesaria en esa ocasión para completar su disfraz). El Papa se alejó del lugar y ella fue detrás de él. Le vio detenerse en el Palazzo Attendolo y (por fin) entrar en el Vaticano, donde recibió el saludo de los guardias de las puertas de bronce. Relataba el incidente con tanto detalle y de tal modo que una buena cantidad de gente se preguntaba si lo había comprendido todo bien. En cierto sentido esa excelente dama hizo más que muchos otros hicieron por la unidad de los cristianos: en *The Cliff* apareció el relato delirante (que provenía de una revelación) de un gran dragón rojo de siete cabezas y diez cuernos, con siete coronas sobre sus cabezas, y de una bestia que se alzaba del mar, provista de siete cabezas y diez cuernos, con diez coronas sobre sus cuernos; al mismo tiempo, *The Catholic Hour* se lavaba las manos como signo de su inocencia promoviendo su untuosa rectitud en un editorial titulado «El Tercer Borgia».



## CAPÍTULO XX

**M**IENTRAS los seres mezquinos se distraían como se ha visto, sus gobernantes estaban reunidos en consejo. Y un día Sir Francis Bertram se encontró con que en el Vaticano no había puertas cerradas. Se le concedió una audiencia amistosa, extraoficial y secreta: tan secreta que ninguna noticia de ella «se filtró». Fue considerada como la devolución de la visita de un inglés a otro inglés. Sir Francis llegó en una berlina, inesperadamente. Nadie advirtió que llevaba consigo una pequeña cartera, ni que salió con ella bajo el brazo; sin embargo, algunos cardenales de los más antiguos, que, gentiles, fueron a comentar con Adriano las últimas efusiones del *Daily Anagraph*, hallaron a Su Santidad rebosante de contento; advirtieron también que la visita del Embajador le había hecho un bien inefable; su aspecto era vivaz, sereno y rejuvenecido; su conversación, aguda, límpida, fácil: nadie le hubiese tomado por la persona descrita en los periódicos. Leyó los que por fuerza le fueron presentados, pero no mostró ninguna clase de emoción, aunque ojos expertos y llenos de afán buscaron algún rastro que les llevara a teorías e hipótesis. Tampoco hizo él comentarios: leyó lo que le mostraban, dejó el periódico a un lado y retomó la conversación. Antes que Sus Eminencias se retiraran, convocó una reunión del Sacro Consistorio para el mediodía siguiente; ése fue el único acontecimiento notable de la jornada.

Adriano subió al trono y el colegio rojo se desplegó ante él. Una maleta de piel, que un caballero de la cámara secreta había colocado junto al escabel pontificio antes que se cerraran las puertas, no pasó desapercibida para los observadores. El Pontífice mismo tenía un aspecto excelente, y eso resultaba incomprensible, porque llevaba en la mano un ejemplar del mismísimo periódico que todos habían leído hasta la náusea. Que pudiera mostrarse tan agresivamente animado, tan vívidamente dominante mientras lo tenía en la mano, fue considerado poco decoroso. Aun entre quienes estaban decididos a creer en él, que no doblara la cerviz ante el atacante ni siquiera ahora era algo que en nada cuadraba con las concepciones de lo que se consideraba apropiado. Sumidos en tales sentimientos, Sus Eminencias se aprestaron a escuchar.

Después de la apertura formal de la sesión, un abogado consistorial (que llevaba ropas de color morado y una piel de armiño en torno al cuello) recibió la orden de leer en voz alta el relato de la visita del Papa bajo disfraz a una casa de Via Morino, publicado por el *Daily Anagraph*. Lo leería primero en inglés y después en latín. No era un texto largo: el instinto periodístico había percibido que los hechos narrados serían más dañinos en su desnudez. Con esa luz inescrutable, incomprensible y vivida de hilaridad que radiaba de su cara, Adriano controló al abogado consistorial de tanto en tanto, para impedir que se dejara caer en el parloteo monótono, que se usa para la lectura formal de documentos cuyo contenido ya se conoce informalmente. Si el objetivo de Adriano era lograr que cada detalle pernicioso de la acusación contra él

saliera a luz con claridad, con todos sus contornos definidos y todos los matices brillantes, por fuerza había que admitir que su método resultó un éxito pontificio.

—*Ebbene dunque?* —murmuró el cardenal Ragna.

Adriano, como quien arroja un dardo, arrojó una pregunta al Cardenal Prefecto de Propaganda.

—¿Tendría Su Eminencia la bondad de explicar al Sacro Colegio cuáles fueron sus actividades de la tarde y la noche de la festividad de san Miguel Arcángel?

El recuerdo de la festividad de san Miguel fue como un toque a la puerta para la memoria del Papa Rojo. Su rostro puro y suave se iluminó, porque percibía las connotaciones de todo aquello y eso le proporcionó un júbilo tan deleitoso que se detuvo para elegir las palabras, saboreándolas, demorándose en ellas.

—Después de la siesta, en la festividad de san Miguel Arcángel (y eso habrá sido no más tarde de las tres y media), vine al Vaticano y fui recibido por Su Santidad. Fui introducido en la cámara secreta. Tomé asiento frente a Su Santidad, junto a la ventana. Recuerdo ese detalle por una razón: hablé con Su Santidad acerca del tema de quitar a Inglaterra del control de Propaganda; dije que había reflexionado sobre la propuesta de Su Santidad; dije que me parecía, como había visto Su Santidad, que ya no existía la necesidad de tratar a Inglaterra como un país bárbaro, incivilizado y salvaje, en el que los misioneros predicaran la fe. Agregué mi propia opinión: continuar tratando a Inglaterra como un país salvaje, incivilizado y bárbaro, hoy, equivalía a un insulto perenne. Recibí las gracias de Su Santidad. Estoy narrando sólo los elementos más importantes de la conversación, que se prolongó hasta las cinco. En ese momento los pajes pontificios entraron trayendo una bandeja con frutas, bizcochos y té inglés. Dije a Su Santidad que el té embotaba mis nervios, señalando la diferencia entre los nervios ingleses y los italianos. Me fueron permitidos algunos chistes. En medio de estas burlas divertidas, comí algo de fruta (tal vez un higo y medio) y bebí un poco de vino de Cinthyanum. Después proseguí discutiendo otro caso con Su Santidad. Se trataba de apartar de la conducción espiritual de Propaganda al resto de países que están bajo el cetro del excelente rey de Inglaterra. Era algo complicado, y la discusión de todo ello ocupó varias horas. Dije, en resumen, que una información suficiente sobre la naturaleza, carácter e historia nacional de las gentes de esos países, en especial Escocia, Irlanda y Gales, no me había sido proporcionada oficialmente. Solicité de Su Santidad que se otorgara más tiempo para investigar el tema. Me permito señalar que, mientras hablábamos, Su Santidad lió y fumó diecinueve cigarrillos. Recuerdo que, cuando al fin me puse de pie para rendir mis respetos, Su Santidad me llevó hacia la ventana junto a la cual había estado sentado y se dignó mostrarme la imagen de san Miguel Arcángel que está colocada sobre la cúpula de la Mola. El metal de la estatua parecía barnizado a causa del reflejo de las luces de la ciudad. Comenté que semejaba una aparición angélica en el cielo oscuro de la noche. Recuerdo que Su Santidad dijo: «Quiera el Príncipe de los ángeles que sirven en el cielo socorrernos y defendernos en la tierra». Respondí «Amén». Su

Santidad agregó algunas palabras en griego, que se dignó traducirme: «Oh, dios del yelmo dorado, mira, mira la ciudad que una vez fuera tu bienamada». A esa plegaria también respondí «Amén» y se me concedió la venia para retirarme en el momento en que los pajes traían a Su Santidad la cena, que era a las ocho y media de la noche.

El cardenal Gentilotto se sentó y los ojos del Sacro Colegio parpadearon hasta ponerse en blanco. El Papa, que se había abroquelado en su habitual gravedad reticente, les dejó un momento de silencio para que comprendieran aquel relato y después arrojó una orden similar al cardenal Della Volta.

—¿Tendría Su Eminencia la bondad de explicar al Sacro Colegio cuáles fueron sus actividades durante la tarde y la noche de la festividad de san Miguel Arcángel?

El ex mayordomo de la Sede Pontificia vaciló y solicitó autorización para mandar a buscar su diario. De inmediato, con arrojo, continuó hablando.

—Hmmm: 29 de septiembre. A las tres de la tarde fui en coche desde el fuerte de Monte Mario hasta el Puente Milvio y caminé durante un rato por los parques. Estaba nublado. Después fui en coche por la Via Flaminia y el Pincio hasta la villa de la condesa Demochède y despedí al cochero. Recibí noticias del Emperador alemán. Allí estaba la princesa Neri, hija de Su Excelencia. Té y conversación agradable. La Princesa se explayó acerca de las bondades del ejercicio de caminar. Ella y su bella madre echaron a reír cuando les dije que estaba a punto de volver andando al Vaticano. Me detuve en el Palazzo Attendolo para preguntar por Don Umberto, que había comprado un caballo nuevo, un rosillo sabino, y había ido a Cinthyanum para probarlo. Ese jovencito no hace más que comprar caballos, hmmm. Regreso al Vaticano, a las siete de la tarde. Rezo de maitines y laudes. He escrito a..., hmmm, he escrito cuatro cartas, Santidad. Cena: cabrito asado y sopa inglesa. He transmitido las noticias del Emperador alemán al Santísimo Padre. Lectura del capítulo IX, 1, de *Literature and Dogma* de Matthew Arnold con Semphill. Conversación con este diácono hasta la hora de dormir. Me dice que no es un libro temible. En mi opinión es un libro magnífico, pero chocante y capaz de causar malos entendidos, excepto entre los ingleses; con todo, no es condenable, aunque muchos puedan pensar que sí. *Sancte Francisce, ora pro me.*

Estaba a punto de tomar asiento y el Colegio estaba a punto de abrir sus veintitrés bocas, pero Adriano indicó a Della Volta, con la mano izquierda, que se acercara al trono y, a la vez, hizo una seña a un maestro de ceremonias vestido con un hábito rojo y una capa morada.

El cardenal Berstein comentó con un rictus de desdén recóndito:

—El fenómeno de bilocación, tal como fue ejemplificado en el caso de san Felipe de Neri, es muy conocido. Pero aquí no se trata de un santo.

Adriano arrastró por los suelos al desdeñoso:

—Tampoco fue el de Pitágoras de Samos, el divinal, el de las piernas de oro (si es que Su Eminencia ha oído hablar de él), el caso de un santo. Sin embargo, dado que Pitágoras fue oído enseñando en Metaponto y en Tauromene el mismo día a la misma

hora, parecería que hubiese sido un ejemplo del fenómeno de bilocación. No obstante tampoco se trata ahora de un santo, como usted ha señalado con agudeza, ni de un caso de bilocación, como usted con tanta gracia ha indicado —la réplica al Cardenal resultó tan fuerte que Berstein buscó su asiento con no poco daño de su persona.

—Monseñores Cardenales, la voz de la serpiente y la voz del ganso son una y la misma. Ambos silban —agregó el Papa antes de ejecutar otro movimiento.

La asamblea percibía que Su Santidad era un ser dinámico, ácido, peligroso. Cada una de Sus Eminentes Señorías se preguntaba cuál sería la próxima víctima de esa zarpa callada, afilada, aterciopelada, que desgarraba los cerebros. El Pontífice inclinó la cabeza para que el maestro de ceremonias le quitara la mitra; también abrió el broche de la capa consistorial y se dirigió al cardenal Della Volta.

—¿Recuerda Su Eminencia qué habito llevaba en la tarde y noche del 29 de septiembre?

—Sí, Santo Padre, llevaba el hábito normal, el que usamos siempre.

—¿Como éste? —Adriano se inclinó, abrió la maleta de piel y sacó de dentro una sotana negra con botones rojos, una faja roja, una capa negra, un tricornio de piel con un delgado cordón y borlas rojos.

—Oh, sí, precisamente como ése.

—¿Querría Su Eminencia hacernos el favor señaladísimo de ponerse ahora estos hábitos?

Della Volta sonrió, se puso las ropas y permaneció de pie sobre los peldaños del trono arreglándose los pliegues, estirando los brazos dentro de las mangas nuevas. El Papa cogió otras ropas similares de la maleta y cambió sus prendas blancas por las negras. Entonces bajó hasta quedar junto al Cardenal y enfrentó al Colegio. Se parecían como dos gotas de tinta. Y el Colegio emitió un rugido. Claro, de inmediato todos recordaron la observación de Courtleigh acerca de que Della Volta parecía el doble del Papa. Pero hasta ese instante nadie había visto a ambos juntos y vestidos del mismo modo. Y el Colegio rugió: sobre todo, rugió de deleite al cambiar la tragedia por una comedia.

El Papa y el Cardenal volvieron a vestir sus hábitos correspondientes y Adriano volvió a sentarse en el trono. Su aspecto se había tornado muy frío, muy duro. Dijo unas pocas palabras con ese tono incisivo que lastimaba como el granizo, desde la enorme distancia de su alma de misántropo, refugiada en algún lugar remoto, compartido con las fieras heridas que se arrastran para morir en soledad. Comenzó con rapidez e intensificó la intención de sus palabras con un gradual y monótono retardando que anunciaba el final.

—Monseñores Cardenales —dijo—, sepan que, si quisiéramos intrigar, nuestra experiencia de la extrema estupidez de los intrigantes nos ha enseñado a evitar su insensatez lamentable y pedestre. Sepan también que las intrigas, disfraces, triquiñuelas, artificios, estratagemas y engaños nos resultan repugnantes. Y por último sepan esto: jamás hemos de cambiar nuestra parafernalia o nuestra autoridad

pontificia por otras.

Tras un instante, varió de actitud y anunció en tono formal que el Congreso de Windsor había solicitado la intervención del Pontífice romano como árbitro supremo. César apelaba a Pedro. Dio a conocer el contenido del despacho que había traído Sir Francis Bertram y leyó los nombres de los soberanos y de los presidentes signatarios. Sin aguardar ningún comentario pronunció la fórmula ceremonial para cerrar la reunión del Consistorio y se marchó.

Le siguieron las aclamaciones de los cardenales. El color púrpura se mezcló con el armiño en un esfuerzo de llegar hasta él. ¡Cuántas cosas quería saber cada uno, y con cuánta urgencia! ¿Qué piensa hacer el Santo Padre? ¿No aprovecharía esa magnífica oportunidad de reclamar el Patrimonio de Pedro? En esta ocasión no serían capaces de negarse. Eso era lo que pensaba Ragna. Los dos Vagellaio estaban de acuerdo; Italia podría ser compensada por la cesión de la Italia irredenta, dijo Serafino. Pocos fueron los que se detuvieron en innúmeras pequeñeces. Sólo entonces algunos comenzaron a ocuparse de las calumnias. ¿Qué pensaba hacer el Papa al respecto? Oh, sin duda había desmentido los cargos hechos contra Adriano VII y era más que probable que pudiese desmentir los otros.

—¿Podría? —dijo Berstein, entre carcajadas cínicas.

En fin, ¿iba a hacer público ese desmentido?

—¿Quién puede saberlo? —preguntó Fiamma.

Los cardenales inglés y americano afirmaron con energía que, por su parte, ni pensaban consultar a Su Santidad sobre el tema, ni se considerarían sujetos a secreto en cuanto a la refutación que habían oído y presenciado. Fue Carvale quien, a toda prisa, recogió y expresó la opinión de sus colegas.

—¿Qué quieren decir ustedes? —relinchó el capuchino de cara larga.

—Yo se lo explicaré —respondió Semphill—. Con la ayuda de estos amigos, vamos a enviar una copia autenticada de las actas de este Consistorio a todos los periódicos del mundo.

—¡Y le aseguro que lo haremos ahora mismo! —exclamó Van Kristen.

El Cardenal archidiácono y los nueve italianos vociferaron su aprobación a ese plan. Talacryn exultaba junto con los otros, dando brincos sin parar. Pero luego asentó un pie de elefante sobre el asunto —no estaba seguro de que fuese aconsejable aquello: en el fondo de su corazón latía su vieja desconfianza hacia Adriano—; no quería verse envuelto en un presunto apoyo..., Su Santidad era un hombre muy difícil de quitarse de encima, si es que pretendían quitárselo de encima, de todos modos. Pero, con todo, el cardenal de Caerleon se mantuvo tan agitado como los demás. Sus Eminencias subieron, parloteando como una bandada de grajos, y se dispersaron por las galerías, chillando como una alcahazada de pavos reales, hasta que llegaron a las inmediaciones de las antecámaras pontificias. El acceso estaba cerrado, bajo la custodia de los pintados arlequines suizos con sus alabardas. A su lado estaban firmes los dos caballeros de la cámara apostólica, quienes respondieron a las preguntas con

la expresión formal «Nuestro Santo Padre está en secreto».

Tuvieron que tomarse aquello como les fue posible. Los sensatos, sin más, fueron a ocuparse de sus cosas. Algunos, sin embargo, se demoraron en el desaire experimentado, o con la esperanza de obtener una admisión casi accidental mediante soborno. Ragna jadeó hasta cuatro mil liras al oído de Sir John y se marchó entre maldiciones. La puerta estaba cerrada con ese «Nuestro Santo Padre está en secreto».

En secreto Adriano estaba arrodillado, muy erguido, en su capilla. «Señor, soy un mundano. Me he complacido en el triunfo.» Ésa fue la confesión que hizo, no precisamente con pena, sino con un autodesprecio corrosivo. Había hecho algo burdo y se despreciaba a sí mismo por haberlo hecho. Siguió contemplando su desagradable personalidad durante largo rato.

Por grados, su mente se apartó de eso y se aplicó al siguiente asunto que había preparado. Se dirigió al cuarto de trabajo; cubrió las sillas que había en torno a su sillón con papeles manuscritos; acomodó el tablero de escribir sobre sus rodillas, buscó papel en blanco, lió y encendió un cigarrillo y comenzó a leer y corregir sus notas. De vez en cuando se echaba atrás en el asiento, miraba al vacío a través de la ventana, analizaba los problemas. De cuando en cuando garabateaba un párrafo, una palabra, una frase, un período.

Al cabo de un tiempo empezó a llenar folio tras folio. Escribió durante horas y horas, día tras día; quemaba la mayor parte de lo que escribía, corrigiendo mucho, volviendo a escribir casi todo. Por fin, una torpeza áspera comprimió y entumeció su brazo derecho desde el codo hasta las yemas de los dedos, anunciando la aparición de la perlesía del escribiente. Era de noche, unas dos horas después del *Angelus*. Dejó a un lado la pluma y llamó al primer caballero de la cámara secreta. Sir John se sentó frente al Pontífice, le subió la manga y friccionó brazo y mano con suavidad. Adriano miraba en silencio esas manos atareadas. Eran bellas, muy blancas, delgadas, suaves: sí, singularmente suaves y sedantes. Pero también eran fuertes, firmes y ágiles. No se fatigaban en ese movimiento continuado en busca de moldear y definir músculos cansados y articulaciones doloridas, llevando poco a poco la fatiga y el dolor hacia abajo, para que se disiparan por las yemas de los dedos. También la cabeza inclinada era una cabeza hermosa, proporcionada y redonda, cubierta de cabellos abundantes, negropurpurinos, azulados. Y la blancura saludable de la tez, la barbilla delicadamente partida, los bellísimos ojos grises, el cuerpo vigoroso, el aspecto de castidad e inteligencia exquisitas: ¡qué extraño pensar que alguien así pudiese estar preparando comprimidos y cápsulas para siempre en una farmacia! No: estaba mejor como estaba ahora.

—John —dijo el Papa—, ¿cómo te llevas con Macleod?

—Oh, muy bien. Creo que me gusta mucho.

—¿Está cómodo?

—Creo que sí, al menos así parece.

—¿Ha dicho algo sobre sí mismo?

—Oh, sí, en estos últimos días. Al principio estaba un poco asustado, pero ahora ya no.

—¿Con quién habla con mayor libertad?

—Conmigo. No es que no hable mucho con Iulo también. Pero a mí me lo dice todo.

—¿Qué significa «todo»?

—Todo acerca de él.

—John, mira un momento estos ojos —los tímidos ojos grises de inmediato se alzaron hacia los tímidos ojos castaños—. ¿Qué te ha dicho sobre sí mismo?

—Sencillamente todo.

—¿Todo?

Un sonrojo encantador tiñó de coral el marfil suave de la cara, pero los ojos grises no parpadearon.

—Oh, sí, todo.

—¿Sabe cantar?

—No, ni una nota... Gracias al cielo.

Adriano apartó su mirada.

—¿Y crees que él te cae muy bien?

—Sí, no lo creo, lo sé. Me da mucha pena su situación.

—La piedad está muy cerca de...

—No es piedad ni es amor. Es algo más al mismo tiempo. Me pone furioso. No creo que pueda hacerlo entender.

—Inténtalo.

—Oh... ¿Recuerda usted a Max Alvary?

—¿El cantante? Sí. ¿Por qué?

—Usted no sabe lo que llegué a pensar cuando le vi en *Sigfrido*. Primero capté el esplendor de su hermosura y después, cuando cantó el «Idilio» sentí verdadera rabia y pensé: «Y por si fuera poco, esa voz».

—¿Qué quieres decir?

—Oh, me parecía tan abominablemente injusto, tanta apostura y además esa voz magnífica. Que tuviera esos dos dones, mientras otros..., yo, por ejemplo, ¡no tenemos nada!

—¿Qué tiene que ver esto con Macleod?

—Oh, mucho, de una manera un poco revuelta. Es un chico muy guapo..., tanto como el bellissimo Cristo de su cruz. También es inteligente. Pues bien, se diría que es afortunado, ¿verdad? Pero el destino le ha marcado, le ha marcado a fuego. Eso es lo que me enfurece. Tener que clasificarle entre los infieles. Me pregunto cómo no se ha suicidado.

—Cuidado con esa muñeca, por favor. ¿Se lo has dicho?

—Oh, no, espero no hacerlo. Lo siento. Por nada del mundo quiero que sepa lo que pienso, haría cualquier cosa por apartarle de esa idea, aunque se le ocurra a él,

por casualidad o como sea. Se volvería loco, eso es.

—John, eres un sol. Ahora escúchame. Los pensamientos, como sabes, son palpables. Si piensas esas cosas, estarán en el aire, rodeándote y puede que los sentidos de Macleod las perciban, o tal vez no. De modo que debes quitártelos de encima *hic et nunc*, si le quieres y deseas ayudarle.

—¿Lo cree usted? De acuerdo, lo haré, porque quiero ayudarle de veras.

—Bien. ¿Qué se puede hacer con él?

—Oh, ¿pero por qué habría que hacer algo con él? Aquí es muy feliz.

—Gracias a tu bondad, John. ¡Silencio! Pero ante todo, hemos de darle un motivo para estar aquí, y después tenemos que recordar que aquí «no tenemos una ciudad para siempre». Escucha con atención. Cuando hayas terminado con esa mano, irás a ver al Secretario de Estado y dirás a Su Eminencia que publique un nombramiento de tercer caballero de cámara para Mr. Macleod, con la mitad de tus emolumentos y sin rango nobiliario. ¿Lo harás?

—¡Oh, sí, estupendo!

—Bien. Volvamos atrás. Supón que Macleod no estuviese aquí. En tu opinión, ¿dónde se encontraría más a gusto?

—Es difícil responder a eso.

—¿No has estudiado tu Meredith? Muy bien, haznos conocer una síntesis de tus ideas. Dilas mezcladas, comprensibles o no, no importa. Trataremos de sacar algún provecho.

—Pues..., creo que estaría muy bien en un jardín. Sabe mucho de flores y, si le viera usted coger una, se preguntaría cómo puede ser que un chico con el pecho y los brazos de un herrero, como son los suyos, pueda tener tanta delicadeza. Tiene más fuerza y más delicadeza de lo que se pensaría. Igual con los árboles. Los mira como si mirara a un amiguete, como si pudiese hablar y entenderse con ellos si quisiera. Es capaz de hacer bien cualquier trabajo al aire libre, labrar la tierra, quizá. Lo pensé desde el pri...

—¿Por sus ojos bonitos?

—Oh, sí, me figuro que ha sido por eso. ¿Ha visto usted alguna otra vez un azul como ése? Un azul que hace pensar en desnudarse y bucear, como los ojos de un marinero, ¿verdad? Vaya, no es más que mi pensamiento romántico. Pero no le he hablado mucho del mar. ¿Sabe qué me gustaría hacer? Me gustaría partir con él en un largo viaje por mar, en uno de esos viejos cruceros, y llevarme el Plinio y el Sófocles que usted me ha regalado, un glosario, un diccionario, y leerlos con él, desde... Claro que no estoy pensando en lo que usted está pensando.

—No: claro que no. Y entonces, cuando volvierais de vuestro largo viaje por mar en un viejo barco, ¿crees que Macleod podría ser útil y feliz en un huerto de flores, con esa clase de cultivo y todo tipo de abonos, mientras tú te sientas a la sombra de nísperos y rosales, y le proteges para que nadie le insulte, y leéis libros (los escribís, tal vez), soñáis vuestros sueños (y por cierto también los escribís), y vivís felices en



una bonita granja antigua, por siempre...

—¡Oh, usted se está burlando de mí!

—De ningún modo —los ojos castaños se tornaron serios—. John, ¿qué pasará contigo cuando Adriano muera?

—Pero usted no va a morir...

—¿Cómo lo sabes? Responde a la pregunta.

—Oh, no he pensado nada al respecto. No quiero pensarlo, eso es todo.

—Tonterías. Piénsalo y resuélvelo. John, cuando Nos hayamos muerto, si dispones de un lugar como ése y de medios para trabajarlo y para desenvolverte y mantenerte, ¿lo harás? ¿Llevarás contigo a Macleod, serás un hermano para él, no real, sino un hermano ideal?

—Desde luego que lo haría, pero...

—¿Lo prometes?

—Sí, se lo prometo con toda firmeza. Pero espero que Dios nunca me dé la ocasión de...

—Nadie sabe cuándo se le presentará la ocasión, pero tú la tendrás. Dame la estilográfica y el tablero.

Adriano bajó la manga y acarició a su gato durante uno o dos minutos, mirando, pensativo, a través de la ventana. Después escribió y puso lo escrito en un sobre que entregó al tembloroso retoño de virtud que estaba de pie ante él.

—Le llevarás esto a Plowden, después de haber hablado con Ragna. Que te dé un reconocimiento oficial. Mira que todo esté a tu nombre y mantén el secreto hasta que llegue el momento de usarlo. A nuestra muerte presentarás esta letra a Plowden, que te pagará cinco mil libras y te pedirá un recibo. Con ese dinero comprarás e instalarás un lugar como el que hemos descrito. Mientras tú y Macleod viváis, Plowden os hará llegar una cantidad de dinero todos los meses, de modo que no os falte de nada y tengáis algo que repartir. Os pagará trimestralmente cien libras a ti y cincuenta a Macleod, y podréis hacer lo que queráis con vuestra granja. Ese lugar, recuérdalo, será vuestro y podréis hacer con él lo que queráis. A vuestra muerte, el capital que rinde vuestros ingresos volverá al tesoro del Vaticano. De modo que si quisierais casaros y formar una familia y dejarle algo más que la propiedad (la granja), tendréis que ganároslo. Nos os damos una oportunidad y libertad total. ¿Has comprendido?

—Jamás olvidaré una sola palabra. Santo Padre, no puedo aceptarlo. ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿Qué podría llegar a hacer alguna vez para merecerlo?

—Hijo, te diré lo que has hecho para merecerlo. Has deseado sobrellevar o compartir la carga de otro. Se cumplirá tu deseo; aquí tendrás una pequeña recompensa, y otra, mayor, te espera Allá, si cumples tu propósito. Eso es lo que has hecho y lo que puedes hacer. Eres bueno y mereces confianza. Y eso es todo. Ahora vete, porque Nos tenemos mucho que escribir aún.

»—¡John! —exclamó Adriano antes que se cerrara la puerta—. Tendrías que advertir a Macleod acerca de su nombramiento y ver que tenga sus uniformes de

inmediato, pero el otro asunto guárdalo para ti hasta que..., ya sabes. Oh, hazle entender que le llamaremos James, ese «Hamish» galés es un poquitín demasiado. Lo mejor es que sea Mr. James también para los demás.

Junto a la puerta cerrada, Sir John se estrujó las manos. «Lo demencial es que no hay nada en el mundo entero que yo pueda hacer por él. Si le hiciese un regalo humilde, como una bolsa para el tabaco, diez contra uno a que no sería precisamente de su gusto... De todos modos, sería como darle una pierna de su propia vaca. ¡Maldita sea! Es como si una cerilla le ofreciese lumbre al sol.» De improviso volvió a enfrentarse con la puerta y sus palabras surgieron como un compromiso solemne: «Señor, lo prometo». Permaneció en un transporte durante varios minutos y después siguió su camino con expresión resuelta.

## CAPÍTULO XXI

EL cardenal diácono de San Cosme y San Damián lo hizo. Las actas del Consistorio, al menos en lo que se relacionaba con la calumnia contra el Papa, fueron puntualmente publicadas en *The Times*, *The Globe* y *The New York Times* como noticias dignas de ser impresas. Muchos otros periódicos enviaron un acuse de recibo. No hubo comentarios. Los obreros que viajaban en metro, el motorista con antiparras, la mujer de sombrero estrambótico que iba a las liquidaciones de rebajas lo olvidaron todo acerca de George Arthur Rose y tampoco prestaron atención al Papa, pero se irguieron sobre sus patas traseras con los ojos puestos en el árbitro supremo. Francia y Rusia publicaron caricaturas y soltaron aullidos; también se aprestaron a invadir Bélgica y Suecia, con la intención de atacar a Alemania desde tres frentes.

Mrs. Crowe cobró conciencia de que había perdido más que ganado por su relación con Jerry Sant. Los católicos ingleses la trataron tal como son propensos a tratar a los conversos una vez transcurridos los tres primeros meses, y le mostraron una fría espalda. La refutación de su última calumnia la había hecho aparecer como una necia, y aun como algo más sucio que una necia. Estaba mortificada, estaba furiosa consigo misma y naturalmente anhelaba destrozar y lacerar a cualquier persona. Pensó que lo mejor que podía hacer era adoptar el aire de una mujer a la que habían embaucado, para destruir su conexión con la Liblab y volver —de ser posible— al *statu quo ante*. De modo que fue a ver a Jerry y se lanzó contra él, entre vituperios por el fallo estrepitoso de sus planes, por llevar a una dama inocente por el mal camino con sus malicias, por su estupidez de testarudo y todo aquello. Le dijo con toda franqueza que él había ido demasiado lejos. La refinada pareja «tuvo unas palabras» y por fin se separó. Jerry siguió en su hotel, silencioso, amenazante, cavilando. Por su parte, la dama tenía ante sí la tentación de una mediocridad respetable, que le ofrecía la expectativa de una oscuridad no poco familiar, en la que podría procurar recomponer los jirones y guiñapos de su reputación. Tenía algún dinero ahorrado, y con economía... Podía quedarse un poquitín más. ¿Quién sabía lo que fuese a ocurrir?

Uno por uno los cardenales fueron convocados a la cámara secreta. Sus pensamientos fueron escrutados y oídas sus opiniones. Nefski, el de la palidez cenicienta y los ojos obsesos, admitió que Polonia podría ser más feliz como monarquía constitucional y miembro de una federación. Instado a ello, prometió usar toda su influencia para la persuasión. Mundo, con limpidez, rotundidad y animación, habló de la larga e ilustre alianza de Portugal con el señor de los mares. Su país, unido y vivaz, no tenía motivos de queja. Grace se mostró cauto y vigoroso, alabó la doctrina Munroe. Sólo que... Los cardenales franceses parlotearon, llenos de espanto,

sollozaron, quedaron agotados y, por último, aparecieron como seres de una resignación pintoresca y, a la vez, sin freno. ¡Oh, eran tan excelentes y tan fútiles! Courtleigh se excusó alegando sus años, la enfermedad. Las circunstancias habían ido más allá de lo que él podía controlar. Había empezado a pensar que jamás había sido otra cosa que un busto decorativo, que nunca se había hecho con el timón de los asuntos desde aquella vez en que el Príncipe de Gales fue tan..., en fin, tan rudo con él. Estaba viejo, era un parlanchín, sólo ansiaba recibir felicitaciones. Suplicaba que se le permitiera apartarse y terminar sus días en el colegio que había fundado él mismo, si el Santo Padre se dignaba a relevarle del arzobispado. Adriano se dignó e hizo llamar a Talacryn, al que dijo:

—Estamos a punto de satisfacer la ambición de toda la vida de Su Eminencia, nombrándole arzobispo de Pimlico.

El Cardenal comentó algo acerca de ser indigno de ese honor.

—Eso, por supuesto —respondió el Pontífice—, pero le ponemos allí porque Su Eminencia conoce más que nadie nuestras ideas y a su vez su tarea será la de hacer que Inglaterra las conozca. Al menos no se podrá decir que si usted se equivoca lo hace por ignorancia de nuestra voluntad. Usted posee salud, es joven y no le falta una presencia dominante. La gente le escuchará. Su peligro y su falta se derivan de esa costumbre nacional de la sospecha. Eso se puede superar. Actúe de acuerdo con su nombre, Frank, sea franco, no sospeche de los demás, esté preparado para la renuncia, pero es su corazón el que ha de dictárselo. Hablemos de Caerleon. ¿Quién querría Su Eminencia que fuera su sucesor allí?

Talacryn dijo algo acerca del derecho de los clérigos a elegir, pero eso fue barrido a un lado. Después se centró en la dificultad de hallar un sacerdote adecuado que hablara la lengua de la comarca.

—Esto último no es lo esencial —dijo Adriano—; usted mismo no habla ni ha podido aprender esa jerga horrible, aunque ha nacido en ese lugar tremendo, y según su costumbre de sospechar de la gente y (sí, es mejor decirlo) su leve tendencia a mentir oficiosamente —el Cardenal se puso de color púrpura—, vaya, ya está dicho, usted ha recibido su lección y ahora lo hará de otra forma, pero aparte de eso, la única razón por la cual su episcopado no ha sido muy brillante es que usted comenzó con la idea falsa de la necesidad de hablar ese dialecto corrupto y obsoleto.

—¿Pero no piensa Su Santidad que un extranjero...?

—No, la inglesa es la raza dominante; su lengua es la de todas sus colonias. Por qué motivo unos poquísimos países conquistados se niegan a aprender inglés, y se permiten insistir en el uso de sus lenguas bárbaras y no literarias, es algo que nunca hemos podido entender. Son países conquistados, sometidos a su conquistador. Han perdido su existencia como naciones durante centurias. No tienen entidad nacional, ni de ninguna otra clase si se apartan de Inglaterra. No. La nacionalidad no tiene peso en el tema de su sucesor. En esto se diferencia la Iglesia de Cristo de todas las demás religiones. Roma puede realizar, y lo hace, lo que ningún otro poder eclesiástico es

capaz de llevar a cabo. Nuestros predecesores enviaron un italiano a Canterbury, e incluso un griego, Teodoro; Nos enviamos un celta a Pimlico. En cuanto a Caerleon, ¿recuerda usted a John Jennifer, el párroco de Selce? Sí, claro que sí, era la mosca blanca de Maryvale..., ¿y ha seguido siéndolo? Bien. Es el obispo de Caerleon.

—Él habla nuestra lengua, Santo Padre —dijo Talacryn, riendo.

—Eso no es más que una anécdota. Le hemos elegido por su bondad terca e inamovible en medio de las grandes dificultades que había en Maryvale. Oh, cómo recordamos...

La mirada del Papa se perdió en un pasado remoto.

El cardenal Talacryn mencionó que el Secretario de Estado deseaba saber si Su Santidad necesitaría de los servicios del Patriarca de Bizancio en las presentes circunstancias.

—¿El Patriarca de Bizancio?

—Se ha pensado que, como él fue quien negoció con Inglaterra durante el reinado de los predecesores de Su Santidad...

—¡Oh! Pues no. No se requieren los servicios del Patriarca de Bizancio. Cuando Su Gracia no se pavonea en salones «negros», o no escribe cartas difamatorias a las duquesas...

—¿Cartas difamatorias, Santo Padre?

—Sí, cartas difamatorias; como aquella que escribió en 1890.

El Papa se puso de pie, se quitó el anillo episcopal, abrió un fichero y rebuscó en él; al cabo de un instante tendió al Cardenal una nota de sugestivo y mortífero ingenio.

—Pues bien, cuando Su Gracia no se embarca en esos pasatiempos poco edificantes, tiene que ocuparse de su patriarcado. En rigor, a menos que vea de qué forma puede convertirse en un patriarca residente en Bizancio dentro del plazo de un mes, puede pensar en ser depuesto por decreto —el aspecto del Sumo Pontífice era austero—. Su Eminencia llevará esta respuesta a la sugerencia obsequiosa del cardenal Ragna.

Talacryn se apresuró a arrodillarse.

—Déme su bendición, Santo Padre, y de inmediato me dirigiré a mi nueva sede, sea cual sea.

Adriano sonrió.

—Dios le bendiga, hijo. Pero no se marche aún. Pimlico ha estado durante años en manos del Vicario general y Coadjutor, y el Vicario capitular puede arreglarse de momento. Permanezca aquí un poco más. Le necesitaremos. Pero no por mucho tiempo.

Y Talacryn se alejó de la presencia pontificia contento, pero grave.

Durante unos pocos días preguntas y respuestas circularon sin cesar entre el Vaticano y el castillo de Windsor. Adriano consultó a los soberanos, discutió las dificultades con los políticos. El barón de Boucert expresó la opinión de que sería en

vano oponerse a la expansión inevitable de Alemania. El *signor* Barconi personalmente manipuló un artilugio instalado en la antecámara pontificia, hasta que le apartaron de allí, presa de un colapso nervioso. Adriano le envidiaba y se forzó a sí mismo a resistir la tentación. Aún tenía mucho por hacer. Mensajes, mensajes, estudiar mapas, comparar notas manuscritas llenaba veinte de cada veinticuatro horas. Era necesario reflexionar con hondura, para que el ojo clarividente y certero, como un buceador, pudiese llegar a lo hondo de un pensamiento conservador profundo. Las cuatro horas restantes las pasaba, en su mayor parte, en la tumba de san Pedro, en la basílica. El árbitro no durmió durante esos días. Comía mientras trabajaba y sólo buscaba descanso bajo el agua helada de la ducha. Una escuadra de cruceros ingleses dio escolta a una procesión de yates reales y buques de guerra, que trasladaron el Congreso de Windsor a la dorada e inmortal Roma.

Entonces se produjo la publicación de la *Epístola a los Príncipes*, en la que el Apóstol reiteraba los consejos evangélicos, predicando una actitud de total autosacrificio y no resistencia, a imitación de la «dulce moderación de Cristo». Eso significaría, decía el Papa, dejar de lado y rechazar voluntariamente todas las convenciones que unifican a la sociedad. Era lo justo, lo correcto, el camino más directo hacia el cielo. Pero no estaba de acuerdo con la voluntad humana, se diría que era algo utópico, contrario a la costumbre, y despertaría más mofas que adhesiones; de ser adoptada en gran escala, la medida provocaría una confusión inconcebible. La verdad emerge con mayor rapidez del error que de la confusión. Los hombres, al hallarse en las condiciones en que se hallaban, es decir, sujetos a error, estarían mejor si su proclividad al yerro fuese controlada. Tal vez se apartaran del camino, pero nunca lo perderían de vista y, con la guía adecuada, sus movimientos podrían ser, al menos, encaminados hacia el objetivo deseable. La individualidad había sido suprimida tanto tiempo atrás que sus esfuerzos requerían ser administrados. Por tanto, el Pontífice mostraba, además de la no convencional, una vía convencional de acercamiento al objetivo deseable. Mantenía el principio aristocrático y monárquico en estricta integridad. Un rebelde era peor que el peor de los príncipes, y la rebelión era peor que el peor gobierno del peor príncipe que hubiese existido hasta ese momento. Proclamaba que la anarquía de Francia y Rusia era una manifestación de efervescencia diabólica, que debía ser refrenada y erradicada por todos los medios adecuados, incluidos los de mayor severidad. Francia y Rusia, perdido su derecho de ser consideradas como naciones capaces de gobernarse por sí mismas, en adelante habrían de someterse a ser dominadas. Satanás maquina maldades para que las ejecuten las manos ociosas. El estar ocupado, y una finalidad para ello, era lo único que permitía que las personas y las naciones trabajaran por su propia salvación, entendida en términos humanos. Los hombres *debían* hacer uso de sí mismos, para bien o para mal. La mayoría de los males humanos nacían de la falta de una vía de escape para las energías. Sentarse sobre la válvula de seguridad o ajustarla era, invariablemente, fatal; una doctrina que aplicaba a la atención y obediencia del clero.

Esos principios implicaban un nuevo ordenamiento de diversos campos de influencia. El Soberano del mundo, Pedro, el supremo Árbitro, decretaba que las únicas naciones en las que la *facultas regendi* perduraba con toda su energía prístina eran Inglaterra, América, Japón, Alemania e Italia. Sin embargo, algunas de las antiguas monarquías aún no habían llegado a ese punto de putridez que torna deseable su extinción: eran Noruega, Suecia, Dinamarca, los reinos, principados y ducados germanos, España, Portugal, Grecia, Rumania, Albania, Montenegro y las repúblicas de Suiza y San Marino. Ésos habrían de continuar siendo Estados soberanos y conservarían sus rasgos nacionales. Asimismo, era la hora de brindar a algunas de las antiguas monarquías, que sufrieran inmerecida supresión, la oportunidad de mostrarse dignas de una existencia corporativa. Eran Hungría, Bohemia y la Polonia rusa y germana. Se les volvería a considerar reinos; se requeriría de ellas que se diesen sus propias constituciones (a la manera de Inglaterra) y que eligiesen sus respectivas dinastías monárquicas. Suiza y San Marino quedaban confirmadas como repúblicas. El Sultán, por sugerencia de su aliado inglés, mudaría su capital a Damasco, para concentrar la mayor parte de la fuerza del islam en Asia. Serbia se incorporaría al Principado de Montenegro. La Turquía europea y Bulgaria quedarían unidas al reino de Grecia. Hasta allí, los detalles.

Adriano denunciaba como sueños malos y ociosos los planes de los intrigantes políticos que albergaran la idea turbia de una federación de las etnias anglófonas y teutónicas. Insistía en las diferencias esenciales que separaban a Alemania de América, y a ambas de Inglaterra. Ninguna unión era posible entre ingleses y alemanes y los americanos carecían de cualificación para establecer tratos. Cada una de esas razas era única y cada una habría de mantenerse en solitario. Tres potencias de tal grandeza habían de tener cada una su existencia y esfera de acción propias, independientes, singulares. Era preciso instaurar un ámbito en el que las tres naciones lograsen una prosperidad independiente. Había que buscar y asignar un espacio para ese desarrollo independiente.

Analizaba el caso del continente europeo. Bélgica tenía 228 habitantes por kilómetro cuadrado; Holanda, 160; Alemania, 104; Austria, 87; Francia, 72; Rusia tenía tan escasa densidad de población que sólo la inmigración de 109.000.000 de personas desde el resto del continente la igualaría con el promedio de Europa. Por tanto, el Papa proclamaba la instauración del Imperio romano, bajo dos emperadores, uno en el norte y otro en el sur. Como tales confirmaba al rey de Prusia y al de Italia, en su carácter de representantes de las dinastías de Hohenzollern y Saboya, respectivamente. Ordenaba que esa instauración no fuese considerada como «el fantasma del difunto Imperio romano sentado con su corona sobre la tumba, sino el legítimo heredero y sucesor, justificado por las antiguas virtudes de los romanos, los beneficios de su mando» y la aspiración vigorosa de bien obrar que animaba a sus actuales representantes. El Emperador del Norte, Guillermo, nombraría las dinastías soberanas para Bélgica y Holanda. Podría devolver sus tronos respectivos a los

monarcas exilados, o bien deponerlos y sustituirlos mediante miembros de su familia imperial. A continuación ampliaría las fronteras de Alemania por el este hasta los Urales; por el oeste, hasta el canal inglés y el Golfo de Vizcaya, con la consiguiente inclusión de Francia; por el sur, hasta el Danubio, con la inclusión de Austria. Al mismo tiempo, organizaría la federación de las monarquías constitucionales de Noruega y Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Hungría, Bohemia, Polonia, Rumania y la república de Suiza con los otros Estados soberanos que ya se hallaban bajo su mando. Por su parte, el Emperador del Sur, Víctor Manuel, establecería la federación de las monarquías constitucionales de Portugal, España, el reino griego ampliado, los principados de Montenegro y Albania y la república de San Marino con el reino de Italia, que ahora por fin incluiría la Italia redenta. La frontera entre los imperios septentrional y meridional quedaba definida por los Pirineos, los Alpes, el Danubio y el Mar Negro.

El caso de América también quedaba resuelto. Los Estados Unidos aumentarían su territorio mediante la anexión de todos los estados y repúblicas de las dos Américas desde la frontera estadounidense existente hasta el Cabo de Hornos.

El Imperio japonés era autorizado a anexionarse Siberia.

Todos los territorios de Asia (exceptuada Siberia), África, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la Polinesia se convertían en cinco monarquías constitucionales y quedaban unidos a los dominios del rey de Inglaterra, Irlanda, Gales y Escocia. En lugar del título de «Emperador», antipático a la raza inglesa (a causa de su primigenia significación de «Señor de la guerra», Su Majestad el rey de Inglaterra, Irlanda, Gales, Escocia, Asia, África, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Polinesia sería llamado «Rey de los nueve Estados»).

De esta forma el supremo árbitro brindaba a la raza humana el campo y la posibilidad de aplicar su energía. Las previsiones de la *Epístola a los Príncipes* fueron redactadas bajo la forma de un tratado que dividía el mundo, hasta la medianoche (hora de Greenwich) del 31 de diciembre del año 2000 desde la fructífera encarnación de Nuestro Señor el Hijo de Dios, en Reino de los Nueve Estados, República Americana, Imperio Japonés e Imperio Romano. Ese tratado fue firmado, en la Plaza de San Pedro de Roma, por el Pontífice, los Reyes y Presidentes, el día de la festividad de la Anunciación de Nuestra Señora la Virgen María. Los ejércitos y las armadas de los países signatarios de inmediato se ocuparon de pacificar Francia y Rusia por aplicación de la ley marcial.



## CAPÍTULO XXII

ABRIL llevó a Adriano la experiencia de uno de esos períodos de perturbaciones psíquicas que son parte de la debilidad humana, e inevitables en un hombre de un temperamento tan peculiar. Las cosas habían perdido significado para él; las personas, su personalidad; los acontecimientos, su importancia. Y el tiempo no existía. Observó compostura y se forzó a mantener una actitud cortés; pero estaba viviendo en un mundo en el que se sentía lejos del suelo, flotando, un mundo en el que todo era extraño y todos le resultaban extraños, un mundo en el que nadie ni nada tenían la más mínima importancia. En un principio pensó en recluirse en secreto, tras puertas custodiadas y también en guardar silencio ante sus auxiliares. Pero, simplemente, permanecía sentado y se preguntaba..., se preguntaba quién era, cómo había llegado hasta allí, quién le había vestido de ese modo y cuándo: decidió que daba igual. Cuidaba de su gato, arrullándolo, maullando, hablando con gusto un lenguaje felino. Cuando el animal se apartaba, daba igual. Solía mirar su cruz durante toda una hora, pensando combinaciones de luces y sombras y las páginas finales de algún libro, imaginando símbolos dorados allí, revelando en el esplendor sutil de la forma divina su dignidad, su gracia, la juventud majestuosa de la cara, noble y grave. Cerraba los ojos y estudiaba los hermosos planos y líneas con un tacto delicado y reverente. Le resultaba grato pensar que él había creado un tipo de divinidad encarnada, que no era el Orfeo de las catacumbas ni el rostro trágico de Verónica, ni las burdas indecencias asexuadas con las que los católicos piadosos insultaban en sus iglesias al único entre diez mil, al dueño del encanto absoluto. Ese pensamiento le devolvió al espacio y al tiempo. La indignación ante imágenes de no menos de once cabezas de altura, proporcionadas como los figurines de modas femeninas, con caras de espaguetis emasculados a los que, nada más verles, abofetearías tan sólo por su imbecilidad tibia y atenuada, si se presentaran en carne y hueso, todo eso volvió a Adriano a las realidades y a la vida. Se sentía exhausto por entero. Se abandonó al sueño; siempre estaba adormilado y se dormía durante las horas diurnas, sobre los escritos o la lectura que se obligaba a realizar, en su sillón, junto a la ventana, en su asiento favorito que estaba junto al viejo muro del jardín, donde pasaba las tardes vivaces de la primavera. Sólo hacia el crepúsculo estaba en condiciones de escribir con su grafía bella y clara, de aplicar su habitual agudeza a sus asuntos; pero aun esa agudeza estaba extraordinariamente diluida. Su intelecto se hallaba en tinieblas, inseguro. No podía captar los rasgos principales de un tema, no podía concentrar sus pensamientos; su facultad constructiva había quedado en suspenso; su imaginación, encadenada. Pasaba largo rato comiendo sus escasas raciones, masticando, masticando, leyendo, leyendo, sin recordar nada de lo que había leído. De un modo inerte, superficial, se reprochaba la pérdida de tiempo y seguía perdiéndolo. Sin duda era la voluntad de la naturaleza divina. Ha de estar claro que Adriano no estaba

indolente en el sentido confesional del término. No era más que letargo, torpeza, embotamiento, apatía, desinterés por todo lo que no fuese huir, descansar..., descansar.

De su estupor despertó lleno de pánico, como en un delirio, ninfoléptico, llevado al frenesí por algún agente exterior desconocido. Se vio invadido por una conciencia asombrosa de la necesidad absoluta de una actividad continua y agotadora, si quería seguir vivo en esta tierra. Sentía que, si se permitiese un instante de descanso, si por un instante abdicara del control de sus fuerzas físicas para dejarse ir, aquel instante habría de ser el último para él. Con esa idea, se preparó para períodos momentáneos e inconscientes de actividad violenta. Lo planeó con cuidado, porque así, pensaba, si la muerte le cogiera por sorpresa, tal vez no daría un espectáculo poco edificante y desagradable a quienes hallasen su cadáver. Evitaba con cuidado posturas por las que, cuando quedara separado del cuerpo, su forma llegara a caer sin decoro. No incomodó a su confesor más que dos veces semanales, como siempre; pero siempre tenía en sus labios una plegaria, su letanía: «Amado Jesús, no seas para mí un Juez sino un Salvador». Perdía relación con el mundo. Continuamente, a cada hora del día y de la noche, su cabeza sonaba con el reverberante bum-bum-bum de los latidos de su fuerte corazón. El ritmo enloquecía. Solía contar sus pulsaciones; después de «catorce» se preguntaba cuándo podría decir «quince» y, después de «noventa y siete», si estaría en Roma para decir «noventa y ocho», esperando a cada momento la separación súbita de su yo y su cuerpo, haciendo conjeturas acerca de la naturaleza de esa experiencia singular. En cierta ocasión se planteó la pregunta «¿tengo miedo?»; respondió «no», porque osaba tener esperanza; y «sí», porque no conocía aún aquello. Pero Sócrates había dicho que la muerte era nuestra mayor posesión sobre la tierra; y Séneca decía que la muerte era la mejor de las invenciones de la vida; y san Pablo, el amigo de Séneca, dijo «morir es ganar». En resumen, no temía, no temía a la muerte. Pero no se atrevía a ir..., a ir a dormir en esos días. Tomó por costumbre tumbarse en la cama primero sobre su lado derecho, después tendido sobre su espalda, con la almohada bajo la nuca, con las manos unidas encima del pecho —en el que le habían tatuado, siendo adolescente, una cruz—, con los tobillos uno sobre el otro, como un cruzado, rígido, tal como deseaba yacer en su ataúd, con la mente activa, activa, contando las pulsaciones, meditando acerca del futuro, haciendo proyectos, planes, contando cada inspiración, aguardando la última..., y con ella la muerte.

A veces se preguntaba si todo eso valía la pena aún; si estaba de acuerdo con la voluntad de Dios que él fuese tan obstinado. Decidió correr el riesgo de una respuesta afirmativa, basándola en la existencia de su propia voluntad. Sabía que había procurado usarla correctamente. En cuanto a los errores, esperaba misericordia. También decidió una única cosa. Con todos los respetos debidos a Sócrates y a Séneca, la muerte provenía del pecado y el pecado era el enemigo de Dios, y los amigos de Dios debían luchar contra Sus enemigos hasta el fin, por amargo que fuese. Caer en la relajación era el suicidio, y el suicidio era pecado; fatigado como

estaba por tanto conflicto, anhelante como estaba de descanso y paz, sin duda no merecía la pena sumar algo más a su historia de pecados; no merecía la pena cambiar el mundo agotador por el infierno inagotable, y así perder lo que Petrarca llama «el esplendor de la sonrisa angélica». No tenía en su poder objetos de acero, excepto navajillas; hacía tiempo que había mandado retirar cuchillos y tijeras; ahora, hizo instalar en todas sus ventanas rejas resistentes y ligeras. No caería en la tentación. «Mas me halaga la esperanza. ¡Ojalá tuviera lengua, una lengua inteligible cual es la de un mensajero y así no me sintiera entre dos afirmaciones conmovido!», se dijo con las palabras de Electra ante la tumba de Agamenón. De haber sido preparado en la niñez en una escuela pública, y en la adolescencia en una universidad, de haber sido sus pasos marcados en el servicio, no se habría visto obligado a imponerse una restricción tan severa. La ocasión no se hubiese presentado. Una personalidad simple y estúpida habría surgido quizá de su temperamento, potente y lo bastante lúcido como para hacer que se distinguiera entre la muchedumbre, pero incapaz de una hiperpercepción. En lugar de eso, su vida de aterradora autoconcentración y soledad le había negado las oportunidades comunes de actuar, había desarrollado esa complejidad conmovedora; le había brindado un entrenamiento en gimnasia mental hasta un grado de excelencia que era inhumano, abominable (en el sentido etimológico del término), en su fácil, flexible, inteligente versatilidad. No estaba frenado por ninguna clase de sentimiento de modestia o de decoro. Desconocía el sentido de todo eso. Lo sabía y lo lamentaba. Él era él mismo. No quería fiarse de ese yo, se regocijaba en ello y decidió enfrentarse con esa situación como correspondía. El doctor Guido Cabelli, llamado por fin, le encontró literalmente furioso con el dolor de sus luchas física e intelectual. El médico prescribió una bebida de bromuro, tintura de valeriana, tintura de cingiberáceas, cloroformo específico y agua de menta piperina, cada tres horas. Hizo notar al Pontífice que olía como un gato macho a comienzos del verano; pero él no escuchaba más que el latir de sus oídos: eso destrozaba su sistema nervioso en aquellos momentos. Adriano se puso su máscara pontificia y se remitió a sí mismo de la idealidad a lo real.

Dejó de lado el asunto de las naciones. Todos los países se revolcaban unos sobre otros en su ansiedad por reacomodarse según el esquema que él había esbozado. Si adoptaba el papel pitagórico del espectador desinteresado, Adriano se vería abrumado por algo horrible o por algo tonto, o bien tendría la oportunidad de hacerse acreedor a la gloria gracias a alguna porción de éxito. Pero deseaba hacer algo distinto. «En este mundo, sólo Dios y los ángeles pueden ser espectadores.»

Los asuntos de la religión, según su perspectiva, implicaban el servir a los demás y el cultivo de la santidad personal, la correspondencia con el divino amor. Alguien le había dicho que —sí, había sido Talacryn, en confesión, por supuesto— la clave de todas sus dificultades presentes y por venir era el amor. Todo eso era muy bonito y teológico por parte del Obispo, del Arzobispo Cardenal: pero el niño era quien le había enseñado el secreto metodológico. Quería, quería de veras guardar para sí sus

angustias. El suyo era el oficio de un líder: un ejemplo. Nada debía interferirse. Se entregó a analizar el primer año de su pontificado: le parecía una historia bastante negra. Sin sorpresa, sin emoción, marcó los borrones de impaciencia, orgullo..., orgullo..., humanidad. Ese análisis era la más cansada y fatua de las trivialidades. ¡Adelante!

¡Líder y ejemplo! Una cosa estaba clara: debía descender hasta los que estaban bajo su mando y continuar. Debía ser visto por los hombres, y no lo era. No. Su particular preferencia personal le mantenía apartado, en el misterio. Disfrutaba no de ser mal comprendido, sino de no ser comprendido; al mismo tiempo, contra mucha gente había estado cometiendo la injusticia enorme de considerarla dotada de una inteligencia similar a la suya propia, de una perspicacia igual a la suya, de la habilidad de seguir el ritmo vivo y abrupto de sus maniobras. Eso era injusto. Sin duda que hubiese sido muy bonito, noble y todo lo demás quedarse sentado en silencio bajo la calumnia, por ejemplo. El inocente se puede permitir eso. Pero cuando millones de personas (para dar al demonio lo que es del demonio) querían de verdad creerle inocente y se apenarían, y hasta se sentirían heridas porque se les arrancaba la posibilidad de creer en la inocencia, ¿era justo negarse a condescender? No, esa pose no era más que orgullo. El Siervo de los siervos de Dios no debía temer que se mancillara la blancura de su sotana con ninguna clase de inmundicia. Incluso, salvar a los demás era la mejor forma de salvarse a sí mismo.

Convocó a los cardenales más allegados. Ragna, Saviolli, Semphill, Sterling, Talacryn, Carvale, Van Kristen, Gentilotto, Leighton, Whitehead respondieron a la llamada. Adriano les recibió en el salón del trono, pero sin formalidad, y procuró brindarles una acogida tranquila y agradable. Todos pensaron que el Papa parecía seriamente enfermo: había la albura moribunda de una gardenia en el color de su cara y de sus manos; el cabello castaño rojizo se tornaba grisáceo sobre la sien izquierda; la máscara de honda rigidez era el signo del dolor. Todo su aspecto resultaba diáfano, consumido. Pero su actitud seguía mostrándose vivaz; no se le veía inaccesible. Sus Eminencias le prestaron atención, mientras se preguntaban qué podría sacar del maletín que tenía junto a sí. El Pontífice estaba muy complacido de ver al Secretario de Estado, porque sabía cuán antipático era él para ese hombre y ahora iba a intentar darle una satisfacción. Al menos, no sería por su responsabilidad que la actitud habitual de Ragna, la de brutalidad reprimida pero convulsa, quedase sin alivio.

—Señores Cardenales —dijo el Supremo Pontífice—, se nos ha ocurrido que tal vez ustedes tengan muchas cosas que decir; que hay muchas cosas que ustedes desean saber. Nos, por nuestra parte, estamos dispuestos a escuchar y deseosos de responder a sus preguntas.

Al instante surgieron preguntas en la mente de cada uno de esos hombres. Ragna fue el primero en plantear al Papa la suya.

—Santidad, ¿querrá responder a una pregunta acerca de la *Epístola a los Príncipes*?

—Sí.

Ragna se concentró por un momento.

—Tengo curiosidad por saber por qué los derechos de Francia en Egipto ni siquiera han sido nombrados. Comprendo que la naturaleza misma de los consejos de Su Santidad exigía que África como un todo pasara a Inglaterra, pero no comprendo por qué Alemania, al anexionarse el territorio francés no podía también obtener la posesión de Egipto. ¿Por qué esos dominios habrían de pasar a Inglaterra y por qué Alemania lo consiente?

Adriano hizo un esfuerzo para dominar su natural incapacidad de ir a la médula de un asunto en su primer intento y se obligó a ser conciso.

—Su Eminencia sabe que, hemos olvidado la fecha exacta, pero desde hace poco tiempo atrás no existen obligaciones internacionales que pudiesen evitar legítimos intentos de emancipación por parte de Egipto. Nada sujetaba a esa nación, excepto los decretos reales otomanos. Pues bien, descubrimos que cuando el rey de Inglaterra y el Sultán, en octubre pasado, firmaron la alianza, el segundo publicó un decreto en el que se nombraba a Inglaterra Protectora de Egipto. Entonces —el Papa sonrió apenas—, cuando la tarea del arbitraje nos fue encomendada, hallamos que las colonias alemanas de África no sólo no lograban pagar sus propios gastos, sino que además necesitaban un subsidio anual de un millón quinientas mil libras y, por tanto, uniendo lo uno con lo otro, hemos decidido dar a Alemania empleo bastante para todo un siglo no lejos de sus fronteras. Prontamente ese país reconoció que «*megli'è fringuello in man' che tordo in frasca*»<sup>[18]</sup>. Lo cierto es que estaba feliz de verse desembarazado de sus propias colonias parasitarias, que habían cercenado su conexión con la fuente propia y obtenían su mantenimiento de otros Estados, en tanto que las colonias de Francia, que son epífitas, al no tener existencia ninguna fuera de la fuente de la que nacen, serían borradas, como colonias francesas, cuando Francia fuese borrada.

—Y sin duda que Alemania, a su bonito modo gótico, estaba tan desesperadamente ansiosa por apoderarse de Francia que se olvidó de Egipto. ¿Saben ustedes que se dice que volverá a llamar Galia al nuevo territorio obtenido? —intervino Semphill con desdén—. Ahora haré yo una pregunta, Santo Padre, ¿puedo fumar?

—¡Claro que sí! —asintió Adriano con placer, tendiendo su mano para pedir un cigarrillo. Otros le imitaron y el engranaje comenzó a marchar con mayor suavidad. Van Kristen expresó cuánto le alegraba que los alemanes ya no pudiesen hacer el negocio de alquilar asnos en el Erecteion y en la Acrópolis de Atenas.

—Sí —prosiguió Ragna, meditabundo—, supongo que tendría que haberlo comprendido por mí mismo. Pero, Santidad, hay otra cosa: ¿por qué el Sultán acepta evacuar Europa?

—Simplemente porque, con todos los ejemplos que ha tenido en los últimos tiempos, experimenta el terror mortal de ser asesinado. Se las ha compuesto para

convencerse a sí mismo de que sólo tendrá garantías contra eso mientras esté bajo la égida de Inglaterra. Bien: viendo aliadas a Inglaterra y Turquía, Nos influimos en Inglaterra e Inglaterra influye en Ismail. El primero es un hecho racional; el segundo, sentimental. Pero Ismail no es malvado ni aun a medias, más bien tiene cierta decencia. Si Nos tuviésemos tan sólo otro cristiano tan niño como el bendito hermano Francisco...

—¿Qué? —preguntó Carvale, con animación; el Cardenal había llegado a comprobar que cuando Adriano se desbordaba en superlativos, no quería significar más que positivos, y que, en cambio, cuando usaba expresiones restrictivas como «ni aun a medias» o «cierta decencia», formulaba la aprobación máxima—. ¿Qué? —repitió el Cardenal.

—Le enviaríamos para mejorar a los *mollahs* y derviches ismaelíes.

—San Francisco tiene muchos hijos, Santidad —señaló Saviolli.

—Nos no conocemos más que uno que, en un mínimo grado, se parece a su padre —respondió el Papa, desechando el tema con un gesto de su mano.

—Uno quisiera saber —dijo Sterling— si Su Santidad no es en rigor de la opinión de que la *Epístola a los Príncipes* es, quizá, un poquitín demasiado sentimental y...

—¿Sentimental? Sí. El gobernante que quita el sentimiento de sus cálculos ignora una de las fuerzas más pujantes en los asuntos humanos. ¿Demasiado sentimental? No. ¿Qué otra cosa iba a decir Su Eminencia? ¿Sentimental y...?

—Tal vez uno diría un poquitín demasiado arbitraria.

—Pero, hombre —comenzó el Papa, jubiloso; pero fue interrumpido por Ragna.

—Nada de eso. Esa *Epístola* en particular está llena de dignidad pontificia; es la cosa más magnífica...

Adriano le detuvo.

—Estábamos a punto de recordar al cardenal Sterling que cuando el Gobernador del mundo manda geográficamente en todo el mundo está acostumbrado a ejercer su mando con un gobernante. Nuestro predecesor Alejandro VI utilizó un gobernante, en una celebrada ocasión, con el océano Atlántico.

Todos rompieron en una carcajada, rieron durante algunos minutos y retomaron su actitud seria. Había una pregunta, una pregunta importante, que estaba en todas las lenguas, alada, presta para echar a volar. Pero Su Santidad ya se había negado a tratarla. Los que habían intentado persuadirle habían quedado tan malheridos por su reticencia helada o por su indiferencia brusca, que nadie se sentía lo bastante temerario como para pensar en volver sobre un tema tan desdichado y personal, como no fuese por una invitación explícita. Sabedor de lo que había hecho con los hombres, Adriano había esperado vacilaciones, pero al ver que su objetivo estaba a punto de naufragar y decidido a que no ocurriese, con lentitud y en forma significativa se quitó el anillo pontificio del dedo y lo guardó en un bolsillo.

—Caballeros —dijo, con una actitud muy distinta—, ¿alguno de ustedes querría hacer preguntas a George Arthur Rose?

Sí, querían, por cierto, de cualquier manera. Tanto lo querían que hablaban todos a un tiempo. El resumen de sus palabras equivalía a pedir a George Arthur Rose que hiciera alguna clase de declaración con respecto a las calumnias publicadas en los periódicos, una especie de declaración que sirviese de apoyo a sus discusiones acerca del error grosero y la pésima interpretación que implicaban.

Fue George el gladiador quien respondió. Parecía haber saltado a la arena, desnudo, grácil, ágil, con los ojos brillantes bien abiertos, preparado para luchar por su vida.

—Muy Bien —dijo—, haré esa declaración para ustedes; pero compréndanlo bien: no me defenderé en los periódicos. Si yo fuese un seglar, haría una denuncia por difamación y daría lo que obtuviese a la Casa de Nazareth. Preferiría confiar mi reputación antes a un juez y jurado ingleses que a los editores sin nombre de los periódicos celtas o radicales. ¡Cuánta gracia tiene que tus cartas sean publicadas por el *Catholic Hour*, por ejemplo! ¡Qué gracia tiene que las cartas que envías para defenderte sean mutiladas de una manera nefanda por un ser sin nombre que es tu acusador, tu juez y tu jurado, todo a un tiempo! Sin embargo, al no ser un seglar, no puedo apelar a la justicia, y no me rebajaré a tener tratos con esos periódicos. Entiendan también que les digo lo que voy a decirles no porque me haya visto provocado, vejado, calumniado, vilipendiado, asaltado con insinuaciones, alusiones, interpretaciones perversas, mentiras; no porque mi vida haya sido puesta en ridículo y expuesta al peor de los desprecios; no porque las historias más absurdas se hayan urdido, difundido y creído en mi detrimento. No. Por favor, entiendan que no hablaré en mi defensa, ni aun ante ustedes. Personalmente y por mis predilecciones, puedo ser indiferente a la opinión ajena. Pero oficialmente debo corregir el error. De modo que les daré cierta información. Pueden tomarla o dejarla, creer en ella o no. Tendrán una imagen tan fotográfica como pueda yo darla de mi vida, y de la majestuosa inmovilidad por la cual ustedes, los clérigos, agotan..., asesinan el cuerpo de un hombre y quizá..., quizá su alma. Están en libertad de usar o de abusar de esto. Cuando haya dejado de hablar jamás volveré sobre el tema.

—Desde luego que creeremos lo que usted nos diga —intercaló Semphill con bastante nerviosismo—. Estoy seguro de que lo creemos aun cuando no se haya dicho. Aceptamos su palabra, ya lo sabe. Pero si es posible que nos dé detalles, menciónelos acerca de media docena de puntos y eso será bastante.

—El *Daily Anagraph* no se ha disculpado por su último libelo —recordó Carvale.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —preguntó George.

—Pues porque envié una copia autenticada del contenido del último Consistorio. Los otros periódicos lo publicaron, y yo había pensado que al menos el *Daily Anagraph* podría haber hecho...

—Carvale, usted se equivoca. El *Daily Anagraph* no tiene un pleito personal conmigo, aunque el último editor sí lo tenía, porque cierta vez le pregunté con inocencia si la exactitud histórica estaba dentro de los objetivos de un periódico

radical. Eso fue hace años, en tiempos del segundo caso Dreyfus. Sé que él estaba furioso, porque Bertram Bligher, el novelista, me dijo que ese editor, por venganza, iba a meterme en la lista negra periodística, sea eso lo que fuere. No. No se trata de un asunto personal en el que es habitual una disculpa. Tan sólo se trata de un ejemplo de la ética del periodismo comercial. El hombre quería aumentar las ventas de su diario. En ese momento daba la casualidad de que yo me hallaba en el punto de mira del mundo. Y él se tomó la libertad de aumentar su tirada a mis expensas. En realidad, eso es todo. No se puede esperar de un editor (yo no lo hago) que es capaz de hacer tal cosa que se disculpe por hacerla. El caso de los otros periódicos es muy similar, con la excepción de *Catholic Hour*, por supuesto. Esa publicación subsiste de, por y para sicofantas y sicofantófagos, como Semphill lo sabe.

—Sí, lo sé —dijo Semphill—. Y no permito que esa cosa entre en mi casa.

—Pero los otros..., en sus casos no se trata de una malignidad sensacionalista, sino de meras fechorías. ¿Dice usted que se han disculpado?

—No, ninguno de los que publicó las calumnias se ha disculpado. Han guardado silencio. Pero todos los periódicos respetables, que no se habían plegado a las calumnias contra usted, publicaron mi refutación, la que envié al *Daily Anagraph*.

George hizo un gesto de desprecio, de satisfacción, de abandono del tema.

—De modo que el Papa está limpio de sospecha —dijo—. Bien, ahora trataré de contar a ustedes, tan brevemente como me sea posible, lo que quieren saber acerca de la otra persona —sacó del maletín un manojito de recortes de periódicos; estaba poseído por una furia al rojo blanco tal por tener que hacer lo que estaba a punto de hacer, que descargaba su cólera en sus oyentes, atravesándoles con la mirada, hablando con la ira rauda con que se hablaría con un enemigo—. El *Catholic Hour* declara que en 1886 yo era subalterno en la *Grandholme School*, que tuve que dejar mi carrera porque me convertí al catolicismo. Eso es verdad en esencia, pero falso en sus connotaciones. Yo era un subalterno, pero también estaba a cargo de la residencia estudiantil y por ello recibía el título de jefe de alojamiento. Tal vez sepan ustedes que en una escuela sólo existe un rector y que todos los demás son profesores subalternos. Pero, cuando la finalidad es la calumnia, eso de «subalterno» es un interesante puñado de barro que se puede echar contra la víctima, para empezar. Pues bien, renuncié a la jefatura de alojamiento por mi propia y libre voluntad por la razón alegada; todavía me quedaba por aprender que convertirse en católico es un hecho de bastante flaca proyección. Además, adviertan esto: muy lejos de considerar que mi renuncia fuese un asunto deshonesto, como da a entender el *Catholic Hour*, el rector de la *Grandholme School* siguió siendo un amigo querido, íntimo y honrado a través de lo malo y lo bueno, durante más de veinte años, y ahora mismo es mi más antiguo y mejor amigo.

Semphill y Carvale alzaron los ojos y los bajaron. Sterling mantuvo la mirada baja, baja. Van Kristen conservó alta la suya. Los otros la tenían puesta en cualquier sitio. Talacryn tenía un aire contrariado. La provocación había echado a volar y la voz



alada continuó:

—El *Catholic Hour* escribe, pues, su diatriba en clave de menosprecio. En segundo lugar, se dice que yo me vi obligado a ir a una escuela para marginados, que tuve que reñir con los dos capellanes y que después quedé «otra vez fuera». Dado que la finalidad es hacer que se infiera algo malo, esto está pensado con bastante inteligencia. Pero aquí están los hechos. Puede que esa escuela sea una escuela para marginados, pero yo, que era por entonces un católico joven, sin experiencia, desde hacía sólo seis meses, fui tentado por innumerables falsas posibilidades, presentadas por el tío excéntrico que me ofreció el cargo, a aceptar lo que él denominaba el rectorado de la escuela del coro catedralicio. No me explicó que de ese modo imponía al obispo de la diócesis la necesidad de crear ese organismo, ni que el cargo había sido rechazado por varios sacerdotes distinguidos por las condiciones imposibles. Pagué por la novatada. Que tuve que pelear con los capellanes es verdad. Aunque no fue una riña lisa y llana. Se trataba de un belga y un francés. A menudo ambos se emborrachaban con cerveza, que tomaban directamente de las botellas, se perseguían entre las mesas del refectorio, desafiaban mi autoridad y compelián a los golfos de la escuela a hacer otro tanto. Como es natural, renuncié a aquel cargo tan pronto como pude. A continuación viene la pseudohistoria de los comienzos de mi carrera eclesiástica en Maryvale. Talacryn lo sabe todo al respecto y puede contarlo en detalle a todos ustedes. Después, y cito lo publicado, «conoció a cierto señorito picto y fue mantenido por él durante tres o cuatro meses...».

—Y yo lo sé todo al respecto —interrumpió Semphill—. Usted dio mucho más de lo que obtuvo.

—¿Las falacias acerca de mi carrera en San Andrés y mi expulsión de ese colegio son conocidas?

—Totalmente —asintieron Semphill, Talacryn y Carvale al unísono.

—La aseveración de que contraí allí grandes deudas...

—¿Qué hay de esas deudas? —preguntó Ragna.

Carvale lo explicó.

—Todas fueron contraídas bajo la supervisión personal del vicerrector. Eran insignificantes, por cierto. Además de eso, no hubiesen sido contraídas de no haber mediado la promesa del arzobispo Smithson y el consejo del canónigo Dugdale...

—Y también el mío —agregó Semphill con voz apagada.

—¡Oh! ¿Por fin lo reconoce? —exclamó George con ferocidad.

—Sí, lo reconozco.

—Bien, ahora estamos en paz —maulló George suave y misteriosamente.

—Uno diría que el tema del seudónimo resulta interesante —comentó con aire judicial Sterling.

—Tuve media docena de ellos. Verán, cuando fui echado a patadas del colegio sin un cuarto ni un amigo a mano, me convertí en un aventurero, de modo literal. Doy las gracias al Señor por haberme concedido el valor necesario para enfrentarme con mis

aventuras. Me vi obligado a vivir de mi ingenio. Una vez más doy las gracias a Dios por haberme dado ingenio para vivir de él.

El cardenal Leighton estaba de pie, parpadeante y ruborizado por la indignación que deformaba sus rasgos honestos y plácidos.

—Santo Padre, no diga ni una palabra más —se volvió hacia sus compañeros—. ¡Cómo pueden torturar así a un hombre! —gritó—. ¿No ven lo que están haciendo, no ven que están destruyendo a esta pobre alma, haciéndola añicos otra vez? ¡Qué vergüenza! Santo Padre, no diga ni una palabra más.

—¡Oh, si yo lo hubiese sabido! —exclamó Van Kristen.

—¡Usted lo supo! ¡Yo mismo se lo dije y usted no me creyó! —le fulminó George.

El más joven de los cardenales se echó a llorar cubriéndose la cara con un pañuelo, agitado por los sollozos. George no vio ni atendió a nada. Miraba fijo, como una pitón. Se alzaron reparos a las observaciones de Leighton. Nadie quería hacer añicos a nadie. Se les había invitado a hacer esas preguntas. Desde luego, nadie lo había creído. Pero hubiese sido mucho más satisfactorio, agregó Ragna... George se sentó en una quietud violenta en su silla mientras los otros hablaban: dejó que hablaran y se preparó para el resumen.

—Si Su Santidad aceptara... —comenzó Carvale.

—No hay Santidad aquí —interrumpió George con esa voz suya candente que era más cáustica que el nitrato de plata y más estremecedora que un alarido.

—Si usted nos hiciera el favor de aclarar algunos temas.

—Como gusten —le respondió George—; pónganse de acuerdo entre ustedes acerca de esos asuntos; tendrán los troncos, extremidades y uñas y dientes que les correspondan.

Sus Eminencias empezaron a ponerse de acuerdo. George, en tanto, se retiró a la cámara secreta durante unos diez minutos; volvió con su gato sobre el cuello y su bolsillo de tabaco. Estaba empezando un cigarrillo y su paso era el de un león al que alguien desafía. Sterling le pasó un trozo de papel con algunos garabatos. George leyó en voz alta.

—Seudónimo; cartas mendicantes; deudas; vida rumbosa; desocupación; falsas pretensiones de medios y posición social.

—Creo justo decir que yo personalmente estoy más que satisfecho con respecto a todos estos puntos —afirmó Semphill—. He leído las calumnias, y las llamo calumnias viles, a la luz de mi propio conocimiento de los hechos; todo lo que puedo decir es que lo peor que han esgrimido contra usted ha sido que era costumbre suya estafar a sus caseros. Todo lo demás es prescindible, por no decir inofensivo.

—¡Que los cielos me valgan! —exclamó George con un rictus de rabia—. ¿Se figura usted que un hombre de mis características va por el mundo estafando a los propietarios por simple diversión? No existe esa tarea delirante, créame. Sin embargo, jamás he estafado a ningún propietario, si eso es lo que usted quiere saber.

Nunca. Ellos veían que yo trabajaba como diecinueve esclavos y se fiaban de mí. Yo les explicaba con detalle mi exacta situación y perspectivas. Era lo bastante tonto como para creer que ustedes, los católicos, se atenderían a su palabra y me pagarían por el trabajo que realizaba por su encargo. De modo que acepté el crédito. Preferiría haber muerto. Cuando por último fui defraudado (me refiero al aspecto legal, porque los que me daban trabajo eran católicos, y sacerdotes en algunos casos, y nunca exigí contratos escritos), cuando fui defraudado y no recibí un cuarto, mis caseros (¡pobrecillos, no les reprocho nada!) me urgieron, me acusaron y por fin se volvieron contra mí y me exigieron que pagase. Salí de cada una de esas trampas con estas manos vacías una y otra vez; comenzaba de nuevo, para ganar lo suficiente y pagar mis deudas. ¡Deudas! Nunca dejaron de pesar sobre mí a lo largo de veinte años, digan lo que digan esos falsarios viles. ¡Deudas! Afirman que las contraí por llevar una vida de dispendio y lujo, injustificable... —su voz apasionada se diluyó; su actitud se volvió atterradoramente fría, tensa y dura, analítica, despiadada para consigo mismo; Sus Eminencias jamás habían visto un bisturí trabajando en el corazón y el cerebro de un hombre; todos permanecían sentados, alerta, atentos a la autovivisección que proseguía—. Se dice que me harté de banquetes suntuosos en hoteles de lujo. Cierta vez, después de varios días de hambruna, me pagaron una guinea ganada con mi sudor; fui a comer una tortilla francesa y a alojarme en un sitio que se autotitulaba gran hotel. No era especialmente grande en el sentido habitual del término, y mi estancia allí no me costó más de lo que me hubiese costado en cualquier otro sitio, sólo que todo era mucho más limpio y agradable. Se cuenta que comí como un señor y que pedí platos deliciosos, elaborados según las recetas de un libro de cocina que yo mismo había escrito. Las recetas (serán en total una veintena) habían sido recortadas de un semanario de los que cuestan un penique, muy conocido entre las clases humildes. Los platos eran lentejas, zanahorias, todo lo que fuese lo más barato, limpio, fácil y sustancioso..., nutritivo posible, por ese precio. Cada plato costaba algo menos de un penique, y en ocasiones sólo tomaba uno al día: estaba viviendo a crédito y no quería perjudicar a nadie que no fuese yo mismo. Ésa es la historia de mi vida rumbosa. Sin embargo, déjenme añadir que, en proporción a mis medios, me comporté con extravagancia en una cosa. Cada vez que ganaba algún dinero reservaba una suma para comprar lo necesario para la higiene personal, como jabones, espumas de baño, pasta dental y ese tipo de cosas. No me avergüenzo en lo más mínimo de ello. ¿Por qué vivir a crédito? Porque me lo ofrecieron, porque tenía esperanzas, porque... Que no abusé, lo pueden ver ustedes, ver de verdad, por mi forma de vivir: aquí están los recibos de gastos, y por el número, la cantidad y calidad de las obras hechas con mis manos. Nunca estuve ocioso. Hacía un trabajo tras otro. El *Catholic Hour* admite mi habilidad y con falsía la presenta como un crimen. Al mismo tiempo, yo no considero que mi energía inagotable sea una virtud, nada de eso. Es algo mucho más bajo. Resulta cómico decirlo, pero esa capacidad de trabajo no era más que una simple pose egoísta, que adoptaba nada más que para denunciar a

los filántropos como seres de imbecilidad indecible, para desentrañar la mentira inherente a todos sus estúpidos lemas inicuos. No era que fuese *incapaz* de dejar de trabajar; lo que ocurría era que yo *no quería* dejar de trabajar. La verdad es que anhelo, me consumo por ello, lo añoro, tengo sed de no hacer nada, y mi deseo mayor es ése. Estoy tan cansado. Tengo tal predisposición por el reposo total. Pero las convenciones dicen que la ociosidad, el alcohol, el libertinaje o el lujo son la causa eficiente de la truhanería y la pobreza. Es un ejemplo de los *Eidola specus*, del espíritu sistematizador que tanto daño hace a la mitad del mundo. La gente nunca se detiene a pensar en que hay otras razones, en que los hombres de bien se convierten en libertinos o picaros por falta de la oportunidad de vivir con decencia y honorabilidad. Piensen en François Villon, en Christopher Marlowe, en Sir Richard Steele, en Leo de Giovanni y en tantos otros. Pues bien, yo digo con énfasis que nadie podrá nunca alegar con justicia esas cosas de mí. Sencillamente les he arrebatado a ustedes esa posibilidad de excusar el fracaso que han tenido en el cumplimiento del deber para con el prójimo; sencillamente les he arrebatado la posibilidad de clasificarme dentro de esa muchedumbre que ha creado la propia negligencia de ustedes... He coqueteado con el hambre y la inanición, he evitado con todo escrúpulo la bebida, apenas si he hablado en forma privada con alguna mujer y he trabajado como un esclavo. No, jamás he estado ocioso. Pero era un tonto abyecto. Solía pensar que esa vida diligente y ascética a largo plazo me pagaría con creces. Cometí el error de no dar la importancia debida a la palabra «propia» en el adagio que asegura: «La virtud es la propia recompensa». No he tenido otra recompensa, como no sea mi virtud no cultivada por mi voluntad, pero virtud al fin. Un bruto diabólico me dijo una vez: «Si yo tuviese su cerebro, estaría ganando mil libras al año». Le respondí: «Aprovéchese, dígame qué hay que hacer, déme órdenes y yo le obedeceré; después, llévese sus mil por año y déjeme doscientas: le bendeciré por el resto de mis días». No me dijo nada y no hizo nada. Era un mentiroso, un fatuo. Me burlé de él, le sorprendí husmeando en mi correspondencia (aquí está su confesión escrita), y él escribió esas calumnias anónimas para llevar a cabo una venganza largamente anhelada —la voz dotada de brillo aterrador tembló por un momento y volvió a relumbrar con mayor fuerza—. Repito, jamás he sido un holgazán. Me he ocupado de un trabajo tras otro. He diseñado muebles y rejas de chimeneas; he dibujado santos y serafines, también pecadores, pero sobre todo éstos: toda una serie de demonios interesantes y plurinómicos durante un período de rebelión desesperada. Me esclavicé como fotógrafo profesional: para editoriales francesas tomé una serie de negativos con los que se hicieron láminas para proyectar, y cuyo tema era Tierra Santa; se vendieron como «negativos originales»: es esa parte de mi purgatorio que en *Catholic Hour*, con mucha elegancia, se ha denominado «chapucerías». De grado admito que eso era una chapuza, y poco sano su significado, pero vean ustedes que yo estaba trabajando para un católico. También practiqué el periodismo: hacía encuestas por dieciocho peniques. Escribía para revistas y escribía libros. Inventé una docena de

cosas. Los expertos solían decirme que de esos inventos podría obtener una fortuna, que cualquier capitalista me ayudaría a fabricarlos. Esos expertos eran, ellos mismos, gentes de pocos recursos, muy pocos, hasta el punto de que no tenían obligación de pagar impuestos, por tanto tampoco tenían capital para invertir, pero me recomendaron a otros y me aconsejaron que hablara con muchas personas que poseían bienes: me dieron nombres y señas, me dictaron cartas que escribí. Confiaba en ellos porque eran «hombres de negocios» y yo sabía que no pertenezco a esa especie. Acallé mi repugnancia, desplegué invento tras invento, proyecto tras proyecto, trabajo tras trabajo ante un capitalista tras otro. Me aseguraban que eso era lo que había que hacer. Me desprecié y detesté a mí mismo por hacerlo. Di la vuelta al mundo en busca de un «patrono». Ésas fueron mis «cartas mendicantes». Por esa época ignoraba por completo que hay miles de personas que viven a expensas del patronazgo, que la mayoría de ellas no tienen nada que ofrecer al patrono y que el resto son unos maniáticos. Lo que sí sabía era que había ideado ciertas cosas nuevas, que me había agotado a mí mismo y había terminado con mis recursos haciéndolas, que lo obtenido gozaba de la aprobación de los especialistas en el tema. Estaba muy avergonzado de buscar ayuda para que mis inventos fuesen rentables. No pedía nada a cambio, ni lo esperaba. Había trabajado tanto y quería tan poco; pero quería ese poco, para mis acreedores, para liberar a algunos amigos que vivían esclavizados. ¡Fui un tonto, un tonto optimista, ignorante, abyecto! Nunca he sabido aprender de la experiencia. Todavía no lo sé hacer. Un individuo demacrado, harapiento, tímido, con cara de cura como yo no podía esperar ganarse la confianza de hombres que cada día eran abordados por espléndidos gorriones al parecer fiables. Mis pedidos no daban seguridad, eran demasiado modestos. Cometí el error de apelar al cerebro más que a lo visceral, a la razón más que al sentimiento. Yo quería cientos, o algunos miles, digamos dos; los otros pedían y obtenían decenas y cientos de miles. Un comerciante de hilazas de algodón no podía arriesgar ni quinientas libras en mi trabajo, aunque personalmente yo le caía bien y decía que estaba convencido de que mis inventos tenían mucho valor: sin embargo, al mismo tiempo, perdía doce mil libras con toda alegría en la fabricación de unas «botas ventiladas». Yo mismo llevaba botas ventiladas por entonces, pero las de aquel hombre eran de una piel suave y relumbrante. Los secretarios de los cardenales podían vivir con un promedio de dos mil doscientas noventa libras al año y prestar tres mil sesenta libras, con un salario de doscientas libras anuales e iban a la bancarrota por cuatro mil ciento veinte libras, con bienes por valor de ciento ochenta. Pero yo..., yo no pude obtener mi paga de ese hombre, uno de cuyos secretarios me escribió los detalles de sus negocios en un papel timbrado del Tesoro de la difunta reina de Inglaterra; por su parte, el otro, el de la bancarrota, me regaló un invierno de inanición porque su señor le había hecho cambiar de idea, me explicaba, acerca del trabajo en que yo estaba empeñado, y había decidido poner sus dineros en una catedral. No. Jamás llegué a realizar por completo el arte y el misterio de la mendicidad. Podía ver a la perfección lo que se requería del

que quisiese ser un estafador de éxito. Pero no era yo esa persona, jugaba otra clase de juego: infortunadamente, un juego honesto. Consideren ese «infortunadamente» como una ironía, por favor. Quiero decir..., pero ustedes saben muy bien lo que quiero decir. No conseguí nada con mis inventos. En forma gradual, experimenté la mortificación de ver cómo otros llegaban al descubrimiento que yo había hecho años antes. Lograban convertirlo en oro y fama. De ese modo, uno tras otro, mis inventos se transformaron en nada para mí. Creo que no yerro al decir que sólo quedan cuatro, en estos momentos. ¿Financiarlos ahora? ¿Meterme en el comercio, como un fraile o una monja? No. No. Dejaré que se... Pero eso no importa. Puede hacerse hoy mismo. ¿Ocioso? ¿Ocioso? ¡Cuando pienso en todas las cosas de tanto valor, casi violento, fatuo, desesperado, que he hecho a lo largo de mis luchas para obtener un medio de vida honesto..., ay! ¡Me enferma eso! Oh, sí, he recibido ayuda. Dios me perdone por haberme mancillado con esa mancha indeleble. No tuve la valentía necesaria para sentarme, cruzar las manos y dejarme morir. Un hombre sin sensibilidad me dijo cierta vez que se figuraba que yo veía al mundo como mi propia ostra. No fue así. He trabajado y pedido mi paga; cuando me la negaban, la gente me daba ánimos y me ofrecía una guinea para salir del paso. Yo aceptaba esa guinea vergonzante. Dios me perdone por haberme degradado tanto. No porque quisiese cogerla, sino porque ellos me decían que les apenaban tanto mis negativas. Pero no es posible pagar todas las deudas y llevar una sobria vida honorable y decente para siempre, sin contar más que con una guinea de cuando en cuando. Me ofrecieron ayuda: llegó por gotas, lo bastante como para mantenerme vivo y encadenado en el fango, nunca lo suficiente como para permitirme escapar de aquello. Pedía trabajo y me daban una guinea..., era una especie de pedido tácito de que me largara a morir en otra parte. Mi debilidad, mi falta ha sido no ser asesinado en Maryvale o en el Colegio San Andrés. El hombre normal maltratado como yo lo he sido no tiene reparos en terminar de una vez. Pero yo era un anormal: recibía la ayuda cuando era ofrecida con gentileza; y tengo la satisfacción de decir que la devolvía cuando venía brindada con caridad, como en el caso del obispo de Claughton, en el de Monseñor..., usted sabe a quién me refiero, Talacryn, y en el de John Newcastle del *Weekly Tabule*. Les contaré lo ocurrido con este hombre. Decía él que, ansioso por conseguir un acomodo para mí, había entregado diez libras a un impresor, quien sería un buen amigo mío y que me aconsejaría con respecto a la forma en que debía ser gastada esa suma a fin de que yo obtuviese un empleo permanente. Llevé al impresor siete muestras de mis trabajos, que él admiró mucho y por las que me ofreció, a modo de seguro, un préstamo de cinco libras. Así tuve un empleo temporal. Después consulté al impresor, ese «buen amigo mío». Me propuso dejarme algo de ropa nueva (yo no tenía camisas ni calcetines), aceptar mis servicios sin salario y enseñarme el oficio de corrector de pruebas durante tres meses y, después, recomendarme como corrector estable a algún otro impresor. Le pregunté qué sentido tenía perder tres meses aprendiendo otro oficio, cuando ya conocía otros cuatro y, además, ¿de qué iba a vivir en esos tres

meses? Por otra parte, ¿qué seguridades había al cabo de aquellos tres meses? Me replicó que no tomaría en cuenta «ninguna de mis insolencias» porque él «conocía bien todas mis picardías» y me pidió que me largara y me llevase mis dibujos. Estos trabajos estaban estropeados por completo: los habían dejado abandonados sobre el suelo sucio de la imprenta durante meses. Oh, sí, admito que me han ayudado..., con brutalidad y sin eficacia. ¿Ayudado? Sí. Una vez, cuando en un hospital me diagnosticaron que estaba al borde de un colapso nervioso, un jesuita se ofreció a ayudarme. Intentaría que me admitiesen en una casa de reposo si yo lo consentía. ¡Misericordia divina! Era un manicomio reconocido oficialmente, donde te mantenían prisionero por la fuerza y te torturaban. ¡De verdad! Se ha hablado mucho de esos métodos en la *Pall Mall Gazette*. Pues bien, me negué a ir. En lugar de agregar esa adquisición a las que ya había hecho gracias a ser católico, me impuse un esfuerzo de voluntad y logré escapar del peligro, logré recuperar el equilibrio de mis nervios y seguí adelante con mi batalla. En cuanto a mis seudónimos..., mis numerosos seudónimos..., piensen esto: yo era un clérigo tonsurado que pretendía persistir en su divina vocación, pero forzado por un tiempo a comprometerse en empeños seculares para ganarse la vida y pagar sus deudas. Sentía una repugnancia estremecedora al ver que mi nombre, por el que sin duda algún día sería conocido como sacerdote, tendría que ser asociado a unas actividades seculares. Pienso que ha sido bastante absurdo, pero estoy seguro de que no ha sido deshonesto. Sin embargo, por esas razones adopté seudónimos. Pedí consejo al respecto, porque en esos días acostumbraba a pedir consejo acerca de todo, ya que no era lo bastante hombre como para actuar bajo mi propia responsabilidad. A la vez, la idea de usar seudónimos me fue sugerida y el primero fue elegido por otra persona. A medida que transcurría el tiempo y la perversidad de los católicos me arrancaba de todos los oficios (porque ustedes, Talacryn, Carvale, Semphill, Sterling, saben que dos excelentes sacerdotes declararon, literalmente, que me impedirían ganarme la vida: se contemplaba la posibilidad de un asesinato legal), digo que cuando la perversidad de los católicos me apartaba de una actividad, yo inventaba otra y ejercía cada una de esas tareas bajo un seudónimo distinto. En rigor, dividí mi personalidad. Como Rose, era un clérigo tonsurado; como el rey Clemente, escribí, pinté y fui fotógrafo; como Austin White, me dediqué a la decoración; como Francis Engle, hice periodismo. Había cuatro yos, por último. Siempre he pensado que es inexplicable que ninguna de las autoridades, usted, Talacryn, con su pretendida confianza en mí y su mayestática inmovilidad hacia mí, que ninguno de ustedes comprendiese jamás la tremenda cantidad de energía que era gastada, desperdiciada, si ustedes quieren. Es bien cierto que ninguno de ustedes hizo jamás un intento práctico de encaminar esa energía. Yo era como un potro salvaje corriendo de aquí para allá por una pradera enorme. Todos ustedes observaban aquello y exclamaban, con desdén: «¡Excéntrico!» Claro que era un excéntrico, porque ustedes todos obraron lo mejor que pudieron a través de la estupidez, las alusiones, las insinuaciones, las directrices, para crear obstáculos que

yo tuve que salvar, en los que me desgarraba, y no hubo ninguno que me pusiese un freno y la silla de montar, que me condujera y que compartiese su yacija conmigo. Por supuesto, el hecho de que haya usado seudónimos ha sido malentendido por los imbéciles y mal visto por los envidiosos. La mayoría de las personas ha desarrollado sólo la mitad de su única posibilidad individual. Que un hombre pueda dividir la suya en cuatro o más campos y que sea capaz de desarrollar cada uno por separado y a la perfección, resulta tan anormal que muchos seres normales no logran comprenderlo. Así que cuando se oyeron esos gritos de «falsas pretensiones» y otras consignas similares, se produjo la alarma y sonaron los aullidos. Pero no había falsas pretensiones. Yo decía mi nombre verdadero a todo aquel al que le importara. No soy la única persona que ha trabajado bajo seudónimo o tecnónimos. Vean, por ejemplo, al hombre cuyo negocio, según se dice, yo me ofrecí a comprar. Él mismo usaba un seudónimo comercial; me rogaba que le dispensara mi amistad, cuando yo vivía como clérigo tonsurado, unos dos años antes de que se hubiese pensado siquiera en mi primer seudónimo. Consideren otro ejemplo, el de esos sacerdotes, fray Aleck de Beal y los de la Orden del Divino Amor, de los que se cuenta que «me mantuvieron caritativamente»; dicho sea de paso, jamás lo hicieron, siempre recibieron una paga por darme de comer, en metálico y al precio que ellos mismos ponían, siempre. Los padres del Divino Amor me negaron el albergue una noche de 1892, exactamente cuando dicen haberme «mantenido caritativamente». Lo que hicieron fue sugerirme que acudiese a un hostel corriente, que sólo costaba cuatro peniques. Yo les arrojé su sugerencia a la cara y anduve por las calles durante toda la noche. Pero todas esas personas lo sabían todo acerca de mí y de mis seudónimos. En realidad, el mismo sacerdote que sugirió el hostel era el hombre por cuyo consejo adoptara yo mi primer seudónimo. Fue inventado por una dama anciana que solía considerarse como una abuela para mí: era la protectora y penitente de ese sacerdote. El seudónimo fue aprobado por él y adoptado por mí. Aquí tienen ustedes la verdad pura y desnuda sobre ese asunto. Ahora se pretende que «Rey Clemente» era una arteria jesuítica maquiavélica mía, que connotaba realeza, poderío, riquezas y tanta otra estupidez. Pienso que la pretensión proviene de la malicia y de la imbecilidad. Ahora parece perversión, pero creo que en rigor comenzó por la imbecilidad. Confieso que ese nombre, tomado pensando en mis modales dominadores, mi dicción pedante y mis costumbres austeras y (diría yo) exclusivas, era pasible de una mala apreciación por parte de los palurdos bajos, rústicos, semialfabetos e incultos entre quienes vivía. Es un ejemplo de los *Eidola Fori*, del extraño poder de las palabras y de las frases sobre la mente. Me parece que de un modo vago se creía que yo era un soberano exilado o alguna tontería de esa clase. Creo que percibí eso y me reí del asunto. Pero hice todo lo que pude para desengañar a los tontos de sus tonterías. Eso lo empeoró todo. Como mentirosos que eran, no podían concebir que un hombre dijese la verdad en su propio detrimento.

Mis aclaraciones fueron consideradas mentiras y me atrajeron más consideración



de los otros, y se felicitaron porque se creyeron muy perspicaces, es decir, cuando pensaron que entendían a la perfección lo que yo les decía. En otros tiempos he sido un gran conversador. Había tenido muchas y diversas experiencias y hablaba con libertad sobre ellas, porque resultaban divertidas e instructivas. Ya comprenderán ustedes que mi voz y mi modo de hablar no se parecía en nada a las voces y los modos de hablar de los rufianes con los que trabajaba y vivía. Con una vida tan pobre como la mía, con unas ropas tan andrajosas como las que llevaba, no obstante, en el momento en que abría la boca me denunciaba como alguien distinto de esos individuos. Ellos lo percibían y yo nunca pude disfrazar mi habla; también estoy seguro de que ellos no podían entender mis palabras, comprender su significado. Era mi costumbre usar palabras raras para ellos, con las que expresaba ideas nunca imaginadas por esa gente, mientras más de la mitad de su cerebro semidesarrollado se ocupaba no de escucharme, sino de mirarme y de procurar formarse una idea particular de mí con la ayuda del *vulgi sensus imperiti*, la imperfección de los sentidos indisciplinados, que tenían a la mano. Yo llamaba a eso imbecilidad. Quizá ignorancia sea un término más pertinente. La malicia se ha de hallar entre personas con mayores conocimientos, personas a las que tuve que decirles la verdad exacta acerca de mí, exacta en el momento en que les hablaba; personas que, poseídas por un deseo de pensar mal, piensan mal; personas que no leen las líneas sino entre ellas; personas proclives a las locuras, y a las que no ayudé a salir de su predilección. Procuré ser sencillo y claro, enfurruñarme (si les parece mejor) en mi propio cubil y conmigo mismo. Era inútil. De todas maneras, nunca conté historias de reinos o riquezas míos. No tuve pretensiones falsas. Yo mismo fui estafado con grosería, manipulado con métodos bárbaros por hombres, mujeres y clérigos. Cometí la torpeza de querer explicarlo todo. Era estúpido tratar de trabajar, de vivir, de igualarme en todos los aspectos con esas gentes que parecían gusanos dentro de cada una de esas actividades. Tendría que haber muerto. Pero no fue así. Eso es todo. No. No es ni la mitad. Ahora lo saben. Hagan con ello lo que quieran.

—Dígame —intervino Gentilotto al instante—, ¿por qué nunca acudió a los trapenses?

—Porque acudí a otra cosa peor, a algo muchísimo más horrendo. Los trapenses viven en una bella soledad de silencio, tienen aseguradas el agua limpia, las camas, las comidas y la paz. Yo fui a vivir mi silencio y soledad intelectuales en medio de una horrible chusma obscena, donde el agua limpia no era fácil de encontrar; la comida y la cama, algo inseguro y donde tuve la inevitable certidumbre de un conflicto incesante y furioso.

Arrojó aquellas palabras como si fueran jabalinas y se irguió en su silla. Le colmaba el antiguo sentimiento amargo de disgusto consigo mismo. Temía haber suscitado la idea de que estaba mendigando simpatía: con decidida ira miró a su alrededor para detectar cualquier signo de un deseo de insultarle con esa simpatía. Pero en realidad había ido muy lejos, mucho más allá del reino de la simpatía

humana. *No había un hombre sobre la tierra que se hubiese atrevido a correr el riesgo de un rechazo, a persistir a pesar del rechazo, para concitar ese bálsamo bendito de la simpatía humana que... , debajo de su armadura, y detrás de un gesto de guerrero, anhelaba.* Quizá la piedad, quizá el horror, quizá el desagrado podrían haberle salido al encuentro. Pero él sólo había subrayado su propio retraimiento fastidioso. Había salido del fango, pero había dejado al descubierto la frialdad del mármol, no la tibieza de la carne.

Los cardenales permanecieron en silencio durante un minuto. Después Ragna dijo:

—¡Un enemigo ha hecho esto! ¿Quién es?

George le arrojó una mirada de deleite vigoroso y cándido.

—¡Es la primera expresión genuina que ha salido del corazón de Su Eminencia! —dijo, y volvió a su habitual actitud desagradable—. He dado los nombres de mis calumniadores al cardenal Leighton.

—Jerry Sant, el de la Liblab, ayudado por la mujer y la corte de gusanos que le acompañaban —dijo Leighton a Ragna.

—Que se asfixien en su propio estercolero. *Anathema sint.* —gruñó Ragna.

Una vez más se impuso el silencio en la sala del trono. George estaba helado y pálido. Ragna y Leighton seguían mirándose el uno al otro. Los ojos de Carvale tenían el brillo azul de las estrellas húmedas. Saviolli, Semphill, Talacryn, Whitehead estaban como si hubiesen visto la cabeza petrificadora de Medusa. Sterling miraba hacia adelante, en línea recta, como si fuese una esfinge esculpida en basalto negro. George los observaba con los ojos entrecerrados, desde la distancia sin fronteras de su altura psíquica. De pronto el puro rostro viejo de Gentilotto y el puro rostro joven de Van Kristen se alzaron a un tiempo y sus ojos se encontraron con los de Rose. El Papa se sonrojó; lentamente sacó del bolsillo el anillo pontificio y se lo puso en el dedo.

—Monseñores Cardenales, deseamos estar solos —dijo el Sumo Pontífice.

Uno a uno se acercaron a besar el anillo y se marcharon en silencio.

## CAPÍTULO XXIII

CUANDO la puerta fue cerrada, Adriano permaneció sin movimiento en el trono y se obligó a recordar todo lo que había dicho. Se preguntaba si por una vez había logrado exponer y dejar bien claras las raíces del asunto; si por una vez había dado una explicación clara y convincente. ¡Señor Dios! ¿Quién podía siquiera esperar ser convincente? Apartó la idea de su cabeza y cerró para siempre ese volumen del libro de su vida.

Se puso de pie y fue a su dormitorio. Se desnudó; con los pies juntos y las rodillas rectas, tomó un par de tensores de diez libras y los estiró con el gesto alternado de derecha a izquierda de un atleta, rítmicamente, desde las caderas. Contó hasta cien; inició otro ejercicio: un círculo completo descrito por encima de la cabeza con ambos brazos a la vez, ensanchando los pulmones llenos de aire, acelerando el pulso, dando brillo a los ojos. Su piel se volvió húmeda y tibia. Se lavó la cara y las manos con agua de avena, sin jabón; pasó al baño, abrió el grifo y dejó que el agua fría y suave lloviera sobre su cabeza hasta que se sintió aturdido. Se secó rápidamente, vistió ropas limpias, enrolló las usadas y las metió en un saco de tela. Emergió sonrosado, blanco y fresco y llamó a Sir Iulo a la cámara secreta.

—O sea que estás pensando en el matrimonio, *carino* —dijo Adriano, llevando al joven hasta una silla y ofreciéndole un cigarrillo.

Sir Iulo se puso tan rojo como su uniforme, sus ojos y sus dientes brillaban. Adriano le tendió una cuartilla en la que había escritas seis estrofas de expresión apasionada, en verso, bajo el título: «*Vorrei che tu ascoltassi la mia voce*».

—No dejes por allí tus sonetos, y no estés tan aterrado, tonto. ¿Y bien? ¿Es verdad?

La cara del enamorado se desarmaba en muecas.

—Yo la aaa-mo —dijo el joven, con una gran expansión vocálica en la palabra final—, pero no le abandonaré, *Santità* —agregó con la mirada fija en el Pontífice.

—¿Quién es ella? ¿Es una buena muchacha? ¿Tiene dinero?

—Es la hija pequeña del dentista. ¿Buena? Sí, muchísimo. Pero de dinero nada — fue la respuesta categórica.

—¿Ella te ama?

—¡Y tanto!

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Desde Navidad, *Santità*, cuando el padre de aquélla me arregló los dientes.

—¿Has hablado de «aquello» con «el padre de aquélla»?

—No, todavía no, *Santità*. Pero que es igual, porque ya lo sabe. Se lo he hecho saber sin palabras.

—¿No te echó de su casa?

—No, que no quiere ver el asesinato de un dentista.

Adriano se echó a reír.

—¿Puedes describirla?

—No sé cómo describirla ante una persona tan querida y tan sabia...

—Descríbela.

—Lleva el nombre de Evnica. Es un modelo de bondad, de inteligencia. Por ejemplo: ayer, con el favor de Su Reverencia, hice una visita. Así que llego, entro en el salón como un gato, muy suavemente, suavemente. En un libro veo que la *signorina* Evnica lee: no una novela, ni el diario de *Don Quijote*. No. Miré por encima de su hombro para leer el título. Y qué veo, un libro piadoso que se titula *Oficina del cercano...*

—¿*Oficina del cercano*? ¿Qué libro piadoso es ése?

Sir Iulo repitió el título en italiano.

—Ah, sí, *El deber para con el prójimo*. Sí: muy buen signo en una chica. Continúa.

Sir Iulo fijó sus ojos verdes y brillantes en una imagen que veía en su mente y la fue describiendo mientras observaba cada una de sus peculiaridades, usando su bella y florida lengua toscana.

—Tiene una cara que encendería a Júpiter y que le obligaría a hacer de las suyas, como águila o como toro; y una cara que haría que las medallas, nuevas o viejas, se avergonzasen. Rubio tiene el cabello como de hilos de oro. Las mejillas parecen rosas adamascadas. La boca y los ojos valen un tesoro. Tiene un aire angelical, divino, pero en los resultados y en los movimientos es humano; sus excelencias no encontrarían fin. Tiene lo que se llama una buena y bella mano, blanca como la nieve de las montañas. Es muy culta y procura aprender el toscano, y jamás en la vida se podría encontrarle una mancha. No hay quien pudiera entenderme así, mejor que un cisne. Son importantes las cosas que hace, muchos hechos, come poco, no bebe ni siquiera en la mitad de la comida ni después del té de la tarde (*merenda*). Digo más. Es tan conocedora de lo que tiene que hacer que todo lo que tengo en el mundo, pequeño o grande, de un golpe lo daría yo para complacerla. Algo más bello hasta este día no lo he visto jamás, ni más servicial ni más prudente, ni tampoco en una muchacha actos más corteses y encantadores. Tiene a Petrarca y Dante en la mano y, en cualquier lugar en que se lo pida, de inmediato vomita un bello soneto. Una chica de todas las cualidades perfectas, y haré lo que sea para hacerla mía...

—De acuerdo: supón que te casas, ¿serás bueno con ella?

—Oh, que ella será mi vida y mi encanto, vestida de terciopelo, guardada como una reina, de miedo a que si va por las calles demasiado algún hipócrita pueda robarla, porque ella tiene que vivir de bocados exquisitos y panecillos...

—¡Qué gracia tiene lo que dices! Pues bien, cástate con ese dechado de perfección y sé feliz. Has de tener un apartamento en la ciudad para ella, ya sabes. En cuanto a tus deberes aquí, puedes venir cuando quieras. No quedas despedido, pero John y James bastarán. Compréndelo, muchacho, aquí eres necesario, siempre necesario.

—Estaré siempre aquí, *Santità*.

—No. Ve y cástate. «Los más seguros elementos suavizantes de la epidermis moral de un hombre, y edulcorantes de su sangre, son la vida doméstica, un matrimonio feliz y el trato fraternal con el pobre.» Recuerda siempre esto. Y hablando de ello, ¿de qué piensas vivir?

—Si siempre soy caballero de Adriano tengo mucho dinero.

—Ah, pero no serás siempre caballero de Adriano, porque Adriano no estará siempre; y cuando él no esté, su sucesor te dirá: «¡*Via! ¡Via!*»

—¿Y si después hago algo?

—¿Algo qué?

—¿Quién sabe? Pero haré cosas.

Adriano fue a la caja de seguridad de su habitación, después a su mesa de trabajo y escribió algo. Regresó con unos papeles en la mano.

—¡Escucha! Dale esta nota a Plowden en la oficina de correo. Te dará mil libras. Es un regalo de bodas para ti, para que puedas comprar un apartamento en la ciudad y casarte con esa hija pequeña del dentista. No seas tonto. Escucha. ¿Qué sabes de fotografía?

—¿De fotografía? Yo sé usar esa Kodak, el regalo *della Sua osservantissima e venerabilissima Santità*.

—Y lo haces muy bien. Eres uno de los pocos hombres que saben cuál es el momento justo para apretar el botón. ¿Comprendes?

—Yo veo con los ojos.

—Pero hay otra cosa aparte de los ojos. Hay una mente que valora y selecciona.

—Es mucho honor.

—No, nada de honor, un hecho comprobado. Bien, piensa en los negativos. En ciertos lugares son densos; en otros, más o menos densos. ¿Comprendes? Bajo el negativo pones cierto tipo de papel y lo expones a la luz. La luz atraviesa los puntos claros y mancha el papel de negro; por los sitios menos claros, mancha de gris, en distintas gradaciones. Por los puntos más densos, la luz no puede pasar y el papel queda blanco. Y allí está tu foto, un poco de negro, un poco de blanco y muchos grises diferentes. ¿Has comprendido?

—Sí, *Santità*.

—Tu fotografía es una imagen de la forma, los contornos, el modelado, la *morbidezza* del objeto que tienes ante la lente. Le falta una cosa: no tiene color. El proceso ha convertido el color en algo monocromático. ¿Lo ves?

—Sí, *Santità*.

—Tu negativo es negro, blanco y de varios grises.

—Sí, *Santità*.

—Has de comprender que todos los colores están ocultos en el negro, blanco, y los grises del negativo. En el negro están todos los colores: produce el positivo blanco. En el blanco no hay colores: produce el positivo negro. En los distintos grises

están los distintos colores... Oye, ¡deja de brincar! Quédate quieto y escucha, ¡qué lagartija inquieta eres! ¿Qué quieres hacer?

—Liberar a esos pobres colores.

—Eso es lo que hace todo el mundo. Al menos, todos quieren fotografiar en colores, así que los pintan en la parte posterior de las películas y hacen cosas horribles con negativos coloreados tres veces. Sólo un hombre en el mundo sabe que el color ya está allí: ya está allí, muchacho, guardado en ese negativo negro, blanco y gris, y que ese negativo común negro, blanco y gris entregará los colores que lleva prisioneros al hombre que descubra la llave. Pues bien, coge este segundo sobre. La llave está allí, y es tuya. (¡No me mires así!) Hay otras tres cosas que pueden ser útiles. (¡No digas ni una palabra!) Lee todos estos papeles hasta que los entiendas. Son muy sencillos. Después practica. Cuando hayas aprendido el truquillo, necesitarás un poco de ayuda para hacerlo como corresponde y para que te cunda (¡No te tires al suelo!) Entonces llevarás el tercer sobre a Plowden: ya está mencionado en el primero, y él te dará dos mil libras. (¡Déjame quieto el pie!) Eso bastará si eres industrioso. Ahora tienes esta responsabilidad, Iulo mío. Sé siempre bueno y gentil con todos. Tú no te muevas. Nos iremos a los jardines con Flavio. Quédate aquí hasta que te hayas tranquilizado. Miau, miau, miau —maulló Adriano a su encantado, excitado y fidelísimo gato.

## CAPÍTULO XXIV

ERA la festividad de san Jorge, protector del Reino de los Nueve Estados. Adriano advertía con placer que era uno de esos que los italianos llaman «días afortunados». Tenía la cabeza clara, los miembros ágiles, el cuerpo flexible: se sentía joven, exuberante, fuerte. Parecía que su alma se hallaba en equilibrio, elevada. Toda su actitud era la de una simplicidad gentil e incisiva. Marchaba con ese paso erguido, dominante pero sin arrogancia, que señala al hombre feliz y capaz. El Sacro Colegio se presentó de buena mañana, inmediatamente después de que él celebrara misa, para felicitarle por el aniversario de su pontificado; Ragna encontró la ocasión para susurrar que el Emperador del Norte abandonaría el Palazzo Caffarelli para ir al Quirinal al atardecer. Todos sabían lo que significaba eso.

Más tarde, cuando con toda pompa bajó a la sala regia, Adriano estaba alerta. El maestro de ceremonias anunció: el rey de los Nueve Estados, el presidente de los Estados Unidos de América, el emperador de Japón y un conjunto de reyes, príncipes y grandes duques secundarios que se presentaban con las congratulaciones de todo el mundo. La parafernalia pontificia descansaba sobre el elevado trono rojo, pero Adriano estaba al pie de los escalones para recibir a sus huéspedes. Su hábito era blanco, muy sencillo y fresco, y su postura era apostólica, abierta, afable. Esos potentados gigantesco se inclinaban hacia él en medio del esplendor de su grandeza y, como el cardenal Carvale (un soñador de fantasías) había dicho al cardenal Van Kristen, irradiaban del Pontífice como si él fuese su fuente de luz.

Cuando la ceremonia de la recepción hubo terminado, los Augustos Señores, Sus Majestades, Altezas, y Gracias permanecieron en la sala, conversando con los miembros de la corte pontificia. Algunos de ellos cambiaron unas palabras con el Pontífice. El Emperador del Norte se acercó a decirle:

—Sé que Su Santidad me felicitará en un despacho que acabo de recibir de mi hermano el príncipe Enrique, quien anuncia que mi gloriosa armada alemana ha tomado Kronstadt.

Adriano agregó a su respuesta:

—Sed misericordioso, Augusto Señor.

Entonces, Guillermo echó una mirada cortés de ceño feroz que quería indicar su imperial impaciencia y continuó en un tono más bajo:

—También estoy ansioso de hacer saber a Su Santidad que yo mismo lamento con hondura la ausencia de mi primo y hermano imperial, Víctor Manuel. Todo lo que puedo decir ha sido dicho para convencer a mi augusto pariente a fin de que se uniera a nosotros en esta ocasión auspiciosa y de prolongada recordación. Quiero que eso sea sabido.

—¿Sólo es un obstáculo personal lo que impide que el Emperador del Sur acuda aquí?

—Beatísimo Señor, ni siquiera es un obstáculo personal. Víctor Manuel siente la más profunda, admirable y mejor merecida veneración y reverencia por la persona del Santo Padre. Pero... en fin, de verdad es algo casi infantil, pero se ha persuadido a sí mismo de que...

—¿De que el Pontífice romano debe una visita al rey de Italia?

—Precisamente, Santo Padre. Hay cierta historia acerca de un acercamiento del real y martirizado padre del Emperador al cónclave de 1878...

—¡Y por una simple idea Víctor Manuel continuará apartado de Nos! Sin embargo, las ideas son algo muy bello, que debe ser respetado y cultivado en estos tiempos de materialismo. Son tan raras, tan singulares. La constancia, la fidelidad a una idea, sobre todo, es singular y rara en esta época de compromiso de la que ahora está saliendo el mundo. No hay que hacer reproches a Víctor Manuel, sino que hay que alabarle —de pronto se encendió una luz en los ojos del Apóstol—. Pues bien, el próximo paso es evidente. Si el hijo no va al padre, el padre debe ir al hijo —y un impulso hacia el movimiento inmediato parecía estar activándolo.

El Emperador del Norte se puso a la altura de la situación con esplendidez.

—Sería otra gran obra a sumar a todas las grandes obras realizadas por Su Santidad. Confío en que he de tener el nunca bastante encomiado honor de acompañar al Santo Padre.

—Pero es que iremos andando —respondió Adriano.

—También yo lo haré con gusto —dijo Guillermo.

El Papa echó una rápida mirada hacia la sala. El rey de Portugal hablaba con el emperador de Japón y el Basileos de los helenos escuchaba al príncipe de Montenegro y Nueva Serbia. El soberano de los Nueve Estados, con un brazo paternal apoyado en el hombro del joven rey de España, contaba (como si fuera propio) un chiste (que acaba de referirle hacía cinco minutos el cardenal Semphill) al presidente de América. Cardenales y soberanos se apiñaban en torno a ellos, aplaudiendo con sus risas cada gracia detallada admirablemente.

—Podemos escapar por aquí —dijo el Papa al Emperador; fuera de la sala un paje pontificio corrió en busca del tricorno papal.

Los dos personajes descendieron por la escalera regia, con sus columnas jónicas flanqueadas de guardias pontificios y se encaminaron hacia la Plaza de San Pedro. Había una calle cortada al tráfico y caminaron deprisa entre largas filas de magníficos soldados italianos. Roma entera ocupaba las aceras y cayó de rodillas a medida que el Sumo Pontífice, dispensando bendiciones, avanzaba con agilidad y rapidez. El señor germano no hizo ningún gesto de saludo hasta que Adriano le dijo:

—Oh, salude a estos encantadores romanos. Estarán muy complacidos y además, usted sabe que admira mucho a los *bersaglieri*.

—Estoy tan orgulloso de saludar a todos los romanos como lo estaría de saludar al más noble de ellos, para usar la expresión del divino Shakespeare de Su Santidad —respondió el Emperador mientras avanzaba saludando a la vez que el Papa



bendecía.

—Víctor Manuel se comporta de un modo magnífico —dijo Adriano cuando pasaban delante del Palazzo Venezia—. Las tres cuartas partes de su ejército están en el campo de batalla, y aquí hay una cantidad de soberanos extranjeros que prácticamente están ocupando su capital para..., no, no para rendir homenaje, sino por cortesía hacia Nos.

—Y como muestra de respeto, Santidad.

—Pues él está fuera de ese respeto y esa cortesía hacia nuestro apostolado. Esto no es de su incumbencia, pero ha mandado formar las tropas en las calles, en tanto que él..., ¡oh es magnífico de su parte!

—Víctor Manuel es un verdadero gran hombre —comentó el Emperador. El Papa asintió.

Entraron en el Palacio del Quirinal, atravesaron la sala de embajadores para ir al despacho del Emperador del Sur. Guillermo permaneció en la antecámara. Víctor Manuel, vestido con un traje ligero de franela gris leía las pruebas de su catálogo de numismática. Se puso de pie, pálido y rígido, cuando su ayuda de cámara se aproximó para susurrarle unas palabras. Adriano apareció de inmediato, envuelto en su dignidad cándida y cortés, extendiendo una mano inglesa. No se pronunció ni una palabra. Víctor Manuel, reflejando la luz de una púrpura que él jamás había llevado todavía, cogió la mano que se le tendía, la retuvo, sintió que la suya también era estrechada y retenida. Dobló la cabeza..., y por fin la rodilla. La reconciliación era completa.

—¿Puedo tener el honor y la alegría de presentar mi esposa a Su Santidad? —decía, al cabo de un minuto; fue hasta el corredor y dio dos golpecitos sobre una puerta falsa—. Cariño —llamó—, ven, por favor.

Se presentó la exquisita emperatriz Elena. Se detuvo apenas en el primer instante, pero con valor siguió avanzando, imperial, misteriosamente pálida y radiante como «el coro de las estrellas nocturnas y los brillantes poderes que el verano y el invierno traen a los mortales, conspicuos en el firmamento».

Adriano la conquistó de inmediato con un «¿Y los deliciosos niños?»

—¡Oh, sí, los pequeños! —exclamó Víctor Manuel.

—¿Sabéis que debemos una intensa emoción a vuestro hijo? —y Adriano refirió la escena del jardín del príncipe Attendolo.

Los padres rieron con orgullo.

—Supimos de ello, por supuesto, y me he preguntado si alguna vez nosotros nos encontraríamos por azar con Su Santidad, como los niños —dijo la Emperatriz.

—Filiberto es un muchachito especial —continuó Víctor Manuel—; es capaz de decir las cosas más extrañas; hace unos días llegó corriendo a los establos, llorando porque un perro le había ladrado y asustado. «Corre cuando pase algo así, después de todo, tú puedes correr más rápido que un perro», le digo para confortarlo. Y me responde: «Sí, padre, pero cuando corro, siempre voy dejando atrás una pierna para

que la muerda el perro».

—Ah, pero yo sé de algo mejor que eso —intervino la Emperatriz—. Días pasados, se comportó mal durante la bendición del domingo, en la capilla. Me temo, Santidad, que es una historia un poco atrevida...

—Contadla de inmediato y aliviad vuestra alma pecadora, hija —dijo el Papa, simulando altanería.

Los tres se echaron a reír. La Emperatriz continuó.

—El niño no hacía más que insistir en equilibrar una pila de devocionarios sobre el borde del respaldo de una silla, y una y otra vez los libros caían al suelo con estrépito. Por último le senté en mi falda y le dije que los santos ángeles le estaban mirando y que irían a decirle a Dios Nuestro Señor que él era un verdadero golfillo. Y me contestó..., me contestó: «¡Oh, unos sucios acusicas!»

—¡Oh, qué criatura exquisita! —comentó Adriano riendo.

—Vaya, iré a buscarle —dijo el Emperador del Sur, saliendo por una puerta mientras por otra entraba, preparado para desempeñar el papel de pacificador, el Emperador del Norte. Ya no era necesario eso: Inglaterra, Alemania e Italia parlotearon como niños hasta que llegaron los niños. El padre no se presentó con ellos. Sus hombres tenían problemas para lograr que el Soberano vistiese su traje de ceremonia.

El dulce príncipe Filiberto se acercó al Papa con gesto solemne.

—¿Es usted aquel padre blanco que vi en el bosque de no sé quién?

—Sí —dijo Adriano.

—¿Se ha portado bien hasta hoy? —continuó el niño, observando al Papa con sus grandes ojos reales.

—No —dijo Adriano, sintiendo el horror del fin de la juventud enfrentado con la flor de la inocencia.

—¿Y está arrepentido de veras por haber sido un chico..., quiero decir, un hombre malo?

—Sí —dijo Adriano.

—¿Está sentado en el sillón de mi padre porque él le ha perdonado?

—Sí —respondió Adriano, a la vez que pensaba en lo terriblemente tonto que se estaba mostrando.

—Usted me gustó cuando le vi en ese bosque, y también me gusta ahora; pero mi madre me dijo que el padre blanco no era amigo de mi padre.

—Tu madre se ha equivocado, hijito —dijo la Emperatriz, sumida en la confusión—. El padre blanco es el mejor amigo de tu padre.

—¡Ay, qué alegría! Porque ahora usted puede ser también amigo mío —exclamó el Príncipe, desparramando su inglés voluntarista hacia los cuatro puntos cardinales.

—De muy buen grado —dijo Adriano, cogiendo la rosa de aquella mano morena y atrayendo al niño hacia sí. La inocencia le ofreció sus labios. El Apóstol quedó sin aliento, y con toda suavidad se incorporó para besar la frente inmaculada. Después se

volvió para saludar a las niñas.

—Esta niña cierta vez hizo a mi marido una pregunta bien difícil —dijo la madre, presentando a la princesa Yolanda—. El rey de Inglaterra estaba a punto de visitarnos y Víctor mostraba a la niña un retrato de Su Majestad tras la coronación. ¡Qué encantada estaba! Y de pronto dijo: «Padre, ¿por qué tú no llevas un sombrero como ése?»

El Sumo Pontífice observó a la ruborizada pequeña.

—Ya no diréis «sombrero», ahora que habéis crecido, ¿verdad, Princesa?

—No, Papa *Inglese*, es una corona.

—¿Os agradaría que vuestro padre tuviese una corona? Decidle que hay dos esperándole: una en Monza y la otra en Letrán.

El Emperador del Sur escoltó al Papa en su retorno al Vaticano. De camino, las carrozas que se cruzaron con ellos vomitaron soberanos; los coches de ceremonia, cardenales; los cortesanos echaron pie a tierra del lomo de sus caballos y del interior de sus automóviles. El regreso se convirtió en una procesión de poderes, encabezada por el Poder de las Llaves. Habían cruzado ya el Ponte Santangelo y estaban a punto de girar hacia la izquierda junto al castillo, cuando un hombre desgreñado, vestido de negro, logró salirse de las filas del público, pasar entre los *bersaglieri* y plantarse en medio de la calzada: apuntó a Adriano con un revólver y disparó. La bala hirió a Su Santidad a la altura del pectoral izquierdo, atravesando la arteria pulmonar justo por encima del pulmón.

La delgada figura blanca vaciló, se agitó y cayó al suelo. Todo el mundo parecía paralizado, mientras la raza humana jadeaba sin aliento.

Una mujer frenética, que llevaba una peluca de color zorro, emergió de entre la muchedumbre, humillándose.

—¡Amor, mi amor! —gritaba con una voz repugnante—. ¡Oh, yo te amaba tanto! Yo le amaba de verdad. Sí, lo hice, yo lo hice, lo hice... —chillaba ante el sol que alumbraba en la bóveda de los cielos. Su tono desafinado parecía el ladrido de un perro cuando se inicia la cadencia del *Largo* de Haendel, interpretado con un archilaúd.

El Vicario de Dios se movió, la miró desde lejos, con gentileza, incluso con curiosidad.

—Hija, ve en paz —dijo y se volvió hacia otro lado. La mujer quedó allí, en su actitud abyecta, deseando tocar al herido, en medio de su desolación, petrificada.

Los emperadores se arrodillaron a derecha e izquierda, mirando con ira a sus ayudantes, pidiendo ese auxilio que no llegaba, que no podía llegar de la mano del hombre.

El asesino había sido cogido por cien zarpas agresivas. De su boca surgieron alaridos cuando todos, en silencio, en forma inevitable, comenzaron a despedazarle. Sobre el parapeto relampagueaban los cuchillos romanos y se deslizaron hacia el Tíber; manos que semejaban garfios, como las garras corvas de los buitres, eran las

herramientas de ese trabajo. Pero el Sumo Pontífice llamó a su agresor y el gesto era inequívoco, universal, autoritario. Sacudido y tembloroso, lacerado, herido, como un guiñapo repugnante de la sastrería de un picto, Jerry Sant avanzó tambaleándose, presa de una fascinación. Cardenales y soberanos se apartaron de él y la muchedumbre le rodeó.

—... porque no saben... —el Apóstol se incorporó apenas, sostenido por las manos imperiales. Qué brillo el del sol sobre las tibias piedras grises, sobre la madurez de la piel romana, sobre el bermellón, el malva y el azul, el armiño, el verde y el oro, sobre la grotesca negrura indecente de dos manchas en la blancura apostólica y la rosa de la sangre.

—Augustos Señores, es nuestra voluntad y placer...

—Decid, Santo Padre.

—Augustos Señores, os nombramos a ambos ministros de nuestra voluntad —y se dirigió al asesino—: A ti, hijo, te perdonamos, estás en libertad.

Desde Borgo Novo abajo llegaban guardias, chambelanes, prelados de la curia, cardenales que venían del Vaticano. Los cardenales inglés y americano recogieron sus capas carmesíes y echaron a correr como dos estudiantes. El fiel Sir John llegó antes que ningún otro. Se arrodilló junto a Adriano, quien le dijo:

—Querido John, te dejo esta cruz..., y a Flavio —el Emperador del Sur abrió el cierre de la cadena de la cruz pectoral y la entregó al caballero de la cámara apostólica, quien la cogió para desmayarse de inmediato. Desde Santo Spirito llegó alguien con el crisma sagrado. Los cardenales Van Kristen y Carvale, jadeantes, se arrodillaron junto al Regidor del mundo. Percy buscó en el pecho la píxide pontificia, cogió de allí una hostia consagrada y la administró.

—Su profesión de fe, Santísimo Señor —susurró con entereza.

—Creo en todo lo que manda la Santa Madre Iglesia. Pido perdón a todos los hombres. Amado Jesús, no seas para mí un Juez sino un Salvador.

El cardenal Sterling entonó con solemnidad la encomendación de un alma cristiana. Se invocó la compañía de los ángeles, el senado de los apóstoles, el ejército de los mártires de túnicas blancas, los escuadrones flordelisados de confesores refulgentes, el coro de vírgenes regocijadas, los patriarcas, los ermitaños, Esteban y Lorenzo, Silvestre y Gregorio, Francisco, Lucía y María Magdalena, María, la propia madre de Dios, todos los santos del Señor que cada día son invitados a asistir el tránsito de las pobres almas cristianas, para que marcharan con el Padre de Príncipes y Reyes.

—«Que la vista de Jesucristo sea dulce y grata para ti...» —la voz que entonaba la oración se quebró. El cardenal prosiguió sin demora: impartió la absolución y el sacramento al moribundo.

—Santos del Señor, acercaos para ayudarlo; ángeles del Señor, venid a buscarle, recibid su alma para ofrecerla a la vista del Todopoderoso.

El esplendor de las palabras mortales resplandecía desde las murallas de la

antigua fortaleza en medio del silencio de la inmortal Roma.

Cuando el Vicario de Jesucristo en la tierra hubo recibido la extremaunción y el viático, cuando hubo hecho por sí todo lo que la Iglesia de Cristo puede hacer, pidió que le incorporaran. Los emperadores se pusieron de pie para sostenerle. La ferocidad vehemente del aspecto de ambos contrastaba de un modo terrible con la ternura de sus movimientos. Las torturas del poder sin poder, de las intimidaciones sufridas en el instante supremo de la exultación daban fuerza y gracia a estos hombres. Las manchas de sangre bajaban por la túnica blanca del Papa mojando la estola roja de la jurisdicción universal. La mano delgada, con sus dos grandes anillos se alzó. Los ojos castaños, tímidos, vacilaron en un parpadeo para abrirse felices. Entonces la voz joven y cansada resonó como una campanilla con sordina.

—Que Dios Omnipotente ✠✠✠ Padre, ✠✠✠ Hijo, ✠✠✠ y Espíritu Santo os bendiga.

Fue la bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

La mano y las pestañas oscuras cayeron. Los delicados labios, con su mueca de fastidio, se cerraron en la inefable sonrisa de los muertos que han hallado el secreto del amor y están totalmente satisfechos.

Así murió Adriano VII, obispo, siervo de los siervos de Dios y (dicen algunos) mártir. Así murió Pedro en los brazos de César.

El mundo sollozó, suspiró, se limpió los labios y experimentó una enorme sensación de alivio.

El Colegio de cardenales resumió su personalidad en el brillante epigrama de Tácito: *Capax imperii nisi imperasset*. Hubiese sido un gobernante ideal si no hubiese gobernado.

Las personas religiosas decían que Adriano era una criatura incomprensible. Y el hombre que iba en coche señaló que el tránsito había sido bastante rápido.

Rogad por el reposo de su alma. Estaba tan cansado.

FELICITER



FREDERICK WILLIAM ROLFE, nacido en Londres el 22 de julio de 1860 y muerto en Venecia el 25 de octubre de 1913, fue uno de los excéntricos personajes de la literatura inglesa. A los quince años abandonó el hogar paterno, y, tras pasar brevemente por Oxford, se dedicó durante diez años a la enseñanza. En 1886 se convirtió al catolicismo, iniciando un año después los estudios sacerdotales, primero en Inglaterra y luego en Roma. Expulsado del seminario romano, jamás logró ordenarse, frustración que marcaría el resto de su atormentada existencia. Bajo diferentes seudónimos probó fortuna como pintor, fotógrafo, músico, diseñador de muebles... Pero ninguna de esas actividades le sacó de la pobreza, viéndose obligado a vivir a expensas de sus amigos, uno de los cuales le otorgó, según él, el título de Baron Corvo, que ya nunca abandonaría. Enfrentado a un mundo hostil, finalmente halló en la escritura una forma de compensación a su desencanto. Sus *Stories Toto Told Me*, aparecidas a lo largo de 1895 en la revista *Yellow Book* y editadas en forma de libro tres años más tarde, recogían seis leyendas de santos católicos “a la manera de la mitología griega”, ampliadas posteriormente a 26 en *In His Own Image* (1901). En *Chronicles of the House of Borgia* (1901) abordó por primera vez el relato pseudohistórico, que luego perfeccionaría en *Don Tarquino* y *Hubert's Arthur*. Pero sus obras más perdurables son las novelas autobiográficas *Adriano VII* (1904) y *Nicholas Crabbe* y *The Desire and Pursuit of the Whole*, escritas en 1905 y 1907 respectivamente pero no publicadas hasta 1934, a raíz de la aparición de su apasionante biografía, *The Quest for Corvo* de A.J.A. Symons, que originó una especie de culto a tan controvertido escritor, verificándose su predicción de que

“algún día la posteridad se interesará por todo lo que he escrito”.

# Notas



[1] *Antígona*, 746: «Oh, qué bajeza, ponerse a las órdenes de una mujer.» (*N. de la T.*)

<<

[2] «Guardián del orden.» (*N. de la T.*) <<

[3] «Lo bello» y «lo bueno». (*N. de la T.*) <<

[4] Strong significa «fuerte» y de allí surge el juego de palabras posterior. (*N. de la T.*)

<<

[5] Adjetivo griego, «magnífico»; sustantivado, significa «magnificencia». (*N. de la T.*) <<

[6] Expresión griega que literalmente significa «bello y bueno», las cualidades básicas del buen ciudadano de la *pólis*. (N. de la T.) <<

[7] En griego, «jefes». Se aplica al presidente del Pritaneo, que presidía el consejo y la asamblea de la *pólis*. (N. de la T.) <<

[8] Esta onomatopeya reproduce la pronunciación católica inglesa «Your Eminency».  
(N. del A.) <<



[9] En francés en el original: «elija usted». (*N. de la T.*) <<

[10] En los parlamentos de Jerry Sant se ha procurado reproducir el habla del personaje, con sus errores fonéticos y sintácticos. (*N. de la T.*) <<

[11] Se trata de la expresión *mauvais sujet* («mala persona»), pronunciada incorrectamente. (N. de la T.) <<

[12] «Los socialdemócratas me han dejado el camino totalmente abierto.» (*N. de la T.*)

<<

[13] «Mazzini autoriza robos, incendios, envenenamientos.» (*N. de la T.*) <<

[14] «La Virgencita aprueba la fraternidad, la individualidad y el amor.» (*N. de la T.*)

<<

[15] Este adjetivo está tomado del griego clásico; significa «que tiene los dedos, o las manos, sucios». (*N. de la T.*) <<

[16] *Nemine contradicente*: sin contradicción, por unanimidad. (N. de la T.) <<



[17] «Por cierto no procuro comprender para creer, sino que creo para comprender, porque creo que si no creyese, no comprendería.» (*N. de la T.*) <<

[18] «Es mejor canario en la mano que un tordo en el bote.» Equivale a nuestro refrán: «Más vale pájaro en mano que ciento volando». (*N. de la T.*) <<